

¹LAS SIETE ESTRELLAS DE LA MANO DE JESÚS

Tratado histórico de las admirables vidas, y resplandores de virtudes de siete Varones Ilustres de la Compañía de Jesús, naturales de Cerdeña y Misioneros Apostólicos de la Provincia del Paraguay de la misma Compañía.

Por el Padre Antonio Machoni, de la Compañía de Jesús, natural de Cerdeña, Rector del Colegio Máximo de Córdoba del Tucumán, y Procurador General a Roma por su Provincia del Paraguay.

Quien lo dedica a su Provincia de padres y Hermanos de la misma Compañía de Jesús de Cerdeña.

Impresso en Córdoba: en el Colegio de la Assumpción por Joseph Santos Balbás. Año de 1732

¹ Annotazione manoscritta: *Est Domus Probationis Calarit. Soc. Jesu.*

A la muy docta, venerable, y religiosísima provincia de Padres, y Hermanos de la Compañía de Jesús de Cerdeña.

A ti (o religiosísima, muy docta, y siempre venerable amada Provincia mía) se dirige este libro, y los alegres pasos, con que a ti camina, dexan en mi corazón estampadas las huellas de una gustosa embidia: “Parve (nec in video) sine me, liber ibis”. A ti se dirige en prenda cierta del filial cariño, con que siempre te he amado; y afectuosa señal de aquel valiente gustoso agradecimiento, de que me reconozco perpetuamente deudor para contigo, como a tan digna y cariñosa Patria mía: “Rursus amor Patriae ratione valentior omni, / Quod mea fecerunt scripta, retexit opus”².

Para que veas, que ni la distancia de tan remotas tierras de Polo a Polo han entiviado mi amor, ni la interposición de tan inmensos mares, y regiones han enflaquecido mi memoria del que te debo: “Ut quanquam longé toto simus orbe remoti, / Scire tamen possis, nos meminisse tui”³.

Antes sí ahora que por alta disposición de la Divina Providencia vuelvo a andar estas antiguas tierras, y tus vecinas orillas⁴ ha crecido más la llama de mi afecto, y desde uno de sus escollos saludo los de tus puertos, y con las mismas olas, que de aquí a allá te visitan, encamino mis agradecidos pensamientos en este libro: “Rupe sedens aliqua spec-tua littora laetus, / Et quó non possum corpore, mente feror”⁵.

Bastaba esta razón, para que constasse al mundo la que tengo en dedicarte este libro; pero aun es mucho mayor la que su assumpto mismo incluye. Es este de las vidas de siete excelentes hijos tuyos, que liberal diste para enriquecer a las Provincias de Indias, y siendo hechuras tuyas, es preciso que vuelvan a ti, como a su autor, y que ellos como nobles frutos busquen el generoso centro de su primera estirpe: “Redit ad auctores genus, / Stirpemque primam nobilis sanguis petit”⁶.

A ti vuelven como caudalosos ríos, que fertilizada ya la tierra con sus dulces corrientes, corren impetuosamente al mar de donde nacieron, para restituirle agradecidos sus nativos cristales: “Ad mare, unde exeunt flumina, revertuntur”. A ti vuelven como los Astros, que des-

² → Ovid. I. De Ponto.

³ → Idem 2. de Ponto ad Rufum.

⁴ 7E oxillas

⁵ → Idem Heroid. 17.

⁶ → Seneca in Hippolyt.

pués de haber corrido los luminosos círculos de sus esferas, vuelven con recurso alegre al punto de su oriente: “Repetunt proprios / Quaeque recursus, / Redituque suo / Singula gaudent”⁷.

O como el Sol, Padre de los Astros, que después de haver alumbrado el mundo con sus rayos, animando a los cuerpos sublunares con sus benignos influxos, enriquecido a los montes con sus metales, después de haver dado vida a las plantas, hermosura a los prados, y suavidad a las flores, se restituye a su glorioso oriente, de donde recibió todo el caudal de sus luces: “Phoebus in Anroram, primumque revertitur orbem”⁸.

Buelven a ti con nueva vida, aún quando los juzgabas muertos y llorábaslos ya como desterrados, y muertos, después que voluntariamente cautivos del amor se desterraron ellos mismos de tu patrio suelo para ir a conducir al Cielo patrio desde las incultas tierras de las Indias a innumerables almas, que se precipitaban por el errado camino de la perdición: y mucho más después que en esta gloriosa empresa dieron sus preciosas vidas, o a manos de inmensos trabajos, y sudores Apostólicos, o a manos de los tiranos filos, instrumentos de su martyrio; pero aunque así los llorabas desterrados, y muertos, ahora te los vuelvo en estas vidas con nueva vida, y como nuevamente renacidos, al modo que quando Jerusalén afligida con el destierro, y muerte de sus hijos en la captividad Babilónica los lloraba ya perdidos, y olvidados sin esperanza de vida: “Ipsi dicunt, aruerunt ossa nostra, et perijt spes nostra, et abcessi sumus”⁹; pero entonces la consoló el Señor por medio de Ezequiel, prometiendo bolverle a restituir sus hijos, como resucitados a nueva vida: “Propterea vaticinare et die ad eos, ecce ego aperiam tumulos vestros, et educam vos de sepulchris vestris”¹⁰.

Y quando se los había de restituir así vivos, o como resucitados? Quando se tratasse de sus vidas, o se hiziesse memoria de sus virtudes. Por esso los Setenta en lugar de “aperiam tumulos vestros”, leen así, “aperiam memorias vestras”. Como que es lo mismo hacer memoria de las vidas de los Varones justos, aún difuntos, que desenterrar essas vidas: “Aperiam memorias vestras: aperiam tumulos vestros”. Esta

⁷ → Boetius.

⁸ → Lucan.

⁹ → Ezechiel cap. 37.

¹⁰ → Los setenta Interp. Apud Fernandez in visiones Veter. Testam. v. 17 column. 45 I. n. I.

mística renacencia a nueva vida aún antes de la¹¹ universal resurrección, bien que parece dificultosa, es constante en todas letras. En las humanas: pues aún allá los antiguos llamaban renacencia a nueva vida aquella nueva entrada, que hacían los desterrados a su Patria: “Terrisque suis redduntur, et agris / Damnati fato, populi virtute renati”¹².

Lo mismo cantó Estacio Papinio. “Quas tibi devoti juvenes pro Patre renato / (Summe Ducum) grates, aut quae pia vota rependent?”¹³.

Estaban nuestros siete Varones ilustres como desterrados de Cerdeña su patria, como enterrados en el destierro de la vida, y sepulcro del olvido; pero bolviendo ahora a restituirse a su patria en la publicación de estas sus vidas, adquieren vidas nuevas, y como que nuevamente renacen: “Terrisque suis redduntur, et agris / Damnati fato, populi virtute renati”.

Esto en las letras humanas; pero en las divinas (además del Texto dicho de Ezequiel) hallo prueba admirable en Isaías. Habla Dios por boca de este Profeta con la Iglesia Cathólica triste, y afligida en la persecución de los Tiranos, sangrientos verdugos de sus Cathólicos hijos, y para consolar sus lágrimas, y desecharle el luto de sus muertes, le dice, que se vista una verde hermosa gala de esperanza de sus vidas resucitadas, o nuevamente renacidas: “Vivent mortui tui, interfecti mei resurgent”¹⁴.

Y de que resurrección habla aquí Dios con su Iglesia? No falta quien diga, que de la resurrección última del día del juicio universal; pero nuestro Doctísimo Alcasar, y eruditísimo Flores dicen, que habla de la mística resurrección, o anticipada renacencia de que tratamos. Y a mi ver, de una, y de otra resurrección habla el Profeta: “Vivent [...] resurgent”¹⁵. De la mística, como anticipada, habla antes: “Vivent mortui tui”: de la real, como de última, habla después, “Interfecti mei resurgent”. Alentada así la Iglesia con tan nobles esperanzas, da la razón de ellas diciéndole al Señor: “Quia ros lucis ros tuus”. Yo espero, Señor (dice) que mis hijos difuntos han de renacer presto anticipadamente a nueva vida, porque tu favor, y

¹¹ 7E de la de la

¹² → Claudianus.

¹³ → Statii sin Sylv.

¹⁴ → Isaías 26 19.

¹⁵ → Alcasar in Apocal. C. 20. v. 4. not. 5 Flores de Agone Martyrij lib. 6. fol. 590.

auxilio en ellos, es como blando rocío, y no qualquiera, sino rocío de luz; “Ros lucis, ros tuus”. Dificultosas palabras; pero de grande energía, según el citado Alcasar. Le llama rocío “ros”; porque así como le es muy fácil a Dios destilar sobre la tierra su rocío Celestial, así también les es fácilimo dar a sus hijos muertos esta nueva vida mística. Y le llama rocío de luz, “ros lucis”; para mostrar su aliento, y virtud vivifica. Nótese el misterio. En la luz se suele explicar, según la frase Hebréa, la vida; y por esso David explica la que de Dios participamos con essa hermosa metáfora: “Apud te est fons vitae, et in lumine tuo videbimus lumen”¹⁶. Y aún en la frase latina, y también en la Española, se significa con la metáfora de luz la vida con que nacemos: esso explican estas frases, “prodire in lucem”, salir a luz: “lucis usur a frui”, gozar de la luz de vida. Y aún para el presente assumpto hace clarissimo viso, y alusión la misma semejanza de la luz; porque quando sale impresso algún tratado, se dice, que sale a luz: o que, se da a la luz pública. Con que en la energía, y se frase de la iglesia en este texto fue tanto como decirle a Dios: Tengo, Señor, esperanza cierta de la prompta renacencia, y nueva vida de mis difuntos hijos, “vivent mortui tui, interfecti mei resurgent”; porque tu Divino influxo, con que, como con rocío, los fecundas, es un rocío de luz de nueva vida: es un influxo vivífico, con que haces que nuevamente salgan a luz sus vidas preciosísimas, o renazcan nuevamente: “quia ros lucis, ros tuus”. Y añadido más que siendo este vivífico rocío de luz, “ros lucis”; es precisso, que las vidas, que alienta, salgan vidas llenas de luz, o luminosas.

Tales te las presento y dedico ahora (amada Provincia mía) estas nuevas vidas de tus siete ilustres hijos. Y por esso con el nombre de Estrellas Las siete estrellas de la mano de Jesús, le pongo por título a este libro. Porque siendo su assumpto unas vidas llenas de resplandores de virtudes, y siendo essas vidas siete, me traxeron al punto a la memoria aquellas siete misteriosas Estrellas, que brillaban en la mano de Jesús en el Apocalypsi: “Et habebat in dextera sua Stellas Septem”¹⁷.

Y por que siendo vidas de siete Varones tan Ilustres Operarios, tan insignes Missioneros, y tan Apostólicos Predicadores, fácilmente se hallan expressados místicamente en essas mismas Estrellas. Así lo dice el citado Alcasar de opinión del sagrado Intérprete Haymo: “Nam,

¹⁶ → Psal. 35. 10.

¹⁷ → Apocal. I. 16.

ut rectè notavit Haymo, hujusmodi stellae, non Episcopus modò sed etiam generatim quoscumque insignes Evangelij praedicatores significant”¹⁸.

Ahora explico yo mi pensamiento. En una admirable Isla contempló San Juan esta visión soberana. Y yo en otra Isla, no menos admirable, puesto con mi pensamiento todo, y veneración atenta contemplaba esse mismo Celestial dichoso Enigma descifrado contemplaba al mismo soberano Señor Christo Jesús como a Padre, Autor, Protector, y Governador de su Compañía de Jesús, que del Cielo hermoso de essa mi amada Provincia tomaba con su mano derecha las siete Estrellas lucientes de nuestros siete Ilustres Varones Jesuitas, como insignes Misioneros, y Predicadores Evangelicos: “Et habebat in dextera sua stellas septem: Hujusmodi stellae quoscumque Evagenlij praedicatores significant”. ¿Y para qué las ostentaba en su mano? “In dextera sua?”. ¿Sería para hacer ostentación de sus resplandores y virtudes, como de obra propria de su mano admirable y poderosa? “In dextera sua?”. Sería para dar a entender, que eran siete Antorchas como escogidas de su mano: “In dextera sua?”. Sería para mostrarlas a todos, como exemplo de perfectos resplandores con el índice de su mano, “In dextera sua?”. Todo esso pudo ser Pero permítaseme decir lo que he pensado. Tenía essas escogidas Estrellas en su mano, para repartirlas por el mundo como a sus Predicadores Evangélicos: y siendo estilo del Señor repartir sus Evangélicos Predicadores por el mundo, como sembrador Divino, que los siembra de su mano, según San Gregorio: “Neque enim in universo mundo tanta fidelium messis exurgeret, si de manu Domini super rationalem terram illa electa grana praedicatorum non venissent”¹⁹.

Síguese, que las quería repartir essas siete Estrellas como sembrador Divino. ¿Y a dónde? ¿En qué sitio? Desde essa Isla dichosa de Cerdeña los sembró en las dilatadas tierras del Paraguay y Tucumán en la América: Porque como su Divina Real mano era tan larga: “An nescis longas Regibus esse manus?”. Y sobre Real era Omnipotente, e inmensa, alcanzó con destreza a essas inmensas distancias. Sembró pues allí el estrellado puño del Sembrador esos siete granos de luz, o siete Estrellas. Y desde entonces (¡O, venturosa Provincia Tucumana!) desde entonces vistas y lo he visto yo también, vencido aquel impossi-

¹⁸ → Alcaz. Sup. Apoc. C. I v. 16 pag. 236. D.

¹⁹ → S. Greg. Homil. 29. in Evang. post initium.

ble del Sulmonense: “Terra feret stellas, Coelum findetur aratro”²⁰. Pues se vieron nacer en tus incultas tierras innumerables Estrellas, de esas siete Estrellas sembradas, como de la mano de Dios. Brotaron Estrellas para el Cielo aquellos campos infelizes, que antes producian negros carbones para el Infierno. Desde entonces se ahuyentaron las sombras de la ignorancia se dissiparon las tinieblas de la culpa; y en medio de la cerrada deplorable noche del gentilismo amaneció la luz de la Fe, y triunfó coronado de estas Estrellas, el resplandor del Evangelio. Finalmente después de haver poblado el Cielo de innumerables Estrellas, como cosecha de la luminosa siembra de sus vidas, passaron también gloriosos a poblar esas esferas estrelladas. Pero como no se apagaron, sino giraron brillantes el círculo de su esfera, o de su vida; bolvieron al mismo punto de su lucir, de donde nacieron. Bolvieron a la mano de Jesús, de donde salieron. Ahí los contempla ahora triunfantes (amada Provincia mía) en el Divino simulacro del Apocalypsi mi devoto pensamiento: “Et habebat in dextera sua stella septem”. Ahí os las está mostrando nuestro Capitán Jesús en su mano, o para coronarte de luzes como a dichosa Madre de tales hijos, o para mostrar a los demás hijos tuyos como exemplar sus resplandores. Si imitáis estos, si los seguís en la luciente carrera de sus Misiones gloriosas y Apostólicas fatigas, os está diciendo el mismo Jesús las palabras de su Apostol: “In medio nationis pravae, et perversae lucetis sicut luminaria in mundo”²¹: que en medio de las naciones infieles de las dilatadíssimas Misiones del Paraguay, aunque de gentes perversas, y miserablemente depravadas por el Demonio, luciréis como Estrellas del firmamento. Estas Estrellas, en quanto representan al número real de nuestros Varones Illustres, son siete, “stellas septem”; pero en quanto a la extensión de esse indefinido número, son innumerables: o para mostrar, que esas solas siete valen por innumerables; o para dar a entender, que si otros de sus hermanos, y de su misma Provincia les imitan, se convertirán en innumerables estrellas en la mano de Jesús: “Habebat in dextera sua stellas septem”.

Para que así lo logréis (Padres, y Hermanos míos caríssimos) os propongo este exemplar luminoso en estas siete vidas de nuestros hermanos todos de nuestra Provincia: y para que imitéis sus resplandores y os convirtáis en estrellas como ellos, sólo os propongo las palabras de oro de San León: “Quicumque (dice) in Ecclesia ita pié vivit, qui ea

²⁰ → Ovidio.

²¹ → Philipens. 2.15.

quae sursum sunt sapit, non quae super terram; Coelestis quodammodo instar est luminis. Et dum ipse hunc sanctae vitae nitorem servat, multis viam ad Dominum quasi stella demonstrat. In quo studio omnes (dilectissimi) vobis invicem prodesse debetis, ut in Regno Dei, ad quod recta fide, et bonis operibus pervenitur, sicut lucis filij splendeatis”²². *De esta suerte convertidos en estrellas por la imitación de estas vidas, espero, que sean para tí (Provincia mía) tus hijos innumerables estrellas, y semilla luminosa en la misma estrellada siembra Apostólica del Paraguay, pudiéndote yo decir, y prometer ya dichosamente desde ahora: “Suspice Coelum, et numera stellas, si potes; sic erit semen tuum!”*²³. *Y finalmente podré decirte con religiosa verdad lo que fue mentida lisonja de Marcial a la Augusta Casa, y Familia del Emperador Domiciano: “Templa Dijs, mores populis, dedit otia ferro, / Astra suis, Coelo sydera,serta Jovi”*²⁴. *Que tus hijos en el Paraguay darán nuevo lustre y culto a los Divinos Templos, “Templa Dij”: costumbres christianas a sus incultos pueblos, “mores populis”: paz en sus guerras, “dedit otia ferro”: nuevos astros y lucimientos a su Patria Cerdeña, “astra suis”: Estrellas innumerables de almas convertidas al Cielo, “Coelo sydera”: y otras tantas luzes por corona triunfante al Sol augusto de su nombre (mejor Divino Jupiter) Jesús: Sertá Jovi: ¡O!, así sea: y así lo haga el mismo Poderoso Señor; a quien suplica por tus mayores felicidades.*

Tu más amante Hijo, y Siervo en Christo
Antonio Machoni

²² → S. Leo Serm. De Epiphan. in fine.

²³ → Genes. 15 v. 5.

²⁴ → Martial. l. 9. Epig. 104.

**PROLOGO
AL LECTOR**

La utilidad importantísima de este tratado (Lector benévolo) te la insinuará, y aún persuadir a desde luego su espiritual heroico assumpto. Pues siendo este de las maravillosas vidas, y virtudes de los siete Varones Ilustres de nuestra Compañía de Jesús, 1. *El Venerable Padre Bernardino Tolo*; 2. *El Venerable Padre Lucas Quesa*; 3. *El Venerable Padre Juan Antonio Manquiano*; 4. *El Venerable Padre Juan Antonio Solinas*; 5. *El Venerable Padre Miguel Ángel Serra*; 6. *El Venerable Padre Joseph Tolo*; 7. *El Venerable Padre Juan Joseph Guillelmo*. Todos sardos de nación, y todos insignes Missioneros Apostólicos en las Jesuíticas Misiones de la América Española. Estaba sepultada su memoria en aquellas remotísimas regiones, sin que huviesse noticia; ni vizlumbre de sus virtuosas luzes en España, ni en su patria misma Cerdeña. Dolor agudo, y penetrante estímulo era este para mis zelosas ansias de su imitación. Por tanto he determinado, para que la logres tú, y mi Española Patria, y todo el mundo, darlas a la luz pública de él en este tratado, o por mejor decir, darle esta luz nueva, o iluminación al mundo con la noticia de estas siete antorchas de resplandecientes virtudes. Púsele por título: *Las siete Estrellas de la mano de Jesús*: aludiendo a aquellas siete, que vió San Juan resplandecientes en la mano derecha del simulacro de Jesús en su *Apocalipsi*. Cuya ajustada acomodación mística te dexo ya hecha en la Dedicatoria de esta obra. De donde conocerás ser título, no meramente especioso, sino congruente al assumpto. A que te añadido ahora, que siendo opinión hermosa, e ingeniosa de mi Docto Alcazar con muchos Intérpretes sagrados, que esas siete Estrellas aludían a los siete Planetas expressando en cada uno aquella virtud, a que inclina con su influxo: “*Ut in his septem stellis peculianter septem planetae considerentur, et in hac ipsa ad planetas allusione peculiaris est significationis elegantia*”²⁵: Me ha parecido no omitirte esta elegante proprísima aplicación. Pues, si bien lo adviertes, en los siete Planetas *Sol*, *Luna*, *Venus*, *Jupiter*, *Saturno*, *Mercurio*, *Marte*, verás significados con claro indicio de luz a nuestros siete Ilustres Varones: En *el Sol* al Venerable Padre *Bernardino Tolo* por su fervor ardentísimo; En *la Luna* al Venerable Padre *Lucas Quesa* por su apacible semblante y atrac-

²⁵ → Alcaz. in Apoc. C. I. v. 16. p. 236. D.

tivo con los Infieles; en *Marte* al Venerable Padre *Juan Antonio Manquiano* por su invicta constancia, y estrenuo valor en los trabajos, y persecuciones; en *Venus* al Venerable Padre *Juan Antonio Solinas*, por su amante caridad; En *Jupiter* al Padre *Miguel Ángel Serra* por el rayo ardiente de su Apostólico zelo; En *Saturno* al Venerable Padre *Juan Joseph Guillelmo* por su admirable paciencia, y mortificación; y finalmente en *Mercurio* al Venerable Padre *Joseph Tolo* por su prudencia celestial en convertir, y guiar almas para el Cielo. Pero advierte, que el primero el *Padre Bernardino Tolo*, no sólo por ser primero, es digno de compararse con el primero de los planetas; sino también porque siendo ciego de la vista, supo darla a los demás, alumbrándolos, y guiándolos como lo hace el Sol: pudiéndole yo aplicar el geroglífico, y trobar los versos, que hizo un moderno a una semejante vista ciega, y lince:

“Sol, oculus mundi, coecus licet omnia lustrat.

Coecus et illustrans omnia, qualis erit?

Sol nihil ipse videns, omnes facit esse videntes.

Tolo Tucumanis sic fuit ipse viris”.

Por eso lo pongo primero, y como guía de los demás.

El estilo de este tratado es claro, y breve, como lo piden las reglas del Historial. Pero por estas mismas es en todo arreglado a la verdad de los sucesos, personas, lugares, y tiempos. Assí como sacado puntualmente de nuestras *Letras annuas* de aquella Provincia para Roma: en las cuales se observa una Religiosa fidelíssima verdad. En lo que ha puesto de suyo mi industria, y trabajo, tendrás (Lector mío) mucho que censurar; pero todo es digno del perdón; siquiera por el buen ánimo, y motivo provechoso para ti mismo, que me ha estimulado la pluma. Y es: que aquella prerrogativa (que notó San Máximo) de las vidas, y virtudes de los Varones Justos, conviene a saber: “*Plures relinquere suarum virtutem successores*”²⁶; se logre en tí, y en todo el mundo, a mayor honra, y Gloria de Nuestro Señor Dios, y Capitán Divino Christo Jesús. *Vale.*

²⁶ → *Ex ser. S. Max.*

PROTESTA DEL AUTOR

Tratándose en esta obra las virtudes de los siete Varones Ilustres de su Assumpto de propósito; y de passo las de algunos otros sugeridos, a quienes hace venerables el buen olor de santidad, pero aún no están colocados en el número de los Santos: protesto, conforme a los Decretos de los Summos Pontífices, que en esto sólo se debe dar a quanto digo aquel crédito, que se merece una piadosa fe humana; sin intentar prevenir el juicio de la Santa sede Apostólica Romana: a cuya corrección, y obediencia en todo rendidamente, como reverente hijo, me sujeto.

CENSURA del Padre Christoval de Palma de la Compañía de Jesús, Maestro, que ha sido de Rhetórica en los Colegios de Málaga y Morón y de Philosophía en el de San Hermenegildo de Sevilla: de Theología en los de Cádiz y Córdoba y Examinador Synodal del Obispado de Cádiz, etc.

Obedeciendo a la comission, y orden del Sr. Don Francisco Miguel Moreno Hurtado, Prebendado de la Santa Iglesia de Córdoba, Examinador, y Juez Synodal, Provisor, y Vicario General en ella, y su Obispado, etc. He visto este Libro intitulado *Las Siete Estrellas de la mano de Jesús*, etc. que quiere dar a luz el Padre Antonio Machoni de la Compañía de Jesús, natural de Cerdeña, Rector del Colegio Máximo de Córdoba del Tucumán, y Procurador General a Roma por su provincia del Paraguay, etc.

Debo decir: que no he reconocido en él cosa alguna, que se oponga a las verdades de Nuestra Santa Fe Cathólica, ni a las buenas costumbres. Antes sí muchas dignas de una crecida alabanza. Y si esta no se disminuyera en mis labios (tan propios del Autor: "*Laus in proprio ore vile scit*") dixera: que su estilo es en su línea historial qual lo quería y requería Casiodoro: "*Planus, doctus, dulcique brevitare perspicuus*"²⁷. Terso en las frasses no affectadas, o ásperas, *Planus*: docto en las sentencias oportunas, y eruditas, *Doctus*: y dulce en sus breves, y claros periodos, "*dulcique brevitare perspicuus*". Y aunque alguno pretendiera disminuir esta alabanza, atribuyéndola toda al Escritor primero de estas vidas separadas, que es el Coronista de aquella Religiosíssima Provincia, le respon-

²⁷ → *Casiód. lib. I. De Div. lect. C. 21.*

dería yo, que no es menos loable el Autor, que las limó, las unió, y coordinó para la Prensa; y es el que en ella, y por ella las da a la luz pública del mundo. Es lo que dixo Simaco en tiempo de San Ambrosio: “*Quodam pacto societatem laudis affectat, qui aliena bene dicta primus enuntiat*”²⁸. Y lo pudiera haver dicho del mismo Santo Doctor Ambrosio; pues en la Iglesia, y en el Orbe literario mereció casi los mismos elogios, que San Basilio por el libro del *Examerón*; no por otra razón, sino sólo porque lo que Basilio había trabajado para los Griegos, lo publicó Ambrosio en Italia, y lo sacó a luz al resto de la Europa. Y San Juan Chrisóstomo llegó a decir de Nabucodonosor²⁹, que había hecho una obra Evangélica, en haver publicado por las Provincias de Asia un rescripto del conocimiento del verdadero Dios; siendo assí, que no lo compuso él, sino el Propheta Daniel: de manera, que por sólo dar a luz, y dilatar un desvelo ageno, se apropió la alabanza de un hecho Apostólico. El padre Machoni en esta obra descubre bien su Apostólico zelo, y su zeloso espíritu de la imitación de las virtudes de los claros Varones, o ilustres virtuosos Jesuitas, que pública. Y pudiera yo por esso alabarlo aquí mejor, que Plinio a Ticinio Cábito: “*Est omninò Capitonì in usu claros viros colere. Mirum est qua religione quo studio imagines Brutorum, Casiorum Catónum domi, ubi potest habet. Item clarissimi cujusque vitam egregijs carminibus exornat*”³⁰.

Pues executando lo mismo en esta obra, consigue (sin querer) el Autor, que se hagan patentes, y públicas sus muchas virtudes propias, quando assí desea, que se publiquen las agenas. “*Scias ipsum*” (prosigue el mismo Plinio) “*pluribus virtutibus abundare, qui alienas sic amat. Redditus est L. Sillano debitus honor, cujus immortalitati Capito prospexit pariter, et suae*”. Y concluye dando por razón: que no es cosa más honrosa tener puesta Estatua en la Plaza de Roma, que el hacer poner allí la de otro. “*Neque enim magis decorum, et insigne est statuam in foro populi Romani habere, quam ponere*”. No diría yo otro tanto del Autor, que saca a luz las vidas de estos siete Varones esclarecidos: más si el supremo juicio de la Iglesia les decretasse alguna vez Estatuas de veneración pública en la Plaza de Roma; diría, que desde ahora se ha grangeado este Autor un honor insigne, un gran decoro (aunque no igual) en

²⁸ → *Simac. lib. 1. Epist.*

²⁹ → *Chrysost. tom. 5.*

³⁰ → *Plin. l. I. Epist. Titiano.*

haber contribuido con este glorioso trabajo a la gloria, y exaltación de esas Estatuas. Esto sí diría: pero ya no digo más, por no exceder los límites de Censor, que se me prescriben, y por no sonrojar la modestia del Autor.

A quien por todo lo dicho, juzgo, que se le debe dar la licencia, que pide para imprimir esta obra. Assí lo siento, *salvo meliori* etc. En este Colegio del Señor Santiago el Mayor de la Compañía de Jesús de Cádiz, a 15 días del Mes de Abril de 1732.

Christoval de Palma

APROBACIÓN DEL M. R. P. DIEGO VÁZQUEZ DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS MAESTRO DE PRIMA DEL COLEGIO DE SANTA CATHALINA DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA ETC.

Muy Poderoso Señor

De orden de Vuestra Alteza He visto un Libro intitulado: *Las siete Estrellas de la mano de Jesús*: y es un tratado histórico de las exemplares vidas de siete Varones Ilustres de la Compañía de Jesús, naturales de Cerdeña, y Misioneros del Paraguay. Su Autor el Padre Antonio Machoni de la misma Compañía, Rector del Colegio Máximo de Córdoba de Tucumán, y Procurador General a Roma por su Provincia del Paraguay. Y desde luego reconocí la propiedad del Título, y utilidad de esta Obra. La propiedad del Título; porque los que dedicados al bien, y enseñanza de muchos, por el mismo caso, mientras viven, son como Estrellas: "*Qui ad iustitiam erudiunt multos, quasi stellae*"³¹ consumen el *como*, o el *quasi* con la muerte, y quedan Estrellas puras, quando dexando de ser errantes en la tierra, se fixan en el Cielo: "*Ecce*" (dixo de los Santos del viejo Testamento, quien sabía muy bien lo que decía) "*quam fulgentes stellas in Coelo cernimus, ut inoffenso pede operis iter nostrae noctis ambulemus*"³². Y si las Estrellas, de que trata esta Obra, se llaman *de la mano de Jesús*, es porque ellas siempre con lengua de luz se publicaron especialmente formadas, y de este lu Sol enriquecidas,

... "*Solemque suum sua sydera norunt*"³³.

Y por lo mismo debieron con feliz antonomasia llamarse Estrellas de Jesús,

... "*Felicesque Jovis stella*"³⁴.

Reconocí también la utilidad de la Obra, porque "*semper operae pretium fuit, illustres Sanctorum scribere vitas, ut sint in speculum, et exemplum ad quoddam veluti condimentum vitae hominum super terram*"³⁵.

Más porque el útil contenido de un Libro es el alimento, con que a los lectores se convida, para el provecho, y que por tanto no se recibe, si no lo prueba el gusto, y lo aprueba (por lo que es el

³¹ → *Dan. 12. 3.*

³² → *D. Greg. Magn. Moral. C. 10.*

³³ → *Virg.*

³⁴ → *Propert. lib. 4.*

³⁵ → *D. Bern. in Praefat. vit. S. Malach.*

condimento tan difícil, quanto delicados, o groseros los paladares) supo el Autor diestramente sazonar toda la Obra con variedad de lances, y sucessos, que para todos, sobre útil, fuesse también delectable, pues aunque muchos de los acontecimientos, que refiere, fueron amargos a la experiencia, aún estos a la lección son sabrosos, puesto que “*Nihil est aptius ad delectationem lectoris, quam temporum varietates fortunaequae vicissitudines: quae et si nobis optabiles in experiendo non fuerunt, in legendo tamen erunt iucundae*”³⁶.

Y para decirlo todo de una vez, digo que tiene esta Obra todas las buenas calidades, que se buscan en un Libro, que ha de ponerse a los ojos de todos: y assí no contiene cosa alguna contra la Fe, y buenas costumbres, derechos de la Monarchía Española, y Regalías de su Magestad; antes se merece la luz pública.

Assí siento, *Salvo meliori*, en este Colegio de Santa Cathalina de la Compañía de Jesús de la Ciudad de Córdoba, en 23 de Abril del Año de 1732.

Diego Vázquez

³⁶ → Cic. *Luccio Famil.* 5.

LICENCIA DE LA RELIGION

Gerónimo de Hariza Provincial de la Compañía de Jesús en la Provincia de Andalucía, por la facultad a Nos concedida de N. M. P. Francisco Retz Prepósito General, damos licencia, para que se imprima un Libro, cuyo título es: *Las siete Estrellas de la mano de Jesús*, compuesto por el Padre Antonio Machoni de nuestra Compañía atento a que ha sido visto, y aprobado por un sugeto docto, y pío de nuestra Compañía. Dada en Cádiz a 16 días del Mes de Noviembre de 1731.

Gerónimo de Hariza

LICENCIA DEL ORDINARIO

Nos el Doctor Don Francisco Miguel Moreno Hurtado, Prebendado de esta Santa Iglesia Cáthedral, Provisor, y Vicario General de este Obispado por el Illustrísimo Señor Don Thomás Ratto, y Ottoneli, Obispo de Córdoba, y Asistente del Solio Pontificio etc. Haviendo visto la Aprobación, y Censura dada de Comisión nuestra por el M. R. P. M. Christobal de Palma de la Compañía de Jesús, sobre el Libro intitulado: *Las siete Estrellas de la mano de Jesús*, que ha compuesto, y saca a la luz el M. R. P. Antonio Machoni, Procurador General a Roma por su Provincia del Paraguay de la misma Compañía etc. y constando por ella no tener cosa, que se oponga a nuestra Santa Fe, y buenas costumbres, damos licencia, para que se imprima en qualquiera de las Imprentas de esta Ciudad. Dada en Córdoba, a 9 de Noviembre de 1731 años.

Doct. Don Francisco Miguel Moreno Hurtado
 Por mandado del Señor Provisor
Alonso Joseph Gómez de Lara

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene privilegio del Rey Nuestro Señor el Padre Antonio Machoni de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio Máximo de Córdoba de Tucumán, y Procurador General a Roma por su Provincia del Paraguay en las Cortes de España, y Roma, etc. para poder imprimir por tiempo de diez años, un Libro, que ha compuesto, cuyo Título es: *Las siete Estrellas de la mano de Jesús*, y para que ninguno en el tiempo susodicho lo pueda imprimir, ni vender sin su licencia. Como más largamente consta de su Original hecho en Madrid ante Don Miguel Fernández Munilla Escribano de su Magestad, a 14 de Marzo de 1731.

TASSA

Tassarón los Señores del Consejo este Libro, cuyo título es: *Las siete Estrellas de la mano de Jesús*, a seis maravedís cada pliego, como más largamente consta del Testimonio, que dio Don Miguel Fernández Munilla.

ESTRELLA PRIMERA
CAPÍTULO I
VIDA DEL VENERABLE PADRE BERNARDINO TOLO

§ I
*SU PATRIA, ENTRADA EN LA COMPAÑÍA,
Y SUS PRIMEROS MINISTERIOS EN LAS INDIAS,
HASTA PERDER LA VISTA CORPORAL*

El primer astro Jesuita con que la observantísima Provincia de Cerdeña ilustra a esta del Paraguay para grande gloria de Nuestro Señor, y bien de las almas, es el Venerable Padre Bernardino Tolo. Nació este insigne Varón en la nobilísima Ciudad de Cállor Cabeza de aquel Reyno el año de 1580. De su niñez, y primeros años no se sabe cosa particular; pero sí se infieren estos por el resto de su vida fueron sin duda sus primeros passos muy ajustados, pues les correspondió vida tan inculpable, y fervorosa. Estudió Gramática, y letras humanas en las Classes de la Compañía, y perfeccionado en ellas oyó allí mismo el curso de Artes. En este tiempo desengañado de las vanas esperanzas, que promete el mundo a sus amadores, se sintió movido a abrazar estado más perfecto, y no haziéndose sordo a la vocación divina, abrió las puertas de su alma al Señor, que le llamaba a su santa Compañía: pretendió con empeño le admitiesen nuestros Superiores, y lo alcanzó felizmente siendo recibido en ella el año de 1612 a los veinte y tres años de su edad. Tuvo su noviciado con gran fervor, como quien entró tan desengañado, y hechos los primeros votos leyó letras humanas tres años con entera satisfacción en los Colegios de Alguer, y Cállor, donde prosiguió oyendo la Theología sin descaecer jamás de los primeros fervores por la aplicación al estudio. Al fin del quarto año aportó a Europa el Padre Francisco Vázquez Truxillo Procurador de esta Provincia del Paraguay para conducir operarios, que se empleassen en la conversión de los Indios Guaranís, a que se daba entonces feliz principio. Havía solicitado con ardor años antes el Padre Bernardino ser destinado para las Misiones de Indias, y con el arribo del nuevo Procurador del Paraguay crecieron sus desseos, que bueltos a manifestar a Nuestro Padre General Mucio Viteleski (como los acreditaba de verdaderos, y muy sólidos la pretensión de tantos años juntos con su ajustado proceder, y notorio fervor) merecieron feliz despacho assignándole su Paternidad para la Misión, que se destinaba a esta Provincia. Embarcóse luego

para passar a Lisboa, donde se juntaron otros veinte y un sujetos muy escogidos todos de las Provincias de España, con quienes se hizo a la vela por Enero de 1622 y navegaron prosperamente sin experimentar las borrascas y tempestades, que suelen ser pensión precisa de tan largo viaje, que dura tres, quatro, y cinco meses, aunque para ser este en todo singular, sólo duró dos, dando fondo en el Puerto de Buenos Ayres en el día de San Gregorio, dichosísimo para toda la universal Compañía, por haver visto en él solemnemente canonizados a nuestro Gran Patriarca San Ignacio, y al nuevo Thaumaturgo San Francisco Xavier. Venían en esta Misión aventajados sujetos, quales fueron los Vuestros Padres Osorio, y Espinosa Mártires de Christo, Francisco Díaz Taño, Juan Suárez de Toledo, Francisco Ximénez, Andrés Valera, Pedro Alvarez, Christoval de Acuña (el que navegó el Marañón) y otros, cuyos heróicos hechos ocupan lugar muy principal en los Anales de esta Provincia; pero entre todos se distinguía, y campeaba superior el fervor de nuestro Padre Tolo, del qual prendado el Padre Pedro de Oñate, segundo Provincial del Paraguay, fue el único que por entonces destinó para ayudar a la conversión de los Guaranís. Despachóle a las Misiones en Compañía del Vuestro Padre Antonio Ruíz de Montoya, que a la sazón havia llegado a Buenos Ayres conduciendo la música de Indios para recibir con la mayor solemnidad a los reciénvenidos Missioneros. Y para que se vea el alto concepto, que desde luego formó del Nuestro el doctísimo Provincial Oñate, copiaré aquí un capítulo de carta suya escrita desde aquel puerto en 4 de Abril de 1622 al Padre Diego de Boroa Superior de las Misiones del Paraná, en que le dize así: “Debemos celebrar en nuestros corazones *hymnis, et canticis spiritualibus* el decreto de la Canonización de nuestros Santos, y la mucha, y muy lúcida gente de la Compañía, que nos ha venido de España. De ellos no vinieron más de seis Sacerdotes, y habiendo tanta necesidad en la Provincia, no he podido señalar para essas Misiones sino uno, que es el Padre Bernardino Tolo; pero tan escogido sujeto, que vale por muchos, y de su mucho espíritu, y zelo nos prometemos todos, que ha de ser un Varón verdaderamente Evangélico. *Suscipe ergo illum ut viscera mea in Christo Jesu*, y hágame lo Vuestra Reverencia gran Obrero de las almas poniéndole luego en donde aprenda la lengua con mucho fervor en el puesto, que pareciere más a propósito, y tenga Vuestra Reverencia grande cuidado en su consuelo, que lo merece mucho”. Assí sentía aquel

insigne Varón del zelo de nuestro Padre Tolo, aún quando no había visto más que los primeros indicios: que diría después que empezó a señalarse en toda esta Provincia, donde fue celebrado siempre por uno de sus más insignes Operarios, como ir a manifestando el discurso de su vida Apostólica.

Embarcóse pues para sus desseadas Misiones en Compañía del Venerable Padre Antonio Ruíz, y en el viage tuvieron sobrada materia para exercitar la Caridad con los Indios, que adolecieron del maligno contagio de viruelas. No pudo el Padre Tolo asistirles en lo espiritual de confesarlos, por ignorar su idioma; pero les acudió en administrarles los demás Sacramentos, y como si fuera Madre amorosa con gran solicitud en todo lo demás, que conducía a su alivio, y consuelo afligiéndose compassivo de verlos padecer, y a no pocos morir, porque la falta de regalo, y abrigo originada de su pobreza, y desnudez burlaban las diligencias de los Padres, y les ocasionaba la muerte. El tiempo, que le sobró de tales ocupaciones, se aplicó con tesson a aprender la lengua Guaraní, que es sobremanera difícil, y más sin comparación entonces que se carecía del subsidio de los artes, que después se formaron, y han facilitado su estudio; pero con su buen ingenio, estudiosa aplicación, y principalmente con la dirección del Venerable Padre Antonio Ruíz Maestro el más perito en esse Idioma, pudo hazer conocidos progressos en su inteligencia. Llegó finalmente a las Misiones centro de sus desseos, y blanco, a que había mirado en desterrarse de su Patria: perficionóse en la inteligencia del idioma Guaraní de manera, que en breve pudo ser señalado por compañero del Venerable Martir Padre Pedro Romero, que estaba a la sazón en la Reducción de Ytapuá disponiéndose para una nueva empresa de convertir los Infieles del Yañá, y fundar allí una nueva Reducción. Era esta Misión pretendida de todos nuestros Misioneros por razón de que en los remotos Pueblos de dicho río Yañá había número grande de almas, en cuya conversión se aseguraba el franquear una puerta muy ancha para propagar el Evangelio: por este motivo, y por la esperanza de tener abundante cosecha de trabajos había tantos pretendientes, que suspiraban con ansiosos desseos por ser destinados a esta empresa; pero aunque recién llegado nuestro Padre Tolo formaron de su fervor, y zelo tan alto concepto ocho Padres, que se hallaban a la sazón en la Reducción de Ytapuá, que cedieron gustosos, para que fuesse preferido en la assignación, aprobando la que hizo de su persona el Venerable Padre Marcel

de Lorenzana Rector del Collegio de la Assumpción, a cuyo dictamen se remitió la disposición de esta empresa, y la elección de los que havían de ir entre tantos pretendientes. Lleno de gozo por ver cumplidos sus desseos se dispuso haciendo por algunos días los ejercicios espirituales de nuestro Padre San Ignacio en el interin, que los padres Pedro Romero, y Diego de Boroa Superior de las Misiones iban a explorar la tierra del Yañá, y disposición en que para recibir la Fe se hallaban los Caziques de la comarca. Acabados los ejercicios, no estuvo ociosa la Caridad de nuestro Padre Tolo en Ytapuá, porque corría en aquel Pueblo una epidemia, con que el Señor exercitaba a sus moradores, y la exercitó en curar, y consolar a los enfermos, y en administrarles los Santos Sacramentos, que en recibéndolos morían muchos, y entre ellos algunos viejos de noventa, y cien años, a quienes havia conservado el Señor tan larga vida en medio de sus guerras, y debates, para que lograsen morir entre los Christianos, bautizándolos el Padre Bernardino con grande consuelo de su espíritu.

Aumentósele este con la feliz suerte, que logró por su medio una India Cathecumena por modo bien raro, sin recibir el Bautismo, no sé por qué causa, se bolvió esta India a su tierra bien distante de Ytapuá adonde havia venido desseosa de ser instruida en los misterios de nuestra Santa Fe. Assaltóle allí la enfermedad de la muerte, de que apretada rogó con instancia a sus parientes, la bolviessen a donde residían los Padres, porque carecía de todo consuelo al verse tan distante de ellos sin ser bautizada. Sus parientes eran aversos a nuestra Religión Cathólica, y professaban capital enemistad a los Padres, porque la pretendían bautizar, por cuya causa estuvieron tan lejos de quererla llevar a Ytapuá, que poniéndose ella en camino, no quisieron darle ni comida, ni embarcación, en que pudiesse ir. Estas dificultades para menor fervor, que el de esta dichosa Cathecúmena fueran remora, que o retardaran su viage, o la precisaran a desistir del empeño, en que consistía su felicidad; pero a ella le impidieron con más fuerza a solicitar su remedio, porque con caricias recabó de su marido la baxasse por unas grandes sierras más de una legua hasta la ribera del gran Río Paraná, donde bien acaso le deparó el Cielo una canoa, y a pesar del demonio, y de la parentela sin tener bocado de comida para sustentar la vida, se embarcó en ella; y anduvo quinze leguas río abajo hasta la Reducción de Ytapuá, donde aportó lloviendo actualmente, helada de frío, y casi muerta, pero muy alegre de verse donde podía

alistarse entre los hijos de Dios por medio del Santo Bautismo. No causó inferior alegría a nuestro Padre Tolo, que catequizándola de nuevo le administró aquel Sacramento, y luego que le recibió, voló la dichosa India al Paraíso.

Al cabo de un mes dio la buelta del Yañá el Padre Boroa, y al punto se partió el Padre Tolo a acompañar en la nueva Reducción al Padre Romero, que le recibió con demostraciones de extraordinaria alegría por la estimación, que en pocos días, que le trató en Ytapuá, había concebido de su fervor. Las mismas hicieron los Indios con fiestas, y regocijos a su usanza, según permitía la corteidad de un Pueblo, que apenas contaba mes desde su fundación. La vivienda que en él había, era poco menos que el campo raso, pues toda se reducía a una casa pagiza, que formaron los Indios de prestado. El sustento muy escaso, porque la epidemia que acababa de correr por el Paraná, les había impedido recoger las mieses. El sitio mal sano, porque para dar gusto a los infieles, se había acomodado el Padre Romero a fundar en un paraje de temple enfermísimo a causa de las nocivas nieblas, que en él Reynaban, porque vivía en él un Cazique de gran seguito con sesenta familias, hallándose otras quatrocientas, que componían el Pueblo esparcidas por espacio de siete leguas en contorno, cercados de lagunas, y poco menos que sepultados en espesísimos bosques llenos por todas partes de malezas, y espinas. Todo esto aumentaba las incomodidades anexas a las nuevas fundaciones; pero los dos fervorosos Misioneros en nada reparaban, a trueque de ganar aquellas almas para Jesús Christo. Corrían de continuo todo el territorio para administrar el Bautismo a los infantes, instruir a los niños, catequizar a los adultos, visitar a los enfermos, entablar a todos en vida Christiana, y aún política, y no menos para oponerse con denuedo a las trazas diabólicas de los magos, y hechizeros, por cuyas persuassiones pretendía el infierno destruir quanto trabajaban los Padres, y hacer se frustrassen sus Apostólicas fatigas.

Del tiempo que por la noche les sobraba de estas penosas tareas la mayor parte empleaban en larga, y prolija oración, y muy poco en el reposo necesario a sus fatigados cuerpos. A tanto afán de los dos Operarios Evangélicos correspondía el fruto colmado en la conversión de todos aquellos bárbaros, y no se debe omitir por el menos importante, que mediante la caridad de los Padres Romero, y Tolo, se facilitó la conversión de otras innumerables almas. Había intentado dos vezes el Padre Diego de Boroa la reducción a la Fe de los

moradores del Yguazú; pero siempre sin fruto, porque defendidos con un salto de más de diez estados, que hace aquel río, tenían cerrada totalmente la puerta a la comunicación de gente estraña, por estar situados sus pueblos más arriba de aquel precipicio, teniendo hechada en la parte superior del río puente levadiza de canoas, para en caso que salvando el passo por tierra, y passando una legua de bosque impenetrable se evadiesse el riesgo de aquel precipicio, estuviessen seguros de qualquier estraño acometimiento, pues retirando las canoas, que formaban el puente, imposibilitaban el transito a sus pueblos. Eran enemigos declarados de todo estrangero, y hasta entonces no havía penetrado a aquel País Español alguno, antes eran aborrecidos de los Paisanos, como enemigos capitales de su libertad. Assí que eran feroces, intratables, y aún caribes, pues la vianda más sabrosa, y regalada en sus banquetes, era la carne humana. Con tan fuertes cerrojos tenían cerradas las puertas para su bien: con que por más diligencias, y trazas de que se valió el Padre Boroa en las dos ocasiones para romperlos, fueron todas inutilis, antes bien positivamente le rechazaron, negándole resueltamente el passo para sus tierras, y saliendo armados a estorvarsele. Aumentóse más la dificultad de conseguir tan santo intento, porque corriendo voz en aquella Comarca de que el Governador del Paraguay Don Manuel de Frías, quería venir a visitar nuestras tres Reducciones del Paraná, que pertenecíana su jurisdicción, se sobresaltaron grandemente todos los infieles, como si el Governador viniera a privarles de su libertad, y reducirlos a miserable esclavitud: esforzaron esta voz todos los hechizeros para arredrarlos de que se hiciessen Christianos, y lograron por entonces su designio en los del Yguazú: porque confederándose en favor de su libertad con los que vivían más abajo de Ytapuá hazía las Corrientes, estaban tan lexos de admitir Padres en su tierra, que antes trataban con ardor de asolar las Reducciones fundadas, y desterrar, o matar a los Missioneros, y llegó a tal extremo el susto concebido de esta conjuración en la Ciudad de las Corrientes, que a toda prisa cercaron los Españoles su Ciudad, y se pusieron en armas para la defensa. Crecieron tanto las dificultades de la conversión del Yguazú, para que fuesse más esclarecido el triunfo, que consiguió la caridad de los dos Padres Romero, y Tolo: porque en coyuntura tan peligrosa arribaron al Yañá arrojados de una tormenta dos Caziques del Yguazú, y fueron tan bien acogidos de los Padres con tales demonstraciones de amor, que bueltos a los suyos ya trocados por la caridad en otros hom-

bres, les hicieron desistir, y apartarse de la alianza con los infieles de la parte inferior del Paraná, con lo qual cessó el peligro de la Ciudad de las Corrientes, y de las nuevas Reducciones: y fuera de esso quedaron tan aficionados a la ley Evangélica, que recelándose antes de los Padres, como exploradores, y guías de los Españoles, que pretendían despojarles de la libertad, ahora y a los deseaban en sus tierras con ansia, para abrazar la Ley de Christo: con que pudo penetrar a aquel País el Padre Boroa para empezar a disponer su conversión, la qual bien que no se logró por entonces por la obstinada oposición de un diabólico Cazique el más poderoso de todo el Yguazú, llamado Taupá, gran ministro del demonio; pero perdieron el miedo a los Padres, que era el mayor embarazo, y se dio este primer passo, de que se ocasionó después su reducción a la Fe.

Como eran tan grandes las incommodidades que padecíanlos dos Misioneros del Yañá, y tan excessivo el trabajo en temple tan maligno, se debilitó de manera la salud del Padre Tolo, poco robusto, que fuera de otros achaques, que contrajo, llegó a perder del todo la vista, desgracia que no sé quién la sintió más, si el Padre Tolo, que la padecía, o su santo Compañero, que le amaba en Christo con gran ternura, ya quien llegó al alma este golpe, como testifica el Padre Boroa, que llegando al Corpus (assí se llamaba, y llama hasta hoy aquella Reducción del Yañá) dos días después que salió de allí el Padre Tolo para curarse en Ytapuá, dice, halló al Padre Romero traspasado de intensísimo dolor, y pena por la perdida de la apreciable vista de su Compañero. Ni fue inferior el sentimiento de los Indios fieles, e infieles de aquel pueblo, cuyas voluntades se havia robado con su grande, y ardiente caridad, amándole como a Padre amoroso de tal manera, que muchos años después conservaban muy fresca la memoria de su buen Padre Bernardino. Haviendo, pues, asistido quatro meses en el Corpus, se retiró de orden de los Superiores a Ytapuá, para probar si con la mudanza del temple, y cessación de trabajo, fomentado de algunos remedios, recobraba la vista. El tiempo que allí se detuvo, le iban a visitar con frecuencia los Indios más principales del Corpus, acompañados de sus mugeres, con estar casi veinte leguas distantes, que tan grande era el amor que le haviam cobrado. Aplicáronse las medicinas, que ofrecía la cortedad de la tierra, e ingeniaba la caridad de los Commissioneros; pero ninguna surtió el deseado efecto, porque quería el Señor ponernos a la vista en el Padre Tolo otro nuevo Thobías, que ciego edificasse tanto, y obrasse como pudiera gozando de la vista más aguda, y perspicaz.

§ II

*PASSA AL COLEGIO DEL PARAGUAY,
DONDE EXERCITA CIEGO CON GRAN FRUTO
NUESTROS MINISTERIOS*

Compassiva la caridad de los Superiores del trabajo del buen Padre Tolo, no quisieron dexar de probar medio, para probar si se le podía restituir la vista: sentían mucho se inutilizasse a su parecer un sugeto, de cuyo fervor, y zelo esperaban grandes cosas para gloria de Dios, y beneficio de las almas. Estas esperanzas no salieron vanas; pero sí los remedios. Para probarlos, le mandaron conducir al Colegio, que tenemos en la Ciudad de la Assumpción, Capital de la Provincia del Paraguay, donde esperaban, se podrían hallar más eficazes, que los aplicados en el retiro, y desamparo de las Reducciones; pero aunque con ellos experimentó alguna mejoría, fue tan tenue, que apenas le quedaron algunos vislumbres de vista para ver muy de cerca con increíble trabajo, y aún estos le duraron pocos años, bolviendo a cegar totalmente por toda la vida, y viviendo muy conforme, y alegre con este trabajo, sin haver salido de aquel Colegio por espacio de quarenta y tres años, excepto los nueve meses, que por la violencia de cierto Prelado estuvieron los nuestros desterrados de aquella Ciudad, como diremos. Llevaban al Padre Tolo los Superiores al Paraguay, para que sanasse de la cegüera corporal en la quietud de aquel Colegio; pero Dios nuestro Señor trazaba, y disponía su ida, para que a pie quedo sanasse a muchos ciegos en el alma, que llegaban a sus pies con gusto, y sin empacho de ser conocidos a buscar el remedio de su espiritual ceguera, y también para que con la perspicacia de su acertada dirección sirviesse de guía en el camino de la perfección a muchas almas justas, a quienes grandemente aprovechó.

Mal hallado siempre con el ocio este ciego vidente, como llamaban al otro de Alexandría, se aplicó con indecible tesón al Confessionario, y aun al Púlpito valiéndose para este ministerio de quien le leyese algún libro, y era cosa admirable oírle predicar con grande energía, como si hubiera estudiado mucho tiempo con la mayor aplicación, y desvelo; pero ayudado de su elocuencia, y favorecido del Señor, con quien comunicaba continuamente en la oración, se hallaba dispuesto fácilmente lo que había de decir para provecho de los oyentes. Predicaba con admirable claridad para ser entendido de todos, sin divertirse a cosas inútiles,

sino hablando siempre muy al alma, y tocando con zelo, y caridad en lo vivo de los vicios, sin lastimar a los viciosos, a quienes hacía despertar a nueva vida, como si recordaran de un profundo letargo, que según decían muchos, les tenía pribados de sentidos: de sólo un Sermón, que predicó en la Catedral, desembolviendo para sacarlas a la vergüenza algunas culpas, que estaban solapadas, afirmó después persona de todo crédito, que lo supo bien, se havía seguido mayor fruto, que de quantos Sermones morales se havían predicado todo aquel año en la Ciudad. En el Confessionario hizo singular fruto tomándole Dios por instrumento para grandes conversiones de pecadores desbaratados, y perdidos: contentaréme con referir de muchos, que pudiera, sólo algunos casos. Huvo cierto Indio, que por espacio de quarenta años se havía entregado a todo género de torpezas, y vicios abominables en este genero: andaba fugitivo de su pueblo, donde havía sido discípulo de un gran ministro del demonio, e insigne hechizero, que una o dos vezes le señaló, y marcó en las espaldas, como a devoto suyo aficionado, e hizo con él sus diabólicas ceremonias para inaugurarle, o graduarle de Mago. Estaba endurecido su corazón, sin dar oídos a las voces de su conciencia, hasta que oyendo a nuestro Padre Tolo un Sermón de la misericordia de Dios, ponderando quan pronto está siempre a perdonar sus injurias a quien se arrepiente de veras por graves, y enormes que hayan sido, concibió vivas esperanzas de alcanzar perdón, para lo que resolvió confessarse quanto antes con el Predicador, porque así cessaba la vergüenza que le havía retrahido de llegarse a descubrir con otros: examinó menudamente su conciencia, y fuesse a hechar a sus pies llorosos, y arrepentido, y con singulares muestras de dolor le manifestó el lamentable estado de su pobre alma, pidiéndole remedio: hallóle qual deseaba, porque se le aplicó diestro el Padre Bernardino tal, y tan bueno, que perseveró con grande exemplo en la mudanza de vida hasta la muerte.

Refirió este Indio quan bien le havía ido con el Padre Tolo a otro tan perdido como él, e igualmente escandaloso: movido de Dios, y de la noticia de su amigo, se fue a hacer con el Padre una confesión muy cumplida con grandes señales de contrición, y le entregó una bolsa llena de polvos, que le havía dado el diablo, para quitar la vida a quantos se le antojasse. Otras dos personas conservaban un odio capital contra sus enemigos, a quienes machinaban dar muerte violenta, por lo qual muchos años antes havían dexado

la confesión, y comunión, porque con ser de rotas costumbres, no osaban confessar, y comulgar en pecado, pues estaban siempre resueltos a executar su alevosía. Súpolo el Padre Bernardino por noticia de persona, con quien descubrieron su dañada intención, para hacerle complice en el delito, y les habló con tan poderosa eficacia de razones, que se reduxeron a perdonar de corazón sus agravios, e hicieron con él mismo una confesión general de sus culpas muy arrepentidos de su vida passada. Más atrevida que estos dos había andado una India, pues aunque al parecer de los hombres procedía loablemente, en los ojos de Dios, era muy al contrario, porque habiendo cometido en su juventud una flaqueza, fue tanto el horror, que tuvo de descubrir su pecado, que le pareció más fácil aumentar el motivo de su vergüenza (añadiendo los sacrilegios de treinta años en que por conservar crédito de virtuosa confessaba, y comulgaba a menudo) que aplicar el remedio de manifestarla una vez para sanar el alma: a la manera de aquellos enfermos, que conciben tal horror a alguna medicina, que se entregan en manos de la muerte por no tomarla. Oyó predicar al Padre Tolo del infeliz estado, a que se reducen los que callan pecados por vergüenza en la confesión, y le llegaron a penetrar sus razones con tal fuerza, que se resolvió a salir luego de su mala vida, para lo qual se determinó a buscar la salud en el mismo, que la había herido, manifestándole enteramente toda su conciencia con gran confianza por advertirle ciego, y que no la podía conocer: hizo pues una confesión general de toda su vida con el Padre Tolo, y fuele en ello no menos que la salvación, porque acabándola de hacer le assaltó la enfermedad de la muerte, que la acabó en breves días.

Más fructuosa fue otra conversión, que se hizo por su medio, y pasó de esta manera. Padece el Colegio del Paraguay una gravísima persecución del Governador de la Provincia por espacio de quatro años, motivada de que procurando con el mayor empeño privar de su libertad a los Indios, la defendían los Nuestros, arreglándose a los mandatos repetidos de nuestros Reyes Cathólicos: llegó a tal término la persecución, que prohibían los Juezes Seglares a la gente con violencia, que entrassen en nuestra Casa, y aún en nuestra Iglesia, y procuraron cerrar nuestras classes, o desterrar de ellas a los Discípulos. En todo esse tiempo quien más iniquamente agravio a los Indios, fue su mismo Protector, señalado por la República de orden de su Magestad, para que los defienda en sus agravios. Al cabo de los quatro años, quando más ardiente prose-

guía en promover aquella injusticia, le sorprendió una enfermedad mortal, que le hizo volver sobre sí, y acordarse de los Jesuitas, de quienes más se había retirado, por verlos tan opuestos a sus diversos designios. Llamó al Padre Bernardino para confessarse; más este con varonil constancia le embió a decir, que ni le vería, ni oiría, si primero no desagradiaba a los pobres Indios, no obstante, que resolviéndose a ello, estaba de su parte promptísimo a auxiliarle en aquel peligro, quanto pudiesse. Este mensaje tan lleno de christiana, y religiosa entereza, fue un rayo de luz, que le alumbró toda el alma, para conocer clarísimamente su riesgo, con tal sobresalto, que daba gritos descompassados confessando, se hallaba en estado de condenación, sino satisfacía los agravios cometidos contra la libertad, que más deba defender: no se sossegó, hasta hacer venir al Governador, en cuya presencia confessó su passado, y le pidió con las más vivas instancias, desagradiasse a los pobres Indios. No lo pudo recabar del Governador, resuelto a proseguir adelante con su empeño, por lo qual embió a su mismo Parocho, para que de su parte pidiesse perdón a quien seguía la defensa de los Indios, rogando encarecidamente, se pidiesse también a ellos mismos, por no estar ya en su mano el deshacer la injusticia: dio todas las precauciones, que parecieron necesarias a favor de la libertad de los miserables, y con esta satisfacción le confessó el Padre Tolo, en cuyas manos murió muy agradecido a su santa libertad, que le había avierto los ojos del alma, para conocer su inminente riesgo, y asegurar su salvación. Esta satisfacción del Protector fue un sermón muy eficaz, que desengañó a muchos vecinos encomenderos complicados en el mismo injusto assumpto, los cuales escarmentando en cabeza agena, trataron luego de remediar sus conciencias desistiendo de su pretensión, y satisfaciendo a los agraviados, en que tuvo sobrado exercicio por algún tiempo el zelo del Padre Bernardino, de quien se valieron los más para fin tan santo, y obligatorio.

A los penitentes, que le escogían por Confessor ordinario, procuraba adelantar mucho en la virtud, y se le lograva bien su desvelo, pues sus hijos de confesión eran conocidos entre todos por el exemplo, que daban a la República, resistiéndose con valor, y constancia christiana, no sólo a assaltos repentinos, y casuales en tierra, qual es aquella muy ocasionada, sino también con admirable tessón a la importuna batería de años enteros, dexando muchas doncellas confundidas a los que con pertinaz empeño las preten-

dían amancillar. Es entre todas digna de eterna memoria (bien que más admirable, que imitable por el riesgo) la varonil hazaña de dos honestas doncellas, aunque pobres, hijas de confesión de nuestro Padre Bernardino. Supieron estas, que un torpe mancebo les rodeaba de noche la casa, para robarles la joya más apreciable de la virginidad, que conservaban con el mayor recato. Dieron cuenta de su peligro a su Confessor; que las exhortó a resistirse constantes, escogiendo antes perder la vida, que permitir la más leve mancha en su virginal pureza. Quedaron ellas más animadas, que antes con haver professado siempre particular horror al vicio contrario: proseguía el mancebo en sus devaneos, y ellas en su resolución de no rendirse a ningún partido: y dando por ofendido su recato de aquella infame pretensión, determinaron desagraciarle, castigando exemplarmente el atrevimiento de aquel mancebo, sin dar parte de su designio, sino a una espía, que pusieron de noche, para que observasse los passos del enemigo de su honor. Dio esta el aviso muy a tiempo a las castas doncellas, que salieron luego en su busca, bien pertrechadas de ánimo, y prevenidas de instrumentos, para lo que ideaban: hallaron cerca de su casa al lascivo mozo, que se retiró en sintiéndolas acobardado de su mala conciencia a guarecerse favorecido de la noche debajo de unos árboles: nada le valió, porque hallándole, le attaron a ellos (por borrarles esta vez la infamia, de que hiciessen sombra a la maldad) y le cargaron de tantos golpes, y azotes, que curaron con la pena su loco atrevimiento, y le embiaron escarmentado, siendo escarnecido de quantos lo supieron, como ensalzada la pureza, de las que por defenderla, se expusieron a tanto riesgo, y executaron aquel castigo.

Otra Señora, hija de confesión del Padre Tolo, fue de grande exemplo a toda la Provincia del Paraguay, y aún a las comarcas. Era en el estado casada; pero en la vida Religiosa oserverante, guardando tanta clausura en su casa, como si lo fuera. Su zelo de la honra de Dios, y de que no fuesse ofendido, era rarísimo, y en el negocio, que se atravesaba ofensa de su Magestad, o de la virtud, se oponía con libertad christiana más propria de Varón fuerte, que de mujer flaca. Sus ayunos eran muy frequentes, que no interrumpía, aún quando criaba a sus hijos, como tampoco dexaba el silicio, con que domaba su carne, y tal vez hechando mano de él para ponerlo, dio con una vívora terrible, que con este espanto parece pretendía el demonio ponerle horror a la penitencia; pero no permitió el Señor, que le mordiesse, como tampoco a un hijuelo

suyo por sus oraciones, que según las circunstancias se tuvo por cosa milagrosa. Como la virtud rara es de ordinario perseguida, lo fue mucho la de esta virtuosa Matrona. Llamábanla por escarnio *la Theatina*, y llegaron sus perseguidores a despojarla injustamente de su hacienda, sin haver quien bolviesse por su causa. En estas aflicciones su recurso ordinario era a nuestro Señor, y a su Padre espiritual. Alentábala el Padre Tolo con buenos, y saludables consejos, para sufrir constante sus adversidades, y hacían tal fruto, que no se le oyó jamás en todos sus trabajos la más leve queja contra quienes lo causaban, antes se portó siempre con una serenidad de ánimo admirable. Impúsole en el camino de la oración, y mediante su dirección prudente, hizo en él progressos aventajados, y llegó a grande familiaridad con nuestro Señor, que se le comunicaba mucho, y le daba extraordinario gozo en sus penas, y aflicciones. Sobreviniéronle muchas enfermedades, y las toleraba del modo, que indica este caso. Llagósele el pecho, y se le cubrió de gusanos: uno de estos se le cayó en el suelo, y la piadosa Matrona (qual otra Bona paciente) le levantó, y volvió a poner en su lugar, tratándole como a piedra preciosa de la corona de su paciencia. Assí perseveró hasta la muerte, en que fueron premiadas sus grandes virtudes, y aclamada su santidad. Pudiera hacer memoria de otros penitentes de nuestro Padre Tolo, semejantes a esta Señora; pero dexólo assí porque basta lo dicho para muestra del fruto, que hacía en el confessorario con su espiritual magisterio, como para referir otros sucessos de su santa vida.

Tuvo a su cargo en aquel Colegio la Congregación de nuestra Señora de la Concepción, que se compone de los Españoles primeros de la Ciudad, y sirvió mucho a nuestro Señor en este ministerio. Havía adelantado mucho esta Congregación el Venerable Padre Marciel de Lorenzana con su santo zelo, principalmente, quando se colocó el año de mil seiscientos y veinte y nueve, en una sumptuosa capilla labrada a mucha costa una hermosísima Imagen de María Santísima, que el año antecedente havia conducido de Europa el Padre Gaspar Sobrino, Procurador de esta Provincia, la qual por voto de quantos la han contemplado despacio, es de las más primorosas, que se han visto en las Indias, y aún en Europa. Con esta ocasión creció notablemente el fervor de los Congregantes; pero se resfrió sobradamente por la persecución que levantó contra la Compañía el Governador de la Provincia (como diximos) porque muchos flacos escogieron antes, como hi-

jos de este siglo, no perder la gracia poco durable del Gobernador, que se ofendía de verlos acudir a nuestra Iglesia, que alcanzar la protección segura de la soberana Virgen: y dexaron de asistir a los ejercicios piadosos de la Congregación. A este tiempo fue hecho Prefecto de ella el Padre Tolo, y pudo tanto con sus fervorosas exhortaciones, que redujo a los más principales a volver a la Congregación, y aún era de admirar, el ver la instancia, con que muchos pretendían de nuevo alistarse en ella por hijos de María Santísima: y porque para hacerles estimar aquella gracia, dilataba el Padre Tolo su recibo, era rara la paciencia, con que perseveraban instando con fervor, para que abreviasse los plazos, que les señalaba. Si alguno no se ajustaba tanto, como debiera a las obligaciones de Congregante, no había amenaza más poderosa para enfrenarle, y contenerle en su deber, que la de despedirle de la Congregación, reputándose comúnmente este castigo por una grande infamia. Vióse bien en uno, que despidió el Padre, porque no quiso dar la satisfacción necesaria, para desvanecer el escándalo originado de un testimonio falso, que le imputaron, pues por haverle despedido de la Congregación, le miraron por mucho tiempo aún sus mismos domésticos, como a descomulgado e infame. Los demás rezeland semejante castigo, procedían exemplarmente passando algunos a zelar con empeño, se desarraygassen los vicios de la República, y generalmente se reparaba gran reforma de costumbres en las familias de los Congregantes, a que movía insensiblemente el buen exemplo de los Amos, y Señores.

§ III

SALE A MISIÓN POR LA JURISDICCION DEL PARAGUAY, Y ASSISTE EN LA CIUDAD A LOS APESTADOS

Aunque el estar casi ciego los primeros años, era sobrado motivo para mantenerse en la quietud del Colegio, y más hallándose tan bien empleado en tan santas ocupaciones, no obstante el zelo ardiente de la gloria de Dios, que vivió siempre de asiento en su pecho, le estimulaba a desear, y buscar mayores trabajos por ganar almas para el Cielo. Aunque aquel Colegio era el asilo común de todos los Missioneros nuestros, y de él salían a la conversión de los Infieles, que vivían esparcidos por las estendidas Provincias del Guayrá, Paraná, y Uruguay, no se había entablado el ir anualmente a hacer Misión entre los Españoles, e Indios Christianos, que

moran en las granjas, y haciendas de campo, que acá llamamos chacras, y estancias, y se estienden por muchas leguas, en que hay gran falta de pasto espiritual. Determinaron los Superiores, se entablasse en estos parajes el santo ejercicio de nuestras Misiones, y luego se les ofreció el Padre Tolo para salir a ellas: los caritativos Superiores lo rehusaban, atendiendo a su salud, y casi total falta de vista, más el zeloso Padre facilitó todas las dificultades de manera, que al fin lo consiguió, y salió a este ministerio en Compañía de otro Operario, que fue el Padre Antonio de Moranta, sobrino del insigne Padre Gerónimo Nadal, y hermano del glorioso Martir de Christo Padre Gerónimo de Moranta, que padeció muerte por la Fe en la Nueva España a manos de los Tepeguanes. Salieron ambos a su Misión por muchos años, y corrieron siempre toda la jurisdicción del Paraguay, que es muy dilatada haciendo el fruto, que se conocer a por lo que obraron en la primera. Dieron principio a esta el año de mil seiscientos y veinte y ocho, y fueron bien recibidos de toda aquella pobre gente, que al passo que se hallaban tan destituidos, y faltos de doctrina, deseaban tener quien se la enseñasse, y atendiesse al bien espiritual de sus almas. Publicaron el Jubileo, y bien que al principio hubo bastante auditorio; pero a pocos días experimentado el fruto, concurrió tanto, que hubo parajes de aquellos campos, en que se juntaban setecientas personas de toda suerte, Negros, Mulatos, Indios, y Españoles. A todos confesaban muy despacio, y administraban la Sagrada Comunión: predicaban la palabra Divina y enseñaban el Cathecismo, y Doctrina Christiana, con notoria mejoría de aquellas almas desamparadas, a quienes dexaban muy deseosas, de que se continuassen todos los años aquellas espirituales correrrías, como siempre desde entonces se han continuado. Revalidaron confesiones sacrilegas de muchos años, y muchos matrimonios nulos, para que llevaban la facultad necessaria. Desengañaron a no pocos, que vivían llenos de perniciosas ignorancias, quitaron escándalos, y reconciliaron a los que vivían enemistados. Tal vez la Santíssima Virgen (de quien ambos Misioneros eran devotísimos) amonestó a algunas personas, acudiessen a ellos por remedio, para las necessidades de sus almas. Baste referir el caso siguiente. Estaba enferma en una granja de aquella cierta persona, quando entró de repente en su cámara una Señora hermosísima, que mostraba bien ser la Emperatriz de los Cielos, y tierra. Hablóle con imperio soberano, y le dixo: “¿Qué haces ay? Porqué no logras la ocasión de tu remedio? Levántate,

y mira, que lo que te importa es que confesses tus pecados con estos Santos Padres (señalando a los Misioneros) los quales están en lugar de mi Santísimo Hijo, y harán lo que te conviene para la salvación de tu alma". Desapareció al punto la Divina Señora, y la persona quedó atónita del caso, y juntamente convencida, y resuelta a hacer lo que le mandó con tanto imperio. Levantóse como pudo de la cama, e hízose llevar donde estaban los Misioneros, a quienes comunicó todo lo referido, y se conoció bien ser verdad en los efectos, porque se confessó con extraordinaria compunción, y dolorosas lágrimas por sus culpas: quedó muy consolada en su espíritu, y dándole el Confessor algunos consejos, de que tenía necesidad para en adelante, los oyó de su boca con la reverencia, que si los oyera de la de algún Ángel baxado del Cielo, o del mismo Señor de los Ángeles.

Quien con tanto fervor se ofreció a salir al trabajoso ministerio de las Misiones, por su jurisdicción tan dilatada, qual es la del Paraguay, que se estiende a más de sesenta leguas, como creemos asistiría en la Ciudad en ocasiones de tanta necesidad, ¿quáles suelen ser en estas partes, más que en otras, las de los contagios, y pestes? No obstante aunque en todos es acto tan heróico el ofrecer sus vidas al obsequio, y espiritual socorro de los apestados, era más admirable esta caridad en el Padre Bernardino, por el mayor trabajo con que la exercitó, estando ya totalmente ciego. Referiré ahora, lo que obró en la Ciudad en una de estas pestes, reservando para otro lugar lo que hizo fuera de ella en otras ocasiones semejantes. A tiempo que la persecución movida por el Governador del Paraguay (a causa de defender los Jesuitas la libertad de los Indios) afligía más a la Compañía, castigó Dios a la Ciudad de la Assumpción con una epidemia tan cruel, que apenas dexó persona en pie, muriendo muchos de repente, y cayendo enfermos todos los Sacerdotes, y Parochos de aquella populosa Ciudad. Ocasión fue esta, en que olvidados los Jesuitas de sus particulares agravios, hicieron alarde de su caridad, zelo, y fervor, y dieron evidentes señales de que eran verdaderos Discípulos de Jesús, no sólo en el nombre, y profesión, sino mucho más en las obras. Aunque ciego nuestro Padre Tolo, consiguió de los Superiores facultad para asistir a los apestados con otros cinco sugetos, que quedaron libres del contagio. Acudieron todos a esta necesidad extrema con la más fina caridad, no parando un punto, ni de día ni de noche, y aunque no pudo el Padre Bernardino, como los otros Compañeros

administrar los Sacramentos de la Eucaristia, y Extrema Unción (que haciendo oficio de Parochos llevaban de nuestro Colegio a los enfermos) pero se iba de casa en casa, guiado de un lazarillo, y oía a todos de confesión, y a Españoles, y a Indios, o Negros, sin reparar, fuesse de día, o fuesse de noche: dexaba a todos muy consolados, y oyéndolos con gran paciencia los socorría después las necesidades corporales: para esto quando salía a confessar, hacía llevar consigo regalos, y medicinas, esmerándose en hacer mayores demostraciones de amor con los que más se habían señalado en perseguirnos, de suerte, que ellos mismos se veían forzados a confessar no se podía expresar con palabras, quanto debía aquella República a la Compañía: y el nuevo Governador, que entonces llegó a la Provincia, llamado Don Pedro de Lugo y Navarra, Cavallero del Orden de Santiago, muy piadoso, y entendido, quedó tan prendado de la ardiente caridad de los Nuestros, que después repetía muchas vezes: “Si la Compañía no estuviera en el Paraguay, lo menos que huviera, fuera morirse los hombres sin confesión, como Infieles, y aún se pudiera temer mayores daños”. Y añadía: “No me espanto, padezcan las contradicciones, que padecen, porque las inventa el enemigo del género humano, por ver que sola la Compañía le saca aquí de sus garras las almas. Yo me doy por muy dichoso, en haver venido de los Reinos de España al Paraguay, a trueque de haver visto por mis ojos el fruto grande, que los Jesuitas hacen en estas tierras con su caridad, y zelo”. Y con estos elogios de la Compañía mezclaba otros particulares del Padre Bernardino, ensalzándole singularmente, porque sin reparar en sus achaques, y falta de vista, acudía con tanto trabajo al bien de todo género de personas. Fuera del fruto ordinario que se logra en la ocasión de estas pestes, que verdaderamente son la cosecha del Cielo, pues con la muerte a la vista todos tratan de componer sus conciencias, y hacer las paces con Dios, se lograron otros particulares: porque habiéndose retirado a aquella Ciudad multitud de Indios, huyendo de las tiranías de los Mamalucos de la Villa de San Pablo en el Brasil, vinieron entre ellos muchos Infieles, a los quales algunos Vecinos más codiciosos (porque el Governador no los depositasse en otras personas) los habían tenido ocultos. Con el azote de la peste los manifestaron, y ellos empezaron también a caer enfermos: aplicóse el Padre Tolo a catequizarlos, y lograron la dicha de recibir el santo Bautismo, muriendo los más en breve, y volando a la gloria, sin perder la gracia primera. Dieron aviso al

siervo de Dios, que en cierta Chacra habían quedado aún ocultos algunos de estos Infieles: procuró recabar de los dueños de ella, que se los traxessen; pero nunca lo pudo conseguir con gran pena de su zeloso espíritu. Andando con este cuidado, le fue a hablar sobre no sé qué negocio, cierto Indio, que le dixo era de la tal Chacra. Preguntóle como se llamaba, y por el nombre infirió ser aún Infiel de los que deseaba catequizar, y supo de él se habían muerto algunos compañeros suyos sin Bautismo. Atravesóle esta noticia el corazón, y bolvióle a preguntar, si había quedado alguno enfermo. Respondió el Indio, que uno había traído a la Ciudad agonizando, y que habría ya espirado. Fuesse en breve a la casa donde le traxeron, y entrando halló aún con vida al Infiel, que bolvió algo en sí al ver al Padre, y dio señales de regocijo, como si presintiera, que con él había llegado toda su felicidad: catechizóle, y enseñóle los misterios necesarios con quanta brevedad fue posible, y haciéndole bautizar espiró al momento, que sin duda le guardaba Dios la vida, sólo para hacerle hijo suyo por la gracia, y heredero de su gloria, y este suceso tan dichoso recompensó algo la pena, que causó al Santo Varón el desgraciado fin de los que murieron sin Bautismo.

Al principio enfermó de la peste otro Indio Christiano, aún más necesitado de remedio en el alma, que en el cuerpo, porque había más de quarenta años que se confessaba sacrilegamente. Apretado de su mismo peligro clamaba por el Padre Tolo, para confessarse; pero su Amo poco afecto a los Jesuitas no vino nunca en darle esse consuelo. Trajo un Clérigo, pero rehusó siempre confessarse con él: llamó a otros dos Sacerdotes de otra Religión, y a su mismo Parocho: más con ninguno se atrevió a declararse, y su impio Amo persistía pertinaz, en no dexarle confessar con Jesuita, como deseaba el doliente. En ocasión, que estaba ausente, acertó a pasar el Padre Tolo por la calle, súpolo el enfermo, e hízole llamar: con su vista se alegró sumamente, y haciendo una confesión general, quanto dio lugar el tiempo, murió muy consolado en sus manos, diciendo, que era su verdadero Padre, que le aseguraba su salvación. No tuvo tanta dicha otra India, que pedía Confessor de los Nuestros, y su Amo semejante al passado, no quiso llamar a ninguno, llegando su pertinacia a dexar morir sin confesión. Llevaban a dar sepultura al cadaver a tiempo que el Padre Tolo andaba confessando a otros, y sabiendo la causa de haver muerto sin Sacramentos, encendido en santo zelo reprehendió la impiedad

del Amo, y movido interiormente, le dixo, que en castigo de aquella culpa le había de quitar Dios la hija, que más amaba. Sucedió, como el Padre lo pronosticó, porque luego cayó enferma una hija, que amaba por extremo, y aunque le apretaba la enfermedad (tan impio el Padre con la hija, como con la extraña) no le podían reducir, a que llamase alguno de los Nuestros, por quienes la enferma suspiraba. Íbase acercando al último tranze sin confesión, lo que sabido por el Padre Rector del Colegio, se entró por sus puertas, y la confessó, muriendo en breve: con que su Padre abriendo los ojos reconoció la culpa por cuyo castigo le predixo el Padre Tolo aquella desgracia; bien que duró poco la enmienda, pues acabada la peste, bolvió a perseguir a la Compañía.

Otros dos casos raros sucedieron en este tiempo de la peste, en que por medios bien extraordinarios, y sirviendo de instrumento el Padre Tolo, reduxo nuestro Señor a vida ajustada dos almas perdidas. Fue herido del contagio un hombre principal de aquella Ciudad, que en muchos años no se había querido confessar, por estar mal amistado, teniendo la ocasión de puertas adentro con escándalo común. Apretado de la enfermedad, y temeroso de su condenación eterna, hizo venir al Padre Tolo, quien le reduxo, a que apartasse de sí la manceba, hechándola de casa: después de executada esta expulsión se confessó con tales lágrimas, y propósito, de que el Siervo de Dios no dudó absolverle. Duróle poco este fervor, porque mejorando en el cuerpo, empeoró en el alma, bolviendo a casa la ocasión, y enredándose con ella más que antes. En estos passos andaba, quando estando una noche durmiendo, vió entre sueños al Padre Tolo, que con gran severidad le pedía cuenta de su vida. No supo, que responder, y el Padre le dixo entonces muy grave, y sentido: “¿Qué has hecho mal hombre? No has sido fiel a Dios? Pues verás lo que te sucede. Dios te ha de castigar, y affigir de suerte, que a pesar tuyo conozcas el mal que has hecho, y que haces todavía”. Dispertó el hombre atónito, y como fuera de sí; pero no acabó de entender el aviso del Cielo, y estuvo tan lejos de dexar la ocasión, que perseveraba de asiento en ella; pero no tardó nuestro Señor en sentarle bien la mano. Comenzó a hechar menos las alhajas de su casa, sin saber quien se las robaba, faltándole aún algunas que tenía encerradas en sus arcas: assaltóle una ardiente fiebre con cierta hinchazón, o carbunclo tan grande, que se abrió en seis disformes bocas, y le puso a las puertas de la muerte. Sobrevino a todo un accidente extraordinario, de que

resultó cubrirse de pies a cabeza de animalejos inmundos, en tan copioso número, que parecían infinitos, de suerte que apenas se mudaba la camisa, y sábanas, quando se bolvían a llenar de ellos quantas le sucedían, causándole tal ardor, y comezón, que le tenían en perpetuo desasossiego. ¿Quién creyera, que con tantas miserias no bolviera en su acuerdo? Más no fue assí, porque con la costumbre estaba tan ciego, e insensible a tantos toques de Dios, que mantenía la ocasión en su casa, y a su cabecera. Bolvióle a aparecer segunda vez en sueños el Padre Tolo, y le reprehendió con mayor severidad su dureza, y cegüedad, manifestándole juntamente, le venía aquel castigo, porque no dexaba la ocasión, siendo ingrato a su Criador. Aconsejóle, echasse de casa aquella muger, y que pidiese perdón a Dios arrepentido de sus grandes culpas, porque su Divina Magestad le perdonaría, y alzaría la mano de aquel castigo. Cayó entonces el hombre en la cuenta, abrió los ojos del alma al despertar del sueño, echó de casa la ocasión, y al mismo tiempo empezó a cobrar la salud del cuerpo, faltaron los animalejos, y se sintió con principios de mejoría. Para alcanzar la perfecta en el alma buscó por médico al mismo, que la había herido con sus razones: llamó al Padre Bernardino, confessóse con él muy compungido, y sanó en breve. ¡Cosa rara! Fue ya convaleciente a abrir sus caxas, y halló en ellas quanto antes le había faltado dando rendidas gracias al Señor, por haverle esperado tanto tiempo, y al Padre Tolo, por cuyo medio había usado Dios con él de su misericordia: y libre de aquel estado, o más verdaderamente escándalo, en que estuvo enredado, entabló nueva vida, en que perseveró constante con grande exemplo.

Otro personaje vivía desvaratadamente, como el passado: preciábase de amigo del Padre Tolo, y le visitaba con frecuencia, pareciéndole ignoraba sus desaciertos. No era assí, bien que prudente disimulaba, y sólo le hablaba con generalidades, exhortándole a vivir christianamente, y ponderando los peligros de quien está en pecado mortal. No se daba por entendido, como si aquella doctrina no hablara con él, ni por él se dixera: viendo esta terquedad, se resolvió el Padre a hablarle, como verdadero amigo con la mayor claridad, descubriéndole sus malos passos, y aconsejándole los enmendasse, por no verse confuso en el Tribunal de Dios, donde podría ser fuesse en breve a dar cuenta de su mala vida, sorprendido del contagio común. El hombre perdido, resuelto a ser siempre el mismo, lo negó todo, jurando era falso quanto de él se decía: con

lo qual imaginó dexaba al Siervo de Dios desengañado: prosiguió en sus desconciertos; pero saliendo de allí a tres días a holgarse en el campo con dos amigos, en bien poco decentes divertimientos, quales prometían sus rotas costumbres, le assaltó en lo mejor de sus gustos y torpe recreo un accidente tan violento, que los presentes entendieron se moría sin remedio. Perdió los sentidos, y pareciendo había luego de espirar, permaneció quatro días casi sin señales de vida. En este tiempo, como él después decía, fue presentado en el Tribunal de Dios, donde se le pedía estrecha cuenta con su vida passada, y brutales excessos: hallábase congojado, confuso, porque no sabía que responder, antes le pareció no había para él otro remedio, sino ser sepultado sin remedio en el abismo; pero con todo esso, como esforzándose, se animó a proponer la enmienda, si se le concedía la vida. Dexáronle entonces los ministros de la justicia divina, y los fiscales, que le acusaban: bolvió en sí con admirable desengaño, y aunque se le había hecho hasta allí sobre manera difícil la confesión por su estragada vida, trató luego de hacer una muy dolorosa, para que escogió a su buen consejero, y amigo el Padre Tolo. Hízola general por quatro días, en los quales le fue dando el Padre de misericordia tal luz, y conocimiento, que no cessaba de llorar amargamente sus passados devaneos, y la última vez, que concluyó la confesión derramaba tantas lágrimas, y se confessaba con tales sollozos, que fue menester saliesse el Padre a la puerta a echar de allí a quien le pudiesse oír, porque no había modo de acallarle. Enmendó su vida con grande exemplo: entabló la frecuencia de Sacramentos, y se preparó con todo cuydado para poder dar buena cuenta, quando se le pidiesse otra vez, y no verse confuso en juicio tan severo.

Sacando tantas almas el Padre Tolo de poder del demonio, no es maravilla le mirasse este, como a capital enemigo, y se empeñasse en hacerle cruda guerra. Para apartar de él las almas, se valió de una traza, como suya. Esta fue mover a una persona de mala fama, a que le descreditasse en público, levantándole un gravíssimo testimonio, esparciéndole en conversaciones, y concursos, con tal desemboltura, que pareció necessario hacer averiguación juridica sobre el caso. Descubrióse luego evidentemente por testimonios irrefragables la inocencia del Santo Varón, y el pobre hombre viendo que la Justicia secular le apretaba, se vistió de hábito Clerical, porque era de Ordenes menores. Tomó entonces el conocimiento de la causa el Ilustríssimo Señor Don Fray Christoval de Aresti,

Obispo de aquella Diócesis, con que receloso de mayor castigo, se bolvió a hábito secular, y tomó el arbitrio pernicioso para su alma de negar con juramento, haver dicho contra el Siervo de Dios tales cosas. Como había tantos testigos, nada le valió, y fue desterrado, como infame, y falso impostor, por haver suplicado los Nuestros, no se passasse a mayor castigo: pero no quiso el Cielo dexar sin el merecido aquel atrevimiento, para escarmiento de otros, y mayor crédito del Padre Tolo, porque andando por el campo, se cayó muerto de repente, sin alcanzar confesión, y al mismo tiempo se levantó tormenta tan desecha, que derrivaba el viento las casas, y destrozaba los árboles, como si anduvieran sueltas las furias del abismo: quedaron todos asombrados tan altamente, que por muchos años duró la memoria de aquella borrasca, y no le sabían otro nombre, que la tempestad del nombre de aquel sugeto, persuadidos a que por causa de su infeliz muerte, se había levantado: y el crédito del Padre Tolo se acendró más en el crisol de la calumnia con prueba tan clara, y manifiesta de su inocencia.

§ IV

*ES DESTERRADO EL PADRE TOLO
DEL COLEGIO DEL PARAGUAY CON LOS DEMÁS
JESUITAS, CON QUIENES ES RESTITUIDO
HONORÍFICAMENTE, Y SE EMPLEA DE NUEVO
EN NUESTROS MINISTERIOS*

En las obras santas, que dexo referidas, se ocupó el Padre Bernardino veinte y cinco años continuos en el Colegio de la Assumpción, edificando a todos domésticos, y externos, y sirviendo a aquellos de estímulo para emplearse en procurar con empeño la salvación de las almas, como lo han hecho siempre los Nuestros, especialmente en aquel Colegio con grande fervor, hasta que embidioso el infierno de tanto bien, quanto se seguía en beneficio de los fieles, con los ministerios de nuestro Apostólico Instituto, como por el contrario ruina notoria de su imperio, se arrestó a estorvarlo todo eficazissimamente levantado contra la Compañía una de las más desechas borrascas, que ha padecido entre Cathólicos desde su fundación. Para esto se valió del zelo poco prudente de un Prelado de aquella Iglesia, que ofendido de la entereza de los Jesuitas de esta Provincia en negarse a condescender en cierta demanda suya, muy agena de razón, trocó en odio capital el amor, que o fingió, o tuvo de verdad a la Compañía, del qual estimulado, trabajó el

sufrimiento de los Nuestros por muchos años. Llegó a hacernos tan odiados del vulgo, que no podía parecer en público ninguno de los Jesuitas, sin que bolviese a casa cargado de baldones, y afrentas. Nada de esto bastó para entiviar el ardiente zelo del Padre Bernardino, que sin reparar en riesgo alguno, se exponía a todo gustoso por acudir a los próximos. Baste para prueba este caso entre otros. Enfermó de muerte un hombre honrado, hijo suyo antiguo de confesión, y como tal mandó que le llamassen al Padre Tolo, para confessarse con él en aquel último trance. Acudió luego con puntualidad, aunque con sobrado trabajo, por estar lexos del Colegio la casa, y en el comedio había penosos arenales. Dixéronle en el camino afrentosos baldones nuestros émulos; pero todo fue inútil para hacerle retroceder. Llegado a la casa, le salió al encuentro un Clérigo Secretario del Prelado, que nos perseguía: estorbóle la entrada zahiriéndole, y diciéndole, que Dios le había castigado con privarle de la vista del alma, como de la del cuerpo, y díxole otras afrentas semejantes, sin respetar sus canas, y notoria santidad. Todo lo oyó con rostro sereno, sin inmutarse, y acabando de desfogar la colera el Clérigo atrevido, le rogó cortés el Padre, que le permitiese entrar a confessar al enfermo, que clamaba por su Padre Bernardino. No fue poderosa toda la mansedumbre de este cordero, para ablandar aquel corazón más duro, que el diamante, antes en vez de reportarse con su modestia, se enfureció más, y le cargó de nuevos baldones, negándole resueltamente la entrada, y al enfermo de que se confessase con quien deseaba: por lo qual se huvo de bolver, oyendo del vulgo los mismos oprobios a la buelta, que a la ida; pero más sentido de no haver oído la confesión, que de quanto le quiso escarnecer la plebe.

La persecución crecía más cada día, de suerte, que se vieron precisados los Nuestros a tener cerrada nuestra Iglesia por más de veinte meses, porque no se intentasse contra ella (como pretendían) algún desacato, y acudían a exercitar nuestros ministerios en el Templo cercano del Convento de la Merced, que prestaban con gusto sus Religiosos, quienes únicamente defendieron la justicia de la Compañía. Aún de este consuelo se huvieron de privar, porque la ira de aquel Prelado, no se enfureciesse contra el Convento, como ya amenazaba. Nada sentía más nuestro Padre Bernardino, y los demás, como no poder exercer su caridad, y zelo en bien de los próximos; pero acomodábanse al tiempo, y sufrían conformes con la voluntad de Dios sus trabajos, venerando sus altísimos jui-

cios. Triunfaba el infierno en la disolución de las costumbres, y la malicia cobraba bríos, con la misma paciencia de los Nuestros, que los debiera contener: llegó por fin a tal desafuero la ossadía de nuestros émulos, por influxo del Prelado (que usurpó aquellos días el gobierno político, por muerte del Governador) que de mano armada acometieron a nuestro Colegio, y le saquearon atrevidos. Avianse acogido todos los Jesuitas a la capilla interior, para implorar el amparo de María Santísima; pero ni allí estuvieron seguros, porque los sacaron de ella, y de todo el Colegio a empellones, en que no le cupo la menor parte del maltratamiento al Padre Tolo, porque como ciego no podía andar sin guía, y su mismo reposo en caminar, irritaba más la furia de los conjurados. Dábanle muchos golpes, y puntillazos, que sufría con inalterable paz, repitiendo con una boca de risa, y sosiego del Cielo: “Dadle, dadle a este ciego, que bien lo merece”. Extrahídos todos los Nuestros de su Colegio, les forzaron inhumanos a que se embarcassen en unas balsas, que tenían prevenidas de antemano; pero muy faltas del preciso alimento, para viage de cien leguas, que hay hasta la Ciudad de las Corrientes, a donde los despachaban, en que suelen gastarse muchos días, porque al más leve olaje, que muevan los vientos, es forzoso acogerse a algún abrigo, esperando bonanza para que no zozobren embarcaciones tan débiles. Mayor seguridad hallaron en la inconstancia de las ondas, que havían experimentado en la firmeza de la tierra ingrata, pues se conduxeron con sobrada felicidad al término de su destierro. Parte de los desterrados baxaron al Colegio de Santa Fe, otros con su Rector el Padre Laureano Sobrino, passaron al de Córdoba, y nuestro Padre Tolo con el Santo Padre Diego de Boroa, y los demás, se quedó en la Ciudad de las Corrientes, donde por no haver Colegio, se hospedaron en la casa de campo de un Cavallero Portugués, llamado Manuel Cabral de Alpoín, bienhechor insigne de la Compañía. Este desembarázandola, luego la puso con la clausura, y forma, como si fuera un Colegio, desde donde (los nueve meses, que duró el destierro) iban los Nuestros a la Ciudad, que estaba cerca, a exercitar en beneficio de sus vecinos nuestro ministerio, a que se aplicaron con tan infatigable tesón, y ardiente zelo, que aficionada toda la Ciudad a nuestro Instituto, no paró por muchos años en solicitar, fundassen allí Colegio los Jesuitas, como al fin lo alcanzaron para gran bien de toda aquella República.

Castigó el Cielo severamente el desacato, que contra las cosas, y

personas sagradas, se cometi6 en la Ciudad de la Assumpci6n del Paraguay; porque en tres a~os fue continua la hambre, ocasionada de tres secas rigurosas, con que no pudieron sazonar los frutos. A las secas sucedi6 una infinidad de langostas, que multiplic6ndose cada vez m6s por cinco meses continuos, assolaron las haciendas, porque no s6lo consumian las mieses, y frutos, sino que talaban los 6rboles. En el mismo tiempo padecieron incendios inopinados las casas de los que firmaron los decretos de la expulsi6n de la Compa~a, sin saberse de donde se originaban. Multiplic6 estas miserias la multitud de enfermedades pestilentes, que arrebataron con sus esclavos a mucha gente principal, llegando al n6mero de treinta y tres los malevolos, y conspirados a decir, o hacer mal contra la Compa~a, que en espacio de tres a~os murieron subitamente sin confessi6n, ni dar se~ales de penitencia. Ni a~n a vista de tan repetidas desgracias, abrían algunos los ojos, obstin6ndose en su cegüedad, para ser m6s gravemente castigados, bien que otros con mejor acuerdo dieron entrada en sus almas a la luz del desenga~o, y restituyeron el credito a la Compa~a, retrat6ndose jur6dicamente de las atroces calumnias, con la que havían pretendido infamar, y pidiendo perd6n de sus execuciones sacrílegas. Por Marzo de mil seiscientos y quarenta y nueve, sucedi6 este destierro, y estuvo nueve meses desterrada la Compa~a de la Ciudad de las Assumpci6n, tiempo necesario para que llegase la noticia a la Real Audiencia de Chuquisaca, y Se~or Conde de Salvatierra, Virrey del Per6, y ambos Tribunales despachassen orden, para que fuessemos restituidos a nuestro Colegio con la mayor honra posible. Execut6se puntualmente, aunque no sin resistencia violenta del mal aconsejado Prelado, y con esta ocasi6n bolvi6 al Paraguay el Padre Bernardino con los dem6s Compa~eros, que se havían quedado en las Corrientes. No se pueden expresar f6cilmente las incomodidades, que a la buelta tuvieron que sufrir en su Colegio, pues ni tenían aposentos en que vivir, refectorio para comer, ni las dem6s oficinas necesarias en una Comunidad Religiosa, porque todo estaba dissipado, o destruido; pero como su mayor anhelo era aprovechar a los pr6ximos, retornando bien por mal a los que tan injusto, y excesivo se le havían causado, passaron por todo muy gustosos.

El estado miserable de la Rep6blica, y la rotura de costumbres eran tales, que se necesitaba, aplicassen los Nuestros doblado fervor al exercicio de nuestros ministerios, para restaurar la piedad

Christiana, que entre tanto diluvio de injusticias había con la razón padecido lamentable naufragio. Fuesse consiguiendo el intento con felicidad, aunque lentamente, porque siempre se oía el ruido de algunas olas (más que tormenta, resaca de la tempestad pasada) y a la verdad lo que más ayudó para sossegarla del todo por entonces, fue el uso de los ejercicios espirituales de la Compañía, que empezó a dar el Padre Bernardino Tolo, y los hizo la mejor parte del Pueblo con tal frecuencia, que en ocho meses continuos fueron siempre sucediéndole unos exercitantes a otros. Consiguióse tal reforma de las vidas más estregadas, qual todo el mundo ha siempre experimentado con este medio el más eficaz para transformar al pecador en Santo. Fue señalada entre otras la conversión de cierto sugeto, sino amartelado en defensa de la Compañía, pero nada imitador de sus virtudes. Deseaba el Padre Bernardino agradecer sus beneficios con darle ejercicios, para que varias veces le combidó, pero el Cavallero rechazaba con chanzas entretenidas las persuasiones de quien le aconsejaba su bien. Encomendóle el Padre Tolo a nuestro Señor, y rogó a otros Padres del Colegio hiciessen lo mismo. Oyó sin duda el Señor las oraciones de sus siervos, porque le embió un accidente repentino, que le quitó el habla, y privó de los sentidos en su heredad. Voló un Padre de casa sin ser llamado a su remedio, y quando llegó, ya había buelto en sí el doliente, pero sin recobrar aliento en el alma para mejorarla. Vinose el día siguiente a la Ciudad y fue a oír Missa en nuestra Iglesia, donde le sobrevino un penoso frío de terciana, que postrado en el suelo sin fuerzas le huvieron de retirar a nuestro Colegio para aplicarle algún remedio. Acudióle con los remedios de la ocasión nuestro enfermero, y passó en breve el accidente. Aprovechóse de este successo el Padre Tolo, y le repitió la suave, pero poderosa batería de ruegos, y persuasiones, para que no se bolviessen a su casa, sin hacer los ejercicios. El enfermo que ya había hecho reparo, acosado de su conciencia en el segundo aviso del Cielo, y que con la vexación había cobrado entendimiento, condescendió gustoso con las instancias del Padre, y propuso no salir del Colegio, sin que fuesse del todo sano en el alma, como lo esperaba ir en el cuerpo. Platicóle los ejercicios el Padre Bernardino, y él los hizo con grande fervor, y desengaño, llorando amargamente la vida passada bien descompuesta. Interin, que esto obraba el Padre Tolo, y su exercitante en nuestro Colegio, murmuraban nuestros émulos, que los Jesuitas codiciosos de su gruesa hacienda detenían mañosamente al en-

fermo por hacerle revocar la donación, que tenía hecha de ella en su testamento, a favor de un Convento de otra Religión. Crecía la fama, y todos la suponían por cierta, viendo al Cavallero inclinado a dexar a la Compañía algunos de sus bienes, porque aunque antes estimaba, y defendía a nuestra Religión, ahora con el trato, y comunicación de puertas adentro se había aumentado en él, sin comparación la afición, estima, y aprecio, y deseaba *motu proprio resarcir* con parte de su hacienda en alguna manera la pérdida, que tuvimos en el saqueo del Colegio. Desengañáronse todos muy breve del desinterés de la Compañía en el ejercicio de sus ministerios y se le dio un testimonio manifiesto de que buscaba solamente el bien de las almas, no sus riquezas, porque tres días después que salió de los ejercicios el Cavallero, cayó por otro accidente en la última enfermedad, en que recibidos los Sacramentos quería revocar el otro testamento para favorecer en el nuevo a los Jesuitas. Disuadíaselo el Padre Tolo persuadiéndole, no intentasse tal revocación, sino dexasse su herencia a aquella Religión bien necesitada, pues la Compañía le estaba bastantemente agradecida por haverla defendido siempre con tanto empeño. Muy diferentes eran los juicios de los émulos, que clamaban contra el Padre Bernardino su Confessor, como engañador codicioso, que le había inducido a aquella mudanza, y más que todos se señalaban en estas calumnias los interesados, quienes con el sentimiento levantaron una polvareda, que sólo pudo desvanecerse con una traza del Siervo de Dios. Fuesse a la casa del enfermo a tiempo, que estaban allí los Religiosos herederos, con otra mucha gente principal: y rogóle que por convenir al crédito de la Compañía, declarasse debajo de juramento los puntos siguientes. Primero: si algún Jesuita le había exhortado a que revocase el testamento? Respondió con juramento, que no. Segundo: si era verdad que antes el mismo Padre Tolo le había exhortado a cumplir el primero con toda puntualidad, y dexar la herencia a aquel Convento, para remedio de su pobreza? Respondió en la misma forma, que sí. Tercero: si el mismo Padre, o algún otro de la Compañía, por sí, ni por tercera persona le había insinuado, que nos dicesse, o dexasse alguna parte de sus bienes, sino antes viéndole inclinado a ello le había dicho siempre él mismo, que no lo hiciesse, porque así él, como los demás Padres, sólo deseaban el bien de su alma, y agradecerle quanto se había empeñado por su defensa. Respondió que así era todo por el paso en que estaba, y que antes bien el haver reconocido el sincero

desinterés de los Padres, y el zelo con que ellos, y principalmente su Santo Confessor, habían procurado únicamente la salvación de su alma, y que no se despeñase en el abismo de su perdición, sin esperanza de otra remuneración, esso le había estimulado a revocar contra nuestra voluntad el testamento, y dexarnos por herederos absolutos de sus bienes. Concluidas las tres preguntas, y respuestas, le rogó encarecidamente el Padre Tolo, (y apenas pudo recabar de él) que no alterase el primer testamento: con lo qual quedó assí él, como todos los Nuestros tan libres de toda calumnia, quanto incursos los motores de aquel estrepito en la nota de interesados: porque desengañados todos con pruebas tan evidentes del despego, con que de nuestra parte se procedía en nuestros ministerios, y alabando nuestro desinteresado proceder, decían que a haverse trocado las suertes, no hubieran los contrarios largado tan fácilmente la prensa, y que se conocía manifestamente atendíamos solamente al bien de las almas sin mirar a nuestras propias conveniencias. De esta manera se feneció este lance, que había sin duda trazado el infierno, para desacreditar los ministerios de la Compañía, y principalmente el de los ejercicios espirituales, que daba el Padre Tolo con fruto tan notorio de aquella República.

§ V

REFIERENSE OTRAS OCUPACIONES DEL PADRE TOLO, HASTA SU SANTA MUERTE

Havía pocos Operarios en el Colegio del Paraguay por la ordinaria penuria de sugetos, que padece frecuentemente esta Provincia, y muchos más no bastarán para atender a la frecuencia de Sacramentos, que se entabló por medio de los ejercicios, más con todo esso no les sufrió el corazón a los Nuestros dexar por remediar otra necesidad mayor, que supieron había en la jurisdicción de aquella Ciudad. Diéronles noticia personas de zelo, como por la falta de doctrina, que hay en los Pagos de aquel distrito, cuyos moradores no pueden ir casi nunca a la Ciudad, tanto por su pobreza, quanto por la distancia, se habían esparcido (después que por la passada persecución no pudieron salir los Jesuitas a correrle con sus Misiones) muchos errores, e ignorancias perjudiciales, qual era decir, que las mugeres solteras, aunque tuviessen edad crecida, no se debían confessar hasta estar casadas, teniendo necesidad del Sacramento de la Penitencia, y otros errores tan enormes como este: fuera de esso se había introducido el ir a consultar con

frecuencia a cierto demonio Pithónico para mil maldades. No les sufrió, pues el zelo ardiente a los Padres de aquel Colegio estarse gozando de la quietud del Colegio, aunque tan gloriosamente ocupados, sin salir en busca de aquellas almas perdidas, para declarar pública guerra al infierno, y al error. Para esto quedando unos con el trabajo de los demás, y gustosos, a trueque de que se remediasse necesidad tan extrema, salieron a correr la tierra, y lo que obró el Padre Tolo la vez que salió, lo quiero referir con las mismas palabras, que lo escribe a nuestro Padre General el Venerable Padre Simón de Ojeda santísimo Provincial de esta Provincia, y antes de la de Chile, en las Annuas del año mil seiscientos y cincuenta y seis, que recogió, y puso en forma el Venerable Padre Francisco Díaz Taño, para que por sus clausulas se vea el alto concepto, que estos dos grandes Varones tenían formado de la virtud del Padre Bernardino, y la estimación, con que hablaban de él, quando aún vivía.

“Ofrecióse también (dicen las Annuas) a esta empresa al Superior con grande ánimo, como siempre lo hace a todas, un Padre llamado Bernardino Tolo, que está ciego, porque ha años, que nuestro Señor le dio este accidente, para bien de innumerables almas, es anciano, docto, y fervoroso, incansable en repartir el pan de la palabra divina, e indefesso Confessor, intrépido en los peligros, y cuyo descanso es trabajar; y aunque no había Compañero, que le dar por entonces, y su rara virtud, y santidad experimentada de tantos años, no lo necesitaba, con todo por la decencia, se le dio a un Estudiante virtuoso, que le acompañó. Salió el Padre a su Misión, y no dexó rincón, chacra, ni choza por retirada que fuese, ni pueblo aún de los que más ofendido tenían nuestro crédito, y contrarios huviessen sido, donde no llegasse, y como era tan conocido, y tenido por Santo, sólo de verle, fue muy extraordinario el fruto que hizo, desengañó a muchos de sus errores, y reduxo a innumerables a la amistad de Dios, edificando a todos.

Pero los más bien librados fueron los Indios, y Negros, a quienes sus Amos rara vez dan licencia para venir a la Ciudad, aún para cumplir con la Iglesia en la Quaresma, sin saber la doctrina, assí ellos, como sus mugeres, e hijos. Doctrinólos, catequizólos, instruyólos en los misterios de la Fe, dándoselos a entender con exemplos caseros: dispúsolos para la confesión, confessólos, alentólos a la virtud, y buenas obras, y guarda de la ley de Dios: dexólos muy consolados, si bien llorosos de perder tan presto la presencia

del Padre, que deseaban tenerle, y gozarle más tiempo. Con estas obras santas desengañó a muchos, que nuestros émulos tenían engañados con relaciones siniestras, y quedaron admirados de ver a un sugeto de casi setenta años, falto de fuerzas corporales, y que ha más de treinta, que está ciego, andar por aquellos montes, subiendo, y baxando riscos, cuestas, y barrancos, passando arroyos, y ríos, atravesando montes, y bosques de una parte a otra hecho, aunque ciego, cazador avisado de las almas.

Dióse el Padre por bien pagado del Señor con un caso de cierta alma, que parecía tener su Divina Magestad predestinada para el Cielo. Porque quanto andaba en el mayor fervor de su Misión, discurriendo por aquellos Pagos, se halló con un impulso superior a no negarse, a donde le llamaba incitándole fuesse a toda prisa a un pueblo de Indios, que distaba de allí diez días de camino. Siguió el impulso del Señor, que le llevaba, sin parar en parte ninguna, aunque le querían detener, que tanto quiere, y estima Dios a un alma, que le costó el precio de su sangre, queda fuerzas, y alientos a los más flacos, para que se la recojan, librándola del demonio, que se la quería tragar. Anduvo el Padre en cinco días el camino de diez, y no sabía aun para que le llevaba Dios con tanta prisa. Llega al Pueblo, y al entrar encuentra de manos a boca con el Cura, y estando hablando con él con las cortesías ordinarias y agasajos de bien venido, llegó apresurado el enfermero del pueblo a avisarle, como a un Indio le había dado un accidente repentino de que se moría, y necessitaba, de que le dispusiese para lo que Dios fuesse servido. El Cura no hizo caso del aviso, y proseguía con sus cortesías deteniendo al Padre, el qual, viendo el descuido, cayó en la cuenta de que aquel interior llamamiento; que le había traído apresurándole tanto los passos era por aquella alma, y sin decir nada de esto al Cura despidiéndose de él, le pidió licencia para ver los enfermos del pueblo. Dióselo él con mucho gusto, y agradeció la caridad, que quería hacer a aquellos pobres: apartándose de él preguntó el Padre Tolo, dónde vivía aquel enfermo, y rogó que le llevassen allá. Entrósele por su casa, y al ver el enfermo un Padre de la Compañía en su pobre rancho, fue inexplicable el gozo que recibió. Estaba el pobre con tan furiosa calentura, que aunque no le veía, sintió su fuerza, y el peligro en que se hallaba. Dispúsole para una buena confesión, que hizo con grande sentimiento, y dolor de sus pecados. Cosa maravillosa, que al punto que la absolvió, perdió el juicio, luego la habla, y en breve rato la vida, que parece no esperaba otra cosa morirse, sino que el Padre llegasse,

le confessasse, y absolviesse, lo qual según las circunstancias el Cura no huviera hecho, y se huviera muerto sin confesión.

Assegundó el Señor las mercedes al Padre con depararle otra pressa, no lejos de la Ciudad bolviendo de esta Missión. Havía años, que nuestro Señor tenía postrada en la cama a una persona con penosas dolencias por quanto enredada en tratos torpes, y vida deshonesta havía más de treinta años, que no se confessaba bien, sino sacrilegamente; pues siempre era sin propósito verdadero de la enmienda engañada de su depravado apetito, que le figuraba imposible, abstenerse de aquella vida licenciosa. Llegó el Padre Bernardino a aquel paraje, y preguntó, como lo acostumbraba, si havía algún enfermo, que se quisiesse confesar. Respondieron los presentes que no, porque se confessó días antes uno, que havía; pero nuestro Señor le dio interiormente impulsos de visitarle en persona, y consolarle hablando algo de las cosas del Cielo. Entró el Santo Varón a verle, y reconociendo que era Padre de la Compañía el que le visitaba, y que compassivo le animaba a recibir, y llevar con paciencia sus dolores, y trabajos, cobró aliento, y valiéndose del amor, y caridad con que le hablaba, rogó le oyesse de penitencia. Descubrióle su vida passada, y las confesiones sacrílegas, que havía hecho llorando amargamente sus culpas. Oyóle el Padre lleno de inexplicable gozo por poder remediar aquella alma, y absolvióle, dexándole muy consolado, con que se bolvió al Colegio después de haver gastado algunos meses en estas correrías tan provechosas para tantas almas.

Otra Missión hizo después a un pueblo de Indios, tanto más estimada, y de mayor fruto, quanto menos usada por los estorvos, que siempre havía de no gustar sus Curas, que los Nuestros fuesen allá, y deseando aquellos Indios gozar de la Doctrina de nuestros Padres Missioneros, solían venir a buscarlos a escondidas en el Colegio. En esta ocasión lo alcanzaron, porque ellos mismos viendo era el Cura, que tenían afecto a la Compañía, le pidieron llamasse algún Padre Missionero nuestro, para que los fuesse a consolar. Hízolo el Cura con gusto, salió el Padre Tolo llamado, y fue increíble el gozo que recibieron aquellos buenos Indios de verle en su Pueblo. Comenzóles a predicar, a hazer la Doctrina Christiana, y a contar exemplos acomodados a su natural. Los Indios empezaron a confessarse, y a acudir el Pueblo todo con tanto fervor, que quedó admirado su Cura, y con mayor admiración edificado,

viendo el tesón, con que el Padre les acudía a todas horas, hurtando el tiempo al preciso descanso, y dexando a veces de comer por consolarlos. Quedaron los Indios muy pagados de la caridad, que el Padre les hizo consolándolos, y animándolos a la virtud, enseñándoles, como se havían de confessar, y preparar para la comunión; y dándoseles a entender los misterios, que no havían aún entendido bien, porque el modo que se havía usado con ellos, era solamente hacerles decorar, y rezar las oraciones sin otra explicación, ni darles a entender las cosas, que la Fe nos enseña: por tanto dixeron luego les convenía tener consigo por Parochos a los Padres de la Compañía, y aunque el Padre les aconsejó con toda eficacia, no tratassen de esso, por no incurrir en ofensión de sus Curas, y poderles los Nuestros asistir frequentemente sin ser sus Parochos, ellos no obstante se juntaron, y escribieron al Rey nuestro Señor cartas, y también al Sumo Pontífice, representando su necesidad espiritual, y pidiendo les diessen Religiosos de la Compañía, que los doctrinassen, porque con haver sido de los primeros, que en todas aquellas Provincias fueron bautizados, hasta entonces no havían entendido lo que se les decía en las oraciones, y Cathecismo, ni el modo, con que havían de vivir como Christianos, y decían otras razones, que representaban bien, no sólo el afecto, que cobraron a la Compañía, sino la necesidad, que tienen de ser adoctrinados. No se descende a casos muy particulares, que sucedieron de edificación en esta Misión por justos respetos, baste decir, que fue grande, y copioso el fruto que el Padre Tolo hizo en aquel pueblo, para servicio de nuestro Señor, y gloria suya”. Hasta aquí las cartas Annuas citadas.

Encendióse por estos años una cruelísima peste en todas estas Provincias, que las assoló, y casi dexó desiertas. Baste saber en común, que muchas casas quedaron sin moradores, las haciendas del campo perdidas, las sementeras no se lograron, por no haver quien las cogiesse, los ganados se alzaron por estar sin pastores, que los guardassen. Llegó al Paraguay, donde vivía nuestro Padre Tolo, esta fatal epidemia, e hizo grande riza, y estrago en todo género de personas. Acudieron a los apestados todos los sugetos de nuestro Colegio con fervor heróico, y ardentísima caridad, no sólo dentro de la Ciudad, sino ocho, o diez leguas en contorno, sin eximirse nuestro Padre Tolo, porque era picarle en la vena del gusto darle ocasiones en que emplear su zelo caritativo, para beneficio, y socorro espiritual de los próximos. No reparaban los

Jesuitas en trabajo ninguno, negándose al sustento, y descanso, que vinculaban a los desvelos, con que socorrían a los enfermos, en lo espiritual administrándoles todos los Sacramentos, y en lo corporal, acudiéndoles con la comida, regalos, y medicinas. “No es posible en breves palabras (dicen las Annuas citadas del año de mil seiscientos cinquenta y seis) ni aún en ojas enteras referir lo mucho que los Nuestros hicieron, y trabajaron en esta ocasión, y se puede muy bien creer los casos de edificación, que sucederían en tiempo de tantas muertes, viendo cada uno la suya a los ojos. Compusieronse muchas conciencias estragadas, dexáronse las ocasiones envejecidas, restauráronse quiebras de amistad, y enemigas muy antiguas, restitúase lo ageno y morían todos con gran consuelo. En esta ocasión el Santo viejo ciego, Padre Bernardino Tolo, bolviendo a casa un día, después de haver acudido a muchos enfermos de la comarca, venía preguntando por el camino, ¿dónde había apestados? Dixeronle los que le acompañaban, no había por allí rastro, ni señal, ni aún parecía haver modo para que estuviesse allí alguno. Replicóles el Padre: no es posible que dexé de haver, porque yo huelo enfermos, y sintiera en el alma, peligrassen sin Sacramentos. Reparó entonces uno de los compañeros en una pequeña vereda que entraba por el bosque cercano hazía la espesura. Advirtióselo al Padre, que respondió con su fervoroso zelo: pues hechemos por ella, y haviendo caminado un buen trecho por entre la maleza descubrieron unos ranchos, donde todos quantos vivían, estaban heridos de la peste. Entró el buen Padre en ellos gozoso de haver hallado aquella mina para el Cielo: confessóles a todos, dispusolos para la muerte, dióles lo que llevaba de regalo, y sustento, bolvió con grande alegría, y jubilo a desandar el camino, que le había guiado para encaminar por la senda del Cielo a todas aquellas almas destituidas”. Hasta aquí las Annuas, y hasta aquí también la vida del Padre Bernardino; porque de tamaño afán, y trabajo, se le acrecentaron tantos otros achaques sobre la ceguera, que le postraron por ocho años continuos en la cama, aunque allí no sabía estar ocioso, porque llevado de su zelo, sacaba fuerzas de flaqueza, como dicen, y oía de penitencia a quantos venían a confessarse con él, atrahidos de la fama de su santidad. Purificada su alma en el crisol de las enfermedades, y arreada con las preciosas joyas de tan grandes merecimientos adquiridos a costa de tantos trabajos en la grangería espiritual de las almas, y aún adornada (según piadosamente se cree) con la blanca estola de la primera gracia, salió

a recibir al Divino Esposo, que la llamó al descanso de la gloria celestial: porque agravándosele sus achaques dieron fin, después de recibidos todos los Sacramentos con gran devoción, a una vida tan preciosa. Murió, pues, con la paz, y serenidad con que había vivido a dos de Octubre de mil seiscientos y sesenta y seis, teniendo setenta y siete años de edad, cinquenta y quatro de Compañía, y treinta y siete de professo del quarto voto. A su entierro acudieron todas las Religiones, el Cabildo de la Catedral, y la primera Nobleza del Paraguay, porque todos le veneraban por Santo, y a porfia solicitaban alguna cosa para guardarla, como apreciable reliquia.

§ IV

ALGUNAS DE SUS MUCHAS VIRTUDES

Daré fin a esta relación, resumiendo en breve algunas de las grandes virtudes, que más resplandecieron en este Siervo de Dios, aunque toda su vida está esmaltada de muchas, y muy heróicas, con que se labró la corona. Su primer esmero, fue la observancia de los tres votos, que constituyen al Religioso perfecto. Su pobreza era tal, que jamás quiso tener alhaja alguna de precio, y quando murió, nada se halló en su aposento, sino fue su pobre cama, de manera, que a sus devotos no hubo que repartirles, sino algo de sus vestidos, o instrumentos de penitencia. Si algunos amigos compadecidos de sus achaques le embiaban algún regalo, luego le hacía entregar al Superior, sin querer tocar nada, sino lo que venía por su mano, lo qual aceptaba con el mismo agradecimiento, que si se lo dieran de limosna. Gustaba de traer el peor vestido, y se aprovechaba de su misma cegüera para conseguir se le diesse, diciendo con gracia: yo como no veo, qualquiera cosa me parece bien: dése lo mejor a mis Hermanos, que lo merecen más; pues para lo que puede servir un pobre ciego, todo le viene ancho. Su recato fue raro en todas sus acciones, y palabras, para conservar sin marchitarse la flor delicada de la pureza, que llevó intacta al sepulcro. Aún rehusaba tocar al que le guiaba, para lo qual se valió de un báculo, o muleta, a que se arrimaba, estribando esta en el Lazarillo. Importunábanle mucho los Indios, y Negros, quando andaba en Misión, o venían a hablarle, porque les diesse a besar la mano; pero nunca condescendió, contentándose, por no desconsolarlos, con darles a besar la manga de la ropa, o de la sotana. El amor, y ternura, que professaba a esta virtud, procuró imprimir en los que trataba, como lo consiguió felizmente con muchos, que

por sus consejos abrazaron el estado Religioso. En la obediencia, fue tan ciego, como en el cuerpo: la insinuación del Superior tenía para el Padre Tolo fuerza de rigoroso precepto, sin discurrir, ni ofrecerse la dificultad más leve para executar quanto se le mandaba. Haviendo estado ciego casi quarenta años, al punto que le ordenaban, saliese fuera a confesiones, cogía su manteo, sin haber propuesto jamás en tantos años. Su único desconuelo en su cegüera era, no poder celebrar el santo Sacrificio de la Missa, para lo que solicitó dispensación de la Santidad de Inocencio X por medio del Padre Juan Pastor Procurador de esta Provincia; pero entendiendo dificultaba su uso nuestro Padre General, sacrificó gustoso sus ardientes deseos por obedecer a la más leve insinuación de la voluntad del Superior, y se quietó con maravillosa paz, sin dar en adelante, ni aún señal de haverlo deseado. El mayor apoyo de los órdenes de los Superiores era el Padre Tolo, que defendía su autoridad, como quien miraba a Dios en ellos. Rehusaba un sugeto menos ajustado executar cierta obediencia, en que hallaba su pertinacia más dificultad de la que tenía la cosa en la realidad: dixóle el Padre Tolo tales razones, para que obedeciese, que se rindió luego el sugeto, y decía después, que según las cosas que le oyó en favor de la obediencia, la huviera executado con la misma presteza aunque fuera mil veces más difícil.

El fervor de estas virtudes crecía cada día más al calor de la oración, y trato familiar con Dios: el tiempo que le sobraba de los ministerios, todo lo empleaba con su Magestad, o en la meditación de sus misterios, o en oraciones vocales, o en jaculatorias muy ardientes, que salían de su corazón abrasado en amor divino, y edificaban sobre manera a quantos le oían. Era extraordinaria su conformidad con la voluntad divina: en una cegüera tan penosa, y prolongada por tantos años, se mantuvo con tal paz, y serenidad de ánimo, que jamás se le conoció deseo de cobrar la vista, antes repetía muchas veces, se hallaba gustoso con aquel trabajo, porque por su medio le había librado el Señor de los peligros del alma, a quien dan sus enemigos assaltos tan poderosos por la vista, y mayor era su alegría quando consideraba se valían almas tan perdidas de su falta, para llegar a manifestarle con más confianza las llagas encarceradas de sus conciencias. Su humildad era profundísima. Con ser grande su capacidad era el concepto, que de sí tenía tan vil, como el que formara el sugeto más inepto, si se llegara a conocer. Trabajando con la aplicación, que hemos dicho, decía que

comía el pan de valde, y que no servía sino de estorvo en la casa de Dios. Para predicar le señalaron un Hermano, que le leyese algún libro, los ratos que tenía desocupados algún día, o dos antes de la plática, o sermón, y era tanto lo que agradecía este obsequio, que el Hermano quedaba confuso. Su mortificación era igual a las otras virtudes. Nunca se quejaba de que la comida estuviese mal guiada, ni de los descuidos, que en su asistencia se cometía, siendo preciso fuesen algunos en cegüera tan prolixa. Era muy parco en la comida, y todo el tiempo, que estuvo en la nueva Reducción del Corpus, se mantuvo con algunas raíces silvestres, o quando más, con un poco de maíz. A la fruta ni aún tocarla quería. Trataba a su cuerpo, como a mortal enemigo, cargándole continuamente de ásperos silicios, y castigándole con horribles disciplinas, para tenerle sugeto al espíritu. Igual era la mortificación interior de las pasiones, y afectos. Al oír sus injurias, estaba con la serenidad, y alegría, con que pudiera el mundano más ambicioso de honra, y aplauso al oír sus elogios, o alabanzas. Dixéronle muchos oprobios, y pesados baldones por exercitar nuestros ministerios, pero se mantuvo siempre con la misma paz inalterable. El zelo de la salvación de los próximos fue ardentísimo: testigos abonados son todos sus períodos de su Religiosa vida. Este le desterró de su Patria, y le sacó de Europa: este le hizo, quando pudo, privarse de las comodidades de los Colegios, dedicándose a la conversión de los Indios, que era entonces empleo más penoso de lo que fácilmente se puede concebir, y mejor se explica diciendo había falta total de todo lo necesario, y sólo sobran penalidades, que le privaron de la vista. Este le hizo no admitir descanso alguno en el Colegio del Paraguay, andando de continuo en Misiones dilatadas por toda aquella jurisdicción, que es muy estendida, por ríos, pantanos, montes, selvas, despeñaderos, que siendo para todos penosa pensión de este ministerio, era mayor sin comparación para quien andaba a ciegas. Este le hacía acudir con la mayor puntualidad a las confesiones dentro, y fuera de casa a qualquiera hora: este dedicarse a predicar incessantemente la divina palabra, estimulado sólo del ardiente deseo de que Dios fuese conocido, y amado, y de que sus próximos consiguiesen el fin de la eterna Bienaventuranza. Este finalmente acudir prompto a la gente más pobre por más desvalida, y necesitada, como Indios, y Negros bozales, que aunque tenía el motivo de ser este ministerio de menos esplendor a los ojos del mundo, pero más principalmente le movía el considerarlos con mayor ne-

cessidad de ser ayudados. Acariciaba a esta gente quanto podía, para que vencida su natural cortedad llegassen a él con mayor confianza. Instruiales con gran tesón, y constancia en los mysterios de nuestra Santa Fe, catequizábalos, y los disponía para el Bautismo. En sus enfermedades acudía luego a consolarlos, y les diligenciaba algunos regalos para alivio de sus dolencias. Con esto le cobraban tal amor, que le miraban todos como a Padre, y por medio de esta confianza, cuya falta les retrae las más veces de manifestar las llagas de su alma, hizo con ellos singular fruto.

Todos estos empleos, que en qualquiera Jesuita son de suyo tan loables, en el Padre Bernardino, se deben sin duda grangear mayor estimación, por costarle todos mayor trabajo, y su permanencia en ellos, no se podía originar menos que de un zelo todo abrazado del bien de los próximos. Assí lo reconocían todos dándole sin controversia la primacia, por lo qual informando de los sugetos de aquel Colegio su Rector el Venerable Martir Padre Diego de Alfaro al Padre Provincial Diego de Boroa en Carta de veinte y ocho de Septiembre de mil seiscientos treinta y cinco, después de hablar de otros sugetos de gran zelo, que siempre han florecido en aquel Colegio, dice assí de este Siervo de Dios: "Sobre todos los demás es celebrado el zelo del Padre Tolo, que con estar achacoso, y ciego, trabaja incansablemente en el Púlpito, y confessionario, siendo de rara edificación a los de casa, y a los de fuera, y a todos de justa admiración".

Suavizábale tantos trabajos el encendido amor, que tenía a su Criador, y quando se hablaba del que se debe a su Magestad, se excedía a sí mismo, y encendía en él a quantos le escuchaban. De aquí le nació un amor ternísimo a la Sacrosanta Humanidad de Christo Señor nuestro, cuyos misterios, y con especial ternura el de su sagrado Nacimiento, contemplaba con grande afecto, y celebraba con particular devoción. Professaba también singular afecto a la sagrada Eucharistia, y como diximos, por ninguna otra cosa tenía su cegüera, sino por verse privado de celebrar el santo Sacrificio de la Missa, aunque este trabajo le llevaba con la resignación, y alegría que dixe, y acallaba sus ansias con recibir todos los días la comunión: el lugar más ordinario de su asistencia, quando no estaba en algún ministerio, era delante del Señor Sacramentado, o sino en la Capilla de nuestra Señora de la Concepción, porque era también devotísimo de María Santísima. Recreábase con su dulce memoria: ocupaba muchos ratos en meditar sus grandezas,

y singulares prerogativas. No sabía predicarlas sin lágrimas de ternura, y con su aventajado talento de púlpito esforzaba toda la elocuencia, para estampar en los corazones de los oyentes la devoción cordial, y afectuosa a esta Reyna soberana. Promovió mucho la Congregación de la Santísima Virgen el tiempo, que cuidó de ella, y era inexplicable el gozo de su espíritu quando advertía el numeroso concurso, que asistía a nuestra Iglesia a celebrar su Concepción Inmaculada. Las novedades de Europa, que oía con gusto, eran las que referían los regocijos, y festividades, con que se esmeraba particularmente la Monarquía Española por aquellos tiempos en aplauso, y obsequio de este purísimo misterio. En todos sus aprietos invocaba con grande afecto el dulcísimo nombre de María, experimentando en él su mayor alivio.

Su devoción a nuestros Padres San Ignacio, y San Francisco Xavier, era tierna, y afectuosa, como de hijo a Padre, y esmerábase en imitar sus virtudes, que es la mejor devoción, y que más les agrada. No era inferior, la que professaba a los Santos Angeles, que se la debieron de querer agradecer alcanzando se le acabassen en su día las miserias de esta vida. Era muy compassivo de las benditas Ánimas del Purgatorio, y a esse passo se esmeraba en socorrerlas con todo género de sufragios, oraciones, Missas, Indulgencias, y obras satisfactorias, que todas se las tenía cedidas, y persuadía a otros, hiciessen lo mismo. Amaba grandemente a nuestra Compañía, como verdadero hijo, sintiendo vivamente sus injustas calumnias, y defendiéndola de sus adversarios, tanto con la manifestación de su inocencia, quanto con sus oraciones. Tenía subido aprecio de su Apostólico Instituto, y de las reglas admirables, con que guía a sus hijos a la perfección, las cuales procuraba observar (en que se manifiesta el verdadero aprecio) con tal esmero, y exacción, que todos le veneraba por modelo de Religiosa observancia. Con estas, y otras virtudes adquirió el renombre de Santo, que aún en vida le daban todos, y quien más se señalaba en esta estimación eran las cabezas, y primeros sugetos de la Provincia. Ya vimos al principio el concepto, que de él formó el doctísimo Padre Pedro de Oñate, bien conocido en el mundo por sus escritos. No es menor, el que declaran en las Annuas citadas los Padres Simon de Ojeda, y Francisco Díaz Taño. El Padre Christoval de Grijalva Procurador a Roma por esta Provincia en la historia que escribió de la persecución del Paraguay (§ 15) le llama: "Sugeto de conocida virtud y santidad, y por ella siempre muy venerado en el Paraguay, Varón

zelosísimo del bien de las almas, incansable Operario, e instrumento de las maravillas de Dios en la conversión de los pecadores, a quienes ciego guiaba con maravillosa destreza por el camino de la virtud”. El Padre Andrés de Rada, cuyo prudentísimo gobierno celebraron cinco Provincias de nuestra Compañía, donde gobernó, teniendo aviso de la muerte del Padre Bernardino, se la escribió así al Padre Rector del Colegio de Córdoba en carta de ocho de Noviembre del mismo año: “Acabo de saber y passo luego el avisa a Vuestra Reverencia de la muerte del buen Padre Bernardino Tolo, cuya aprobada santidad es tan notoria en esta Provincia, y dexa fundamento para creer voló de la cama al Cielo, donde sin duda le avrán salido a recibir exercitos de almas, que son enteramente dichosas mediante su zelo, sacándolas del estado de perdición, y otras que dirigió aunque ciego con la más acertada perspicacia de espíritu”. Por fin el Doctor Don Francisco Xarque, Dean de Albarracín en la Vida que imprimió del Venerable Padre Antonio Ruíz de Montoya, haciendo mención de algunos sugetos que llegaron de Europa a esta Provincia el año de 1622 escribe así de nuestro Padre Bernardino: “Fue uno el Padre Bernardino Tolo, natural de Cerdeña, que desde Buenos Ayres, subió con el Padre Antonio Ruíz a las Reducciones, donde trabajó con notable fervor, hasta que del continuo desvelo vino a cegar del todo, y hubo de bolver al Colegio del Paraguay, en el qual fue singular el fruto que hizo a pie quedo en el Púlpito, y Confessionario obrando admirables mudanzas en desgarrados pecadores, que llegaban a sus pies con gusto, y sin empacho le confessaban graves maldades por verle sin vista para conocerlos. Pero como era tan lince la de su alma, guiaba con toda seguridad por el camino derecho de su salvación a los ciegos con sus passiones, que iban a dar en el precipicio del infierno”. Advierto, que dicho Doctor le llama *Tello*, pero fue error. Lo otro, que imprimió este elogio quatro años antes de la muerte de este Siervo de Dios, que le debió de suponer y a difunto, y en la realidad aunque vivía, estaba totalmente muerto al mundo, y a sus propias alabanzas.

ESTRELLA SEGUNDA
CAPÍTULO II
VIDA DEL VENERABLE PADRE LUCAS QUESA

§ I

*SU PATRIA, ENTRADA EN LA COMPAÑÍA, Y NAVEGACIÓN
A LAS INDIAS, DONDE DA LAS PRIMERAS MUESTRAS DE
SU ZELO EN EL EJERCICIO DE LAS MISSIONES*

Nació el Padre Lucas Quesa en la Ciudad de Sácer, Ciudad bien conocida del Reyno de Cerdeña el año de 1609. Entró en la Compañía en aquella Provincia en 25 de Mayo de 1629. Después de haver tenido en ella su noviciado, estudiado las Artes, y tres años de Theología, solicitó passar a esta Provincia del Paraguay, como lo consiguió en la primera de las dos Misiones, que conduxo a ella de Europa el Venerable Padre Francisco Díaz Taño el año de 1640 habiendo recibido antes de embarcarse los Sagrados Órdenes en la Ciudad de Cáller. Salieron de Lisboa treinta y quatro Jesuitas el día primero de Febrero, víspera de la Purificación de nuestra Señora, que escogieron por especial Patrona, y Abogada de su viage, y experimentaron la eficacia de su patrocinio, pues aunque al principio la navegación fue toda bonanza, al fin les sobrevinieron grandes trabajos, y peligros, de que se libraron por la intercessión de María Santísima. Porque lo primero quando menos pensaron, descubrieron un navio de alto bordo de enemigos Holandeses, que venía a dar caza al navio de nuestros Jesuitas; pero encomendándose estos a nuestra Señora su Patrona, se apartaron del camino, viento en popa, y quedaron libres. Mayor fue el peligro que sobrevino, como más inevitable: porque una noche al tiempo, que todos dormían, iba la nave a encallar en tierra: uno de los marineros, que estaban de guardia, sintió quebrar la mar al modo que suele cerca de tierra, y esso tan clara, y distintamente, que no dudaba en ello; pero recelaba decir lo que oía, por no inquietar la gente, miraba a todas partes, y no descubría tierra, pero el sonido de las olas le tenía sobresaltado, y el navio se iba empeñando cada vez más, y más buscando su naufragio en la orilla. El Capitán de la nave vió la tierra, y que iba a encallar en ella: dio voces, y mandó arribar, con que todos se alborotaron, y los marineros con la turbación no acertaban a arrear las velas. En tamaño riesgo empezaron los Jesuitas a invocar a María Santísima, con Letanías, y plegarias, y dispuso esta Soberana Madre de Misericordia de tal manera las cosas, que

recobrándose la gente del susto, salieron felizmente del peligro, como lo reconocieron al amanecer, que descubrieron claramente tierra, y tomando la altura, hallaron era la Isla de Santiago, una de las principales de Cabo Verde. Quedaron todos muy agradecidos, y en señal de su agradecimiento, hicieron un Novenario a nuestra Señora con Missas, y Sermones, que predicaron los Nuestros, diciéndole en ellos mil alabanzas, y obligandola con nuevos obsequios, para que prosiguiese favoreciéndoles con su intercesión.

No sé, si por ocasión de los ayres de Cabo Verde, que suelen ser pestilentes, o por los excesivos calores de la linea Equinocial, a que se iban acercando, empezaron a enfermar casi todos los Padres, y Hermanos, y de aquellos murieron dos escogidísimos sugetos. Libróse de esta dolencia el Padre Lucas Quesa, con otros tres, o quatro, para alivio, y consuelo de todos los Compañeros, a quienes assistió con abressada caridad, aplicándoles las medicinas, y sirviéndoles con tanto amor, que toda la vida le quedaron agradecidos. Y del mismo modo se portó con los demás navegantes, de quienes adolecieron los más, no negandose a qualquiera que le llamasse para su consuelo, exhortando a todos en aquel conflicto a que aplacassen la ira divina con la mudanza de sus vidas, como lo consiguió, oyendo el Padre Lucas, y otro Sacerdote nuestro, que tampoco enfermó, las confesiones de todos. Apenas habían escapado de este peligro, quando cayeron en otro: porque llegando a la altura del Río Geneyro, y queriendo el Capitán arribar, mudó de parecer, juzgando más conveniente gozar del tiempo favorable, y passar en demanda del gran Río de la Plata: con este designio se hicieron tanto a la mar, que se hallaron cerca del Cabo de Buena Esperanza, con tempestad tan deshecha, que asseguraban los marineros más antiguos, no haver visto jamás el mar tan alborotado. Con la borrasca tan terrible, se agravó la enfermedad de los Padres, y Hermanos de la Compañía, en que tuvo el Padre Lucas, que exercitar de nuevo la caridad. Duraba tres días la tempestad, sin amaynar un punto: por lo qual se hizo precissa la arribada al Brasil, adonde enderezaron la proa, después que cessó la tormenta, y desembarcaron felizmente en el Puerto del Río Geneyro. Fueron aquí recibidos con las demostraciones de caridad, que tratan en todas partes a los huespedes los Jesuitas Lusitanos, que es menester haverlas experimentado para poderlas expressar. Detuviéronse siete meses, en que padecieron todos el peligro de muerte que se originó con la publicación de los decretos de Nuestro Santísimo

Padre Urbano VIII en favor de la libertad de los Indios, y los malos tratamientos, que les hicieron por esta causa los Mamalucos desobedientes a Dios, y a su Vicario, de que hablan el Doctor Xarque en la vida del Venerable Padre Francisco Díaz Taño, y en la Historia Latina de esta Provincia el Padre Nicolás del Techo, que fue uno de los Jesuitas de esta Misión. Después de siete meses de Invernada en el Río Geneyro, se embarcaron muy agradecidos a la imponderable caridad, con que les trataron nuestros Padres del Brasil, y en veinte días llegaron al Puerto de Buenos Ayres a fines de Noviembre del mismo año de 1640 de donde se partió el Padre Lucas a esta Ciudad de Córdoba, para examinarse *ad gradum*, y tener la tercera Probación. Estando en ella fue señalado para correr en Misión el distrito de esta misma Ciudad en Compañía del Padre Pedro de Ibáñez Misionero después famoso en toda la Provincia del Tucumán. Salieron a ella el año de 1641 y corrieron toda la Comarca por Pueblos, Chacras, y estancias, haciendo en todas partes grande fruto por su ardiente zelo. Remediaron muchos pecados, hicieron no pocas confesiones generales, predicaron, y doctrinaron a Negros, Indios, y Españoles. Estaban todos generalmente bien necesitados de pasto espiritual, porque en las estancias había muchos, assí hombres, como mugeres, que por su pobreza, y no tener con que parecer decentemente en poblado, vivían siempre en el campo cuidando de su tenue hacienda, sin confessarse en dos años, que por haver falta extrema de sugetos, no habían salido los Misioneros Jesuitas a correr los Partidos. Era para ver la alegría, con que en todas partes los recibían Españoles, e Indios, y principalmente estos, que hambrientos del manjar espiritual del alma, iban siguiendo a los Padres de Pueblo en Pueblo por oír las Missas, y doctrina, de cuya enseñanza gozaban solamente aquellos días. Juntábanlos por la mañana los Misioneros, y después de rezar las oraciones les explicaban el Cathecismo, y todo lo demás necesario para vivir christianamente. Al fin les hacían una plática exhortándoles al Santo temor de Dios, y al aborrecimiento del pecado, a la confesión, y a su integridad. Acabadas estas funciones, se ponían a oír las confesiones de quantos habían asistido, sin dexar ninguno, a que se seguía la Missa, en que a los capaces se les administraba la Sagrada Comunión, que recibían con mucha fe, y particular devoción, pidiéndola los Indios con grande instancia, a quienes porque convenía a veces diferírsela, para que formassen el debido aprecio, ellos les seguían a los Pueblos vecinos para recibir-

la. Dábanles también los Padres algunas cosillas de devoción, que recibían con estima, y guardaban con especial diligencia, diciendo, que con ellas se havían de fortalecer sus almas, para que no les pudiesse vencer el demonio. Y no les salía vana su confianza, pues sucedieron en este particular casos bien particulares, defendiéndose algunas buenas Indias con las Medallas, Cruces, y Agnus, que les repartieron los Padres de repentinos assaltos, y otras de la recia batería, con que pretendían contrastar su honestidad algunos mozos livianos, sirviéndoles también a estos para rechazar, y vencer las sugestiones del demonio.

Dos casos en particular le sucedieron en esta Misión a nuestro Padre Quesa, que manifiestan bien la eficacia de sus razones en promover el partido de la virtud, y cooperar a la salvación de las almas. Llegó a confessarse con él cierta India, a quien traía muy acosada un hombre perdido, para hacerla caer en pecado. Animóla el Padre con tanta fuerza de razones al amor de la pureza, y a resistirse constante aún a costa de la propia vida, que la India resolvió sacrificarse a qualquier riesgo corporal, antes que manchar su alma con aquella culpa. Huvo bien menester toda essa alentada resolución para el lance, que la sucedió, y mostró en la ocasión, quan bien se havían logrado las eficaces razones del Padre Quesa: porque como se hallasse sola labando la ropa a las riberas de un río, no siendo poderosas las aguas de este, para apagar el fuego lascivo, que ardía en el pecho de aquel mal hombre, llegó de nuevo a tentar su constancia. Resistióse ella tan valerosa, que no pudiendo el hombre rendirla, sacó cruel una daga, y le dio con ella en el ombro una penetrante herida: ella entonces con más ánimo, que de muger, le assió de la daga, y sacándosela de la mano, la arrojó en el río, y huyendo se guareció en poblado, donde pudiesse ser defendida, y curada, quedando avergonzado el hombre lascivo, corrido el demonio, victoriosa la India, aunque vertiendo sangre, y gozosa la pureza de haver triunfado en una muger flaca de tan sangriento enemigo. El segundo caso, fue de un hombre, que haviendo ocultado muchos años, feos, y abominables pecados, cayó en el abismo de la desesperación acosado de la vergüenza: con que considerando sus innumerables maldades, decía consigo mismo: imposible es ya que Dios me perdone, no es dable, que me quiera sacar su misericordia, por grande que sea, del cieno inmundo de tantos vicios, y quando se le atravesaba alguna dificultad en cumplir sus torpes deseos, la suplica, o jaculatoria, que hacía (caso horrendo!) era in-

vocar al demonio, para que le ayudase a conseguir sus intentos, diciéndole: “si me concedes tal gusto, llévame quando quisieres, que tuyo soy”. A tal estado puede llegar un alma dexada de la mano de Dios. Pues quien, sino teniendo muy conocidos los senos inmensos de la infinita bondad del Señor, entendiera, que quando este miserabilíssimo pecador tenía tan en su memoria al demonio, y tan olvidada la misericordia, y justicia del Altíssimo, se havía de acordar de él misericordioso llamándole por medio de una conversación santa a verdadera penitencia? Lo que tan dificultoso se les hace a los hombres, executó Dios en la realidad. Fue el caso, que encontrándose acaso con los dos Missioneros, empezó el Padre Quesa a entablar una plática espiritual, como solía de ordinario en tales ocasiones, ponderando entonces casualmente la misericordia, que Dios usa con los pecadores en qualquiera hora, que arrepentidos se buelven a su Magestad, por grandes, y enormes que hayan sido sus culpas. Penetró la fuerza de estas razones el corazón no de carne, sino de piedra, o diamante de aquel pobre hombre, y alumbró de tal suerte su ciego entendimiento, que le hizo conocer el peligro, en que se hallaba, y se resolvió a descubrirse con el mismo Padre, quien le discuso para una dolorosa confesión, que hizo muy alentado con la esperanza del perdón. Después de ella pretendía el demonio perturbar la paz, y tranquilidad de su conciencia con un terrible miedo por las ofertas, que le havía hecho de su alma, pareciéndole, que si se apartaba del Padre Lucas, se le llevaría el diablo; pero recurriendo a el mismo otra vez le serenó, y dexó en total sossiego, y aún resuelto a hacerse Religioso, como lo executó con efecto. Estos dos casos refiere el Padre Nicolás del Techo en la *Historia Latina* de esta Provincia lib. 13, cap. 2, omitiendo algunas circunstancias, y callando el nombre del sugeto, a quien sucedieron; pero expressando el nombre del Padre Quesa y de la manera, que van referidos los escribe el Padre Pedro Ibáñez en carta de 18 de Noviembre de 1641 al Padre Rector del Colegio de Córdoba, dándole cuenta de los sucessos más notables de esta Misión.

Puso el Cielo gracia particular en sus labios para reconciliar enemigos, evangelizando la paz donde quiera que llegaba. Fue muy celebrada la que ajustó entre dos personajes de primera suposición, que sin atender al parentesco, que los enlazaba estrechamente tenían escandalizada la jurisdicción de toda esta Ciudad con su notoria discordia, que tuvo fundamento en intereses de hacienda, sobre no sé que partijas. De lo que ya menos se trataba era la ha-

cienda por haver intervenido causa más relevante, que tocaba en el pundonor, y reputación: con que los ánimos se iban abrasando con el deseo de la venganza, de suerte, que no le quedaba resquicio a la esperanza para prometerle el ajuste, y los continuos desafíos de parte a parte, empeoraban más cada día la materia. En lance ya casi desesperado no desconfió el Padre Lucas poder componer las principales cabezas, para atajar el incendio, que iba obrando vigoroso con assonadas de vandos bien crueles. Entróseles con su Compañero por sus puertas a combidarles con la paz, y le dio el Señor con ellos tanta gracia en sus palabras, que habiendo desechado antes qualquier otro partido, que el de las armas a que vinculaban temerarios la decisión del litigio, se rindieron a composición amigable, ya una reconciliación muy sincera; para la qual después de confessados ambos assistieron a las funciones de la Misión, comulgaron juntos, y al fin en presencia de numeroso concurso, se abrazaron pidiéndose mutuamente perdón de sus agravios con grande edificación, y aún assombro de todos los presentes, y los que antes parecían quererse beber la sangre, ahora después de recibido el manjar espiritual, se sentaron a una misma mesa a tomar el corporal; quedaron concordés para siempre, y muy agradecidos a los Missioneros, especialmente al Padre Quesa, cuyo ánimo intrépido les había librado de su ruina, y total perdición, no menos en los bienes de fortuna, que en los espirituales del alma. Reconcilió assí mismo otros enemistados, que por semejantes, o por de menos monta los omito.

§ II

HAZE OTRAS MISIONES, Y ASSISTE A LOS APESTADOS

En la forma, que hemos referido, anduvo evangelizando por los tres Ríos de la jurisdicción de esta Ciudad, que es muy dilatada; pero donde más trabajaron, y padecieron los dos Missioneros, fue en la Misión del Río Quarto, a que passaron inmediatamente. Echaráse esto de ver, conocida la calidad, y propiedades de aquella gente, las cuales referiré puntualmente, como las escribe el mismo Padre Quesa, dando cuenta de esta Misión.

“Confinan – dice – estos Indios con los Pampas, y Huarpes de Mendoza reteniendo aún sus antiguas idolatrías, y supersticiones. Pintanse, y embijanse muy feamente en especial los viudos, y mucho más las viudas, y huyen de todo lo que es devoción, y culto de Dios, aunque las quatro oraciones, y los mandamientos

los saben bien de coro, como papagayos por la continuidad, con que los hazen rezar. Andan desnudos embueltos en un pellejo. Entienden poco la lengua general del Perú, y se necessita con ellos de Intérprete. Hay muchos entre ellos bautizados en Buenos Ayres, y en Mendoza, que están casados conforme a sus ritos Gentílicos. Aunque entienden algunas cosas comunes, no perciben las espirituales, ni hay intérpretes, de quien poderse fiar, porque todos son *eiusdem farinae*, y gente que haze poquísimo caso, y estimación de las cosas de Dios, y de su salvación. Usan muchos de estos Indios hechizos, y hierbas, y cada parcialidad tiene su hechizero, que es como su Médico, que los cura con ellos, y con chupalles la mala sangre, que tienen valiéndose de mil artificios, y embustes. Y para solicitar mugeres tienen mil hierbas, y polvos, con que las hazen caer miserablemente, y está esto tan entablado, y las tiene el demonio tan engañadas, que qualquiera cosa que de esto haya, dizen ellas que no hay fuerza humana para poderlo resistir, que al fin es gente carnal, y tratan con todo género de animales. Las mugeres para ser apetecidas, usan en sí una crueldad, como enseñada del demonio, para que aún en esta vida padezcan algo en medio de sus torpes deleytes. Punzanse con unas espinas largas, o punzones que para el efecto tienen, dentro de la nariz y en otras partes más delicadas, y destilan la sangre en un mate, y con otros ingredientes hazen un betún, con que se pintan todo su cuerpo, lo qual hazen principalmente las doncellas, y con esso los hombres se enloquecen, y pierden por ellas. La crueldad de esta gente es sobre manera barbara. Andan en continuos desafíos, en que guardan este modo barbaro. Salen dos armados de piedras, con unas bolas redondas en medio, y agudas en las dos extremidades, y están en competencia qual de los dos ha de empezar a dar el primer golpe, cediéndose el uno al otro, porque no le dan *simul et semel*, sino sucessivamente siendo regla que el más cobarde, y floxo ha de empezar, mostrando en esto su valentía el paciente, que está aguardando el golpe con la cabeza baxa sin retirarla, y después de haverlo recibido levanta el brazo, y da el suyo hasta ver quien cae, y de esta manera se están magullando sus duras cabezas a puros golpes. Tal vez da el primero en tal parte, y de tan buena manera, que al primer golpe lo dexa muerto, y rendido: y es también regla, que no se han de curar las heridas, haviendo gran fiesta, y vocería de la parte del vencedor. También passan toda una flecha por la piel del vientre, que como le traen siempre al ayre, ay hazen la prueba, y de estas hazen otras

crueldades para ostentar su valentía, cuales el cruel tirano, que los posee, les enseña”. Hasta aquí la relación de las calidades de la gente.

Llegaron pues a ella en su Misión los dos Padres Quesa e Ibañez, y fueron recibidos, como se podía esperar de genios tan bárbaros, y brutales. Luego que supo su venida el hechizero más famoso, que mandaba toda esta gente, ya quien los demás obedecían con grande sumisión, se retiró a los Pampas por no avistarse con los Misioneros; pero estos reprehendieron con tanta vehemencia a los demás profesores del arte mágica, que a muchos les quitaron, y quemaron públicamente sus hechizos, dexando a los restantes desengañados. Hacían pláticas todos los días, y los Domingos, y fiestas por mañana, y tarde; pero por más que se deshacían, se estaban los infieles, o malos Christianos riendo. No obstante se cogió algún fruto en las confesiones, que revalidaron de algunos, a quienes penetró al fin la luz del desengaño, y no habían conocido la malicia de callar pecados en la confesión, hasta que fueron instruidos por los Padres. Bautizaron algunos adultos, y párvulos por asseverarles su Parocho, eran los que más de asiento moraban en el Pueblo: casaron a otros muchos *in facie Ecclesiae*, que siendo antes Christianos, se habían casado a su usanza: consolaron, y alentaron a servir a Dios algunas buenas almas, que se mantenían con christiandad en medio de tan bárbaro gentío. Apretaron fuertemente contra los abusos de las mugeres, y consiguieron, se les entregassen muchos instrumentos de sus hechizos, y en adelante se fue experimentando alguna mejoría en sus costumbres.

Corrieron después el año de quarenta y dos los mismos Padres la jurisdicción de la Sierra, y Algarrobales, que aunque había ya pocos Indios, por haverse los más acabado, y consumido, no obstante en los que hubo, hicieron el mismo fruto, que en la Misión passada: a que se añadía darles en los Pueblos de los Algarrobales, y tras la Sierra limosna, que llevaban para repartirles, por ser la gente sumamente pobre, sin alcanzar otro alimento, que algarroba, y alguna carne de huanaco, animal propio del País muy parecido en su figura al camello, aunque de mucho menor cuerpo. No había en todos aquellos Pueblos a la sazón más que un Doctrinante, olvidado totalmente de las obligaciones de Parocho, y del aprovechamiento espiritual de sus Feligreses, quando por otra parte vivía muy solícito de sus grangerías, y conveniencias. En quatro años, que los Jesuitas no habían podido correr aquel Partido, no

se habían confessado, ni oído una sola vez la Doctrina Christiana. De aquí se colegirá bien, quan necessitadas de remedio estaban aquellas almas. Vivían tan remotos de la noticia de los sacrosantos misterios, que ni aún las primeras oraciones sabían, principalmente los viejos, de que hallaron muchos, que passaban de ochenta, y noventa años, pues eran ya mozos en tiempo de la conquista. Con estos fue excesivo el trabajo para catequizarlos, a causa de ser rudísimos de suyo, y no menos por su decrepitez. Hallaron algunos, que desde el tiempo de la conquista quando fueron bautizados, no habían recibido otro Sacramento, ni tenían de Christianos más que el nombre. Los más de estos necessitaban de intérprete para ser instruidos, y confessarse, porque ignoraban del todo la lengua Quichoa general del Perú, que hablaban los Padres, y sólo sabían la Sanavirona, particular entonces de toda esta Comarca, y al presente totalmente olvidada. Por esta razón sus Doctrineros jamás los habían confessado, ni ellos parecido en su presencia; pero sabiendo la llegada de estos dos Padres de la Compañía, salían de los bosques, y de sus cuevas, que las tenían debajo de tierra al uso primitivo de los Comechingones, antiguos moradores de la jurisdicción de Córdoba. De tan funesta vivienda salían casi todos cubiertos de penosos animalejos, y casi lisiados los pies por la humedad del sitio, y de su vecindad el tiempo, que gastaban en doctrinarlos, participaban bastantes sabandijas para ejercicio penoso del sufrimiento. Salían venerables con las barbas, y cavellera totalmente canas, señal manifiesta en esta gente de edad crecidísima, pues no encanecen sino viegísimos; pero más rudos que las mismas piedras de su habitación, sin entenderse mutuamente, ni ellos con los Padres, ni los Padres con ellos: con que se redoblaba el trabajo, para administrarles los Sacramentos. A otros era forzoso ir a buscar de rancho en rancho, a causa de tenerlos impossibilitados la vejez a caminar por su pie. Discurra cada uno, ¿quánto afán les costaría en tierra qual es esta áspera, y fragosa? Quanto se fatigarían las más robustas fuerzas. Es increíble para quien no conoce el terruño, y el genio de esta gente, principalmente entonces, que se hallaban más toscos, y nada cultivados. En medio de tantas fatigas se las suavizó el Señor con el consuelo de ver logrados sus trabajos, de que quiero referir algunos casos particulares. Entre estos viejos ya decrepitos hallaron uno, que tendría a lo menos cien años: sabía únicamente su lengua, y de todo lo que es necessario para conseguir la salvación estaba ignorante, ni jamás en toda su

vida, desde que se bautizó, se había confessado, porque desde entonces se había retirado con otros a lo más alto de la Sierra. Gastó el Padre Quesa bastante tiempo con él, y otros tres semejantes en catequizarles por Intérprete, y examinándole menudamente, no le pudo sacar cosa grave que huviere cometido en toda su vida contra la ley divina, o natural. Preguntándole si se acordaba de Dios en aquel retiro, o rezaba algo. Respondió que rezar no sabía; pero que de Dios se acordaba muchas veces levantando ambas manos, y los ojos al Cielo, postura en que repetía “*Dios, Dios*”, lo que hizo entonces el buen viejo con tal afecto, que enterneció al Padre, y le acabó de persuadir su inocencia. Instruyóle, e impuso en que hiciesse muchos actos de amor de Dios, y de contrición, que hacía a su modo muy fervorosos, y después de confessado, y³⁷ absuelto murió en breve. Otro encontraron de edad más avanzada, tan ciego, y sordo, que ni a voces entendía a los Padres. Su muger, que aun vivía, sería poco menos anciana. Estaba el pobre viejo tan consumido, que tenía sola la armazón de los huesos cubiertos de la piel, sin poderse mover de un lugar, y en tan extrema pobreza, que ni un trapo abrigaba sus desnudos miembros, habiendo y a tres días, que no gustaba bocado, tanto por no tenerle, quanto por no poder comerle. Mandaron los Padres hacerle de comer de lo que llevaban para su sustento, con que bolvió en sí, y abriendo un tanto los ojos, hizo con las manos ademanes de agradecimiento, y reconoció a los Misioneros. Estos le instruyeron, y confessaron con crecido trabajo por Intérprete, y dexándole alguna comida, se partieron adelante, donde supieron, como murió con mucha paz dentro de pocas horas. De la misma felicidad gozaron otro Indio, y dos viejas, que hallándose in extremis, huvieran muerto sin confesión, por hallarse muchas leguas distante el Doctrinero, sino llegarán los Padres, que por medio del Sacramento de la Penitencia, les franquearon las puertas de la gloria, a que luego passaron. Sirvióles de no menor recreo a sus fatigas hallar entre tantas espinas de ignorancias, y vicios una fragante rosa, que cultivaba el Cielo con el apacible riego de sus dones. Era esta una India ladina, moza, y de buen parecer; pero al mismo passo tan Christiana, y temerosa de Dios, que conservaba un alma purísima. Havía sido casada con un Español, y muchos perseguían, y procuraban contrastar su recato con dadivas, que suelen vencer la mayor firmeza; pero ella

³⁷ 7E y y

más firme, que una roca se mantenía constante, burlándose de sus alhagos, y siendo el exemplo de toda aquella Comarca. Alentaron los Padres a perseverar en sus buenos propósitos, y ella les avisó zelosa de algunos pecados, que pedían remedio en su Pueblo, el que aplicaron felizmente los dos Missioneros, derribando a Satanás del solio, en que se hallaba entronizado.

Al fin de este año, se encendió una cruel peste, con que el Cielo ayrado castigó a estas Provincias por espacio de casi dos años, y el Padre Quesa con heroica caridad, se ofreció en Compañía de otros Jesuitas a servir los heridos del contagio. Acudían con diligencia fervorosa a toda suerte de personas Negros, Indios, y Españoles, dentro, y fuera de la Ciudad muchas leguas, sin reparar en soles ardientes, o aguaceros importunos, calores, o frios, noche, o día, de que se siguió mucho bien a las almas: porque se apagaron incendios de discordias, que en medio de la peste no faltaban, se reconciliaron enemigos, pacificaron casados mal avenidos, e hicieron otras obras, que causaron a todos admiración. Logró el zelo de nuestro Padre Quesa esta ocasión, como diestro pescador de almas, algunos lances seguros en beneficio suyo. Halló un hombre tan perdido, que había dado en Atheista, persuadiéndole neciamente, que ni había Dios, ni infierno para los malos. En consecuencia de su error soltó tan desenfrenadamente la rienda a todo género de vicios, principalmente al sensual, que llegó a passar los términos de la naturaleza. Apareciósele el demonio en figura de un monstruo horrible, que parece se le quería arrebatar: sobresaltado el miserable de vista tan espantosa hacía ademanes, como de quien padecía la mayor congoja, y tenía presente tan tremendo espectáculo, por lo qual otro hermano suyo, que le acompañaba, empezó a invocar el nombre dulcísimo de Jesús, a cuyos ecos desapareció el monstruo infernal. Pasma el considerar, que después de esta visión no se enmendasse aún este hombre ciego, pues aunque ya creía haver infierno, por haver visto demonios del abismo, y también que había Dios, cuyos ministros eran, había llegado a tal término su obstinación, que nada bastó para corregirle, antes añadiendo pecados a pecados, vino a desesperar del perdón, que un abismo de maldades, llama otro peor abismo; pero quando más sumergido en él de sus culpas, le dio el Señor misericordioso la mano, porque siendo tocado del contagio común, y llegando a su casa el Padre Quesa, sintió de repente tan trocado el corazón con una secreta inspiración, que se vió obligado a confessarse de sus enormes culpas con

grandes muestras de verdadera contrición, y no menor consuelo del Padre, quien veneró en este caso la misericordia divina, que por tanto tiempo espera a los más perdidos pecadores para ganar sus almas, porque confessado el hombre, y bien dispuesto murió en breve, dexando claras señales de su eterna felicidad. En otra ocasión le llamaron a confessar a cierto hombre; pero le llevaba Dios, para lograr otra alma muy necesitada de remedio, porque halló a un mancebo muy al cabo, a quien diciendo se confessasse, empezó a congojarse, y sudar con ansias mortales, por donde se le traslució al Padre su necesidad espiritual. Trabósele la lengua por mucho rato, hasta que al fin habló aunque con dificultad, diciendo que el demonio le ahogaba, y no le permitía confessar feísimos pecados, que siempre había callado por vergüenza. Alentóle el Padre, y dióle confianza para que confessasse sus abominaciones, y hallándole ya muy arrepentido le absolvió gozoso de haver sacado de las fauces de la serpiente infernal aquella pressa, que ya se iba a tragar, porque tardó poco en morir. No fue tan dichoso otro Indio, que vivía escandalosamente amancebado sin escarmentar a vista del azote del Cielo, que tan fuertemente descargaba sobre otros, que lo merecían menos. Reprehendióle severamente el Padre Quesa amenazándole con la ira divina, más no aprovechando avisos, o reprehensiones, empezó Dios a cumplir la amenaza de su Siervo, y para justificar más su causa se contento con sólo ponerle a las puertas de la muerte, dándole tiempo para confessarse. Pareció bolver en sí, y que se confessaba bien, pero fue poco firme su propósito, porque mejorando un poco, llamó de nuevo a la manceba, en cuyos brazos al despedirla le saltó tal accidente, que le privó del juicio, y de la habla, y al siguiente día murió sin dar la menor señal de penitencia. Ya que según parece, se perdió eternamente este infeliz, se ganaron otros muchos, que vivían atollados en el ciego hediondo de la sensualidad, a quienes sacó el Padre Quesa de su miseria, consiguiendo por medio de su zelo, y³⁸ con el riesgo inminente de la epidemia se convirtiesen en matrimonios legitimos amancebamientos prolongados, y a otros, haciéndoles echassen fuera de su casa la ocasión próxima de su culpa.

³⁸ 7E y y

§ III

PASSA AL COLEGIO DE SANTA FE, DONDE TRABAJA EN NUESTROS MINISTERIOS CON EL MISMO FERVOR

No solamente mostró en estas ocasiones el Padre Quesa, su ardiente zelo de la salvación de las almas, sino se recomendó tanto con su proceder ajustado a nuestras reglas, e instituto, que le señaló el Padre Provincial Francisco Lupercio de Zurbano por Ministro de este Colegio de Córdoba, único Seminario, en donde se cría la juventud Jesuítica de esta Provincia, para que con su zelo, y exemplo promoviese la observancia regular. Executólo, como se esperaba, dos años, que exercitó este cargo, yendo delante de todos con el exemplo, que es la exhortación más poderosa; pero enfermando gravemente al fin de aquel tiempo, determinaron los Superiores por parecer de los Médicos mudasse de temple, para ver si con este medio recobraba la salud, que se hacía tan estimable por las aventajadas prendas del sugeto, y por esta ocasión fue trasladado al Colegio de Santa Fe de la Vera Cruz, que pareció más a propósito.

Aquí sintió alguna mejoría, pero no total, y aunque débil de fuerzas corporales, alentado, y vigoroso en el espíritu, campeó como en Córdoba su ardiente zelo en el ejercicio de los ministerios de nuestra Compañía, con mejora notoria de toda aquella República. Ayudaron no poco a esta los sucessos que por aquel tiempo acaecieron, y la industria zelosa del Padre Lucas Quesa, que se valió de ellos, para aprovechamiento espiritual de las almas, sin que con ellos pretendía el Cielo. Havía en aquel tiempo arrasado por el suelo un horroroso terremoto la hermosa, y célebre Ciudad de Santiago de Chile, y resonando el estrépito de esta ruina en la Ciudad de Buenos Ayres, Capital de la Provincia del Río de la Plata (abultado con el temor de los efectos desastrados, que por sus culpas le amenazó María Santísima, apareciéndose a anunciarlos con señas de estraño sentimiento) causó tal commoción, y mudanza en toda aquella Ciudad, y su Comarca, que merecieron aplacar la ira divina con estrañas penitencias, que causaban espanto, y assombro. La reverberación de aquel relámpago, y una centella de aquel rayo del Cielo, que alumbró, y abrasó en dolor, y compunción a los vecinos de Buenos Ayres, alcanzó también a la Ciudad de Santa Fe; porque con las nuevas, que llegaron de los castigos que allá amenazaban, hubo en Santa Fe una mudanza maravillosa, y se executaron obras tan gloriosas, acciones tan pías,

y penitencias tan ásperas, quales nunca se imaginaron. No es decible la commoción que hubo, las lágrimas, que se derramaron, las confesiones, que se hicieron, en tanto número, que si huviera avido en aquel Colegio veinte buenos Operarios, sobrra ocupación a todos para muchos días, y entonces recayó todo el peso sobre solos seis Sacerdotes de los Nuestrs, uno de los quales era el Padre Quesa. Dispuso Dios la materia sobre los motivos referidos con una rigorosa seca, que padeció entonces aquella Ciudad, por cuya causa se tuvo patente el Santísimo Sacramento nueve días continuos: al principio de este Novenario hizo un fervorosísimo sermón con su acostumbrado zelo, y espíritu el Padre Lucas recién llegado a aquel Colegio, en que se dio a conocer por su aventajado talento: y como se hallaban apretados de la hambre, tuvieron todos promptos los clamores, y lágrimas, a que se siguió una rigorosa disciplina de sangre. Acudió el Cielo con agua no material, para la tierra, sino sobrenatural de gracia, que compungiesse, enterneciesse, y ablandasse los corazones más empedernidos. A pocos días sobrevino la noticia de los castigos amenazados, y satisfacción, que a la ira divina se iba dando en el Puerto de Buenos Ayres, causando en Santa Fe tal assombro, que ya temían fuesse el azote tan largo, que alcanzasse a ambas Ciudades, pues las causas, que publicaban dos revelaciones tenidas en Buenos Ayres, y creidas universalmente de todos, eran a entrambas igualmente comunes, y en tan semejantes culpas rezelaban fundadamente un mismo castigo. Dio el temor alas a la devoción, para correr en el exercicio de las obras satisfactorias con tal diligencia, que con haver sido muy singular la del Puerto de Buenos Ayres, no llegó a exceder a la que hubo en Santa Fe, para aplacar la indignación del Señor.

Quiérola referir todo del modo, que lo expresa el Padre Juan Bautista Ferrufino, Provincial entonces de esta Provincia en la carta Anua del año de mil seiscientos quarenta y siete. “Ha sido – dice – tanta la sangre derramada con invenciones tan piadosas, y Christianas, que no hubo estado, ni condición, ni sexo, que no regasse aquellas calles igualmente con sangre de sus venas, que con lágrimas dolorosas de sus ojos. Por un mes continuado no hubo noche, en que no se viesse multitud de penitentes, los quales a las horas, que quizás en otro tiempo le ofendían, ahora desenojaban al Señor. Por no dexar enfriar este calor, se ordenó luego una processión de penitencia, a que se dio principio con otro sermón, como el de la seca, al qual se juntó el Pueblo con grandísimo

concurso, igual moción, y lágrimas, aunque fueron los frutos más copiosos. Tuvo este Sermón, como el primero, que para el Púlpito tiene aventajado talento, y conocido espíritu, y en la ocasión le ayudó nuestro Señor visiblemente, porque de día, y de noche en el confessorario no era possible en el breve tiempo, que se hurtaba al sueño, cumplir con lo que le mandaban, y más gozando de poca salud. Consultóse en casa, como se atizaría más el fuego que se emprendía, y se resolvió que por todo el Novenario, se tocasse a disciplina por la noche, y se hiciesen pláticas a este propósito, a que se ofreció el mismo Padre Quesa alternando con el Padre Juan de Roxas uno de los sugetos, que hacían en este Colegio la tercera Probación. Recibióse con aplauso en el Pueblo, y executóse con muy grandes concursos, llenándose la Iglesia de hombres Españoles, y la Capilla de Indios, y Morenos, tantos que faltando assientos para oír el exemplo, estaban amontonados por el suelo: y por fuera de la Iglesia, era tal la muchedumbre de mugeres, las quales acudían de sus ranchos, y granjas, que llenaban la plaza en lo que toca a nuestra Iglesia, y Plaza, de modo, que fue forzoso condescender con los ruegos del Pueblo, y para sólo el tiempo de la plática abrir las puertas de la Iglesia, en cuyos umbrales predicaba el Padre, a quien pertenecía, con muchísimas luces, sentado junto a él todo el Cabildo Secular, y el Clero, por la parte de adentro, y de fuera por el lado de la calle las mugeres, con que igualmente se acudió a la devoción, y a la decencia. Fueron los frutos de estas noches copiosísimos, las lágrimas, y tiernos alaridos tantos, que provocaban a imitarlos a los más duros corazones. Cerrábanse las puertas acabado el exemplo, quedando los de dentro rasgando sus espaldas con recios azotes, y los de fuera llenando el ayre de gemidos, y gritos, pidiendo a Dios misericordia. Era cosa de assombro ver hasta los niños de tierna edad abrirse a azotes, como si fueran grandes pecadores, pidiendo a voces misericordia con tantas lágrimas, que causaban ternísimos sentimientos, en quien los oía, o miraba. En dos ocasiones fue tan excesivo el dolor de dos personas, que peligraron sus vidas interrumpido el aliento con gemidos sentidísimos, debilitándose las fuerzas de modo, que cayendo en el suelo desmayadas, fue necesario acudirles con algunos confortativos. Han sido más de setecientos los que han tomado disciplina de sangre, y de estos las dos partes de mugeres, sin ser possible estorvarlo por más diligencias, que se hizieron. Hasta doncellitas tiernas, y delicadas de muy pocos años, passaron por este rigor, y entre todas causó tierna

devoción una niña de diez años, que siguiendo el ejemplo de su Madre, y Hermana de lo principal del Pueblo, y que por otra parte teme de un mosquito, hizo sacrificio de su inocente sangre, con tal fervor, que de sólo verla, se les saltaron a muchas las lágrimas. Pero lo que causó en los ánimos más tierno sentimiento, fue el ejemplo de otra doncella, que acudió a la puerta de la Iglesia a la plática, acompañada de una criada, y de repente acercándose a la pared de la calle, y tendiendo delante de ella una criada la mantellina, se azotó cruelmente mientras duró la plática, y como la oyeron, fue tanto el ruido de las voces, y lágrimas, que apenas pudo acabar el Predicador. De los niños de doze, y treze años, fue crecido el número, que hizo esta tan rigurosa penitencia, y muchas personas no una, sino muchas veces en diversas noches executaron esta devoción, andando repetidamente las estaciones de Cruces, e Iglesias, y perserverando en ellas hasta la mañana: reparóse generalmente, que aquestas nueve noches, siendo tanto el concurso; jamás se vió hablar por las calles al ir, o venir hombre con muger, ocupados todos en gemir sus pecados, y en mirar por sí mismos, y por sus conciencias. Lo que más consoló a nuestros Operarios, fue el confessorario corriendo tiernas lágrimas de sus ojos al experimentar, y ver las obras de la Divina Misericordia, alabando las invenciones de su infinita piedad, al ver que todos hacían tan de veras las confesiones, que las passadas de otros tiempos les parecían de burlas. No quedó ocasión, que en esta no se arrancasse de raíz: fueron muchísimas las confesiones generales, aunque no necesarias; más lo pedían con tanta importunidad, y lágrimas, que era fuerza ceder a la vehemencia de su devoción, y a su consuelo; y lo que más admiraba, era ver algunas personas, que apenas daban materia para la absolución, decir con tantas lágrimas las faltas de su vida, como si fueran enormes pecados. Con esta ocasión fue en grande aumento la Congregación de la Madre de Dios, porque todos los Eclesiásticos agradecidos al aviso, que dio esta Soberana Señora en Buenos Ayres, han entrado en la Congregación con otro grande número de Seculares, que piden ser admitidos. Hase aumentado mucho la frecuencia de Sacramentos, y parece ha quedado de esta cosecha semilla para muchos años, debiéndose, después de Dios, todo este fruto al zelo, con que nuestros Operarios han concurrido en Pulpito, y Confessorario a promover obras tan del agrado Divino”. Hasta aquí la carta Annuá, para cuya relación dio tanta materia el zelo del Padre Quesa, que prosiguió allí poco tiempo,

bien que con el mismo tesón aplicado a nuestros ministerios. No obstante, su espíritu fervoroso, y despego de aplausos, que tal vez hace el mundo, le tiraba siempre a desear emplearse en los más trabajosos, y menos plausibles a los ojos de los hombres en la reducción de Infieles. Abrióle puerta al cumplimiento de este deseo la misma falta de salud, que parece se la había de cerrar. Havía siempre deseado passar a este fin a las Reducciones del Paraguay, y lo había solicitado, aunque con la debida indiferencia. Viéronse ahora obligados los Superiores a condescender con sus suplicas, por probar si la mejoría principiada en Santa Fe, se confirmaba del todo en las Misiones del Paraguay, en que se lograban dos fines muy deseables: el primero, conservar aquella salud, de que se prometían grandes provechos para las almas; y el segundo, darle el consuelo, que tanto merecía.

§ IV
*ES ENVIADO A LAS MISIONES DEL
 PARAGUAY, Y LO QUE ALLÍ OBRÓ EN BIEN
 DE LOS INDIOS*

Sucedió puntualmente lo que deseaban los Superiores, porque enviado el Padre Lucas a las Misiones del Paraguay, se restableció en su antigua robusta salud, y cobró las fuerzas perdidas: así que con gran tesón se pudo en breve aplicar a aprender el idioma de los Guaranés, en que salió después de algún tiempo bien aprovechado, de modo, que pudieron los Superiores, antes de dos años fiar a su cuidado la Reducción de Santo Thomé, una de las que doze años antes se había mudado por temor de los assaltos de los Mamalucos, vecinos de San Pablo, desde la Sierra del Tapa a las riberas del río Uruguay, donde hoy persevera. Era Pueblo muy numeroso el de Santo Thomé, porque fuera de los Christianos había no pocos infieles, que se le iban agregando. Padecíase mucho, así por ser nuevo el Pueblo, como por la falta de comunicación con los demás, que entonces había por estar distante: en nada reparó su espíritu fervoroso: aplicóse con todo empeño al bien espiritual, y temporal de sus Feligreses, con medras conocidas en quanto puso la mano. Era constantísimo, como en todas partes en el exercicio de nuestros ministerios, en catequizar a los niños, y a los gentiles, en confessar a los adultos, y disponerles, para recibir con fruto la Sagrada Comunión, en administrar los otros Sacramentos, y en todos los demás oficios propios de un Parocho diligentísimo. Este

trabajo se le disminuía mucho con las demostraciones, que le daba el Señor de su agrado, favoreciendo sus desvelos, de suerte, que siendo antes tan enfermizo, ahora le sucedía perseverar todo el día confessando aquella gente, y levantarse a la noche, sin experimentar en sí cansancio alguno, no obstante que los Indios son por lo común de capacidad tan corta, que suele bastar uno para apurar la paciencia del más zeloso. Tan copiosa gracia le dio el Señor, y tan ardiente era el fuego de la caridad del Padre Lucas, que consumía todas las molestias, que podía causarle el trabajo más prolijo. Otra demostración usó el Cielo con él en este tiempo, que sino la queremos llamar miligrosa, no se puede negar a lo menos, que excede la esfera de las casualidades. Inmediato a su morada estaba un gran caserón, que servía para ir labrando texa: emprendióse en él a media noche el fuego, y se cebó tan a su salvo en la paja de que estaba cubierto, y en otros materiales bien dispuestos, que en doze oras no se pudo apagar el incendio: en todo esse tiempo estuvo sacudiendo chispas, y centellas sobre la casa del Padre, con tanta espesura, como cae la nieve quando con sus copos blanquea la cumbre de la Sierra más elevada. Encomendóse a Dios en tamaño riesgo, y fue oída su suplica a costa de un prodigio, pues con maravilla de todo el Pueblo, se vió después de tan violento incendio, que no había sido poderosa su fuerza para quemar, o prender en parte alguna de la casa con ser también de paja muy seca su techo, como que estaba defendida de poder más soberano.

Agradecido a estos favores, procuraba corresponderles con mayor fervor en los ministerios, con el qual llegó a conseguir el hacer Christianos a todos los que componían su Pueblo, en quien se entabló gran frecuencia de Sacramentos, y otros ejercicios santos, para que fue fomento la cercanía de una epidemia, que trabajó muchos años todas estas Provincias, porque con el temor de ellas eran tantas las confesiones, que apenas se levantaban los días de Fiesta el Padre Lucas, y su Compañero del Confessionario. Esta frecuencia de confessarse engendró en algunos de estos Indios conciencia tan delicada, qual se hechar a de ver por la respuesta, que dio uno de sus Feligreses al Padre. Sustentaba este Indio dos galgos muy diestros en la caza, a los quales son sobre manera aficionados todos los Guaranés. Deshizóse de repente de ellos, y advirtiéndolo casualmente el Padre Quesa, le preguntó la causa de aquella novedad. Respondióle el buen Indio: “Padre, me he deshecho de ellos, porque me despegaban algo el afecto de las cosas divinas”.

No obstante en medio de tan fervorosos Christianos, no faltó tal qual discolo, que arrastrado del amor a su antiguo desahogo, y brutal libertad, tirasse cozes contra el aguijón, haciéndose sordo a las eficaces voces, con que ya las exhortaciones, y predicación del Padre Lucas, ya el exemplo ajustado de sus compatriotas, les guiaban a la verdadera libertad de los hijos de Dios; pero experimentaron en propria cabeza el castigo merecido de su protervia. Unos de estos fueron ciertos Indios, que ausentándose del Pueblo, se retiraban a cazar en los bosques, sin cuidar de asistir a la Iglesia los días festivos a oír Missa, y la divina palabra, que les predicaba el Padre Lucas. Afeoles este su culpa, y amenazóles con la pena, que les daría la Divina Justicia. Nada aprovechó para corregirlos, con que prosiguiendo contumaces en su mala costumbre olvidaron las santas, que aprendían en la Iglesia, y medio apóstatas de la Fe, bolvían a seguir el vando de los Gentiles, tanto más reprehensibles, quanto sus obligaciones después del Bautismo, y enseñanza Cathólica, eran más crecidas; pero sintieron presto sobre sí la execución de las amenazas de su Parocho, porque unos mordidos de viboras ponzoñosas, otros yertos de frío al passar los pantanos, otros con fin imprevisto de su vida temporal, dieron principio a una muerte sempiterna, experimentando bien a su costa la verdad, con que profetizó David: *“Impij non dimidiabunt dies suos”*.

Otro Neophito haciendo menos caso de la salud eterna de su muger, la dexó morir en su Chacra, o granja, sin dar aviso al Padre Lucas, para que fuesse a remediar aquella alma, y a que huviessse de perecer el cuerpo. Después de difunta la pobre India, notició al Padre de su fallecimiento, disimulando su negligencia, por hurtar el cuerpo al castigo, que su impiedad merecía. Afligióse mucho el Siervo de Dios de aquel desastre, y reprehendiendo al Indio su pernicioso descuido, por tener vislumbres de su culpa, estuvo él siempre obstinadamente negativo; pero como a Dios no se le puede engañar, pagó presto en la misma moneda su pecado, sin señal de arrepentimiento, porque a pocos días pescando una tarde a la ribera del Uruguay, tragó él mismo el anzuelo de la muerte con no sé qué accidente repentino, que le sobrevino, sin tener quien se compadeciesse de su desastre, o le pudiesse aliviar, porque no se supo, hasta que después de días hallaron ya corrompida la parte de su cuerpo, que perdonaron las fieras. Estos, y otros medios de rigor usó Dios, para que escarmentassen los demás en cabeza agena; pero como siempre desea no la muerte del pecador, por cuya rede-

mpción padeció tanto, sino que se convierta, y viva, se valió para con otros de la benignidad de su misericordia infinita, ya usando de providencias bien especiales, para ablandar la dureza de algunos más protervos, ya dando virtud a otros para vencer los más fuertes combates del demonio, ya finalmente favoreciendo con singulares demostraciones la virtud exemplar de los buenos, para que atraxessen a seguir sus ejemplos a los más divertidos. Referiré de todo algunos casos en prueba de lo dicho.

Un joven de vida estragada, huyendo de las reprehensiones del Padre Lucas, y deseoso de vivir a sus anchuras, se hizo a monte, y confederó con los Infieles Charrúas, gente que entre las bárbaras del mundo es barbarísima. En Compañía de estos brutos (que lo son en sus costumbres) soltó la rienda al sensual apetito, mejor diré, a todo género de pecados; pero en medio de esta disolución mantuvo una sola cosa de Christiano, que fue rezar todos los días el Santísimo Rosario, lo que executó siempre con tal tesón, que haviéndole despojado un Charrúa del que traía al cuello, para colgarle al de una hija suya, el Indio le rezaba por los dedos, rogando a María Santísima, le mirasse con ojos de piedad, como sucedió: porque habiendo entrado el Padre Quesa a las tierras de dichos Charrúas en busca de algunas bacas, que sin dueño se crían en cantidad por aquellos destierros, para sustentar a los pobres Christianos de su Reducción, hizo lance más dichoso del que se podía esperar, porque encontrándose con el Apóstata, le reduxo al aprisco de donde había salido descarriado. Conoció el patrocinio piadoso de la Virgen nuestra Señora, y dando principio a nueva vida con una entera, y dolorosa confesión de sus culpas, tomó el estado de matrimonio, y perseveró siendo en adelante el exemplo de todo aquel Pueblo. A otro mejor, que el pasado (pues había merecido por su virtud ser alistado en el número de los Congregantes) le assaltó de repente, con grande hastío a las cosas de devoción, un deseo tan vehemente de bolverse a sus antiguos ritos, que sin tener aliento para resistirle, resolvió ponerle luego por obra. Deshízose de las pobres alhauelas, que le podían servir de embarazo para la fuga, y compró un cavallo en que executarla, passándose a los mismos bárbaros Charrúas, para vivir a su libertad gentilica. Después que hubo salido del Pueblo de Santo Thomé, anduvo algunos días perdido por la campaña, lo que sabido por su Parocho el Padre Quesa, rogó instantemente al Señor, le alumbrasse con su soberana luz, para que no dicesse tal escándalo, quien había vivido hasta allí

con exemplo. Oyó el Señor sus ruegos, porque llegando la fiesta de San Miguel, cuya cédula le había cavido en suerte de los Santos de aquel mes de Septiembre en la Congregación, fue tan recia la batería, que sintió dentro de su corazón, que sin ser más en su mano, se bolvió al Pueblo, y arrojó a los pies del Padre, pidiéndole con lágrimas perdón de su yerro: hizo confesión dolorosa para comulgar en la Congregación, y procedió en adelante con mayor edificación, y desengaño, que antes. Sin la amargura del arrepentimiento, y con los despojos de una victoria logró los frutos de su constancia en más prolongado combate otro Feligres del Padre Quesa. Era este un Indio, que habiendo exercitado el infame, aunque en su Nación plausible, oficio de hechizero por muchos años de su infidelidad, después de Christiano había abrazado con empeño la observancia de los divinos Mandamientos. Embidioso el demonio de su feliz suerte, le hizo cruda guerra, para contrastar su constancia, y conseguir renovasse consigo la amistad perdida. Valióse para esto de trazas verdaderamente diabólicas.

Aparecíasele en diversas figuras, ya de niño tierno, y agraciado, y a de joven galán, y bizarro, y a de muger hermosa, y desembuelta: en todas estas figuras enderezaba sus persuasiones sophísticas, y alhagos cariñosos, a que desistiese de la vida, que había emprendido, a que desertasse las vanderas de la Iglesia, a que apostasse de la Fe, y siguiesse los estandartes de Satanás. Daba cuenta el buen Indio a su Parocho el Padre Lucas de su peligro con la frecuencia que pedía su necesidad, y enseñábasele este a resistir valeroso los asaltos contrarios, industriándole en el modo de rebatir al enemigo, y triunfar de sus astucias. Tomaba con cuidado estas lecciones el buen Indio, y lucíasele bien la enseñanza, y desvelo de su Maestro, porque valiéndose de sus consejos, quantas veces pretendió rendirle el demonio, tantas quedó feamente vencido, y cantando el Christiano fervoroso la victoria. Abrasado Satanás en furor infernal, se le apareció formidable a la vista, y lleno de saña le amenazó había de costarle la vida su resistencia, sino obedecía prompto a sus persuasiones, e impios mandatos. No se amedrentó el nuevo Cathólico, antes con denuedo le respondió, no le acobardaban sus amenazas, porque estaba resuelto, aún a costa de la propria vida, a no apartarse un punto de la obediencia, que professaba a Jesús Christo, y a su Ley divina. Irritado el monstruo infernal empezó a cumplir sus amenazas por Misión de Dios, para exercicio, y mayor corona de la virtud heroica del Neophito, quien luego se

sintió gravísimamente enfermo con tales accidentes, que se echaba bien de ver, eran originados de tal causa. Auxiliábale el buen Padre Lucas con los medios oportunos, que prescribe la Iglesia, para estos aprietos, y el Indio, aun con la muerte a la vista, estaba cada vez más firme en su buen propósito, manifestando Dios en él el poder de su gracia, que da esfuerzos aún a los más flacos para resistir hasta derramar la sangre, y perder la vida. Bien que contentándose su Divina Magestad con esta experiencia, no le permitió al demonio mayor poder para perseguirle, huyendo corrido, sin que jamás se le bolviese a aparecer, y en premio de su constancia sanó el Indio, recobrando en breve la salud, que por sus artes le había quitado el común enemigo.

Era devotísimo el Padre Lucas del Apostol del Oriente San Francisco Xavier, imitando en lo posible los passos de su Apostólica vida, y a esse mismo passo procuraba estender su devoción, entrañándola en los corazones de sus Feligreses. Logrósele bien su desvelo, pues le cobraron los Indios de este Pueblo de Santo Thomé ternísimos afectos, y devoción particular, junto con muy viva Fe de conseguir, mediante su intercessión, aquellos maravillosos efectos, a que se estiende la universal virtud, que Dios ha concedido a este nuevo Thaumaturgo de la Iglesia, y que da cada día nueva materia a la admiración con lo raro, y continuo de sus portentos. Muchos pudiera referir, que experimentaron estos nuevos Christianos, pero por evitar prolixidad referiré uno, u otro solamente. Assaltó a un muchacho, que assistía en la casa de los Padres, un pasmo de que quedó tan lisiado, que se le encogieron todos los nervios, y totalmente tullido no podía moverse, sino arrastrando por la tierra. Pidió con viva Fe al Padre Lucas alguna reliquia del Santo Apostol, para aplicarse, esperando que sanaría por su poderosa intercessión: compassivo se enterneció el Siervo de Dios por no tener reliquia que poder darle; pero se le ofreció el arbitrio de escribir para el efecto en una Cedulita, estas solas palabras, en que iba la salud deseada: "*Sancte Francisce Xavier, ora pro me*". Aplicáronse al cuello sus parientes con grande devoción, y al punto (¡cosa maravillosa!) se levantó el Indezuelo tan ágil para correr a dar las gracias a su celestial Médico, como si nunca huviera padecido semejante accidente. Tuvo noticia de este caso otro Indio adulto, que estaba ya más muerto que vivo, porque recibidos todos los Sacramentos no acertaban los sentidos a exercer sus empleos, haviéndole reducido a tal aprieto, no una sola, sino varias enfermedades complicadas;

pues padecía pasmo, comíanle el vientre gusanos, y tenía gravísimamente lastimada una pierna de un fuerte golpe, que le dio en el Río una canoa impelida de la resaca de las ondas: pidió la cédula, como pudo, con la voz casi difunta, pero con la fe muy viva, y lo mismo fue aplicársela, que cesar el pasmo, arrojar de una vez todos los gusanos, consolidarse la pierna, y restituirse con salud al uso perfecto de sus sentidos, yendo al momento a rendir agradecido las gracias a su Bienhechor prodigioso, que en una supo, y pudo obrar tan diversas maravillas. Trabada tenía ya la lengua entre congojas de la muerte un niño Cantorcito, quien, aplicándole la Cédula, se libró no sólo de la muerte, sino de la enfermedad. Y para no cansar se puede decir en una palabra, que esta Cedulita, fue la salud universal de todo aquel Pueblo, oyendo el Gran Xavier con la benignidad, que acostumbra, los ruegos fervorosos de sus devotos.

§ V

PASSA EL PADRE QUESA A LA MISIÓN DE LOS ITATINES

Después de haver trabajado el Padre Lucas con grande fervor, y tesón en la Reducción de Santo Thomé, deseoso siempre de mayores trabajos por la gloria divina, solicitó, y alcanzó de los Superiores, le despachassen a la Misión de los Itatines, que son de la misma Nación Guaraní, y distaba de las otras Reducciones más de docientas leguas, hallándose entonces bien necesitada del zelo de tan incansable Operario. Havía florecido antes esta Misión, que constaba de dos Reducciones, en gran Christiandad; pero expulsados de ella los Jesuitas con la borrasca, que combatió a nuestro Colegio del Paraguay (como escribí en la vida del Padre Tolo) y puestos en su lugar otros Parochos, luego que los Itatines se vieron huérfanos de sus primeros Padres, que los engendraron en Christo, y experimentaron el diverso tratamiento de los Pastores intrusos, se bolvieron a las selvas, y retiros de su infidelidad, donde tenían su nativo suelo: y aunque la ausencia de los Jesuitas no duró más de un año (porque enterados la Real Audiencia de los Charcas, y el Señor Virrey del Perú de esta violencia, mandaron reponer a los Nuestros en sus Doctrinas, o Reducciones) pero restituidos al puesto antiguo tuvieron bien que llorar al modo, que Judas Machabeo quando recobró a Jerusalén, y el Santo Templo. Quando fue a esta Misión el Padre Lucas Quesa havían ya buuelto muchos a las dos

Reducciones los Padres Justo Mansilla, Bernabé de Bonilla, y Juan Agustín de Contreras, a costa de indecibles fatigas; pero no bastando los tres para tamaño trabajo, les destinaron por Compañero los Superiores al Padre Lucas, que se ofreció entonces para esta empresa, porque se prometían de su zelo tan experimentado acabarían de congrega los que se hallaban dispersos por los bosques a sus antiguas Reducciones, haciéndole juntamente Parocho de una de ellas, llamada nuestra Señora de Fe.

Como era tan ardiente su zelo, no le permitía descansar en un lugar, por lo qual demás del cuidado de su Doctrina, salía a tiempos a espirituales correrías, entrándose en busca de los Indios fugitivos por los bosques más espesos, donde se hallaban retirados, costándole el trabajo, que no se puede fácilmente expresar, bien que le suavizaban la experiencia de algunos casos raros, que sucedían para bien de aquellas ovejas descarriadas, porque le sucedía a veces llegar a tiempo de confessar algunos Christianos moribundos, y disponerlos para el tranze de la muerte, que parece la había suspendido la Providencia divina, para que se lograsen aquellas almas: otras veces daba impensadamente en parajes donde hallaba, o adultos infieles, o infantes agonizando, a quienes bautizaba, y por estos medios recogió nuestro Señor sus escogidos, y pudieron llegar a juntarse en la Reducción de nuestra Señora de Fe más de mil Indios con sus hijos, y mugeres, que passaban en seis años de cinco mil almas, siendo así, que al tiempo de la restitución de los Jesuitas, apenas habían hallado ciento y cinquenta Indios. Fuera del trabajo, que les costó reducirlos, se les recreció otro no menor de fundar los dos Pueblos en puestos más acomodados para sus labranzas, ganados, y vivienda, empleándose los quatro Padres en esta fatiga, y en enseñarlos, catequizarlos, y administrarles los Santos Sacramentos, no parando en ir, y venir de un puesto a otro para todos estos ministerios, y también a los bosques, para acabar de reducir a las ovejas perdidas. Entre estos, que se habían retirado por haverles faltado sus Padres, y Pastores recogieron el Padre Mansilla, y nuestro Quesa muchos infieles, con quienes se habían juntado, y estos mismos les dieron noticia, donde paraban escondidos otros parientes suyos. Por tanto venciendo arduas dificultades, mejor diré impossibles, de caminos, por agua de ríos arrebatados, y por tierra de cañadas llenas de pantanos con anegadizos muy profundos, que forma el Río Paraguay quando viene crecido, fueron en su busca con tales trabajos, que se vieron cercados de

las aguas, sin poder salir de un puesto, en que estaban rodeados por todas partes de vívoras ponzoñosas, y otras sabandijas, de que libró el Señor a ambos Siervos suyos, y a todos los Indios muchas veces milagrosamente. Mostró en esta ocasión Dios nuestro Señor la providencia, que usa con los que le sirven de corazón. Iba acompañando a los Padres un buen Christiano Cazique del Pueblo de nuestra Señora de Fe, el que tuvo noticia, como un sobrino suyo, que había criado, y amaba tiernamente, se había huido tierra adentro, y estaba entre los Guacús (gente muy bárbara) y entre los Guaycurús, tan bárbaros, como los passados, una su nieta, que le habían robado a una hija suya, y llevándosela cautiva. Deseaba por extremo el buen Cazique hallar aquestas amadas prendas, para rescatarlas, y traerlas a su Pueblo, donde se lograsen sus almas viviendo como Christianos. Atendiendo tan justos deseos, y estimulados de su ardiente zelo encargaron los Padres a un Infiel, quien tenía comunicación con los Guaycurús, y comercio en sus tierras, supiese donde paraba esta niña, y les ofreciese por ella qualquier rescate, que deseasen. Hizo el infiel la diligencia con fidelidad, e informándose vivía en un Pueblo muy remoto, acertó a llegar a él en tan buena coyuntura, que estaban ausentes los Guaycurús, y pudo recoger la niña, y restituírsela a su Abuelo, que la recibió con lágrimas de gozo, siendo este mayor en los Padres, por ver aquella alma puesta y a en seguro, donde se pudiesse salvar; quando de quedar entre aquella gente era casi cierta su condenación. Dábales cuydado el sobrino del Cazique, de quien no sabían, donde había sido últimamente llevado con otros parientes suyos, quando improvisamente al caminar río abajo divisaron desde lejos alguna gente parada en la ribera opuesta del Río hazia los Guaycurús, más como estos, fuera de ser cruelísimos, son perfidos sobremanera, se fueron llegando poco a poco los Padres en su embarcación, usando de gran cautela: al acercarse reconocieron eran Guaranés cautivos, que para hacer fuga de entre los Guaycurús, estaban labrando una canoa, en que passarse a los Guacharapos, y entre ellos hallaron al sobrino del Cazique. Fue increíble el alegría de todos por tan feliz encuentro, por el qual daban los Padres por bien empleados los demás trabajos, y peligros, pues con ellos ganaron aquellas almas: embarcáronlos a todos, y se bolvieron gozosos al Pueblo, no cessando de dar rendidas gracias al Padre de las misericordias, por la que había usado con aquellos Cautivos, que por aquel medio salieron no menos de la esclavitud del demonio, que de la de los

Guaycurús, y se pusieron en parte donde pudiesen lograr la libertad de hijos de Dios, sin tan manifiesto riesgo de perderse para siempre.

No se limitaba el zelo del Padre Lucas a solos los Indios, estendiéndose también a procurar la salvación de los Españoles, quando el cuidado de aquellos lo permitía. Para esto se resolvió a ir a hacer Misión a Maracayú, lugar famoso por la hierba que allí se beneficia, cuyo uso es muy común para bebida en toda la América Meridional, donde la llaman comúnmente *hierba del Paraguay*. A esta grangería acude gran número de Españoles faltos ordinariamente de Sacerdotes, que les administren los Sacramentos, así a ellos, como a los muchos Indios, que se emplean personalmente en dicho beneficio, y perecen los más por ser la tierra muy enferma, el trabajo excesivo, y los mantenimientos muy escasos. Deseaban sus moradores gozar del fruto de nuestros ministerios, y lo pidieron con mayores clamores en ocasión de una peste cruel, que corría. La distancia de nuestras Misiones de los Itatines, era considerable, y mayor la de nuestro Colegio de la Ciudad de la Assumpción, porque de este distaba ochenta leguas, y de aquellos sesenta; pero entendida en ambas partes la necesidad extrema de aquella gente desamparada, se conmovieron las entrañas misericordiosas de los Nuestros, y con especialidad del Padre Quesa, que ayudado de otro Jesuita, que despachó el Padre Rector de la Assumpción, se partió a hacer aquella gloriosa Misión. Fueron ambos a juntarse en Maracayú por caminos fragosísimos de lagunas, atolladeros, y a trechos de serranías, con baxadas, y subidas muy ásperas, y en todas esas partes son tantos los mosquitos, y tan importuna su batería, que no permiten descansar un punto a los caminantes, ni aún a las bestias. Juntaronse los dos Padres en un Pueblo de Indios junto a la Villa, distante poco más de una legua, de donde salió el Cabildo Secular, y todos los vecinos a darles la bienvenida. Sólo un Clérigo, que ejercía oficio de Vicario Eclesiástico, hijo de uno de los mayores emulos de la Compañía, y que más daños causó a nuestro Colegio en las rebueltas turbulentas del Paraguay, pretendió estorvar la Misión; pero reparando en las demostraciones singulares de alegría, con que todos los demás Vecinos recibían a los dos Jesuitas, entró en mejor acuerdo, mudó de dictamen, y salió a recibirlos con afabilidad, y cortesía.

Comenzaron su Misión, con grande fervor, y duró por espacio de dos meses, empleándose en la tarea útil, de confesiones, doctri-

nas, pláticas, sermones, y exemplos, que les ocupaban hasta buena parte de la noche, sin dexarles tiempo entre día para rezar, ni aún a veces, para tomar algún sustento. Recogieron copioso fruto espiritual de sus penosas fatigas. Hiciéronse muchas confesiones generales, unas por necesidad, y otras por devoción: y se reconoció bien el provecho de ellas en la enmienda de las vidas. Salió uno tan consolado en su espíritu, y tan compungido al levantarse de los pies del Padre, que le confessó, que a voces decía a todos los presentes: “¡Ha Señores! Qué diversas fueran nuestras vidas, y costumbres, si tuvieramos siempre a estos Padres en nuestra Compañía”. Y lo que este dixo en esta ocasión, repetían los demás del Pueblo cada día admirando el incansable tesón, con que acudían los dos Padres al bien de sus almas. Havía en aquella Villa algunas personas, que impresionadas de las calumnias, que esparcieron nuestros emulos en la persecución del Paraguay y contra la Compañía, por todas estas Provincias no se querían confessar con los Padres, ni verlos, ni aun oír su nombre; pero oyendo tanto bueno como obraban en aquella Misión, quisieron por mera curiosidad ser testigos, sin ánimo de aprovecharse, ni de su doctrina, ni de su exemplo: dieron en observar las acciones del Padre Quesa, y su Compañero, en oír sus pláticas, y sermones, de que quedaron tan trocados, y movidos, que luego vinieron a confessarse, y después eran perpetuos Panegiristas de sus alabanzas. Por este medio se remediaron muchas almas, que tenían harta necesidad; pero entre todos es digno de memoria el caso siguiente. Havía allí cierto sugeto, que en otro tiempo se había criado en nuestro Colegio del Paraguay, beneficio que correspondió, como suele el mundo, en sernos muy contrario, por complacer al Obispo de aquella Diocesi, quando con mayor empeño perseguía a la Compañía, siendo uno de los Capitulares, que decretaron nuestra expulsión, y firmaron los decretos infames, y delaciones tan llenas de calumnias, que después de retratadas, como enormemente falsas, y ajenas de toda verdad, vinieron a parar en las llamas. Por esta causa se hallaba este personaje desterrado en Maracayú por el Señor Oídor de Chuquisaca, Governador del Paraguay Don Andrés Garabito de León, en tiempo que se hizo la Misión, y estaba tan apasionado contra la Compañía, que ni aun su nombre podía oír con paciencia. Havíase enredado en una torpe amistad, que mantenía con escándalo de toda la República, después de haverse divorciado (por su propria autoridad sin causa) de su legítima consorte, a quien había hechado de su casa igno-

miniosamente. No obstante que aborrecía con tal extremo a los Jesuitas, acordandose del exemplo de vida, que había observado en ellos, quando se crió en el Colegio, y de las obras que hacían en utilidad de los próximos, assistía por evitar la nota a todas las funciones de la Misión. Íbale allí labrando interiormente nuestro Señor, y dando luz para conocer su miserable estado con inspiraciones para de una vez salir de él, que lograron feliz efecto, del modo que diré. Sucedió, que en un sermón hizo el Padre Lucas una invectiva contra los vicios, con el ardor que solía, bien que sin acordarse de aquella persona, ni proferir cosa con que pretendiese lastimarle; pero los oyentes, como suele acontecer, le aplicaron toda la doctrina, porque le venía nacida. Ofendióse altamente, porque se persuadió le había pretendido el Predicador desacreditar en su sermón: estuvo para executar contra él algún desatino, a que le instigaba el demonio con fuertes sugerencias, para que se despeñase; pero haciéndole más fuerza la virtud, y exemplo, que en el Padre observaba, y el fruto que hacía en la Villa, desistió de su deprabado intento, y se resolvió solamente a hablarle privadamente, y darle sentidas quejas de la que reputaba afrenta propia. Hízolo como lo pensó, y el Padre le satisfizo modestamente a sus aprehensiones, protestándole con toda ingenuidad, que ni aun se había acordado de él quando pensó, o dixo el sermón: y valiéndose de la ocasión, pasó a aferarle con grande energia su mala vida, sus públicos escándalos, lo mal que correspondía a las obligaciones de su nacimiento, lo que se desacreditaba aún para el mundo con su ruinoso proceder, habiendo apartado de sí sin causa una muger tan noble para mezclarse con gente vil, y baxa: por último le ponderó con viveza el riesgo inminente, que corría su salvación, que aventuraba con tan escandalosas culpas, las cuales no podían tener otro paradero, que el abismo miserable de su condenación eterna. Apretóle tanto los cordeles, que el sugeto empezó a bolver en sí, y reconocerse, y rayando por último de lleno en su alma por medio de tan eficaces razones la luz del desengaño, se resolvió a mudar de vida, y antes de despedirse prometió al Padre la enmienda, y que recibiría luego en su Compañía a su muger. Confessóse generalmente con el mismo Padre Lucas, apartóse de sus malos passos, dexó las ocasiones, recibió a su muger en su casa, y de allí adelante vivió con grande exemplo, y perseveró en él con admiración de quantos habían sabido sus escándalos. Estos, y otros muchos casos sucedieron en esta Misión a los dos Jesuitas, que se ganaron las

voluntades de todo aquel Pueblo, al qual dexaron muy reformado en todo, y tan trocado, que no le conocía quien le havía visto antes de la Misión. Acabada esta, se bolvió nuestro Padre Quesa a su Reducción de nuestra Señora de Fe, no para descansar del trabajo passado, sino para emplearse en nuevas trabajosas empresas de la gloria de Dios.

§ VI

SOLICITA NUEVAS CONVERSIONES, Y SIENDO SUPERIOR DE LOS ITATINES, PREVIENE CON SU DESVELO EL RIESGO EN QUE ESTUVO DE PERDERSE TODA LA GOVERNACIÓN DEL PARAGUAY

Buelto el Padre Quesa de la Misión de Maracayú, supo que más arriba del paraje donde viven de ordinario los Payaguas, gente por extremo perfida, y traydora, se havían retirado a la otra vanda del Río Paraguay unas parcialidades de los Itatines, parientes, y amigos de los que estaban reducidos en las dos Reducciones de nuestra Señora de Fe, y San Ignacio. No le sufrió su corazón abressado en zelo, dexar perecer aquellas miserables reliquias en la gentilidad, o apostasía, y sin reparar en el riesgo, que corría su vida por las trayciones repetidas de los Payaguás, por entre quienes havía de passar, se resolvió el año de 1658 ponerse en camino por aquel río, para ir a reducir las a que bolviessen a sus antiguos Pueblos a vivir, como Christianos. Salió pues en busca de aquellos Itatines a los diez de Abril de dicho año, y habiendo navegado un mes, y días (río Paraguay arriba) sin ver Indio alguno Payaguá, por haberse retirado más adelante con sus mugeres, y chusma; y aunque este era péssimo indicio de su depravado ánimo, no se acobardó el Padre Lucas, antes cobrando nuevo aliento por parecerle pretendía el demonio estorvar su viage, prosiguió animoso hasta encontrar al Cazique *Cab*, uno de los más principales de la Nación Payaguá, a quien halló muy enojado contra los Españoles: procuró sossegarle con algunas dadivas, que amansan los corazones más bárbaros, y prosiguió su derrota con manifesto peligro, hasta encontrar con otro Cazique, llamado *Jacayrá*, a quien reconoció tan ofendido, como el passado, bien que en lo exterior disimuló haver depuesto su enojo con las razones del Padre Lucas, y algunos presentillos de cosas, que ellos sobre manera estiman, pero en la realidad estuvo tan lejos de aplacarse, que antes, como después se supo, tenía maquinado dar la muerte al Siervo de Dios, y a todos los Christianos

sus Compañeros, en cierto paraje, para donde les combidió hacer noche. Havía sabido el Padre de antemano, que traía Jacayrá consigo mucha gente, y como esta no pareciesse allí en su Compañía, se rezeló prudente de alguna trayción, de que no pudiesse escapar, como en efecto la hubo, por cuya razón se escusó con demostraciones de agradecido de no aceptar el combite, por que los vientos le havían detenido mucho, y el matalotaje se iba acabando, con que era imposible pararse. Passó pues adelante a la Ranchería de traydor Jacayrá, adonde haviendo agasajado a su gente con donecillos, se descubrió más claramente el ánimo alevoso de los Payaguás. Havía entre ellos un Indio Guaraní natural de Xexuy Christiano, y deseoso de salir de entre aquellos bárbaros para asegurar su salvación: este llegándose dissimuladamente a uno de nuestros Indios, le advirtió con todo secreto, como los Payaguás trataban de matarlos. Con la cautela, que enseñó este aviso, passaron no obstante más arriba, hasta cierto paraje, donde estaba otra tropa de aquellos infieles recogiendo la cosecha de arroz, y allí les repitió el mismo aviso otra India de la misma Nación, que como muger era más piadosa. Avisaron entonces los Christianos sobresaltados al Padre Lucas, que no se turbó en un punto, sino les animó para que viviesen con toda vigilancia, y después se puso con gran serenidad a oír de confesión a todos los suyos, para que se hallassen prevenidos en qualquier frangente. Aquella noche estando el Padre confessando, se oyó grande estrépito, como tropel de gente, que caminaba por tierra hazia río arriba. Aunque tuvo havisio de todo el Padre, no desistió de su ministerio, sino precisamente dio orden, se pusiessen guardas. A la mañana dos canoas de Payaguás, que havían dormido aquella noche con los Christianos, solicitaban con empeño la partida de estos, diciéndoles: “Es possible, que todas las mañanas madrugáis para caminar y ahora no tratáis de moveros? Havisad a vuestro Padre, que ya es hora de partir”. Respondióseles, que no le podían avisar, porque estaba oyendo confesiones, y sin duda consistió en esto su felicidad, porque a navegar aquella mañana tan temprano como solían, les huvieran flechado todo la gente, pues el puesto era muy a propósito, por ser la tierra llana, y arrimar la corriente las embarcaciones a la ribera, donde les estaba aguardando para el efecto aquel tropel de gente, que denoche sintieron.

Desvanecida esta máquina trataron otra los Payaguás, confederándose con los Guaycurús, gente barbara en extremo, y ferocísima, para dar tal assalto a los Christianos, que ninguno escapasse

con vida. Como el río Paraguay en cierto paraje, por donde precisamente había de pasar el Padre Lucas, viene a juntar todo el caudal de sus aguas, y a estrecharse tanto, que las flechas alcanzan de una a otra ribera, dispusieron allí una celada en tal forma, que aún con passar por medio, no dexassen de asegurar el tiro: haze fuera de esto allí la tierra firme una media luna hazia la ribera de los Guaycurús, y la corriente arrima hazia donde ellos se habían emboscado la embarcación, con que era inevitable caer en sus manos, en caso que librasen bien de los Payaguás. Frustróseles también por providencia divina esta trayción, porque caminando el día 21 de Mayo para este paraje, llegaron a poco trecho a descubrir la junta, y emboscada de Payaguás, y Guaycurús, por lo qual conociendo era exponerse a riesgo manifesto, y aun inevitable, sin esperanza de fruto alguno querer passar adelante, hizo el Padre parar las balsas para hablar con todos los Indios, quienes unánimes convinieron en que aquella junta era dispuesta en orden a cumplir lo que el Guaraní Christiano y la infiel Payaguá les habían havisado pocos días, y así le rogaron con instancia retrocediesse, pues era por entonces temeridad intentar el passo. Aún viendo descubierta su trayción, no perdieron los Payaguás las esperanzas de poder lograr sus assechanzas por medio de algún engaño, para cuya execución se salió de entre los suyos Jacayrá, y acercándose a la balsa del Padre, le dixo dissimulado: “Quando me llevaste al Paraguay, fiando de ti entré en la Ciudad – había sucedido así – aunque con sobresaltos de mi corazón: pues fia tú ahora de mí, que yo te llevaré con seguridad”. Respondióle el Padre, que fiado de él había llegado hasta aquel paraje; más que ahora sus Indios no querían passar adelante. Y tienen razón (añadió el Christiano Guaraní de Xexuy, que el Padre había ya rescatado) porque aunque tu o Jacayrá hiciste bien de fiarte del Padre, que cumple su palabra como Santo; pero él hará muy mal en fiarse ahora de tí, que le llevas al matadero, y yo que me he criado entre vosotros conozco vuestras mañas. Bolviéronle entonces a instar los Christianos, no se adelantasse, ni fiasse de gente tan perfida: con que se vió precissado a bolverse río abajo, sin el fruto que esperaba de tan largo camino, tantos, y tan evidentes peligros, crecidos trabajos, y desvelos, sacrificando sus ansiosos deseos a nuestro Señor, que no le quería por entonces dexar cumplirlos: y no ay duda, que se los premiaría su Divina Magestad, como obras, con la corona correspondiente, y aún en el mismo viage se los empezó a renumerar

con su protección amorosa, para que no pereciesse en los otros riesgos, que corrió siempre entre los perfidos Payaguás. De manos de estos tuvo el consuelo de rescatar no sólo aquel Christiano, que diximos, dio el aviso, sino también algunos otros, que padecían entre aquella perversa gente duro cautiverio, con evidente peligro de perder sus almas, y con ellos dio la buelta después de dos meses a sus Reducciones de los Itatines, de cuya Misión, y de todos sus sugetos entró a ser Superior. De ay a poco llegó en su seguimiento un Cazique de los Payaguás, que no había concurrido, ni a la trayción de los suyos, ni a su alianza con los Guaycurús, para satisfacer por su parte al Padre, y a los Indios, abominando de la alevosía de los suyos, que se ofreció a castigar, si venía en ello. Agradecióle el Padre Lucas la buena voluntad de mantenerse en amistad, y buena correspondencia con sus Feligreses: procuróle agasajar, y no hizo mención de la perfidia pasada, porque de esta manera, aunque los Payaguás, como tan rebeldes no se convertían, se sacaban siempre algunos provechos. El primero, la paz, y quietud en los Ríos, que salían a infestar, y matar a los navegantes, o caminantes de tierra, assí Indios, como Españoles, robándoles quanto llevaban; de que se abstenían teniendolos por amigos. El segundo, que habiendo en sus tierras muchos Indios adultos, o muchachos de nación Guaraní, que en otro tiempo habían cautivado, manteniendolos por amigos, aunque tan dissimulados, podían el Padre Quesa, y los demás Jesuitas de aquellas Reducciones irlos rescatando a trueque de algunos donecillos, por cuyo medio se ganaron muchas almas.

Desearon también estos Barbaros baxar a la Ciudad de la Assumpción, para establecer con total firmeza pazes perpetuas con los Españoles, pero no se atrevían por las muertes, y robos que en ellos, y en sus haciendas habían cometido los años passados. Valieronse por medianero del Padre Lucas, quien dio aviso al Governador de la Provincia pidiéndole licencia para que baxassen a efectuar las pazes. Governaba entonces el Paraguay el Doctor Don Juan Blasquez de Valverde, Oídor de la Real Audiencia de Chuquisaca, que concedió gustoso la dicha licencia. Ofrecióse el Padre Lucas a llevarlos en persona a la Assumpción, donde por su respeto, fueron muy bien recibidos del Governador, y de los Españoles, con quienes se assentaron las pazes, y para prueba de su firmeza salieron luego los Payaguás a hacer guerra a los enemigos de la Fe, y del nombre Español, que todo es uno en las Indias, y por sí solos consiguieron a vista de la Ciudad una insigne victoria

de los Guaycurús, jurados enemigos de los Españoles, y estos gozaron algunos años de los frutos de esta paz, que se concluyó ahora por interposición del Padre Quesa.

Mayor servicio sin comparación, que el pasado, fue el que hizo el Padre Lucas a ambas Magestades el año de 1660 assegurando toda la dilatada governación del Paraguay en la fidelidad debida a su Monarca, y atajando la ruina de las cosas Sagradas, y de la misma Fe, que amenazaban en toda ella perversos idolatras, quienes negando la obediencia a la Magestad humana, pretendían promover con ofensa de la divina sus idolatrías. El caso pasó de esta manera. Haviendo tomado a su cargo aquellas Provincias el Maestre de Campo Don Alonso Sarmiento de Figueroa, Governador, y Capitán General de ellas por su Magestad, a pocos meses después que entró a la possession de su gobierno, reconoció en el porte de los Indios, y en las mayorías, que sobervios usaban contra los Españoles, el gran peligro que amenazaba a toda la Provincia, sino enfrenaba con tiempo semejantes atrevimientos: para atajarlos resolvió salir a visitar toda su jurisdicción, como de hecho salió el día 21 de Septiembre de 1660 acompañado de solos treinta y dos Españoles, y cincuenta Indios amigos, casi todos mal pertrechados de armas defensivas contra las flechas, caso que se ofreciese pelear; lo que aunque parece fue dissimulo, para no causar rezelos en los que se presumían poco constantes en su fidelidad, pero por el mismo caso no se puede negar fue resolución poco acertada, y que pudo motivar irreparables desastres. No quiso el Governador empezar la visita por los Pueblos cercanos, que reservó para la buelta, ni tampoco pasar a nuestras Reducciones de los Itatines, a cuya visita le combidaba el Padre Quesa, Superior de ellas, porque allí no rezelaba rebelión, sino que se encaminó al Pueblo de Arecayá, donde era la mayor sospecha, y adonde llegó en 12 de Octubre. Publicada la visita, para que todas las familias concurriessen a empadronarse, sólo se manifestaron los Indios varones, manifestando ya en esta desobediencia, y en la grande prevención de arcos, flechas, y macanas la dañada intención que fomentaban en sus pechos desleales, y el ánimo doblado, con que procedían pero aunque los Españoles procuraron dissimular aquella primera acción, el Governador hizo el justo reparo de que sin la manifestación de sus mugeres, e hijos, no se podría ajustar el padron de aquel gentío, y para no estimularles a executar alguna trayción, si reconocían, se dexaba de empadronarlos por cobardía, le pareció mostrar brios,

que los tenía muy alentados, como gran Soldado, que había sido en Flandes: reprehendió, pues, asperamente al Indio Corregidor del Pueblo, y le mandó con imperio, compareciesen en Compañía de los varones sus familias, orden que se executó, aunque con tibieza. Por no hacerse el Governador totalmente de parte de la sospecha contra la lealtad de aquellos Indios, de que pudieran estar inocentes, quiso antes probar si aquella desconfianza nacía de hallarse los Arecayás agraviados de sus encomenderos: para esto les mandó por auto judicial representassen ante su Señoría qualquiera agravio, que de ellos huviessen recibido, de que les prometía dar satisfacción cumplida; pero como ya ellos disponían tomarse por su mano la venganza, respondieron con fingimiento no haver recibido agravio alguno, y con esto se concluyó la visita a gusto de todos al parecer. Prosiguió el Governador visitando los Pueblos de Atirá, Ypané, y Guarambaré, donde no se reconoció vislumbre de alteración, o inquietud. Para passar a la Villarica, y sus Pueblos Yguirá Pariyá Terecañi, y la Candelaria, fue necessario retroceder a Arecayá, donde noticiado el Governador que el Cazique Rodrigo Corregidor de aquel Pueblo con el ruin exemplo de sus estragadas costumbres inficionaba aquellos Paysanos, induciendolos mañosamente a la idolatría, y a la deslealtad a su Rey, le depuso del oficio, que indignamente ocupaba, confiriendo el bastón a otro Indio llamado Matheo Nambayu, que parecía más observante de la Ley divina, y leal a su Monarca, sin proceder a otro castigo contra el depuesto con deseo de atajar por medios suaves la sedición maquinada, de que eran cada día más vehementes las sospechas.

Havíase apoderado ya tanto de los animos de aquellos infelices el pestilente humor de la deslealtad, fomentada del amor a la idolatría, que ya no pedía la enfermedad remedios blandos, sino usar de cauterios, para que no cundiese la infección, y como no los aplicó el Governador, se agravó con exceso la dolencia. Estaba ya tan adelantado el alzamiento, que tenían las cabezas solevado todo aquel partido, y havían embiado sus mensajeros a nuestros Pueblos de los Itatines, para que secretamente solicitassen los animos de sus moradores, e induxessen a rebelarse, y acabar de una vez con los Españoles, y con los Jesuitas, que les contenían en la obediencia debida a ambas Magestades. Nuestros Indios recibieron con desprecio a aquellos embaxadores, y resueltamente les dieron repulsa, afeándoles el caso con razones poderosas, dictadas de su fidelidad; pero en todos los demás Pueblos de la Comarca

hallaron acogida sus embustes, quedando convenidos de común acuerdo a solevarse contra los Españoles, luego que los de Arecayá les diessen el primer aviso de su rebelión. Aquí se empezó a conocer el yerro cometido de no haver castigado al Corregidor de puesto con mayor pena, porque con su impunidad cobraron más aliento los sediciosos, atribuyendo el dissimulo a miedo, o flaqueza, persuasión, que labró tanto en el pecho inconstante del nuevo Corregidor Nambayu, que le arrastró con los demás al alzamiento, y llenos todos de altivez presumptuosa, resolvieron poner luego en execución sus aléyes designios. La noche pues del día 29 de Octubre empezaron a convocarse los Arecayás al estruendo sonoro de sus flautas, y pifanos, remedando juntamente con la mayor propiedad, y viveza los cantos de varias aves que es a su usanza la prevención de guerra, quando se aprestan para hacerla, o quando avistan al enemigo que los busca. No presumían los Españoles tanto mal, como maquinaban los Indios; pero no obstante reconocida esta inquietud, hizo comparecer el Governador en su presencia al Corregidor Nambayu, para informarse de la causa de aquel desasossiego. Satisfizo simuladamente Nambayu, diciendo era la causa por haver sentido remedos del Payaguá, bárbaro irreducible al gremio de la Iglesia, y que como sabía su Señoría, era enemigo de todos los Christianos, fuessen Españoles, o Indios; que por esta razón velaban prevenidos, según su estilo, y costumbre por si acaso intentaban embestirlos de noche. Mandóseles cessar en los remedos de sus fingidas centinelas, y lo executaron luego por adelantar el engaño en la obediencia prompta para lograr más a su salvo la premeditada trayción: pero como entre este gentio aun menores motivos sobran para avivar la cautela, dispuso el Governador, que toda su gente assistiese aquella noche en la Ramada, que dormía, prevenida de sus armas, haciendo él mismo personalmente la centinela. Disposición fue esta dictada del acierto, ya que estuvo vinculada parte de su buena suerte, porque a menor vigilancia huvieran todos miserablemente pericido, pues valiéndose los traydores del profundo silencio, y de la tenebrosa obscuridad de la noche ocuparon con tres cuerpos de gente la frente, y los dos costados de la Ramada, y a no haver sentido vigilantes a los Españoles, les huvieran assaltado, y vencido.

Manifestó la primera luz del día al rayar el Alva la trayción de los Indios, quienes al sentirse descubiertos, acometieron a un tiempo por todas partes con tal presteza, que apenas dieron lugar al aviso.

A fuerza de flechería, chuzos, y macánas, intentaban atropellar la gente Española, que puesta en orden resistió con valor la primera furia de los bárbaros con grande estrago de estos, que menospreciando la muerte se empeñaban arrestados al rompimiento con tanto ardor, que estrecharon a los Españoles, sin dexarles usar los arcabuzes, y precisándoles a hechar mano de solas las espadas, a exemplo de su Governador, y Capitán general, que con ella, y dos pistolas defendió valeroso el costado izquierdo de la casa, donde era más evidente el riesgo, por estar más próximo a la puerta. Retiraronse los bárbaros a reforzarse, resueltos siempre a desencastillar a los Españoles, para lo qual pegaron fuego por varias partes a la Ramada: prendió este con furia estraña por lo bien dispuesto de la materia, con que los Españoles la huvieron de abandonar, pudiendo sólo reservar del voraz incendio un barril de pólvora, y algunas municiones, que sacaron en hombros, y retirandose en un cuerpo espaldas con espaldas por medio de los enemigos, apenas pudieron ganar la Iglesia cercana para refugiarse, quedando muertos dos Españoles, y tres mal heridos, cuyas bocas de fuego apressaron los bárbaros, y las manejaba con destreza contra los Españoles un Mulato Mamaluco de la Villa de San Pablo en el Brasil, y otros Indios criados de los Españoles, quienes en Compañía de casi todos los cinquenta Indios amigos, que acompañaron al Governador en la visita, se havían avanderizado con los Arecayás en fuerza de la alianza, que secretamente havían con ellos tenido celebrada de antemano.

En la Iglesia se fortificaron los Españoles lo mejor que pudieron con una empalizada, que tenía el cementerio, y los bárbaros los sitiaron, plantando su Real en la falda de un cercano bosque, apoderandose assimismo de otras casas, que hacían frente a la puerta de la Iglesia, para impedir a los Españoles el uso de ellas, mediante el alcance, y violencia de las bocas de fuego, que les cogieron en la retirada; bien que fueron desalojados de allí por los sitiados a mucha costa, y pudieron reducirlos a ceniza. Daban los bárbaros continuos assaltos, de que hirieron a veinte y siete Soldados, algunos con dos, y tres flechazos, quedando sanos solos trece entre Indios, y Españoles. A estos les quemaron los enemigos el techo de la Iglesia, que estaba cubierta de paja executando de lexos el incendio con flechas encendidas, que arrojaban, y aunque los sitiados les mataban muchos disparando sus armas por troneras, que hicieron en la pared, retiraban los muertos, y sucedían otros de

nuevo con mayor ossadía. Desde el segundo día del sitio habían empezado los Españoles a sentir la falta de bastimentos, que no pudo prevenirse por la aceleración, con que se retiraron a la Iglesia, y lo que más les molestaba, era la sed: para no perecer, les fue preciso a los sanos salir a buscar algún bastimento para mantenerse, y quiso el Cielo hallassen allí cerca un manantial para refrigerar la ardiente sed, y recoger la que cupo en la pila de agua bendita, y en la del Baptisterio, por no haver otros vasos: hallaron también en una casa cercana algunas redes llenas de maíz medio quemado, y a bala mataron un lechón bien flaco, con que se bolvieron gozosos a la Iglesia, aunque acrivillados de flechazos: dispuso Dios, que la carne del puerco, que fresca es en estos Países muy nociva, fuesse entonces la triaca saludable contra el veneno de las emponzoñadas flechas, pues al tercero día después que la comieron, se hallaron fuera de riesgo los mal heridos, y con aliento para manejar las armas. Continuaban los rebeldes con gran tesón el sitio, y los assaltos, disparando nubes de flechas sobre la Iglesia, y otros intentando ganar las troneras, desde donde hicieron puntería al Capellan, a quien hirieron, y flecharon también la imagen de la Sacratísima Virgen, que era titular de aquella Iglesia; bien que no se fue sin el merecido castigo este atrevimiento, porque inmediatamente pagó el sacrilegio con la vida, que le quitó al agressor un balazo. Era ya tan insolente el orgullo de los rebeldes, que señalando a los más principales Españoles les dezían ya al uno: “esta noche he de beber vino en tu cabeza”: ya a otro: “esta noche he de hazer dos flautas de tus canillas”, y fomentaba su ossadía el ver se iban ya commoviendo para venir a ayudarles los Pueblos circunvecinos, a quienes había ido a solevar un Apóstata Arecayá, y juntamente a destruir algunas estancias, o caserías de los Españoles.

En este conflicto por medio de un Indio leal, que el primer día del sitio acertó escaparse de la mano de los rebeldes, llegó a noticia del Padre Quesa al quinto día a media noche el aprieto del Governador con los Españoles, y el riesgo evidente de toda la Provincia, pues a haver ganado aquí victoria los traydores, todos los Indios se huvieran infaliblemente rebelado, y buuelto a sus idolatrías. A la misma hora hizo el Padre convocar a los Indios de la Reducción de nuestra Señora de Fe: representóles el peligro del Governador, y los suyos, el que amenazaba a la Christiandad de toda la Provincia, y al dominio de nuestro Rey Cathólico, si los Arecayás, y sus aliados alcanzaban victoria: animóles a salir con

valor a la defensa de la causa de Dios, y del Rey, como Christianos verdaderos, y leales vassallos, y exhortóles a que fuessen animosos a levantar el sitio, en que se hallaban los Españoles, facción, en que él mismo se ofreció a acompañarlos personalmente por hacer aquel grande obsequio a ambas Magestades, y auxiliarles con los socorros espirituales de la Iglesia en el más arriesgado trance. Ofrecieronse luego prompts, y gustosos a esta difícil empresa todos sus feligreses, y lo mismo executaron los de otra Reducción de nuestro cargo llamada San Ignacio del Caaguazú, a que despachó aviso el Padre Lucas, como Superior de ambas no reparando estos buenos, y leales Indios en los mayores peligros, por mostrar su constante fidelidad al Rey nuestro Señor, y el deseo ardiente, de que no prevaleciessen los enemigos de la Fe Cathólica. Escogió entre todos solos docientos y diez bien equipados, con quienes se partió el Padre Superior para llegar con el socorro más apriessa, dexando orden se aprestasse el resto de ambos Pueblos, por si fuessen necesarios, y a largas jornadas los conduxo a Arecayá atravesando en dos días veinte leguas por ríos, bosques, y pantanos profundísimos, llegando el Miércoles tres de Noviembre a avistar a los enemigos. Salió al encuentro al Padre Quesa, y los suyos un destacamento de los rebeldes, mandado por el Cazique idolatra Rodrigo, a quienes desbarataron nuestros fieles Itatines, prendiéndolos a todos, y quitándoles los despojos, que habían robado en las alquerías, o estancias de los Españoles, que acababan de destruir. Acometieron luego los Itatines a los sitiadores con tal denuedo, que en breve los derrotaron, e hicieron levantar el sitio, y pudieron incorporarse con los Españoles sitiados, quienes los recibieron con el gozo, y contento que fácilmente se puede concevir, y es imposible expresar con palabras. Despachó el Governador algunas squadras de los victoriosos Itatines en alcance de los rebeldes, para que no lograsen el internarse a los bosques, donde mantuviessen su rebeldía a Dios en el exercicio de sus ritos gentílicos, y al Rey en la desobediencia, y perfidia. “Hiziéronlo con tanta diligencia los Feligreses del Padre Lucas – son palabras del Maesse de Campo Don Joseph Cervin, uno de los sitiados en la relación jurada, que escribió el año de 1663 por mandado de la Real Audiencia de Buenos Ayres, de la qual me he valido en lo que he escrito de este caso, y me pareció ponerlas aquí – Hizieronlo con tanta diligencia los Feligreses del Padre Lucas, que según la visita general del Pueblo antes hecha ninguna familia quedó descarriada, ni sugeta al demonio por la

idolatría, como era más que contingente, si llegasen a ocultarse en el retiro de los bosques, donde acostumbran sus frecuentes idolatrías. Fervor fue este inspirado por su Superior el Padre Lucas Quesa, digno de la atención Christiana, y de la estimación común, pues Dios le haze tan grande de los que le grangean ovejas a su rebaño, a cuyo ministerio siempre prompta la Compañía de Jesús ha hecho, y haze innumerables frutos en la Cathólica Iglesia, y no menos en esta, que en las demás ocasiones ha lucido su doctrina, pues en los Indios, que el Padre Quesa traxo consigo, se reconoció constante la fe, y firme la fidelidad, reduciendo los fugitivos, y recuperando de ellos hasta las mismas alhajas de los Españoles con toda equidad en su manifestación, que ni aún la más mínima ocultaron entre muchas, que recogieron. Y en quanto a la instrucción radicada de su constante fe, y piedad, en que los crían los Padres de la Compañía, referiré la circunstancia, que les ví obrar, y fue que habiendo hecho el día siguiente a su llegada el Señor Gobernador, despacho para aviso del suceso a esta Ciudad de la Assumpción, se nombraron dos de estos Indios, que le traxessen, y estando despachados del todo sin tener que esperar, quando se juzgó, que salían a comenzar su viage yendo en busca del Padre Lucas a su retiro, se confessaron muy devotos antes de partir, no queriendo emprender el viaje sin aquel espiritual socorro. ¡O Religión admirable! O enseñanza divina! Y o finalmente dichosos Feligreses, que en medio de tantos mal encaminados haveis merecido tan lucidas guias”. Hasta aquí el Maesse de Campo Cervin en la relación citada.

Mas prosiguiendo la nuestra, sucedió, que el Jueves siguiente apressaron nuestros Itatines al Mamaluco, que tanto dio en que entender a los Españoles el tiempo del sitio, a quien confessó el Padre Lucas, y animó a tolerar con paciencia Christiana el merecido castigo de su rebeldía. Desde allí acompañó el Padre al Gobernador, y a los Españoles, que llevaban presos a los delinquentes con sus hijos, y mugeres, para assegurarlos hasta el paraje llamado *Yetiti*, que es un bañado grande término de los espessos bosques, que rodean el Pueblo rebelado de Arecayá, y servían a sus moradores idolatras de retiro, y madriguera. Aquí se tomó declaración jurídica a los delinquentes, que contestes todos defusieron ser cierto, que havían intentado por los varios medios referidos la muerte del Gobernador, y todos los Españoles de su comitiva, con designio de incorporarse después con los Pueblos de la Villarica, y dar sobre los Españoles de ella, y muertos estos, confederarse con los Indios

de Caazapá, y Yuti, para acometer a la Ciudad de la Assumpción cabeza de la Provincia, consumiendo en ella los Españoles, que hallassen para fundar allí su asiento. Y que para la invasión executada les havían fomentado los Indios monteses, y la mayor parte de los Indios criados, o amigos que llevaron consigo los Españoles, y también parcialidades de otros Pueblos, que convocaron, más que habiendo solicitado se aliassen con ellos los Itatines de la Provincia del Caaguazú, que están a cargo de la Compañía de Jesús, y de cuyas Misiones era actualmente Superior el Padre Lucas Quesa, yendo a tratar esta alianza un rebelde de Arecayá siempre le rechazaron constantes, y reprehendieron su trayción: por lo qual para no ser de ellos descubierto, fingió el tal rebelde quedar convencido de sus razones, y arrepentido del mal intento. Hecha esta confesión, en que todos se ratificaron, fueron sentenciados los motores, y cabezas de la rebelión a ser ahorcados, porque por el resto intercedió piadoso, y les consiguió perdón de las muertes el Padre Quesa, por haver pecado, más por miedo de las amenazas de las Cabezas, que por malicia. Por tanto después de haver auxiliado a los que justificó el Governador, se bolvió desde el Yetiti a los Pueblos, dexando mediante su vigilancia, y la promptitud del socorro asegurada la Provincia, que estuvo en tan manifiesto riesgo de perderse, y con ella la Fe, y Religión, como se hecha de ver por lo referido, hasta aquí, y por lo que después asseveraban los Españoles, llamando todos uniformes a aquel tan oportuno socorro del Padre Lucas *restauración, y redempción* de toda la Provincia, donde quedaron en adelante todos los Pueblos sindicados de rebeldía muy sugetos a sus Encomenderos, y Ministros Reales, y estos muy agradecidos al Padre Lucas, y a la Compañía, cuyos Feligreses fueron instrumento con su fidelidad para conseguirse tamaña victoria, y evadir felizmente de tan evidente peligro. Sirvió también esta función para desvanecer del todo la iniquíssima calumnia, que por toda aquella Provincia, y las vecinas havían esparcido los emulos contra los Jesuitas en la persecución del Paraguay, de que todavía duraban algunas reliquias: porque como los de la Compañía movidos a compasión de los desastres, que veían padecer a los Indios de nuestras Reducciones por hallarse indefensos en las invasiones de los Mamalucos del Brasil, que destruían sus Pueblos, y los hacían esclavos, les huviessen solicitado de los Virreyes del Perú, y del Rey nuestro Señor armas de fuego para su justa defensa, nuestros emulos levantaron el grito esparciendo por todas partes que los Jesuitas

del Paraguay armaban a los Indios para rebelarse contra el Rey Cathólico, y levantarse con toda la Provincia haciendose de ella Señores absolutos, y aunque tan atróz calumnia llevaba en su misma enormidad su descredito, la promovieron con tanto empeño los emulos, que llegaron a causar algún recelo en algunos Ministros Reales menos enterados por desafectos del proceder ajustado no menos a las leyes de Religiosos, que a las obligaciones de leales Vassallos, que professan en todas partes los Jesuitas, hasta que al ver esta facción, que por consejo del Padre Quesa executaron sus Feligreses en servicio de su Magestad, se desvaneció del todo la calumnia, quedaron confusos nuestros emulos, y los Ministros de nuestro Monarca totalmente desengañados, ensalzando con superiores elogios la fidelidad de los Jesuitas, y sus Feligreses, que en vez de abusar de las armas, como publicaba la calumnia maliciosa, las usaban oportunamente tanto para defender su libertad, y cerrar el passo a los enemigos estraños del Brasil, quanto para assegurar de los rebeldes domesticos los dominios de su Monarca, y en ellos la Fe Cathólica.

§ VII

PADECEN MUCHO POR SU FIDELIDAD LAS REDUCCIONES DE LOS ITATINES, DE QUE ERA SUPERIOR EL PADRE QUESA, QUIEN MUERE EN ESSOS TRABAJOS, Y SE REFIEREN ALGUNAS DE SUS VIRTUDES

La misma lealtad, que fue tan plausible entre los Españoles, les costó muy cara a las dos Reducciones de San Ignacio del Caaguazú, y nuestra Señora de Fe, de que era Superior el Padre Lucas, porque como los Guaycurús, capitales enemigos del Christianismo, y del nombre Español huviessen sabido el successo passado por medio de algunos Apóstatas, concibieron tal odio contra ambas Reducciones, que no dexaron piedra por mover, para assolarlos del todo, y quitar de en medio aquel que fue único padrastro a los deprabados designios de quien solicitaba lo mismo que ellos, que desde la conquista de este Reyno han pretendido con el mayor empeño, que es, el exterminio total de los Españoles, la ruina de las cosas sagradas, y la extirpación de la Religión Christiana. Para este fin se conjuraron varias parcialidades de aquella Nación cruel, y fementida, que alternandose por tiempos daban repetidas baterías, y tenían a nuestros Indios en continuo sobresalto. Duró este tesón por espacio de quinze meses, así en los Guaycurús para

acometer, como en los Christianos para defenderse, hasta que no pudiendo contrastar a estos sus enemigos, se confederaron con otras Naciones igualmente feroces, y aversas al Christianismo. Vinieron pues en gran número el día 10 de Febrero de 1662 arres- tados a destruir los dos Pueblos, marchando con tanta aceleración, que no fue posible a las centinelas abanzadas participar al Pueblo de nuestra Señora de Fe la noticia de su venida con tiempo para prohibirles el passo, pues fue lo mismo tener el aviso, que hallarse sitiada de los bárbaros toda la Reducción. Estaba ausente el Padre Quesa, quien aunque vino, como dicen volando, ya halló trabada la batalla, y tan mezclados Christianos con Infieles, que ninguno podía usar de otras armas, sino de las lanzas, y dardos, peleandose con tal ardor de ambas partes, que sobre el muerto caía el vencedor: no reparó en tamaño riesgo el buen Padre Superior por atender al socorro espiritual de sus ovejas, metiéndose intrepido por entre los enemigos, para confessar a los moribundos, y heridos, que fueron en gran número fuera de sesenta y tres muertos. Juntamente a la defensa de los niños, y mugeres que se havían guarecido en nuestra casa, y mediante su buena disposición, se pudieron librar del furor de los bárbaros, quienes en el otro Pueblo de San Ignacio, que assaltaron al mismo tiempo hicieron semejante estrago matando otros sesenta, y siete Itatines, e hiriendo otros muchos más, aun- que con igual daño del enemigo.

Quedaron los niños, y mugeres tan sobresaltados, y medrosos, que a qualquier canto de ave imaginaban no sin algún género de superstición, eran ya los enemigos, que acometían, y se refugiaban presurosas a las casas de los Padres. Estos para evitar el peligro instados de los Indios, que ni gozaban punto de descanso arma- dos de día, y de noche, ni lograban tiempo para sus sementeras, determinaron desemparar el sitio. Los Indios deseaban mudar sus Reducciones al Paraná donde tendrían sossiego al abrigo de los otros muchos Pueblos, que allí tiene fundados, y doctrina la Compañía, como al fin se efectuó siete años después; más por en- tonces no fue posible por dificultarlo los Españoles, a quienes los Itatines servían de reparo, como fronterizos, que eran contra los Paulistas del Brasil, e Infieles de aquellas Provincias. Por tanto se vieron forzados a situarse en un paraje muy incomodo nueve le- guas distante, donde era menor el peligro de los Gaycurús, aunque no cessaba del todo, y se recrecía el de los Payaguás, que podían penetrar por el río Piray, en cuyas cercanías se fundaron. No daba

lugar a tomar otra resolución la acelerada priessa, con que la chusma de los Itatines huía de los Guaycurús, ni tampoco en muchas leguas de distancia se hallaba otro puesto más acomodado. Los trabajos que aquí padecían los Padres, y los Indios, son inexplicables. Apunta algunos brevemente el mismo Padre Lucas en carta de 13 de Marzo de 1662 escrita al Padre Simón de Ojeda, Provincial de esta Provincia, y dice assí: “Sólo para poder escribir con claridad, y certidumbre, he dilatado este despacho. Hallámonos nueve leguas del puesto, donde llegaron los Guaycurús, y aquí podrán llegar quando quisieren, aunque con más trabajo. He preguntado a los Indios, y al Padre Justo Mansilla, si saben de otro puesto más seguro, aunque sea lejos, y ninguno sabe aya otro: con que venimos a quedar frustrados de las sementeras, y de las vacas, y ovejas, que no se han podido traer, y no hallamos mejoría, porque el enfado de espiar no se quita, ni el peligro, como dixe, antes parece mucho mayor por el estado presente, porque todos estamos en un paramo sin corral, ni cerca, y en continua vigilia, y decir que viene Guaycurú, y esparcirse por los montes, será todo uno, por no haver defensa alguna, sino el amparo de Dios, que los defienda a ellos, y a nosotros. Mudados nosotros, se mudaron también las Reducciones de los Clérigos hazia la Villarica. Consideremos Vuestra Reverencia mi Padre Provincial, como estaremos en este paramo sin casa, ni comida con casi quatro mil almas, donde aún a nosotros nos sabe muy bien un palmito, con que trabajos lo passaremos. No son trabajos pequeños; pero mayores podían ser, y aunque malo, e imperfecto, me sucede por la misericordia del Señor, que *repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*”. Hasta aquí el Padre Lucas, quien con los trabajos referidos huvo de mudar después el Pueblo a otro puesto, y de allí se le originaron tan penosos achaques, que dieron abundante materia a su religioso sufrimiento los quatro años restantes, que le duró la vida, no por esso ociosa, sino empleada santamente en ayudar a aquellos Neofitos, y a otros de las Reducciones de Clérigos, donde para dar fin de sus Misiones, fue a hacer una en Compañía del Venerable Padre Justo Mansilla, y los dos contraxeron allí en premio de su zelosa caridad el contagio que corría, de que bolvieron a sus Reducciones mortalmente heridos. Al Padre Justo, como más anciano le acabó antes la dolencia; y trabajó más tiempo al Padre Quesa, que un mes después recibidos con grande ternura, y devoción todos los Sacramentos acabó felizmente su peregrinación

muy gozoso por morir entre sus queridos Indios a 6 de Octubre de 1666 a los cinquenta y siete años de su edad, treinta y siete de Compañía, y diez y siete de la profesión del cuarto voto, que había hecho a 18 de Abril de 1649. Su muerte fue sentidísima, y muy llorada de todos los Indios, y con razón, pues perdieron en él un Padre amantísimo, y defensor suyo, que lo fue muy zeloso por espacio de diez y ocho años.

Las virtudes que resplandecieron en este siervo de Dios fueron las que debían adornar a un sugeto, que Dios tomó por instrumento de tan heróycas obras, como quedan referidas. Su humildad, fue profundísima, con que en todo hallaba ocasión para su desprecio, y abatimiento. Teniendo escogido talento de púlpito para lucir entre los Españoles solicitó siempre vivir entre los Indios, diciendo: que para sólo aquel ministerio podía servir de algo su cortedad. Quando le nombraron Superior de las Reducciones de los Itatines instó repetidas veces, para que le privassen de aquel cargo. Nuestros Padres Generales Nickel, y Oliva, eserbieron a los Superiores mayores de esta Provincia, agradeciessen al Padre Lucas lo mucho que trabajaba para la gloria de nuestro Señor, y quando se lo insinuaban los Provinciales, se confundía por extremo, y en una carta le dice al Padre Provincial Francisco Ximénez: “Me he llenado de confusión al leer lo que Vuestra Reverencia me significa, haverle escrito nuestro Padre, ni pudo suceder otra cosa, quando yo mismo me conozco mejor, y advierto quan poco hago, que se me deba, o pueda agradecer, antes temo la estrecha cuenta que tengo de dar a Dios por mi tibieza”. Assí sentía de sí mismo, quando era estimado justamente aún de la Suprema Cabeza de la Compañía. El mismo baxo concepto, que tenía formado de sí, mostró bien en algunas ocasiones de desprecio, que se le ofrecieron. Vez huvo que un Español arrojado, por defender el Padre Lucas a un Feligrés suyo de cierta injusticia, le cargó de injurias, tratándole en público con palabras muy pesadas, a que sólo respondió, tenía razón en quanto decía, y que aún merecía mucho más. En otra ocasión le infamó otro en materia bien sensible, y no quiso bolver por sí respondiendo a quien se lo aconsejaba, era capaz de hacer peores cosas, hasta que en breve se manifestó su inocencia.

En las tres virtudes, que constituyen el estado Religioso, se aventajó con particular esmero. Tenía a la santa pobreza por madre, amándola, y reverenciándola como a tal, y por su amor no solamente cercenaba las cosas superfluas, sino que ordinariamente ca-

recía gustoso de las necesarias. Sus vestidos siempre los peores, no queriendo ponerse jamás cosa nueva, y era necesario interviniese la autoridad del Superior, para que anduviese menos mal portado. Quando fue Superior cogía la ropa, que los demás desechaban, y essa se vestía con mayor gusto y regocijo. En las entradas, que hacía a convertir Infieles, iba atenido a lo que llevaban sus Indios, y no siendo escaso en proveerles a su necesidad, mendigaba después de ellos alguna cosa para su tenue sustento, hasta que sabido de los Superiores le obligaron a que cargasse alguna provisión. En la virtud de la castidad, fue tan exemplar, que se cree, murió virgen, habiendo andado tantas veces entre Infieles, donde son frequentes las ocasiones entre gente desnuda, sino previene los riesgos una grande circunspección. Para conservar esta joya preciosísima usaba de grande mortificación, y rigida penitencia: era muy parco en la comida: castigaba cruelmente su carne con recias disciplinas, y ásperos cilicios, para tenerla siempre sujeta, y rendida a la razón. Su recato en la vista fue tal, que aún los bozales, y rusticos Indios admiraban su modestia. Con haver sido tantos años Parocho de ellos, no conocía por el rostro a ninguna muger, siendo muy circunspecto al hablar con ellas, y siempre para hacerlo, aunque fuesse en la Iglesia, o Confessionario, ponía algún testigo a la vista. Su obediencia, fue verdaderamente ciega, assí en las cosas mayores, como en las más mínimas, executando con la más exacta puntualidad quanto le ordenaban los Superiores. En nada en que estos le ponían hallaba dificultad, por ardua que fuesse la materia, diciendo, que pues Dios se lo mandaba, le daría caudal, y fuerzas suficientes para conseguir exito feliz: y de aquí le nacía no desmayar, ni perder el ánimo en las más dificiles empresas, que la obediencia le encomendaba confiado en la Bondad divina, que le daría abundante gracia para concluiras, y ofreciéndose a obedecer a costa de los mayores peligros. En el riesgo, que referimos, corría todo su Pueblo, y con él toda la vida del Padre, quando acometieron los Guaycurús, y se huvieron de mudar las dos Reducciones, le escribe assí al Padre Provincial Simon de Ojeda: “Estaré advertido en lo que Vuestra Reverencia me manda en la suya, y esso ejecutaré al pie de la letra de muy buena gana, a costa de qualquier trabajo, y riesgo, pues ordenándomelo Vuestra Reverencia llevo en la obediencia el acierto, y la confianza. Grande es el peligro, pero ajustándome al orden de Vuestra Reverencia estoy cierto, que no erraré, y que esso ser á lo mejor, y que Dios me sacará con bien de

qualquier riesgo, como hasta ahora me ha sucedido, y al haverme ajustado a lo que Vuestra Reverencia determinó en la consulta, que tuvo en el Colegio del Paraguay, atribuyo el estar con vida, pues a haverse executado otra cosa, infaliblemente perecemos. Gracias al Señor, que tan suave, y milagrosamente me ha librado de tantos peligros por el camino de la obediencia. Vuestra Reverencia pues, nos ordene siempre lo que juzgaré, que a sus ordenes tengo vinculados mi acierto, y mi seguridad”.

Quanto se señaló en el zelo de la salvación de las almas, es superfluo repetirlo, quando lo está sobradamente publicando toda la serie de su vida Apostólica. Ardía en su pecho tan ardiente, que no reparaba en los mayores trabajos, para dar suficiente materia a tan noble incendio, y todo le parecía poco para cebarle. Conocía vivamente el valor de las almas, que costaron a nuestro amante Redemptor su sangre, y vida inestimable: con que quando hacía, y padecía, le parecía poco por traerlos a su conocimiento, y amor. Qué no trabajó en las Reducciones, por cultivar unos pobres Indios, que poco antes tenían más semejanza de brutos, que de racionales! Qué no padeció por sacarlos de los bosques, donde se habían buuelto a retirar, como fieras! Qué caminos no anduvo! Qué breñas no trepó! Qué navegaciones sembradas de peligros no emprendió! Qué pantanos, y qué atolladeros no pasó! Y siempre prompto, siempre alegre, siempre lleno de gozo, porque lo padecía todo por el bien de las almas redimidas con la sangre de Jesús. Llena está toda su vida de estos grandes exemplos, en que consta las muchas almas, que traxo de nuevo al conocimiento del verdadero Dios, o las que de la culpa reduxo a penitencia. En todas estas empresas llevaba siempre por dechado, y exemplar al Divino Xavier Apostol del Oriente, a quien consiguientemente professaba devoción ternísima, suplicándole de continuo, le comunicasse parte de su abressado espíritu, y por su intercessión vió executadas en su Pueblo algunas maravillas, que ya quedan arriba referidas. La misma professó a nuestro gloriosísimo Patriarca San Ignacio, y por ella alcanzó a ver semejantes favores, especialmente con mugeres de parto, quienes aplicándoles una estampa del Santo, que les embiaba el Padre Lucas, lograban feliz alumbramiento, que experimentaron muchas en partos bien rebesados, en los quales se veían ya la fuerza del dolor en los umbrales de la muerte, y fueron tantos, que hablando de ellos las Anuas del año de 1650 quando era Cura de la Reducción de Santo Thomé, dicen, que se cruzaban los

milagros. A quien professó más cordial devoción, fue a la Reyna de los Ángeles, a quien era frequentísimo su recurso, y en todas sus empresas la escogía por segura Protectora, con tal confianza, que nunca dudaba del acierto, llevando esta estrella por guía. Procuraba imprimir en los corazones de todos el amor a María Santísima, y mucho más en los Neofitos, enseñándoles a que la saludassen muy a menudo, y procurassen su poderoso patrocinio con devotos, y reverentes obsequios. Vivía muy gozoso entre los Itatines, por la esperanza de morir entre Indios, y en Pueblo consagrado a la Santísima Virgen María, como lo consiguió, acabando felizmente adornado de virtudes, y favorecido de la Emperatriz de Cielos, y tierra, en Pueblo de su advocación, llamado *nuestra Señora de Fe*, que restauró casi desde los fundamentos, le bolvió a fundar dos veces de nuevo, y le gobernó por doce años continuos.

ESTRELLA TERCERA
CAPÍTULO III
VIDA DEL VENERABLE PADRE
JUAN ANTONIO MANQUIANO

En la vida de este Siervo de Dios, hemos de admirar la más invencible constancia, por defender la verdad, justicia, e inocencia en la más desecha borrasca de persecuciones, y trabajos, casi increíbles, de que toda su vida está texida: pues apenas ponía el pie en parte alguna, que no se conjurasse contra él, para perseguirle todo el infierno: que quien le hacía la más cruda guerra, no es maravilla conmoviese contra sí todas sus furias. De todo lo dicho me desempeñar a abundantemente la relación de su vida, que es como se sigue.

§ I

*SU PATRIA, NIÑEZ, ENTRADA EN LA COMPAÑÍA,
Y LO QUE OBRÓ HASTA QUE LLEGÓ A LA PROVINCIA
DEL PARAGUAY*

Nació el Padre Juan Antonio Manquiano, de Padres muy honrados el año de 1598 en la Ciudad de Alger, cabeza de Obispado, y Puerto bien conocido de la Isla de Cerdeña. Allí se crió en su menor edad educado en santas costumbres, para que tuvieron que aplicar poco trabajo sus piadosos Padres: porque su natural inclinación le llevaba, si ya no arrastraba a todas las cosas de virtud. Empezó a estudiar las primeras letras en nuestras Escuelas con aplicación, y facilidad, e hizo tan notorios progressos en las humanas Rhetórica, y Poesía, que se aventajaba con exceso a todos sus Condiscípulos. En este tiempo, en que suelen correr tantos riesgos los pocos años, se portaba tan ajustado, que no menos le daban la primacía en la virtud, que en las letras. Aborrecía la conversación profana, y libre, de que huía, como de peste de la juventud, y escollo fatal de las buenas costumbres: los Templos eran su continua morada, y en ellos divertía su inocente espíritu, quando los Condiscípulos cursaban las calles, y plazas de la Ciudad divertidos en entretenimientos profanos. No sabía más casas, que la suya, y las de los Religiosos, cuya vida Angelical le robaba el corazón, aunque siempre arrastraron más su afecto los de la Compañía. Estos fueron los preludios de su vida, y eran sus empléos, quando le llamó nuestro Señor eficazmente a más altas atenciones. No había hechado raíces

en el mundo su espíritu virtuoso, y así costó poco trabajo trasplantarle al Paraíso de la Religión: obedeció pues prompto a la voz del Señor, que le llamaba a su Compañía, donde fué recibido el año de 1617 con extraordinario aplauso de los que le conocían, prometiéndose de tan loables principios aventajados progressos en la virtud, y grande lustre para nuestra Religión.

No estrañó en el Noviciado de Cáller la regular observancia, quien en el siglo havía procedido, como Religioso. Comenzó un tenor de vida tan ajustado a nuestra vocación, e Instituto, que parecía nacido para los exercicios de la Religión, siendo a los Connovicios estímulo grande, que alentaba sus fervores. Acabó su Noviciado, y en adelante nunca dexó de ser Novicio, bien que se puso tanto más estrechas leyes, quanto eran mayores sus obligaciones. Passó a estudiar Philosophía en el Colegio de Cáller, que concluida con grande satisfacción, fue embiado a leer letras humanas en el Colegio de Iglesias, de donde le trasladaron para leer otros dos años en el Colegio de Sácer, y allí mismo prosiguió estudiando la Theología, a que puso plausible fin con el acto mayor de toda ella. En todo el tiempo de sus estudios, aunque fue grande su aplicación a las letras, no la puso menor por encender, y fomentar en su pecho un ardiente zelo de la conversión de las almas, procurando hacerse apto instrumento para los ministerios Apostólicos de nuestra Compañía. Acabados los estudios, fue empleado otros dos años en leer Rhetórica en nuestro Colegio de Cáller, pero porque hacía repetidas instancias para passar a las Provincias de Indias a emplearse en la conversión de los Infieles, deseosa la de Cerdeña de no perder un sugeto, de quien mucho necesitaba, le conmutaron la Cáthedra de Rhetórica en el ministerio de Missionero, para entretenir sus fervores, y dar alguna materia a su abrasado zelo. Salió a Misión, y corrió evangelizado por toda la Isla, despertando sus naturales del letargo peligroso de los vicios, y enderezándolos por el camino del Cielo a costa de imponderables trabajos, que toleró gustoso con ánimo invencible. No reparaba en incomodidad alguna, ni le retardaba el calor por el Verano, o le empecían el frío, y lluvias por el Invierno: su comida era de ordinario, lo que él, y su Compañero recogían de limosna, el sueño tomaban sobre una mesa, o tabla, en quadras desabrigadas, expuestos a vezes a todas las inclemencias. Juntaba luego que llegaba a poblado la gente más necesitada, y los niños, a quienes explicaba los rudimientos de la Doctrina Christiana, desterrando de sus ánimos la ignorancia,

que causa daños tan deplorables. Predicaba luego a todo el Pueblo con grande espíritu, y cogía a manos llenas el fruto de sus fervores en la reforma de las costumbres, en la conversión de pecadores envejecidos, en la reconciliación de enemistades, en el socorro de los pobres. Sucedióle tal vez, predicando en cierta Villa, que acabado el sermón, en que exhortó a la limosna, se recogió tanta, que hubo para remediar algunas doncellas, cuya castidad peligraba en la pobreza, y para sacar a otras mugeres del miserable estado de sus liviandades, en que se hallaban atolladas. Por remediar en otra parte a una de estas, estuvo para perder la vida: porque ofendido el complice de que el zelo del Padre Juan Antonio la huviessse reducido a penitencia, trató de vengar aquel, que reputaba agravio, siendo en la realidad incomparable beneficio. Para esto a deshora le sacó de su posada con pretexto de llevarle a oír la confesión de un moribundo, y retirándole de su Compañero, a empellones le precipitó en una hoya, donde ciego de colera, y pasión, pretendió dexarle cosido a puñaladas; pero libróle el Cielo de su sangriento furor, guardando la vida del fervoroso Missionero con una casualidad; porque quedando el manteo superior al Padre, que yazia caído en la hoya, descargó sobre él toda la lluvia de puñaladas, sin causar a su persona la menor lesión. Con tan rara providencia premió el Señor el santo zelo de su Siervo, y con la estimación común de todo el Reyno, que le veneraban por Varón Apostólico, y lleno de espíritu celestial.

Mostróle bien este aprecio, quando hubo de passar a las Indias, porque haciéndole dexar el empleo de Missionero, y nombrándole Rector del Colegio Seminario de Sácer, supo alegar tantas razones, para descargarse de aquella horna tan pesada a su humildad, como merecida por sus prendas, que al fin consiguió de nuestro Padre General Mucio Viteleschi, ser señalado para esta Provincia del Paraguay. Apenas se publicó esta noticia, quando causó en toda la Isla extraordinario sentimiento, y para embarazar su execución despacho luego uno de los Señores Inquisidores orden muy apretado al Padre Vice-Provincial, para que el Padre Manquiano no saliesse de la Ciudad, ni por su pie, ni por los agenos, porque necesitaba de su persona, para negocios importantes del Santo Tribunal. El Virrey de aquel Reyno hizo por su parte la misma demostración, mandando tomar todos los caminos, por donde podía salir, y que ninguno le diesse embarcación: tan singular era la estimación, que con todos se había grangeado; pero nada bastó

para retardar el zelo del Padre Juan Antonio: porque esforzando su natural elocuencia para contrastar empeños tan poderosos, obligó a aquellos Señores, a que desistiesen, y le permitiessen, aunque con repugnancia, embarcarse, como lo hizo passando a España en Compañía del Padre Lucas Quesa, que también passaba entonces a esta Provincia del Paraguay.

De Alicante passaron los Padres Manquiano, y Quesa a Madrid, y de allí a Lisboa, edificando por todas partes con su buen exemplo. En Lisboa el tiempo que se detuvieron esperando tiempo oportuno para embarcarse a esta Provincia, no estuvo ocioso este grande, y fervoroso Operario, porque sin divertirse a otra cosa, se aplicó a exercitar nuestros ministerios, particularmente en nuestra Casa Professa de San Roque, donde aunque vivía de asiento en el Colegio de Santo Anton, acudía combidado del Padre Prepósito, para confessar a los Castellanos, especialmente los Domingos de Jubileo del mes, o de la Comunión general, en que son extraordinarios los concursos, passando las Comuniones ordinariamente de diez y ocho, o veinte mil cada Domingo; pero en aquel tiempo fue doblado el trabajo, porque los concursos eran mayores a causa de que haviendo desde el mes de Agosto de 1639 puesto entredicho en aquella Corte el Señor Colector Apostólico por ciertas competencias, y encuentros, que él tenía con la Ciudad, mostrando el cordial amor, que su Ilustríssima tenía a la Compañía, solía alzarle en ocasión de estos Jubileos, con cuya ocasión acudía tanta gente, que era forzoso trabajar mucho, para acudir a toda la que solía concurrir, de que tocaba no la menor parte a nuestro Padre Manquiano, y tal qual Padre Español, que se dedicaba a oír las confesiones de los Castellanos, de que había entonces gran número, por causa de la unión de las dos Coronas de Castilla, y de Portugal. Fuera de esso se ocupaba en los Hospitales en servir, y consolar a los enfermos, en las cárceles a los presos, y en las galeras a los forzados, mostrándose muy compassivo de sus dolencias, o miserias, y ganándoles la voluntad, para poder conseguir mejor el remedio de sus almas. En estas obras gastó el tiempo que se detuvo en Lisboa, hasta que llegó el de embarcarse para Buenos Ayres, en cuya navegación, padeció todo lo que se refirió en la vida del Venerable Padre Lucas Quesa, hasta aportar al Brasil. Los siete meses, que allí se detuvieron gastó el Padre Manquiano, enemigo jurado en todas partes del ocio, en nuestros ministerios, especialmente en las Misiones, donde empezó a aprender la lengua del

País, que es con casi ninguna diferencia la misma, que se habla en nuestras Misiones de esta Provincia del Paraguay, en que tuvo por Maestro al Venerable Padre Juan de Almeyda, Apostol del Brasil, cuyo Compañero fue. Aprendió aquel idioma con facilidad, ayudado de su grande ingenio, continua aplicación, y deseo de ayudar a los Indios, con quien usó obras de tanta caridad, que le cobraron entrañable amor, de que fueron prueba las lágrimas que derramaron, quando se llegó el tiempo de despedirse, para bolver al Río Jeneyro, donde se embarcó con los demás Compañeros, para el Puerto de Buenos Ayres, en que fueron recibidos con las demostraciones de alegría, que se dexa entender, pues havían sido mucho tiempo deseados.

§ II

PADECE GRAVISSIMAS CALUMNIAS, Y MALOS TRATAMIENTOS POR DEFENDER A LA COMPAÑÍA EN LA PERSECUCIÓN DEL PARAGUAY

Havía baxado a recibir los sugetos, que venían en esta Missión el Venerable Padre Diego de Boroa, Provincial entonces de esta Provincia, quien dispuso que con los músicos Indios de nuestras Misiones passasse a ellas el Padre Juan Antonio Manquiano, que como ya sabía la lengua, podía entrar desde luego sirviendo en ocasión, que se necesitaban sugetos de su zelo, y espíritu, por hallarse actualmente padeciendo la más cruda presecución de los Mamalucos del Brasil, quienes assolaban los Pueblos, cautivaban sus moradores, no perdonaban lo sagrado, herían, y aun mataban a los Sacerdotes, y sin temor de las censuras fulminadas por la Santidad de Urbano VIII y publicadas por el Administrador de la Iglesia del Río Jeneyro, se prevenían a continuar semejantes maldades varias esquadras en la Villa de San Pablo, para entrar a hacer nuevas malocas, según traían averiguado los mismos Misioneros. En esta ocasión pasó a las Misiones del Paraguay el Padre Manquiano, donde trabajó, y padeció mucho en la conversión de los Guaraníes, especialmente en el Pueblo de San Joseph, donde su aplicación a adelantar la Fe, y exercicios de virtud de los nuevos Christianos, y de catequizar a los infieles, para que recibiesen el Bautismo, fue la misma: ofendido de este zelo ardiente el demonio, instigó a algunos malsines, cuya licenciosa vida procuraba enfrenar el Siervo de Dios, a que se empeñassen en obscurecer el lustroso esplendor de su buen nombre, imponiéndole una gravís-

sima calumnia, y falso testimonio en materia bien sensible, pintando el caso aquellos bárbaros en medio de su rusticidad con tales coloridos, y ponderándole uniformes todos los falsos delatores, con tantos encarecimientos, que los Superiores, aunque estaban antes muy satisfechos de su religioso proceder, se vieron precisados para satisfacción de la culpa imputada, a darle pública penitencia con bastante nota de su persona, permitiendo el Señor padeciessen engaño, para ejercicio de la paciencia del Siervo de Dios, y exemplo de los venideros. Pudiera demostrar la falsedad bolviendo por sí, y probando su inocencia, como algunos le aconsejaban; pero él con silencio heróyco, se resolvió a callar, y sufrir sin responder en su abono una palabra en público, ni en secreto, por hacer de su tolerancia grato sacrificio al Señor en materia tan ardua. Llevó pues este trabajo con una paciencia, y mansedumbre inalterable, sin dar la menor quexa, ni aun permitir, que en su presencia se hablasse de este punto, por no deslizarse en alguna palabra, hasta que acosados del estímulo de su propia conciencia los mismos delatores, se retrataron de la impostura, quedando por este camino más acreditada la virtud del Padre Juan Antonio, al passo que él más se havía pretendido humillar. Estuvo después de esta gloriosa victoria otros dos años, hasta que creciendo a lo sumo los desafueros, que contra la Compañía, y el Colegio de la Assumpción intentaba aquel Prelado de la Santa Iglesia del Paraguay (de quien hablamos en la vida del Padre Tolo § 4) le sacaron de las Misiones los Superiores; haciéndole Procurador *ad lites* de aquel Colegio, y toda la Compañía en dichas causas, por fiar de su valor, y constancia para hacer la causa de Dios, y de sus Siervos, que no repararía en trabajo alguno para oponerse a la violencia arrebatada de aquel Prelado, quien pretendía, si pudiesse, destruir toda la Religión Jesuítica, y lo hubiera conseguido a ser verdaderos los enormes, y atroces delitos, que temerariamente le imputaba. En tal aprieto, que no se le ofrecerá igual a esta Provincia, ni quizás mayor a toda la Compañía de Jesús, hecharon mano los Superiores de la habilidad, zelo, y constancia del Padre Manquiano, porque estaban enterados, que quando lo requería la gloria de Dios, era su ánimo invencible, y su valor insuperable para los más arduos negocios, de suerte, que quanto más abultadas, se oponían las dificultades, tanto los emprendían con mayor fortaleza.

Es increíble lo que en esta causa padeció de injurias, afrentas, falsos testimonios, befas, escarnios, y malos tratamientos, llegando

la osadía de nuestros émulo, hasta executar la temeridad de ponerle violentamente las manos, y prenderle con público escándalo, sin que bastassen tamaños desafueros a alterar, o descomponer su religiosa modestia, o hacerle desistir de la justa defensa de nuestra inocencia perseguida. Vez hubo que saliendo a negocios de su oficio, llegó el mismo Prelado, y apretándole fuertemente del brazo poseído de la colera, y abrasado en ira, la desfogó contra él en palabras muy afrentosas, mandando a algunos, que le assistían, que le prendiessen, y metiessen en un cepo, y aún levantando la mula, en que estribaba por su vejez, le amenazó tres vezes a herirle con ella, llamándole herege, cismático, y embustero, con otros millares de oprobrios en presencia de gran muchedumbre de gente, que había concurrido al remate de los diezmos. Oyólo todo el buen Padre con admirable serenidad, sin responderle una palabra más alta, que otra, y se retiró al Colegio con tanta paz, como si tal cosa no le huviesse sucedido. En otra ocasión, que dicho Prelado pretendía al descubierto (tratándolo con la plebe) expulsar a los Jesuitas de su Colegio, como al fin lo executó, salió el Padre Juan a requerir al Gobernador de la Provincia, le amparasse en su possession, obediendo las Cédulas Reales, en cuya virtud estaba fundado. Avisado el Obispo, y rezeloso de lo que podía ser, señaló algunos de sus parciales, que tomassen todas las calles por donde podía passar, y le prendiessen. Bolvía el Padre muy ageno de esta assechanza, quando embistiendo, le cercan como mastines rabiosos: repítienle las mismas injurias, y amenázanle, que no han de parar hasta comerle los hígados, y quitarle la vida, si él, y todos los Nuestros no se desterraban de la Ciudad por ladrones públicos, hereges cismáticos, descomulgados, etc. Mesuróse el Padre, y con grande paz, y reposo les preguntó, qué pretendían hacer de él. Respondieron que prenderle, y llevarle al Obispo. “Vamos”, dixo el Padre, y empezó a caminar para la Catedral cercándole los mismos, que de nuevo le dixerón pessados baldones, llamándole perro heresiarca Manquiano. Salió el Obispo bravo como un león, contra el manso cordero, mandándole imperioso, que al punto él, y todos los Jesuitas se saliessen de la Ciudad, y se la dexassen libre, pues tenía para ello orden de su Magestad, faltando a la verdad enormemente, y al decoro de su Dignidad. El Padre Manquiano, que sabía bien la falsedad, le requirió modesto, que exhiviesse tal orden, porque constando de él, luego al punto le obedecerían, como vassallos los más leales del Monarca Cathólico. Replicó el Obispo, no era ne-

cessario que mostrase la Cédula Real, pues aunque no la huviesse, bastaba decirlo, y mandarlo él, para que le obedeciésemos, que agradeciesse no le mandaba meter al punto en un calabozo, y sin otra respuesta le bolvió las espaldas, y se entró en la Catedral: con que el Padre se bolvió al Colegio con su acostumbrada medida, que no le valió para que no prosiguiesen los parciales del Obispo, hasta que entró en casa en ultrajarle con tales oprobios, y tan impuros, que no los expresa la pluma, por guardarle al recato sus fueros: sin que en todos ellos desplegasse sus labios el Padre Juan Antonio, siendo assí que sabía responder muy bien, quando lo requerían las circunstancias. Esto padecía la Compañía, y el Padre Manquiano con especialidad, no en tierra de Luteranos, y Calvinistas; sino en País sugeto al Rey Cathólico de España, donde no hubo estado, ni condición, que no solicitasse con su Magestad, se fundassen en su República los Jesuitas, cuyos ministerios experimentaron siempre provechosísimos, cuya enseñanza desterraba, como antorcha lucidísima, las sombras de la ignorancia, cuya predicación hacía declarada guerra a los vicios, cuyo exemplo edificaba a todos los buenos, y confundía a los adversarios de la verdad: padecíalo todo no por medio de seglares perdidos, sino principalmente por influxo de un Prelado Eclesiástico, que professando por su estado la más alta santidad, encubría poco su pasión, excediendo los limites de la razón, y avanderizando la gente contra los inocentes Jesuitas, quienes con su modestía parece que atizaban el fuego de la pasión de los émulos; pues crecieron tanto los desafueros, que aún estando el Padre Juan Antonio hablando con el Governador, y Capitán general de la Provincia tenían atrevimiento para llegar, y desmentirle en cosas por su publicidad notorias, cargándole de denuestos, sin que el Governador, que o estaba coligado con el Obispo, o a lo menos sorprendido cobardemente del miedo de sus furias, tuviesse brío, ni aliento para hacer guardar del vulgo la debida cortesía, ni a bolver por su decoro, ni por la justa defensa de nuestra justicia: bien que pagó esta omisión perjudicial, quitándole Dios en breve aceleradamente la vida.

Los niños, y juvenes, que antes se criaban con gran piedad en nuestras escuelas, cerradas estas violentamente por el Obispo, y trasladadas a otro Convento de Religiosos parciales suyos, andaban tan descortesés contra sus antiguos Maestros, que sin respetar sus canas venerables al encontrarlos por las calles, les decían desembultos: “Padres, Dios los convierta, digan: Amen”. Y luego entre-

tegían otros apodos, llamándoles caras de demonios, hereges, cismáticos, descomulgados, añadiendo siempre a cada estropha el estrofillo: “Padres, Dios los convierta, digan: Amen”. Tirábanles entonces naranjas, tejuelas, y otras inmundicias por todo el camino, y al entrar en el Colegio remataban con grita insolente: “A recoger hereges, a recoger”. Toda esta heregía, y cisma se reducía a que nunca havían venido los Nuestros en aprobar, que dicho Prelado se consagrarse, como se consagró, sin Bulas de su Santidad, costándoles tanto el haver dicho la verdad, quando por él mismo fueron consultados sobre el caso. Después tomaron los mismos muchachos por entretenimiento ordinario irse al salir del estudio a la plaza principal de la Ciudad, en que cae nuestro Colegio, y allí cantaban en son de Letanías: “El gran perro Manquiano, herege cismático Anglicano, *Orate pro eo*”. Assí estaban los Jesuitas en el Paraguay, por haver dado (preguntados) testimonio a la verdad, hechos terro de baldones, juego de niños, escarnio de la plebe, y como dixo de sí San Pablo: *omnium peripséma*; pero nada de todo esto acobardaba el constante pecho de nuestro Padre Manquiano, para no oponerse con valor a la injusticia, y defender en juicio nuestro derecho, sufriendo con esta ocasión más que todos los Nuestros juntos, y cobrándole tal odio, y ojeriza los adversarios, que no contentos de ofenderle de palabra, y obra, le hicieron retratar infamemente, rodeado de demonios, y a estos en además de que por tan malo ni aún en el infierno le querían para morador. Estos retratos fixaron en los Cantones de la Ciudad, y los hicieron correr con harto escándalo por todas estas Provincias. Al oír esto estará de sobra el decir, quanto se encarnizaron contra el Padre Juan Antonio, quando desatendido del todo nuestro derecho, y usurpado por el Obispo mañosamente el gobierno político, y militar de la Provincia del Paraguay, nos expulsaron violentamente del Colegio de la Assumpción; porque como este Siervo de Dios era quien con más ardor havía solicitado nuestras causas, por la obligación de su oficio, fue también contra quien con mayor furor concitaron su rabia, y emplearon su saña furiosa. A todos los nuestros sacaron arrastrando de su Colegio; pero contra el Padre Manquiano llevaban orden particular muy apretado los ministros de la impiedad, que usassen las más inhumanas crueldades, y por lisonjear al Autor de estos desmanes, executaron muy al pie de la letra el orden intimidado: llamábanle como antes, *gran perro Manquiano*, y decíanle otros afrentosísimos baldones, a que acompañaron peores obras, atándole atrás las manos,

dándole muchos golpes, y empellones; y con los pomos de las espadas, terciados, y dagas le molieron todo el cuerpo de manera, que si estando ya en la plaza no llegarán dos Clérigos de más juicio, temor de Dios, y vergüenza, y le librarán de las manos de los que le llevaban, o le acabaran allí la vida, o le pararán tal, que no sanará por toda ella, pues aún con esse reparo quedó por largo tiempo muy lastimado, y dolorido. Después de estos trabajos passó con las incomodidades, que los demás Jesuitas a la Ciudad de las Corrientes, de donde volvió al Paraguay en Compañía del Venerable Padre Francisco Díaz Taño, quando la Real Audiencia de la Plata, y el Virrey del Perú restituyeron a aquella Ciudad honoríficamente a los Jesuitas. Allí prosiguió con igual tesón la defensa de la Compañía delante del Juez Conservador, nada amedrentado de la tormenta passada; y como se dispusiesen nuevos nublados contra la inocencia en los Tribunales Superiores del Perú, a donde había recurrido el Obispo con sus parciales, y se bolviesse a la Provincia del Paraguay el Padre Rector de la Assumpción Laureano Sobrino, que había passado allá a defender nuestra causa, despacharon los Superiores al Padre Manquiano a que prosiguiesse defensa en la Real Audiencia de las Charcas, siéndole preciso andar más de seiscientas leguas para cumplir esta obediencia, que había de exercitar junto con el oficio de Procurador de esta Provincia en la Villa Imperial de Potosí. Parece que el Cielo manifestó años antes al Venerable Padre Antonio Ruíz de Montoya, se quería servir del Padre Manquiano en esta ocupación: pues según refiere el Doctor Xarque en su Apostólica vida (lib. 4 cap. ult.) acompañando el año de 1639 al Venerable Padre Ruíz en Madrid a casa del Señor Presidente del Consejo de Indias, le pidieron ciertas Señoras muy piadosas no bolviesse a las Indias por lograr su dirección, diciéndole con gracia: “Padre Antonio, dexesse de jornadas, y navegaciones, quedese acá, y conviértanos a nosotras, como allá ha convertido a tantos gentiles. Mire que es buena tierra Madrid, quédese en ella”. Respondióles agradeciendo su buen deseo, y buuelto al Padre Manquiano le dixo, previendo sin duda el lugar de su muerte, y el oficio de este: “Padre Juan Antonio, no permita Vuestra Reverencia que mis huessos queden entre Españoles, aunque muera entre ellos, procúre que vayan donde están los Indios mis queridos hijos, que allí donde trabajaron, y se molieron, han de descansar”. Executólo el Padre Manquiano siendo ahora Procurador en Potosí, venciendo grandes dificultades, para sacar el Cuerpo de Lima, donde murió, sin acordarse en todo

el tiempo, que duraron las diligencias de lo que el Venerable Padre Ruíz le dixo tantos años antes en Madrid, hasta que viendo los huessos en Potosí, se acordó, y conoció, que sin duda le había revelado Dios entonces, se quería servir de él en aquel empleo, lo que le empeñó a exercerle con el mayor desvelo, y diligencia. Exercióle pues, en Potosí, y Chuquisaca, por algunos años con el mismo zelo, que le administró en el Paraguay, oponiéndose con la poderosa fuerza de la razón, y verdad a la cavilación astuta, y solapada de nuestros émulos, que no dexaban piedra por mover para obscurecer nuestra justicia; pero nunca pudieron prevalecer, porque descubría, y desacia el Padre Manquiano todas sus marañas, y enredos, e informaba a los Señores Oidores de manera, que siempre quedó triunfante la Compañía, en fuerza de la verdad conocida. En el tiempo que se ocupó en este empleo, dio en el Perú singulares exemplos de Varón zeloso, y menospreciador de sí mismo, saliendo varias vezes con sotana parda a los Hospitales, y a las plazas a enseñar la Doctrina Christiana a la gente; pero sus mismos menosprecios le grangearon la veneración común de todos, y el sequito de los que deseaban la mejora de sus almas, y seguridad de sus conciencias. Nada bastó para que cessassen de calumniarle por todos caminos los enemigos de la Compañía: y viendo, que sus trazas no fraguaban en estos Reynos, donde era tan notoria su malicia, como la virtud del Padre Juan Antonio, se empeñaron a desacreditarle con nuestro Cathólico Monarca el Señor Don Phelipe IV el Grande, y parece lo consiguieron en parte por influxo malevolo de cierto personaje poderoso de la Corte, que mostrándose en lo exterior amigo de los Jesuitas, les hacía en secreto más cruda guerra, quando más encubierta, por estar impresionado por nuestros contrarios. Mandó pues su Magestad, passasse a Madrid el Padre Juan Antonio a dar razón de su persona, y de las calumnias, que le oponían; pero no tuvo efecto esta resolución, porque enterada la Real Audiencia de Charcas, por cuya mano, venía la Real Cédula, de las razones, que la habían motivado, informaron a su Magestad haciendo honorifica relación de la virtud, prendas, y mérito del sugeto; con que se sirvió de revocar su primer orden, haciendo se executasse en los que calumniaban el Padre Manquiano, desterrando de estos Reynos por sus Reales mandatos a dos sugetos, que principalmente le perseguían, y alborotaban estas Provincias, a los quales hizo retirar a los Reynos de España.

§ III

*PASSA AL COLEGIO DE TUCUMÁN DONDE OCUPADO
GLORIOSAMENTE EN NUESTROS MINISTERIOS,
LE PROCURAN DE NUEVO INFAMAR LOS ÉMULOS
DE LA COMPAÑÍA, QUE DESCUBIERTA LA CALUMNIA
QUEDAN CONFUSOS*

Haviendo el Padre Manquiano exercido algunos años el empleo de Procurador de esta Provincia en Potosí, y Chuquisaca, enfermó de tal manera, que fue forzoso descargarle de aquella ocupación, para probar si libre de cuydados se recobraba la salud de sugeto tan importante. Retiróse para esto al Colegio de San Miguel de Tucumán, donde con la benignidad de aquel temple mejoró en breve, y luego se bolvió a aplicar, con el mismo tesón que siempre, a nuestros ministerios, publicando declarada guerra a los vicios en esta Ciudad, y en toda su comarca, que varias vezes corrió en Misión. Declaróse también aquí contra el Siervo de Dios el demonio su capital enemigo por medio de algunos émulos de la Compañía, que aquellos tiempos duraban innumerables en todas estas Provincias, por resulta de la persecución del Paraguay: procuró pues, desacreditarle para desacreditar también, si pudiese, los empleos de su zelo Apostólico, fabricando a este fin una novela, y embuste diabólico, que avivó más la persecución contra la Compañía, aunque descubierta patentemente la verdad, redundó en mayor crédito de nuestra Religión, y del Padre Manquiano, como todas las demás Comenzó a divulgarse esta ficción con el Perú, esparciendo nuestros émulos, que el Padre Juan Antonio Manquiano, sugeto ya allí tan conocido, se había coronado por Rey en el Paraguay, manteniéndole la Corona ochenta mil Indios armados de nación Guaraní, que estaban a su devoción, después de haverse casado con la hija de un Cazique principal, reconocida también por Reyna, a quien luego había repudiado, y tomado por muger, qual otro Lutherero, a una Monja. Verdaderamente que aun mentir no sabe la maldad, pues decir, que había casádose con Monja en el Paraguay, era mentira tan mal forjada, que en ningún prudente había de hallar assenso, si tuviese mediana noticia de aquella Provincia, quando en toda ella es constante, que nunca ha havido Monasterio de Religiosas, ni la ay en la Provincia inmediata del Río de la Plata, hasta la Ciudad de Córdoba, distante trecentas leguas, y perteneciente a la Provincia del Tucumán. Dezir que se había coronado en el Paraguay, llevaba menos cami-

no, pues era el Jesuita de quien más abominaban los más poderosos de aquella República, émulos declarados de la Compañía, por haver defendido con tanto empeño sus causas, y derechos. Afirmar que tenía consigo ochenta mil Indios armados, era igual falsedad, pues constaba muy bien, especialmente a la Real Audiencia de Chuquisaca, no passaba de sesenta mil almas de todos sexos, los que tenían entonces las Reducciones de aquella Provincia, en que apenas podrían quinze mil tomar las armas. Esperar que esta mentira tan enorme fuesse creible, era entre todos el mayor desatino por ser frequentísimo el comercio del Perú, con la Provincia del Tucumán, donde todos facilmente podían desengañarse por sus ojos, viendo en la Ciudad de San Miguel, o en su jurisdicción, en su traje humilde de Jesuita, sin purpura, ni corona, sino es la de Sacerdote, al sugeto de la fabula trabajar gloriosamente en servicio de la Iglesia, y provecho de los próximos. Pero ni aún en su misma cierta confusión, repara la calumnia, dando de ojos ciega de su pasión obstinada a trueque de tener infamado por algún tiempo a quien persigue, disponiendo el Cielo, que los engaños, que forja, mientan tan mal el traje de la verdad, que se trasluzca fácilmente lo que encubren sus disfraces.

Assí sucedió en este caso, pues aunque el primer rumor pudo causar alguna impresión en los ánimos menos cuerdos, o advertidos; pero en ningún prudente halló assenso, por ageno, no sólo de verdad, pero ni aún de verisimilitud, haciéndose increíble tanto tropél de maldades tan enormes en sugeto de la Religión, zelo, y virtud, que havían venerado en el Padre Manquiano. No hallando, pues, el crédito, que deseaban los Autores de la fábula en Perú, se trasladó esta corrida de si misma a la Provincia inmediata de Tucumán, para quedar totalmente desacreditada, y expuesta a la infamia, que merecía mentira tan desembuelta, porque apenas llegó a oídos del Obispo de esta Diocesi el Ilustrísimo Señor Don Fray Melchor de Maldonado y Saavedra, honor grande de la esclarecida Familia Augustiniana, quien a la sazón se hallaba en la Ciudad de San Miguel, quando salió prompto a desmentirla este gran Prelado, escribiendo al Señor Virrey del Perú, a la Real Audiencia de Chuquisaca, a su Presidente, ya otras personas de la primera distinción, a quienes dirigió varias cartas, assegurando, como el Padre Juan Antonio Manquiano, se hallaba haciendo officio de Apostol en la misma Ciudad de San Miguel, y su comarca, oyendo confesiones de todo género de personas, y predicando con

maravilloso espíritu, grande fruto, y provecho de las almas, por ser Operario incansable, y de inconfusible zelo. Con relación tan autorizada, se desvaneció tan mal formada mentira, de manera, que le huvo de costar caro a cierto incauto mancebo en Chuquisaca, porque no sabiendo el desengaño, de que se hallaban ya instruidos los Señores Oidores en la Real Audiencia, llegando de Lima la comenzó a esparcir, como novedad, lo que sabido de aquellos rectos Ministros, le hicieron prender, y mandaron dar docientos azotes, pena que se executará luego, a no mostrar una relación, que ciertos Religiosos le havían dado, en que lo referían, y por este camino se purgó de no ser él inventor de la calumnia, quedando con merecida infamia conocidos los Autores.

Ninguna calumnia de estas podía empezar el zelo ardiente del Padre Manquiano, porque quanto más le perseguía la malicia de sus émulos, tanto parece, se esforzaba más, a desmentirla con sus obras Apostólicas, pues demás de ser incansable en el exercicio de nuestros ministerios dentro de la Ciudad de San Miguel, que era en aquel tiempo más numerosa, aprovechando grandemente a todo género de personas, salía de ordinario por toda su jurisdicción, que es muy dilatada, al exercicio de las Misiones. Son en esta jurisdicción muchas las poblaciones, y caserías pequeñas, que distan de la Ciudad unas más, y otras menos, pero en el terreno más humedo del mundo: nacen los ríos, o arroyos grandes tan frequentes, que en una legua de tierra suelen esplayarse crecidos dos, y tres con arrebatada corriente por descender de las arduas sierras, a cuya falda, yacía entonces situada la Ciudad de San Miguel. (Nótese aquí de passo la falta de noticias, con que escribió el Chronista Gil González Davila, en el Theatro Eclesiástico de las Indias tomo 2 fol. 52 no haver más que dos ríos en toda la Provincia de Tucumán). Este número grande de ríos, y arroyos, hace muy trabajosos los caminos, que se pasan no sin frequentes riesgos de la vida. Ningunos peligros, o trabajos arredraban de su ministerio al Padre Manquiano, antes estimulado del zelo de ganar muchas almas para Dios, emprendió varias vezes la Misión de aquel dilatado Partido, que le dio copiosa materia de merecimientos especialmente por aquel tiempo que prendió por allí una peste, que corrió por todas estas Provincias, de que he hecho mención en otras vidas de los dos Siervos de Dios, que dexo escritas. Hizo en aquel distrito grande riza, arrebatando la furia del contagio a todo género de personas hombres, y mugeres, niños, y viejos, Negros,

Indios, y Españoles, sin haver estado, condición, ni sexo, que se librase de este azote de la ira Divina, porque alcanzó a todos su rigor, y fue con todos singular el fruto, como en almas, que estaban persuadidas, serían pressa segura de la muerte. Passaba el Padre Manquiano (por acudir a la necesidad extrema de los apestados) serranías altísimas, quebradas muy ásperas, ríos rapidísimos, e impenetrables bosques, corriendo prompto a todas horas a qualquier paraje el más remoto, donde era llamado. Sucedióle en esta ocasión muchos casos de gloria de nuestro Señor, en que muchas almas se remediaron, y dispusieron bien para la muerte por medio de los Sacramentos, dexando grandes señales de su salvación eterna. Pero entre estos no mereció hacer número un infeliz Español, que se hizo indigno de esta dicha por su reincidencia, aunque más diligencias usaron con él el Padre Manquiano, y su Compañero de Misión el Padre Andrés Lujan: con que en castigo de su obstinación murió impenitente, y según la presente justicia, se condenó eternamente. Es muy singular el caso, y aunque no se halló al fin tragico de él nuestro Padre Manquiano, por haver tenido principio en una de sus Misiones, le quiero referir aquí al pie de la letra, como le escribe el Padre Provincial Simon de Ojeda en las Annuas, desde los años de 1655 hasta 1658 por no omitir ninguna circunstancia, y es de esta manera.

“Llegaron los dos Padres – dicen las Annuas – a una casa de esta jurisdicción, haciendo la Misión, y en ella hallaron su dueño de buena edad, y de mejor disposición del cuerpo, que del alma, el qual viendo que la gente de su casa se confessaba, y disponía bien para morir, se llegó al Padre Manquiano muy experimentado, y diestro en el manejo de las almas, diciendo, que se quería confessar con él; pero llegó con tal desenfado, con tanta prisa, y con tan poca devoción, que el Padre conoció luego la poca preparación que traía, y que lo hacía por mero cumplimiento, por ser ya cerca de la Semana Santa, para cumplir con aquella confesión. Advirtióle el Padre con mucho amor, y suavidad, lo que le iba en hacerla bien, y no superficialmente, y le declaró su imaginación, diciéndole, que entendía se quería confessar de cumplimiento. Hablóle eficaz, y fervoroso con zelo de su bien, y teniendo delante de sí un Santo Christo, le dixo, que mirasse lo que le havía costado a aquel Señor, que allí tenía clavado en aquella Cruz, derramando sangre por su amor, y porque no se condenasse. Abrió los ojos del alma entonces este miserable hombre, y comenzó a derramar copiosas lágrimas

de dolor de sus pecados al parecer: confessó de plano, que era verdad había llegado con ánimo de confessar mal, y callar su mala vida, y la infinidad de pecados, que había cometido. Animóle el Padre a que hiciesse una buena confesión, y el hombre comenzó a confessarse bien al parecer, porque eran tantas las lágrimas, que derramaba, y los sollozos, que daba, que apenas podía pronunciar sus pecados; pero presto se bolvió a su primer intento de no confessar todo lo que había cometido en ofensa de Dios, y aunque proseguían las lágrimas, y sollozos con la misma fuerza, no eran de dolor de sus culpas; sino de verse tan tocado interiormente de la inspiración divina, que le incitaba, y movía a confessarse bien, y a no dexar pecado alguno. La costumbre envejecida de callar los pecados, quando se confessaba, le tenía ya rendido con intención de no confessarse bien, aunque el temor de la pena, y miedo concebido del rigor del eterno Juez por las razones de su Ministro le hacía temblar, y estremecer. Conoció el Confessor la mudanza del penitente, y le dixo con espíritu del Cielo tales razones, que no pudo negar la verdad de sus nuevos intentos, ni menos resistir a la eficacia de las palabras del que en nombre de Dios se las decía. Pidió término para prepararse mejor, diciendo que el día siguiente se quería confessar generalmente. Instruyóle el Padre en lo que debía hacer, advirtiéndole que mirasse no quisiesse engañar a Dios, que sabía toda su vida, y quanto había hecho, que viniessse de mañana, pues allí le hallaría pronto para ayudarle.

Bolvió al tiempo señalado, y si bien parecía venir bien dispuesto, le venció otra vez la mala costumbre, y calló lo principal de su mala vida, que fue no traer propósito de dexar una manceba, que tenía de muchos años, habiendo hechado de sí por causa de ella a su muger legítima con escándalo de toda la Ciudad, que lo sabía; bien que lo ignoraba el Padre Manquiano: de todos los demás no tenía vergüenza, y a sólo su confessor no se atrevió a declararlo. Confessóse sacrilegamente, y sacó del Padre la cédula de confesión, para engañar a su Cura: fuesse a la Ciudad a entregar su cédula no de confesión, sino de su condenación eterna, y se bolvió luego a su heredad al vómito, no sólo con una, sino con dos, y más mancebas, exercitándose en feos, y enormes pecados cada día, sin freno, ni temor de Dios. Dábale la conciencia fuertes, y continuas aldabadas, que affigían su corazón con la memoria de lo que el Confessor le había dicho amenazándole con el rigor de la divina justicia; pero todo paraba en sobresaltos y latidos del

corazón, dexándose arrastrar de la vehemencia de su pasión. No dilató la Divina Justicia dar principio al castigo merecido por su rebeldía: embióle una peligrosa dolencia con puntadas mortales, que a juicio de todos, y del mismo enfermo le llevaban por la posta a la muerte. Reconocido el peligro, ciertos amigos suyos despacharon luego a la Ciudad, no tanto por remedios para el cuerpo, quanto para su alma, que conocían, estaba tan cargada de pecados públicos, y escandalosos. Fue corriendo a la posta sin parar en diez leguas, que ay hasta la Ciudad el mensajero, que iba a llamar al Padre mismo, que le havía confessado cerca de la Semana Santa, quien oído el peligro de aquella alma fue volando para remediarla. En el interin que havían ido a llamar al Padre, llegó allí su Cura, a quien havía engañado con la cédula para justificar Dios más su causa. Instóle a que se confessasse, y dispusiesse para lo que nuestro Señor quisiesse hacer de él, pero le dio de mano el doliente sin querer oír, ni admitir consejos.

Viéndole tan obstinado, y que no se quería confessar, le instaban los presentes a que implorasse el auxilio, y amparo de la Virgen Santísima, a quien por esclavo en su tierna edad se havía consagrado, pues aunque después havía renunciado con su mala vida, y pecados aquel renombre dichoso de esclavo suyo, era al fin Madre de misericordia, y ruega por los pecadores más obstinados, que se le encomiendan de corazón, y piden perdón de sus culpas. Traxéronle un Santo Christo, que allí tenía, y pusieronse delante, diciendo, confiasse en aquel Señor, y en los méritos de su preciosísima sangre, que havía derramado en la Cruz por salvar al género humano, que le perdonaría a él también. Mostráronle las llagas abiertas, los clavos, y corona de espinas, que havía padecido por su bien, y con deseo de salvarle: que se confessasse de todos sus pecados, pues aún tenía tiempo, y le pudiesse perdón de todos ellos. Clavó el enfermo fixamente los ojos en el Crucifijo, y con suspiros profundos comenzó a derramar copiosas lágrimas, y a pedir perdón de sus culpas implorando la intercesión de la Santísima Virgen, para con su Santísimo Hijo, diciéndola, que pues era Madre de pecadores, lo havía de ser también suya en aquel aprieto. Prosiguió un buen rato con sentidos afectos, y suspiros, que parecían salirse de lo íntimo de su corazón; pero no eran del dolor de sus culpas, sino del temor de la pena que ya veía sobre sí, y sin tratar de confessarse, aunque se lo decían, gastaba el tiempo en aquellos suspiros, y llantos. Estaba sentado en la cama, porque los dolores no le daban lugar

a recostarse: tenía abiertos los ojos, y fixos en el Cielo, y sin hacer otro movimiento se quedó suspenso de sus sentidos, sin hablar por espacio de tres quartos de hora, mostrando en lo exterior de su rostro la aflicción que su alma padecía: y aunque la lengua no pronunciaba palabra, el funesto semblante decía lo que passaba en su corazón, y con mudas lágrimas daba unos gritos espantosos, que causaban horror a los que atónitos le assistían.

Recuperó el espíritu, y assombrado comenzó a decir: «Ay de mi! Ay de mi! En qué ha parado la lozanía de mis años, la esperanza de mis días; y mis negros deleytes? Qué presto se han acabado, y cuán atropelladamente me llevaron a la condenación eterna de mi alma! Ay de mi! Que ya estoy condenado para siempre a los infiernos: y a la sentencia está dada para que sea entregado a los demonios, que aquí están presentes para executar en mí esta justicia por mis innumerables pecados». Estaban los circunstantes, y el Cura espantados mirándose unos a otros y si bien decían mudos en su interior, que aquél había sido justo juicio de Dios en castigo de una vida tan escandalosa, con todo viéndole aún vivo, tenían esperanzas vivas de que sí se confessasse de veras, y pidiesse a Dios perdón con verdadero dolor, nuestro Señor le perdonaría. Insistíanle en que se bolviesse a nuestro Señor de todo corazón, y esperasse en su divina Misericordia, a cuyo tribunal debía apelar de aquella sentencia; que suele ser condicional algunas vezes, y esta lo sería, pues tenía aún vida para arrepentirse. Bolvíanle a instar invocasse a la Virgen Santíssima Madre de misericordia, que intercediesse por [...] para que se confessasse, como debía. Respondió el enfermo temblando, y todo turbado: «no se dio la sentencia para revocarse; bien presto la veréis executada en mi». Repetían las instancias para que llamasse a la Virgen Santíssima, y se arrojasse a sus pies pidiéndole su ayuda. Respondía con lamentables voces diciendo: «¡Ay de mi! Que sí invoqué, y veo es ya fin remedio cierta mi desventura, pues por más que ha intercedido por mí una, y otra vez, y héchese Abogada de mi causa, no pudo recabar que se suspendiesse la execución del decreto divino, porque ingrato a su patrocinio, y sordo a su llamamiento, quando me combidó el Confessor, a que por su medio me bolviesse de veras a Dios, y dexasse mi mala vida, desmerecí la eficacia de su intercessión: ya pasó el tiempo, y llega sin remedio el en que he de ser entregado a los verdugos del infierno: no creí al Confessor, que deseoso de mi bien me amenazaba zeloso con los tormentos mismos, que ahora padezco: no véis

quán alegres están los demonios para llevarme consigo». Y azorado, y temblando con estraña inquietud, como huyendo el cuerpo, y dando a entender le querían ya agarrar, se bolvió hacía ellos, y les dixo: «Esperad, esperad, aguardad, que cumpla primero lo que me manda Dios, que declare antes que se execute en mi sentencia tan justa, y publique a todos los presentes los cargos, y méritos de mi condenación: y son, que habiendo cometido tan enormes pecados sabidos por toda la Ciudad, con escándalo, yo no quise vencido de la vergüenza depositarlos con el secreto inviolable, y sigilo de la confesión en los oídos de mi Confessor para alcanzar el perdón, que de parte de Dios se me prometía: y para que sienta ahora sin fruto la vergüenza de haverlos cometido me mandan, que a todos los publique, para que en mí tomen escarmiento de sus delitos».

Hizo, que hiciessen entrar a la sala donde estaba toda la gente, que se hallaba en aquella hacienda, y otra mucha, que iba llegando a la nueva de un caso tan estraño, y entraron más de veinte Españoles, y un sin número de Indios, y Negros, y les dixo con una voz tremenda: «Sepan todos, que la Magestad de Dios ofendida con mis enormes pecados me tiene condenado justísimamente al infierno en cuerpo, y en alma, y me manda a fin de que otros escarmienten en mi cabeza, aunque con harta pena, y repugnancia mía confiesse las causas de mi sentencia, y condenación, y les avise, que con tiempo miren por sus almas, que ya para mi faltó el tiempo, y diga que nadie viva torpemente amancebado, y que guarde la fe, y decoro a su consorte, y esposa, huigan los juramentos, y juegos ilícitos, no dén largas al Confessor, quando les quiere sacar de pecado, ni menos callen por empacho sus pecados en la confesión, obedezcan las inspiraciones del Cielo. No lo hice yo assí quando pude, y ahora no puedo: nunca en toda mi vida hice confesión bien hecha, quando me llegaba a confessar, era sólo por cumplimiento, sin propósito de la enmienda, aunque el Confessor me exhortaba una, y muchas vezes a tenerlo, animando mi pusilanimidad, y no le oí, y assí oy justamente ayrado se hace Dios sordo a mis ansias, y a los ruegos de su Madre Santíssima, y no me da lugar a que quiera con eficacia el remedio de mi alma, y me veo condenado para siempre. Ay de mi desdichado! Estos son los méritos de mi processo: esta es la causa de mi condenación, y de la sentencia dada contra mi, y por instantes aguardo la execución de mis penas eternas».

Lastimados los circunstantes, entre mares de lágrimas compassi-

vas, le exhortaban de nuevo, que entre tanto que tenía vida, había tiempo para recurrir del Tribunal de la Justicia divina, al de su infinita Misericordia: buelvenle a poner el Santo Christo delante, avivándole a las esperanzas del perdón, por medio de la sangre, que había derramado aquel Señor por su amor, que allí tenía los brazos abiertos, para recibirle amoroso, si le pedía de veras perdón de sus pecados, y se confessaba de ellos con firmes propósitos de la enmienda. Cobró algún aliento el enfermo, y mirando al Santo Christo tiernamente lloroso le decía con afecto: «Christo mío si ay refugio para mí alguno, es en los agujeros de tus llagas, para que tu sangre santísima apague el rayo de tu justicia tan dignamente ayrada contra mí. Es possible, que puedo alcanzar de tí en este estado perdón de mis pecados, y errores passados! Será assí, o no, Christo mio? ». Y sobresaltado, y temblando dio un ay tremendo, y dixo: «Ay de mi! No ven, como tuerce la cabeza, y con palabras distintas, y claras dice, que no ay perdón a mis culpas, porque las tengo aún en mi corazón», y dando un grito espantoso, prosiguió: «He aquí que se llegan ya los demonios a tomar possession de mí alma, no ay remedio, nada me puede aprovechar yá», y arrojando desesperado en el suelo el Santo Christo, que hasta allí tenía en las manos, acometió a hacer lo mismo de las reliquias, que le habían puesto los presentes al cuello, diciendo, que ellas retardaban su total entrega a los demonios. Estorváronselo los que se las habían puesto, y él se cayó tendido en la cama, como muerto, sin señales de vida: trocó el semblante en una abominable figura: torciósele la boca feamente y entonces con todo empezó a hacer espantosos visages, que causaban horror a los más intrépidos, y animosos. Duró más de una hora aquel aspecto formidable hechando espumas y aguaza por la boca: causó tal temor a los que allí se hallaron, que casi todos salieron huyendo la puerta afuera, aún sus mismos amigos, y parientes: duró qual, o qual más animoso y compassivo perseveró asistiendo al enfermo, y quando entendieron, que ya había espirado miserablemente, vieron que bolví en sí, y con voz sobresaltada, y humilde comenzó a llorar, y con sollozos a pedir le traxessen la imagen de la Santísima Virgen, por cuya intercessión nuestro Señor le había concedido tiempo para confessarse de espacio, y restaurar los daños de las confessiones passadas. Causó esta repentina mudanza indecible gozo, por ver sé le abría la puerta a su remedio, y salvación: truxeron la imagen, y comenzó a hablar con ella, pidiéndole perdón de lo passado, y proponiendo firmemente

la enmienda, y de confessarse sin empacho de todos sus pecados. Pidió le llamasen al Confessor, a que le respondieron, que ya habían ido por él, y no podía tardar”.

§ IV

DASE FIN A LA RELACIÓN DE ESTE FUNESTO CASO, Y CONTINUASE LA DE LOS SUCESSOS DE SUS MISSIONES

“En el interin, que el Padre no llegaba, llegó su muger, que teniendo noticia donde estaba retirada del peligro de su marido, vino exhalada, sin acordarse de agravios, para ver si podía atraerle, a que se confessasse bien, y entrando a su presencia se le hecho a sus pies, y con lágrimas en sus ojos le pedía, que mirasse por el seguro de su alma: pedía a la Virgen Santísima con ternura, le favoreciesse, y fuesse su Abogada, sin permitir se condenasse aquella alma. Llegó luego el Confessor, que era el Padre Manquiano, que le había confessado, y él había pedido le llamasen: fue recibido de todos con sumo consuelo, y habiéndole informado los presentes de todo lo sucedido, entró a ver al enfermo, que le recibió con notable alegría, y agradecido de su venida le hizo sentar junto a sí, y le dio plena, y muy particular noticia de todo lo que le había sucedido, diciendo, que quando se vió en aquel tremendo juicio de Dios, experimentó claramente, como hablan los Ángeles, y como se entienden sin formar palabra alguna. Refirióle todos los cargos, que le habían hecho, y la sentencia que le dieron, sin que por entonces fuesse oída la intercesión de la Santísima Virgen; pero que después en el artículo último tocante a la execución de tan tremenda sentencia, prevaleció la eficacia de sus ruegos, y le alcanzó tiempo, para confessarse bien, y por este medio librarse de las penas, a que ya estaba condenado, mandándole confessasse bien sus culpas manifestándolas todas en público, que no tenía, de que tener vergüenza del Confessor, y que mirasse no recayesse en ellas, y nunca se apartasse de su muger, que ella sería su Ángel de guarda, y a la hora que la dexasse sentiría el rigor de la Justicia Divina. Alegróse el Padre de hallar al enfermo con tanta buena disposición, y viendo el concurso de gente que había concurrido para más alentar, assí al enfermo a dolor de sus pecados, y a un firme propósito de la enmienda, como a todos los presentes al horror de la culpa, hizo una breve plática, con tal espíritu, que no sólo el enfermo quedó tierno, compungido, y bien dispuesto para una confesión general, sino que todos los presentes propusieron de confessarse antes que

el Padre saliese de allí, como lo hicieron. Acudió luego el Padre, acabada la plática, al enfermo, gastando gran parte de la noche en resarcir los daños de las confesiones passadas, y en confirmarle en los propósitos firmes de la enmienda. Comenzó luego a executarlos, hechando de casa al punto tres concubinas, que tenía de las puertas adentro, y rezelándose el enfermo de que su muger repugnase vivir en su Compañía por los agravios passados, que le había hecho, puso por su medianero al mismo Padre, y a otros deudos, para que su muger le admitiese a su reconciliación, y no le desamparase, pues a su sombra entendía estaba hipotecado el seguro de la merced, que nuestro Señor le había hecho, y él no tenía cara, para pedirselo por los malos tratamientos passados. Su muger, que era una muy honrada Señora Sierva de Dios, al instante se fue gozosa a él, y le abrazó, asegurándole en el acatamiento de Dios, que por su parte nunca faltaría el vivir en su Compañía.

Entonces el Padre le dixo, como profetizando todo lo que le había de suceder después: «Ea Señor mio, este negocio está concluso, y yo muy consolado de haver cooperado al bien de su alma, y cuerpo; pero advierta, añadió, que el processo de su vida passada está ya substanciado por lo que Vmd. mismo ha referido a todos, y la sentencia se dio ya mire que solamente está suspendida la ejecución, y queda aun la puerta abierta según fuere su vida, y guardar la fe, y amor debido a su muger, en cuya buena Compañía tiene Vmd. librado seguro de todo su bien. Mire no se revoque el decreto de la suspensión, que alcanzó la Virgen Santísima, para que no se executase el rigor de la sentencia: no le pierda de vista, ni la ofenda, ni vuelva a su mala vida, porque de no hacerlo assí, le protesto de parte de Dios, que bolverán los aprietos primeros, y quizás con mayor rigor, y sin remedio: y creame, que hablo de experiencia, assí de lo que he visto en este caso, como en otros semejantes, que han sucedido». Asseguróle el enfermo tiernamente compungido perseveraría firme en los propósitos, que había hecho, y el Padre se quedó allí cinco días recogiendo el fruto de este suceso. No quedó alma en el Partido poblado de muchas haciendas, y de un pueblo numeroso de Indios, que no se confesasse, y muchos generalmente, y corriendo la fama de este caso a otro Pueblo distante de allí vinieron a pedir al Padre, los fuesse a confessar, donde acudieron otros muchos Pueblos circunvecinos, a hacer lo mismo, cogiéndose mayor fruto en esta ocasión, que en los tres meses de Missión, que antes había hecho, con haver sido

muy grande. Bolvióse a reconciliar una y otra vez el enfermo, y viéndole el Padre muy aliviado, y mejor de la dolencia, se despidió de él, y el enfermo le rogó delante de todos los circunstantes publicasse donde quiera que llegasse, lo que le había sucedido, para que escarmentassen otros en él, y principalmente, que les dicesse quanto sentía Dios el que se confiesen sin dolor, ni propósito de la enmienda, y callando los pecados. Despidióse de él el Padre alegre por haver logrado su trabajo, y el enfermo quedó consolado por verse libre de aquella tribulación.

Dentro de pocos días le bolvió el mal con fuerza, y embió a llamar al Padre Manquiano; más hallando que se había ido a la Congregación Provincial, acudió otro Padre a reconciliarle, a quien bolvió a contar el suceso, y caso pasado, y en la misma sala le mostró donde se había hecho el juicio, y se había dado la sentencia, señalando la parte donde estuvo Christo nuestro Señor, la Santísima Virgen, y demonios, que le acusaban, y acabado, se confessó de nuevo renovando sus buenos propósitos. Y como la enfermedad no le dexaba, trataron de llevarle a la Ciudad, para asistirle mejor, assí a su alma, como a su cuerpo. Llegado a la Ciudad quiso nuestro Señor justificar la causa de este hombre miserable, porque le dio entera salud con espanto de todos.

Pero en breves días olvidado de los propósitos, que había hecho de enmendar su vida, y de no héchar de sí a su muger, ni apartarse de ella, la dexó en la Ciudad sola, y se bolvió a la cátedra de abominaciones, y al vómito, e inmundicias, de donde Dios le había sacado por intercessión de su Madre Santísima, y quiso que en el mismo lugar donde se había empezado a formar juicio, y dado la sentencia, y suspendido su execución, se executasse con efecto, pues tan mal se había aprovechado de la misericordia Divina, y protección de la Santísima Virgen. Apenas llegó este miserable hombre a su heredad, y se recogió a la sala, donde vivía, y había sido juzgado con tanto rigor, quando comenzó a dar voces, y preguntar, qué negros eran aquellos, que allí vivían, y andaban tan inquietos. Acudieron los de casa, y le dixeron, que allí no había negros ningunos, ni habían entrado allí; pero afirmando él que los veía, se sintió luego agravado del mal. Hechóse en la cama, y estuvo todo aquel día, y noche muy afligido, assí con los dolores de la enfermedad, como con la vista de aquellos negros, que no se apartaban de él. El día siguiente comenzó a dar gritos, que los demonios le atormentaban, y fueron los tormentos que padeció toda

la noche tales, que amaneció todo cano, no teniendo antes canas ningunas, y todo tan desfigurado, y sin fuerzas, que dentro de una hora sin decir otra cosa más, sino que los demonios le afligían, y atormentaban ya sin remedio alguno, espiró, y acabó la vida miserablemente executandose en él la sentencia de su condenación, como se lo pronosticó su Confessor”. Hasta aquí las cartas Annuas, cuyas palabras formales he querido referir, para no omitir circunstancia alguna de un caso, que es tan doctrinal, y puede servir a los pecadores, para que escarmentando en cabeza ajena, aprendan a enmendar su vida, sino quieren experimentar en la propia el castigo de este infeliz, procurando desarraygar la mala costumbre, para que no les precipite en tal abismo de miserias, y reduzca a tamaña obstinación, qual fue la de este miserable, que aún con haver oído fulminar contra sí la sentencia de su condenación, sino se enmendaba, para lo qual tan dificultosamente pudo alcanzar tiempo por los instantes ruegos de María Santísima, no obstante la fuerza de la mala costumbre le cegó, para no ver tan horrible castigo, como le amenazaba infelizmente, y arrastró al precipicio de su eterna perdición. Los justos pueden también aprovecharse de este suceso, para temer el abismo de los juicios divinos; pues este hombre desdichado vivió también algún tiempo temeroso de Dios, devoto de María Santísima, y se consagró por su esclavo, y con todo esso llegó al estado más lamentable de la obstinación, sin duda por no haver resistido a los principios a las sugestiones del enemigo. No expressan las Annuas fixamente el año en que sucedió; pero siendo ellas, como dixé, de los años desde 1655 hasta 1658 y diciendo fue el Padre Manquiano a la Congregación Provincial, después de empezada, y antes de concluirse esta tragedia, sucedió el año de 1657 pues en esos años no hubo otra Congregación Provincial, sino en aquel año por Noviembre, que se celebró la nona de esta Provincia.

Pero continuando los sucessos de las Misiones del Padre Manquiano, de que nos divirtió la relación de esta tragedia tan funesta, digo, que en aquel tiempo de la peste pasó también, a hacer Misión al Valle de Catamarca, en el qual por ser muy fértil había muchas haciendas de Españoles, y un gran Pueblo de Indios. En este fueron recibidos los Padres Balthasar Abadía, y Juan Antonio Manquiano, como Ángeles del Cielo, que les llevaban la salud del alma, como ellos lo reconocían; pero después que experimentaron el grande fruto de nuestros ministerios, los aplaudían, como

Serafines abracados en el amor de Dios, que del mismo modo querían abracar en él todo el mundo, y les rogaban no se les fuesen, ofreciéndose a asistirles en quanto huviessen menester, según les permitiese la pobreza de su Pueblo. Huviéranlo executado con gusto los dos zelosos Missioneros, a no ser otra la disposición de la Santa Obediencia: porque tenían allí copiosa materia en que emplear sus fervores por ser aquella gente la más necesitada de doctrina, que había en toda la gobernación de Tucumán, a causa de que viven dispersos entre unas altas serranías remotos del comercio de la Ciudad, y ser sus naturales dados a hechicerías, pactos con el demonio, en cuya extirpación trabajaron incansablemente, para apartarles de tan abominable pecado, y enseñarles la Ley divina. Y como era grande la comunicación, que los Españoles tenían con estos Indios, se les había pegado a tal qual más incauto este vicio de tratar con el demonio, principalmente para aprender de él hechizos, con que conseguir sus fines lascivos, y pretensiones indecentes. Cierta persona de estas se había criado en temor de Dios, desde su tierna edad, hasta que convidada de otras amigas la llevaron a una boda, donde acudió también visiblemente el demonio en figura de un gallardo mancebo, que pocos días antes había muerto. Este demonio parece tenía trato con las otras, y llegando a la muger temerosa de Dios la hablaba con cariño, y le persuadía le llamasse Padre, en que la aseguraba, recibiría grande gusto: y aunque la iba disponiendo para sus fines diabolicos, ella escudandose con el santo temor de Dios, en que se había criado, le rechazaba constante, proponiendo con firmeza no hallarse más en estos conciliabulos infernales; pero no lo cumplió, porque arrastrada de la curiosidad tan propia, como nociva a las mugeres acudió otras veces, hasta que estimulada del torcedor de la propia conciencia, que le dictaba siempre, era pecado grave, concibió tanto horror, que desistió de concurrir a aquellas juntas, bien que tomó una resolución muy perniciosa para su alma no atreviéndose a confesarlo nunca, embarazada de la vergüenza que aprehendió, en declarar lo que el demonio la había dicho, e intentado executar. En esta resolución duró algunos años haciendo muchos sacrilegios, como pretendía el demonio, para estorvarle el fruto de los Sacramentos, que recibia con frecuencia. En dicha Misión acudía esta persona a los sermones, pláticas, y doctrinas, que hacían los Padres, en que según la necesidad declararon la gravedad del pecado, que cometía quien consultaba a los hechizeros, y el peligro en que estos

vivían de morir en Compañía de los demonios, con quien tenían su trato. Andaba de continuo la pobre muger combatida de las olas de su mala conciencia, por haver cometido esse pecado, y calládole en las confesiones, con que al oír a los Padres le pareció, que la atravessaban el corazón, y como la cierva herida, que acude a la fuente para recobrar la salud en las aguas, acudió a las saludables de la penitencia, confessandose con el Padre Manquiano, que informado del miserable estado de su alma, la dispuso a hacer con gran dolor, y arrepentimiento una confesión general: por medio de la qual se restituyó al estado de la gracia, y a una vida muy diferente, entablando de nuevo los antiguos exercicios de confessar, y comulgar con frecuencia; pero con fruto, huyendo en adelante, como de veneno de las Compañías, que le podían inducir a desastre semejante, y remediando con el aviso aquellas juntas diabólicas. Sucediéronles otros casos semejantes.

Pero entre otros embustes, que persuadió Satanás a aquellos pobres Indios, fue sin duda el más perjudicial aparecéseles en hábito decente, publicando era Sacerdote para atraerlos a que se confesassen con él, y no remediassen sus almas. Para ganarles más las voluntades, dixo, que ateniendo a su pobreza les diría las Missas por la mitad del estipendio, que daban a su Cura; para lo qual juntassen la limosna que pudiessen; más no vino a cobrarla, porque llegando los dos Missioneros a aquel paraje, luego desapareció el demonio, y se descubrieron sus embustes, y marañas. Con la misma ocasión se libró de sus sugestiones otra persona, a quien se aparecía visiblemente, y la provocaba a torpezas: hicieronle los Padres, invocasse los dulcíssimos nombres de Jesús, y de María, quando apareciesse el enemigo. Hízolo con viva fe, y nunca más se le bolvió a aparecer.

§ V

TRABAJA CON IGUAL FRUTO EN EL COLEGIO DE SANTA FE, EN QUE ES RECTOR, COMO TAMBIÉN EN SANTIAGO DEL ESTERO, Y EN LA RIOJA, DONDE SIÉNDOLO MUERE SANTAMENTE

Haviendo baxado el Padre Manquiano de la Congregación Provincial, le señalaron los Superiores el Colegio de Santa Fe, para que cuydasse en él de la Congregación de nuestra Señora, que compone la principal nobleza de aquella Ciudad. No le podían dar ocupación de mayor gusto, que la de promover el culto,

y devoción de la Emperatriz de los Cielos: porque era eximia la que el Padre Manquiano le professaba, ya esse passo indecibles las diligencias, trazas, y medios, que le dictaba para imprimirla en los corazones de todos, y conseguir, que los que se precian de hijos de María Santíssima en nuestras Congregaciones anhelassen a adquirir aquellas virtudes, que principalmente les hacen dignos de esta soberana filiación. Exhortables con energia, a que pues la veneraban Madre, Protectora, y Maestra, aprendiessen en su escuela a caminar a largos passos por el arduo camino de la Ley divina. Halló para todo bien dispuesta materia en los piadosos corazones de aquellos nobles Ciudadanos, entonces nuevamente obligados de esta gran Madre de misericordia: porque aquel año de 1657 en cuyo fin se encargó de dicha Congregación el Padre Juan Antonio acababan de padecer la más terrible peste, que quizás havrá sentido aquella Ciudad, la qual reconocida de que aún viniendo con el sobrescrito de azote de la divina Justicia, havía sido regalo de la mano de Dios, y aviso para que se enmendassen pecados, procuraba corresponder con las obras a la piedad, que experimentaron sus vecinos en la Madre de ella María Santíssima, cuya prodigiosa imagen del milagro, que es titular de nuestra Congregación, fue el mayor consuelo de todos los Ciudadanos en el mayor aprieto de la epidemia, sintiendo en los lances más desesperados su auxilio, y protección, con portentosos efectos de milagrosas curas, no sólo en el cuerpo, sino más principalmente en el alma, dando luz a muchas personas, que aún en medio de la fuerza del contagio no acertaban a hacer divorcio con el mundo engañados de sus placeres, las quales por la intercessión poderosa de María Santíssima se resolvieron a mejorar de vida, rompiendo las cadenas de la culpa por una confesión general, en que lograron la dichosa libertad de los Bienaventurados con muerte feliz. Agradecidos pues, a tamaños favores se afervorizaron los Congregantes en la devoción de la Santíssima Virgen, y en el exercicio de Christianas virtudes, fomentados del industrioso zelo de su Santo Prefecto, quien para aumentar la devoción, y culto de su soberana Patrona, les sugirió, e hizo executar con la mayor pompa, y solemnidad una plausible especie de imitar a otras Congregaciones de la Europa, y de estos Reynos en hacer voto de defender su Inmaculada Concepción. Celebróse para esto una solemnísima fiesta en nuestro Colegio, en cuya Missa acabado de cantar el Evangelio hicieron todos voto, y juramento solemne de defender constantes la limpieza original

de María, función que se executó con la mayor ternura, que es ponderable, de que daban indicios manifiestos las lágrimas de consuelo, que afectuosamente derramaban todos los circunstantes, y de que recibió gran jubilo la Ciudad toda: la qual solemnizó este día con grandes regocijos de fuegos, cañas, y torneos, que hicieron más plausible la fiesta. Encendióse en los pechos de todos tan tierna devoción a la Santísima Virgen, que pretendían a competencia ser alistados en la Congregación, viendo el fervor, devoción, y exemplo con que los Congregantes Marianos procedían, y servían a su Divina Patrona, dándoles a estimar el Padre Manquiano con eficacísimas razones la dignidad de ser Esclavos de esta soberana Señora, y Congregantes de su Congregación. Y fue de gran momento para arraygar en los corazones de todos el alto concepto, y estima de este favor un caso raro, que inmediatamente sucedió en cierta persona principal de aquella Ciudad.

Havía procedido este sugeto siendo Congregante con mucho exemplo correspondiendo a las obligaciones de tal, no menos que a las de su sangre; pero resfriándose en la devoción a María Santísima, se fue mudando poco a poco de manera, que pasó a ser el escándalo de la República. Juntóse con ruines Compañías, y dio en liviandades muy ajenas de quien estaba alistado en la Congregación de la Virgen, y se professaba su esclavo. Avisóle algunas veces en secreto el Padre Juan Antonio, procurándole reducir por bien a su antiguo exemplar modo de vida, poniéndole delante las estrechas obligaciones, que le corrían de vivir christianamente, assí por su noble sangre, como por ser hijo de la Virgen en su Congregación. Valióse también a este fin de otros Congregantes de su calidad, para que le hablasen, e hiciessen entrar por camino. Todo fue sin fruto: porque estragado ya el gusto no atendía, sino a sus liviandades, sin dar oídos a los buenos consejos, que miraban por el bien de su alma, y aún por su reputación. Frustrados estos medios de suavidad, le habló con entereza el Padre Manquiano, amenazándole no sería admitido a las funciones de la Congregación, sino corregía su vida, ajustándose a las leyes de Congregante; pero despreciando las amenazas, y no enmendándose en sus proceder, en vez de agradecer estos avisos del Cielo, trocó en veneno, y tosigo la triaca: desbocóse en palabras mayores, no sólo contra el Padre Prefecto, y los Congregantes, sino haciendo mofa, y escarnio de los exercicios santos de la Congregación, se despeñó a decir, que si el ser Congregante le havía de atar las ma-

nos, para no poder estenderlas a sus gustos, y placeres, le borrassen desde luego del número de los Congregantes de María Santísima. Parece fue lo mismo borrarle de aquel libro, que del libro de la vida, pues en breve sintió el castigo del Cielo, que quiso bolver prontamente por el desacato enorme, que había cometido en aquel desprecio contra su Reyna celestial, y vengar exemplarmente aquella injuria. Porque obstinado siempre en su mala vida, salió a pocos días de la Ciudad a una hacienda suya, en tiempo que había entrado al castigo de los rebeldes Calchaquies la Soldadesca de la Ciudad. En esta ocasión algunos de estos Indios enemigos hurtando la buelta a los Soldados Españoles, se conjuraron, para venir a dar en la heredad, a que se encaminaba este infeliz Congregante, y en ella mataron al Mayordomo, y otras personas, quando acercándose este desdichado, que no imaginaba tal riesgo, le embistieron ferozes los bárbaros, y le cortaron en un momento la cabeza, que llevaron enhastada en una lanza por triunfo, muriendo en tan miserable estado sin confesión, y recibiendo de contado el justo castigo de su desacato. Esta fatalidad hizo a todos venerar el abismo profundo de los juicios de Dios, y apreciar la honra inestimable de ser hijos de María, esforzandose a merecerla con obras santas, y con el aprecio, y observancia de las leyes de la Congregación, de suerte, que la ruina de uno sirvió para el adelantamiento de todos en la virtud, que es el fin que pretende el Señor con semejantes exemplares castigos.

Aquí también pretendió el demonio desacreditar a este Siervo de Dios, porque como no estaban aún bien apagadas las centellas de aquel grande incendio de la persecución del Paraguay, y había muchos interesados en aquellos lances, todos se professaban émulos declarados del Padre Manquiano, que fue el blanco principal de aquellos tiros, que tanto labraron nuestro sufrimiento, y procuraron denigrar el crédito de los Jesuitas.

Predicó el Padre Manquiano en su Colegio de Santa Fe el año de 1659 el día de la Circuncisión el Sermón del Dulcísimo nombre de Jesús, en que tocando según el día las grandezas de este nombre, elogió con modestia a la Compañía, tocando brevemente la causa de sus persecuciones. Ofendió tanto el Panegyrico a cierto Religioso, que en todos los años de aquella larga persecución, había professado particular ojeriza a los Jesuitas, y en la ocasión con frivolos pretextos, aunque muy paliados con capa de zelo, y religión, intentó conmovier a los Regulares de otras Ordenes con-

tra la Compañía, y el Padre Manquiano; pretextando para esso, había predicado este en aquel Sermón algunas heregías. Todo fue sin fruto, porque los demás Religiosos conocían, habían predicado sana doctrina; más como estaba empeñado en nuestro descredito, en lugar de delatar al Santo Tribunal las proposiciones, que le pareciesen dignas de censura, como debiera, dispuso unas mordacísimas satiras en prosa, y verso, más llenas de injurias para infamar al Padre Manquiano, que de verdad, ni agudeza. Divulgólas por estas Provincias, y como tocaban en punto, que miraba a la pureza de doctrina, satisfizo plenamente el Siervo de Dios, dando razón de sí, pero con grande modestia, sin ofender al contrario. Hallábase a la sazón en el Puerto de Buenos Ayres, destinado por su Magestad, para el remedio de semejantes Libelistas el Doctor Don Manuel Muñoz de Cuellar, Fiscal de la Real Audiencia de Chile, inquiriendo sobre otros libelos infamatorios, que aquel mismo Religioso había esparcido antes contra la Compañía, y vista la falsedad de este, se agregó a otros muchos nada más verídicos, que remitió al Real Consejo en Compañía de dicho Religioso, que mandaba su Magestad despachar a España, para que no ocasionase en las Indias con su lengua, y pluma desenfrenada disturbios en lo político, ni descreditos contra la Compañía de Jesús. Y aunque en el Tribunal de la Suprema, como publicaba el mismo Libelista contra la obligación del secreto delató el Sermón del Padre Manquiano, fue despreciada su delación, conocida la sinceridad de doctrina por aquellos Señores, que tenían muchos años antes relación de sus letras, y de lo que había servido en Cerdeña en negocios del Santo Tribunal: con que desatendieron merecidamente la delación forjada solamente entre los nublados de una pasión empeñada, que deslumbra a su Autor, para que halle sombras en la misma luz.

Dos años después de estos sucesos señalaron los Superiores al Padre Manquiano por Rector del mismo Colegio de Santa Fe, que gobernó tres años en tiempo, que necesitaba más que nunca de toda su actividad, e industria aquella casa, porque el año antes se había mudado aquella Ciudad, y con ella nuestro Colegio del sitio antiguo al que ahora tiene doze leguas distante del primero. Trabajó mucho en la fábrica material, que dexó acabada a costa de indecible solitud, y desvelo, estendiéndose juntamente su aplicación a cuydar del gobierno de los Indios Guaranís de nuestras Misiones, que por orden del Governador de Buenos Ayres habían bajado a mudar la Ciudad, asistiéndoles el Padre en todas sus ne-

cessidades espirituales, y corporables con provida, y ardiente caridad. En la fábrica espiritual de la perfección, puso mayor cuydado: zelaba mucho la observancia regular, incitando a todos a ella, más que con palabras, con el exemplo, que es siempre la exhortación más poderosa. Alentaba a todos a que promoviesen nuestros ministerios, y lograba muy bien su zelo, porque como le veían ser el primero en el confessorario, y en el Púlpito, todos se animaban a dedicarse a estos ejercicios con tesón. Zelaba mucho la unión, y caridad fraterna, sin que se reconociese en esta materia la menor quiebra en aquel Colegio, durante el tiempo de su gobierno. Desde aquí pasó al Colegio de Santiago del Estero, donde fue también Rector otro trienio, y últimamente al Colegio de la Rioja, que apenas había governado un año, quando le llamó el Señor a darle el premio de sus heroycas virtudes, y Apostólicos trabajos; porque le halló ya tan cargado de años, como de merecimientos. Ocasiónó su muerte un accidente repentino de dolor de hijada, y retención de orina tan violento, que por tres días continuos no le permitió rato de descanso. El excessivo dolor le encendió una continua ardiente fiebre, que le consumió del todo, y al cabo de veinte días le quitó la vida recibidos todos los Sacramentos con singular ternura, y devoción. Murió el día 2 de Junio de 1670 a los 72 años de su edad 53 de Compañía, y 33 de la profesión de quarto voto, que había hecho en Cerdeña a 31 de Julio de 1637. En su enfermedad todo el tiempo que le concedió para atenciones humanas la desapiadada furia de los dolores, dio muchos exemplos de paciencia, y rendimiento a quanto se ordenaba, y disponía para su cura, como si los que se lo recetaban, o aplicaban fuesen Superiores suyos. En todo el discurso de ella tomó por ejercicio pedir al Señor misericordia, como si fuera el mayor pecador, quando le veneraban todos por santo, concepto merecido, que le gran-gearon sus grandes virtudes.

§ VI

DASE BREVE NOTICIA DE SUS VIRTUDES

La caridad reyna de todas campeó sobresaliente entre todas las virtudes del Padre Manquiano. La que tenía con Dios era ardentísima, amando su Divina Bondad con amor tan desinteressado, y fino, que dice en un librito de sus apuntamientos, y sentimientos espirituales, le amaré sobre todo, aunque no esperará galardón alguno, y aunque supiera se había de condenar. Por servir a su ama-

do, le dice allí mismo a Dios, que desea afrentas, y oprobios, que padecer por amor suyo, y por darle a conocer a los que por falta de conocimiento le desprecian, o no aman, como debe ser amada su Bondad infinita. De tan noble principio tenía su origen la eximia caridad, que universalmente exerció con todo género de personas, siendo por esta razón llamado de muchos la caridad en abstracto, y afirmando otros, que si la caridad se perdiera, se hallará colocada, como en propio trono, en el pecho del Padre Juan Antonio. En el remedio de las necesidades espirituales de los próximos tuvo esta heroyca caridad su más principal empleo, atropellando intrepido por socorrerlas quanto podía serle de embarazo, y en especial los reparos frivolos del *qué dirán*, tan válido en el mundo; pero que le miraba este Siervo de Dios con tal menosprecio, manifestando bien en las obras, que sólo el amor a Dios motivaba su zelo. En sus apuntamientos se halla un sentimiento suyo en materia de facilitarles a los pecadores el camino, para bolverse a su Criador, que todo él es un público manifiesto de los fervores de su zelo, y de las piadosas entrañas de su caridad. Aún en riesgos de la vida no reparaba por ganarles para el Cielo, como se vió en el caso, que le sucedió en Cerdeña, quando le dieron las puñaladas por remediar una alma, librándole la Divina amorosa Providencia con disponer las recibiese todas en el manteo. Si fue grande, y ardiente esta caridad con los externos, con los Nuestros fue tan singular, que reconociendo en alguno el menor desconsuelo, o necesidad espiritual, no perdonaba solicitud, desvelo, o trabajo, y aún continuo escribir a los ausentes hasta conseguir, o el remedio, o el consuelo. Bien distante vivía de uno, que necesitaba de semejante socorro, y con hallarse ya en su última, y trabajada vejez, se ofreció por cartas a los Superiores, para ir a la ligera a sólo remediarlo, y fue fama constante, que varios tentados en su vocación debieron su perseverancia en la Compañía a sus assistencias, y saludables consejos. Encendían este santo zelo en el Padre Manquiano, no sólo su caridad entrañable, sino también la alta estimación, y subido aprecio, que había formado de nuestro sagrado Instituto, y el sentimiento grande de que no apreciassen algunos tan santa vocación, pues la desamparaban. Este aprecio, y amor de su Religión, le hizo roca firme, e incontastable en la borrasca más desecha, que la nave de la Compañía padeció en la persecución del Paraguay, pues quando qualquier retiro, o miedo no fuera cobardía en el Varón más constante, el Padre Manquiano salía por las plazas, y comparecía en los

Tribunales a defender nuestra justicia, menospreciando capitales riesgos, y haciendo entretenimiento de las afrentas, injurias, y baldones: oíase llamar, *el gran perro heresiarca Manquiano*; hallábase rotulado, y pintado por las esquinas en papelones con títulos infames, y en vez de irritarse era él mismo quien más los celebraba, y complaciéndose en ellos los contaba haciendo con su relación más entretenidas las creaciones.

Y no es mucho, pues se saboreaba tanto en sus afrentas, que en el quadernito escrito de su mano intitulado, *obligaciones quotidianas*, que se vieron bien practicadas en su santa vida dice, había de tener escritos sus denuestos, y afrentas, para leerlos con frecuencia. En ejecución de este santo propósito tenía notados en el mismo quadernito gravísimos testimonios, que le levantaron en dicha persecución, imputándole quanta enormidad de delitos es imaginable, y llegando a una novela, que corrió sus émulos, y la pintaron en un pasquin, de que habiendo muerto, lo habían hechado del infierno los demonios, dice así: “Los mismos demonios no te han podido sufrir en los infiernos, y pareciéndoles, eres peor que ellos, no te han querido admitir allá mira pues, si tienes razón de humillarte, y dar gracias a Dios, de que te tiene en pie, y que sino te tuviera de su mano, hubieras cometido cosas peores”. Y después de un largo catálogo de testimonios, e infamias concluye: “Y otras muchas cosas, que de lástima no han llegado a tus oídos, y son públicas por todo el Perú, y puede ser ayan llegado a España, que son todas bien graves para humillarte, y conocerte, y no tener ojos para mirar al Cielo, sino para mirar a Christo crucificado derramando sangre por tus pecados, y por ventura tu havrás dado alguna causa oculta, que no conoces y sabe su Magestad, por la qual ha permitido tan grave tormenta, y tempestad tan deshecha contra su Santísima Compañía, y muy en particular contra aquellos Varones Apostólicos, que tan incansablemente han trabajado, y trabajan hechos Ángeles en su vida y conversación en aquel divino Cielo de las Misiones, de donde como otro Lucifer fuiste hechado, etc.”. Estas son sus palabras, efectos, e indicios de un menosprecio grande, y desestima profundísima de sí mismo, que mostró en todas las ocasiones de padecer, que se le ofrecieron, las cuales fueron innumerables, y de marca mayor, manifestándose en todas escollo incontrastable de sufrimiento, aunque tan combatido de olaje de persecuciones, según propuso serlo en sus apuntamientos. Mostró también esta propia desestima en el humilde, y pobre tratamiento

de su persona realzado con un santo disímulo, que le supeditaba razones de comodidad, y propia conveniencia en las descomodidades mismas, y en los penosos efectos de la santa pobreza. Unos zapatos tosquísimos, y llenos de remiendos traxo por espacio de diez y ocho años, que le acompañaron hasta la sepultura, alegando para no dexarlos, que por haver usado de ellos tanto tiempo, ya no se hallaba con otros. Al salir del Colegio de Santiago, para el Rectorado de la Rioja, le obligó su Sucesor en el oficio a recibir un manteo de paño de Segovia, y con cuydado no quiso redondearlo por poder darle a otro de mayor estatura con achaque de que era largo, como lo executó luego que llegó a la Rioja, dándoselo al más necesitado, a quien quitó para su uso uno de paño burdo bien raido, y remendado, valiéndose para esta execución de la autoridad de Superior, que sólo en semejantes ocasiones sabía mostrar que lo era. Usó también de la misma autoridad pocos meses antes de morir para dexar a su Colegio, y a todos llenos de edificación con un grande exemplo de su humildad, y caridad. Passaba acaso por la puerta del Hermano Francisco Naranjo, anciano venerable de ochenta y seis años, e impedido, que llamaba a un esclavo de casa, para que le descalzasse, para poder acostarse: entró a las voces el humilde Rector, y vista la necesidad del Hermano, le mandó, se estuviesse quedo, porque no necesitaba del esclavo, teniéndole a él allí: huvo de obedecer el Hermano lleno de confusión, e hincándose de rodillas el Padre Manquiano con un rostro rebotando alegría, como si fuera aquel su más adecuado, y gustoso empléo, le descalzó, y consoló, sin desampararle, hasta dexarle acostado.

En la obediencia fue exactísimo, como lo mostró en admitir el oficio de Procurador del Paraguay en ocasión, que aquel empléo era sólo seminario de trabajos, por haver de ser el blanco de las calumnias, y afrentas de émulos tan poderosos, y arrestados. No menos lo mostró en dexarle, y ponerse en camino de seiscientas leguas para ir al Perú con el mismo cargo. Y lo mismo en admitir los Rectorados de Santa Fe, y la Rioja, el uno por haver de fundarlo de nuevo, el otro por haver de hacer a mula el camino, que es muy trabajoso en edad tan crecida, y con el impedimento grande de la hernia, que padecía. Mostróse pues, obedientísimo en estos lances, aplicándose con los alientos de mozo a las cargas del oficio, siendo assí que tenía tanta repugnancia a semejantes empleos, que con licencia de los Superiores havía hecho voto particular de hacer de su parte todo lo possible, para nunca jamás ser Superior. Pero

una vez que le obligaban los Superiores, callaba rendido, sin dar jamás a entender razón de menos gusto. La austeridad, y penitencia, con que maceró a su cuerpo, fue siempre muy rigurosa. Tomaba cada día puntualísimamente por espacio de un cuarto de hora una cruel disciplina, para prepararse a la oración de la mañana: andaba cargado de silicios, y los Viernes, Sabados, y Virgílias se apretaba un cinto de hierro, que cita en sus propósitos, y se le halló ceñido después de su muerte, que causaba horror sólo mirarle. Las visperas de nuestro Señor Jesu Christo de la Santísima Virgen, de todos nuestros Santos, y los Viernes, y Sabados de entre año ayunaba a pan, y agua, fuera de que nunca cenaba, aunque por dissimular assistía entreteniéndose en comer el pan: con que todo el año venía a ser continuo ayuno. Uno de sus propósitos era no probar jamás cosas dulces, ni aún por cumplimiento, y lo cumplió tan sin dexar enterder su mortificación, que estuvieron todos persuadidos a que por su complexión colérica no las abrazaba su estómago: y en las desganas, e inapetencias de su última enfermedad, se privó totalmente de este regalo rehusándolo aun entonces, por cumplir hasta la muerte su santa resolución. La baca decía era su más connatural sustento, por haverse criado con ella, sin querer probar carne de aves aún en su última enfermedad. Por más de quarenta años se privó del gusto de probar fruta, con pretexto de que no le harían provecho; siendo assí, que quando por ser Superior, procuró seguir en todo la Comunidad, y no privar con los extremos del exemplo a sus subditos, de que no lo comiessen, se conoció era muy de su complexión, y que sola su mortificación le privaba de ella. Tal era la exterior mortificación del Padre Manquiano: pues la interior (de quien dice en sus propósitos había de ser la de su mayor conato) cuál sería? Cada uno lo puede considerar fácilmente.

Ya no es mucho, fuesse tan Ángel en la pureza, tratando con tanto rigor a su cuerpo, y mortificando con el mayor conato sus passiones. Fue singular en esta virtud, procurando imitar la puridad Angélica en la limpieza de alma, y cuerpo, como manda nuestro Santo Padre. Con ser esta flor tan delicada, y expuesta a padecer injurias, parece se hallaba exempta de todo riesgo en el Padre Manquiano. Trataba forzosamente con todo género de personas oyendo los más torpes excessos, y estaban estos tan lejos de hacer alguna impresión en su alma pura, que ni aún la imaginación le pertubaban. Ayudábase de su parte con un recato inviolable, que tenía a raya sus sentidos, especialmente la vista, con

una tan apacible modestia, que parecía Novicio; con una gravedad de palabras tan medidas, que nadie se atrevía a desmandarse en su presencia en la palabra más leve, con la mortificación continua de sus afectos, y passiones, con el recurso frecuente a nuestro Señor, y finalmente con la devoción entrañable a la Reyna, y Madre de la pureza María Santísima. Regalábase tiernamente con esta Señora, como hijo con su Madre, por medio de tiernas, y frecuentes jaculatorias, y quotidianas devociones, dedicando a estas irremisiblemente una hora antes de la oración de la mañana, para empezar el día, y santificar sus labios en las alabanzas de María. Entre día visitaba muy a menudo a esta Señora, con quien se entretenía en tiernos coloquios. En sus Sermones todos los esmeros de su elocuencia eran para encender en los corazones la devoción a esta Emperatriz Soberana. Persuadía la con palabras tan tiernas, y abrazadas, que penetraban lo más vivo del alma a sus oyentes. Este era el assumpto más ordinario de sus conversaciones, promover esta importantísima devoción. Para qualquier necesidad espiritual, o temporal no ofrecía otro remedio más presentaneo, que el recurso a la piedad de María Santísima, y a sus entrañas de misericordia, llenando a todos de santas confianzas de verse felizmente remedios. A un afligido de los Nuestros, cuya perseverancia peligraba en una fuerte tentación le dixo: “La Virgen Santísima me ha dicho, que no ha de salir de la Compañía”; y con estas palabras luego se recuperó. En su última enfermedad, quando ni alientos le dexaban los excesivos dolores para acordarse de sí, nunca olvidaba su ordinaria jaculatoria: “Jesús, y María mía”: y siendo tan suya esta Señora, qual havía de ser su muerte, sino llena de prendas de su eterna felicidad? Tan persuadidos quedaron todos a que fue luego a su vista, volando desde la cama a la gloria, que al punto mismo que el doble de las campanas avisó su fallecimiento, parece que se convocó el Pueblo a honrar sus funerales. Considerábanle (con aquella seguridad, que puede dar de sí la fe humana) feliz poseedor de la Patria bienaventurada, que supieron a tanta costa gran gear sus Apostólicas fatigas: con esta persuasión libres del horror, que imprime con su vista en las fantasias un cadaver, se llegaban a venerarle, y aún solicitaban los despojos de su pobreza por reliquias. La Comunidad de los Reverendísimos Padres del Orden de Predicadores, fue luego a cantarle un solemne responso, y a dar el pesame al Colegio de tamaña pérdida, aunque suavizándola con recordar las seguras prendas de la eterna dicha del difunto.

La noche que medió hasta su entierro, se convidaron las personas más nobles de la Ciudad a velar el venerable cuerpo, por gozar más tiempo de su presencia, que desmentía la ausencia del alma, y convidaba a mirarle con atención gustosa, bien que llena de respeto. A la mañana cada una de las tres Comunidades Religiosas, que ay en aquella Ciudad, le cantó en nuestra Iglesia una missa con su Responso, y lo mismo executó el Cura, y Vicario Eclesiástico, y se vieron forzados los Nuestros a condescender con la piadosa instancia de los Reverendísimos Padres de Santo Domingo, que se empeñaron en hacer el oficio de la sepultura, a que asistió todo el Pueblo, que havía estado desde por la mañana oyendo las Missas cantadas, por no perder lugar para poder hallarse a su entierro. Celebróse este más con el llanto común, que con las voces acordes de la Música, lamentándose todos por la perdida de Varón tan Santo, con tan sentidas expressions, que hacían interrumpir los oficios: y estas demostraciones fueron mayores, quando concluido el funeral, se huvo de entregar a la tierra el cadaver, que todo lo dispuso el Señor para honrar en muerte a quien en vida se menospreció tan de corazón por su amor. Hace mención de este Siervo de Dios el Doctor Don Francisco Xarque, Dean de Albarracín en la vida del Venerable Padre Francisco Díaz Taño, cap. 39 donde le llama *Varón de vida inculpable, y Missionero de zelo inconfusible*. El mismo concepto formaron siempre los que intimamente le trataron, de que pudiera referir muchos elogios.

ESTRELLA CUARTA
CAPÍTULO IV
VIDA DEL VENERABLE MARTYR DE CHRISTO PADRE
JUAN ANTONIO SOLINAS

§ I

*PATRIA DE ESTE SIERVO DE DIOS, ENTRADA
EN LA COMPAÑÍA, Y FERVOR CON QUE PROCEDE,
ASÍ EN EL PROPRIO APROVECHAMIENTO,
COMO EN LOS EMPLEOS DE MISSIONERO
EN LAS MISSIONES DEL PARAGUAY*

El Venerable Martyr de Jesús Christo Padre Juan Antonio Solinas nació a 15 de Febrero de 1643 en la Villa de Oliena, Diocesi de la Santa Iglesia Metropolitana de Cáller. El Doctor Xarque en el epitome de la vida de este Siervo de Dios escribe, que nació el de 1645 pero fue sin duda equivocación, pues en todos los Catálogos de esta Provincia, se escribe, que nació el de 1643 como hemos dicho. Los Padres que dieron tan precioso fruto para el Cielo, fueron personas de notoria nobleza, e igual Christianidad, conforme a las quales obligaciones, le criaron en toda virtud, a que descubrió una, como natural propensión, su genio dócil, y suave tan prevenido de la gracia, que tuvo muy poco que vencer para mantenerle en inocencia de vida, y costumbres, de manera, que pudo juzgarse con fundamento conservaba aún la gracia bautismal, quando se alistó en la Compañía de Jesús. Dio desde luego muestras de buen ingenio, por lo qual le aplicaron sus piadosos Padres al estudio de las primeras letras, que aprendió en su patria: y se aventajó a los Condiscípulos. Para adelantarse en el estudio de las ciencias mayores pasó a oír las Artes en nuestro Colegio de Cáller, donde se aficionó mucho al trato de los Nuestros, y sintiendose interiormente movido con eficacia a abrazar el Instituto de la Compañía, obedeció prompto a la Divina Inspiración, solicitando ser admitido en ella, como lo fue en el Noviciado de Cáller a los veinte años cumplidos de su edad en 13 de Junio de 1663. Entregóse desde luego tan del todo a las cosas del Cielo, como si no fuera hombre de esta vida. Hízose muy familiar el uso de la oración en que perseveraba tan fixo, que parecía inmoble. Llegaba a ella a satisfacer la sed de su espíritu, como cierva herida del cazador divino, y hallaba en esta fuente de dulzuras, tan celestiales consuelos, que perdía la afición a todo lo terreno, verificándose en el fervoroso Novicio el

dictamen de San Bernardo, que no ay antídoto más eficaz contra el amor del mundo, que este santo ejercicio. Assí parecían ya mortificado, sino totalmente muerto a toda propia comodidad, y sólo vivo para dar mal trato a su cuerpo, que miraba como a capital enemigo, y castigaba antes de sentir su rebeldía con todo género de rigores, ayunos, dura cama, silicios, y disciplinas; con los quales le despojó de aquel injusto predominio, que suele exercer en otras almas, y franqueó a la suya los fueros de la libertad verdadera, no permitiendo esta a aquella más leve respiración, en que se desfogasse el apetito, y teniéndole siempre en la sugestión más rendida con el freno tirante de la razón. No comía, aun quando no ayunaba, sino a medio día, y esto con tal templanza, que sobre ser muy parco, se privaba siempre de lo más gustoso, y procuraba mezclar alguna cosa, que desabriese el manjar, para que sólo en la mortificación se saboreasse el paladar. Aún de beber agua se privaba a vezes dos días, por sentir en la sed algo de lo que padeció en la Cruz el Redemptor, y finalmente usaba otras asperezas, con que se huviera acabado la vida, a no mediar otra más noble mortificación de la santa obediencia, que moderando sus fervores, tenía muerta su voluntad propia, en cuyo ejercicio, como en fatal escollo, padecen naufragio los espíritus menos rendidos, por sobervios, y voluntariosos. El de nuestro Novicio caminaba tan distante de este peligro, que jamás se le advirtió el más leve indicio de la menor repugnancia en executar quanto se le prescribía o ya para prueba de su virtud, o para moderación de sus austeridades, persuadido siempre, a que es mejor la obediencia, que no los sacrificios. Y se esmeraba tanto en obedecer, que para él sobraba el orden expreso, quando bastaba el menor indicio de la voluntad, no sólo del Superior, sino aún de los subordinados. En estas, y en las demás virtudes propias de un Religioso, se cimentó con tanta solidez el Padre Solinas en su noviciado, que pudo fabricar con seguridad el edificio excelso de la perfección, a que anheló toda su vida con grandes ansias. Concluyó su noviciado haciendo los votos del biennio, y passó a estudiar las Artes liberales con créditos de docto, y mayores de Religioso ajustado, porque en la tarea de sus estudios, que divierte del cumplimiento de sus principales obligaciones a espíritus menos solidos, procuró con maravilloso tesón, no sólo mantenerse, sino también adelantarse cada día más en la virtud. Era estudiante; pero en la exacción, y puntualidad de la regular observancia, parecía siempre novicio, sin las imperfec-

ciones de principiante. Fomentó el estudio de las letras con una singular aplicación a los espirituales ejercicios: con que no es maravilla floreciese en virtudes el jardín de su alma con tan fecundo riego. Su recogimiento era muy para reparado, no naciendo este de genio hurafío, y esquivo, sino de amor al estudio: porque en las ocasiones se hechaba de ver, era rara su afabilidad, y agrado con todos los Condiscípulos, de quienes era muy amado, y atendido, como exemplar de religiosas perfecciones. Fue este exemplo tan constante en todo el tiempo de los estudios, que varios sugetos, que estudiaron con el Padre Solinas, depusieron uniformes, no haver advertido, que desde el noviciado, hasta que ya Theologo salió de su Provincia, huviesse traspasado la más mínima de nuestras Reglas, señal manifiesta del esmero con que se aplicaba al estudio de la virtud, pues nuestras Reglas son de tan alta perfección, y arguye su perfecta observancia una santidad no vulgar. Acabado el estudio de las Artes le destinaron los Superiores para leer letras humanas en la Residencia de Oristán, y aunque le assistían sobrados recelos de que el temple opuesto a su natural complexión podía ser nocivo a su salud, obedeció sin réplica, y exercitó allí su empleo por tres años continuos con grande, y notorio aprovechamiento de sus Discipulos, assí en letras, como en virtud, porque de ambas cosas cuydaba con la mayor sollicitud, y vigilancia. De Oristán bolbió a Cáller, a proseguir los estudios de Theología, y también las fervorosas instancia para passar a las Indias, para emplearse en la conversión de los infieles, empresa que havía solicitado, desde que estudiaba las Artes. Tuvieron feliz logro sus buenos deseos en ocasión, que para conducir Operarios Evangélicos a esta Provincia, havía arrivado a Europa el Padre Procurador Christoval Altamirano. Dióle entonces grata licencia nuestro Padre General Juan Paulo de Oliva, para passar al Paraguay, lo que executó prompto, saliendo de su Provincia de Cerdeña el año de 1672 en Compañía de otros Jesuitas, que conducía el mismo espíritu, y fin soberano de la conversión de gentiles. El año siguiente de 1673 le ordenó de Sacerdote en Sevilla a 27 de Mayo el Ilustríssimo Señor Doctor Don Miguel de Escuda, Obispo de anillo en aquella Patriarcal Iglesia, y el de 74 llegó felizmente a esta Provincia: donde, antes de concluir los estudios, solicitó con ansias emplearse en nuestras Misiones del Paraná y Uruguay, y lo consiguió después de concluida su tercera probación, que tuvo con el mismo fervor que el noviciado. Ocupóse tan gustoso en este ministerio,

que habiendo nuestro Padre Oliva ordenado al Padre Provincial de esta Provincia, ofreciese de nuevo la prosecución de los estudios al Padre Solinas para que recibiese el superior grado de professo, motivando su orden “por ser sugeto muy capaz, muy fervoroso, y zeloso, y de buenos talentos para el Púlpito, y letras humanas” (que son sus palabras formales en carta de 23 de Septiembre de 1679) nunca quiso admitir la oferta, privándose gustoso de la esperanza de poder llegar a la profesión solemne, por no desamparar a sus queridos Indios, y respondiendo humilde, y desengañado viviría contentísimos en el infimo grado de la Compañía, de que aun se reputaba indigno.

Aplicóse con empeño a aprender el idioma Guaraní, que con su desvelo se hizo familiar, con ser tan difícil, en muy breve tiempo. En él predicaba, y confessaba a los Indios con gran tesón, y con él mismo les instruía en la Doctrina Christiana, devastando su rudeza a costa de excessiva fatiga. Demás de acudir con tanto esmero a las necesidades espirituales, era Padre solícito de los pobres, a quienes socorría con largueza; consuelo de los afligidos, a quienes aliviaba con discreta caridad, y universal remedio de todos los males, y miserias de los Indios: oficios que le grangearon la afición de todos ellos, que le amaban con ternura de hijos, al mismo tiempo, que le veneraban como a Santo. Professaba ternísimo afecto el Padre Solinas al gloriosísimo Apóstol de las Indias, como a modelo perfectísimo de Misioneros Jesuitas, y a nuestro Santo Patriarca, como a Padre muy particular suyo, y desfrutaba los favores de estos dos portentosos Thaumaturgos, para alivio de sus pobres Indios. Referiré en prueba de esto solos dos casos. Estando en la Reducción de Itapu a se prendió una enfermedad contagiosa, en que desde luego se llevó el Señor a su gloria diez y siete infantes con increíble desconsuelo de sus Madres, que dexando obrar a la naturaleza alegaban aparentes títulos, para paliar la sin razón de su dolor, por lo que debían gozarse en asegurar eternamente los frutos de su vientre. Rezelosas las demás de successo semejante, sin hallar en la esfera limitadísima de sus cortos entendimientos consuelo, ni remedio a tan fatales, e infaustos prenuncios; le hallaron en la compassiva solicitud del Padre Solinas, porque acudiendo a él desconsoladas, les aconsejó llevassen todos los infantes a la Iglesia, donde les aplicaría a todos la Imagen de nuestro Santísimo Patriarca San Ignacio, especial abogado de la edad más tierna, exhortándoles a que alentassen en sus corazones vivas esperanzas de

que por este medio no peligraría otro algún niño en la epidemia. Fue pensamiento dictado sin duda del Cielo: llevan las Madres muy confiadas en el patrocinio del Santo sus hijos a la Iglesia: aplicales con viva fe el Padre Solinas su estampa, y sin otra diligencia, que esta, se hallaron todos de improviso sanos, y se desvaneció totalmente el contagio a la presencia de este poderoso, y eficacísimo antidoto. El otro prodigio obrado por San Francisco Xavier no es de inferior admiración, que el passado. Haviendo una India dado a la luz común una criatura con la pensión frecuente de ansias, y dolores mortales, los comenzó a sentir después del parto más intensos, y agudos en todo el cuerpo, tales, que la desmayaban, y ponían en agonía, sin experimentar el menor alivio en las más probadas, y eficaces medicinas, para que evacuasse la sangre, que convertida en pestilente humor, la reduxo en ocho días al último término de vida. Desvanecidas las esperanzas de remedio humano, la aconsejó el Padre Solinas, que la fue a Sacramentar, las fundasse en el divino Xavier, que con señorío, y poder, dio cumplimiento a los deseos, y oyó benigno las ansias, con que la paciente anhelaba por la salud en caso tan desesperado: pues quando por instantes temía con repetidas alteraciones de su espíritu, manifestadas en el semblante entrasse la muerte por sus puertas, se le entró la vida, y la salud en un anillo, que le embió el Padre Solinas, y havía estado en Roma en un dedo del Apóstol de las Indias: porque sin más dilación, que la precisa para aplicarle con viva fe el dicho anillo, arrojó toda la sangre corrompida, que la atormentaba, y recobró la salud. Este caso sucedió en la Reducción de Santa Ana, la qual tuvo algunos años a su cargo el Siervo de Dios, y la adelantó con maravillosos aumentos en culto divino, y progressos espirituales de sus feligreses, para que ayudaba no poco la buena índole de la gente de aquella Reducción, que es sin duda de los mejores naturales, que ay en todos los treinta Pueblos del Paraná y Uruguay.

Alentábalos a la virtud por todos los medios posibles: y advirtiéndolo que era muy poderoso el de las Congregaciones, assí la de los Ángeles de bajo de Patrocinio de San Miguel para los juvenes, como la de nuestra Señora, en la qual no se alistan sino los más virtuosos, de suerte, que el ser Congregante de nuestra Señora, es calificación de la Christianidad del sugeto, y como tal honra muy apreciada de los Indios, se esmeró mucho en promover dichas Congregaciones, y los santos ejercicios en que se emplean los Congregantes passando de ellos a las obras de misericordia es-

piritual, y corporal. En estas se esmeraban con exemplo notable: assistían a los enfermos con la limosna del sustento, y leña que necesitaban, animábanlos, y consolábanlos en las frecuentes visitas, que les hacían, con santas conversaciones: hacíanles en su último trance repetir a menudo los dulcíssimos nombres de Jesús, y María, y fervorosos actos de contrición, de fe, esperanza, caridad, y las demás virtudes, hasta que en fin entre tiernos coloquios, y suspiros passaban a alabar al Señor por toda una eternidad, y engrandecer sus divinas misericordias. En todo esto imponía el Padre Solinas a sus Congregantes con grande cuydado, y particular esmero, y con logro conocido de las almas de sus feligreses, assí de los que morían tan bien auxiliados, como de los que exercitaban obras tan insignes de caridad, grangeando con ellas medras notorias, para su espíritu, como se reconocía en el exemplo, con que todos generalmente procedían, de que se edificaban quantos lo experimentaban.

§ II

HACE MISIÓN EN LA CIUDAD DE LAS CORRIENTES, Y SU DISTRITO, Y ASSISTE DE CAPELLAN A LOS INDIOS EN LA GUERRA DE SAN GABRIEL

No se limitaba el zelo ardiente del Padre Solinas a solos los Indios con haver entre ellos mies copiosíssima: estendióse también a solicitar el aprovechamiento de los Españoles más cercanos a nuestras Reducciones, que tenían bastante necesidad de ser socorridos con el pasto espiritual de sus almas: porque en el tiempo que vivió en las Doctrinas, o Reducciones del Paraguay, salió también a hacer Misión en la Ciudad de San Juan de Vera, llamada vulgarmente *de las Corrientes*, por las siete rapidísimas, que allí tiene el caudalósísimo Río Paraná. Era ardiente el deseo, que los vecinos de aquella Ciudad (antes de lograr en ella Colegio de la Compañía, como le ay al presente) tenían siempre de que los Jesuitas fuesen a emplear sus fervores en el cultivo espiritual de aquella no menos necesitada, que destituida República, porque como algunas vezes los havían disfrutado con notorio provecho de sus almas, sentían que algunos años huviessen dexado de ir a aquellos ministerios por ciertas precisas ocurrencias. A el passo de sus ardientes deseos se esforzaron los dos Cabildos Eclesiástico, y Secular a poner los medios más congruentes para conseguirlos, rogando instantemente al Padre Christoval Altamirano Superior de las Doctrinas, con singulares expresiones les despachasse para la Quaresma dos Obreros

Evangélicos, que cultivassen aquella viña, y arrancassen las malezas de ignorancias, y culpas, que la sofocaban, y no dexaban dar fruto de santas obras. Siendo tan santa, y justa la petición, la despachó a su favor el Padre Superior, embiando al Padre Pedro Ximénez de Araya, antiguo, y fervoroso Missionero, y a nuestro Padre Solinas, que se havían ofrecido a esta empresa, para que exercitassen nuestros ministerios con el crédito, y fruto que prometía el fervor experimentado de ambos.

Llegaron a 20 de Marzo a la Ciudad, y lo primero a que aplicaron su desvelada atención fue a procurar huiesse todos los días exemplos en la Iglesia Matriz, predicando antes una plática para despertar los corazones dormidos en el blando, pero peligroso, sueño de la culpa, e iluminar con la luz clarísima de santa doctrina sus almas, expeliendo de ellas las tinieblas de la ignorancia, y del pecado, poniéndoles patentes a la vista, assí los precipicios del abysmo, en que ciegos se despeñan los pecadores, como el camino de la Ley Christiana, que si bien fragoso, y arduo, conduce con seguridad, y sin riesgo de extravios al Paraíso. Por las tardes se empleaban fuera de esso en enseñar el cathecismo de la Doctrina Christiana a los niños, imprimiendo en sus inocentes almas las primeras noticias de los Divinos Mysterios, que conseguían, bien que a costa de indecible afán, y fatiga. Aumentóse mucho el concurso a los exemplos, con el que dieron, assí el Vicario Eclesiástico, como el Cabildo Secular, acudiendo siempre a oírlos: que al fin es imán el exemplo de los Superiores, y Cabezas de la República, para atraer a su imitación los ánimos del vulgo. Y dado caso, que al principio movió a muchos en alguna manera la curiosidad, o novedad, más les sucedió lo mismo que al Gran Padre San Agustín, quando oía a San Ambrosio, primero llevado de la elegancia del estilo, después movido, e inflamado del Amor Divino, con que efectuó su rara conversión assentando pazes eternas con Dios. Assí aquí también los que oían los exemplos, que predicaban los dos Missioneros, movidos al principio de curiosidad, se trocaban de repente en otros hombres: restituían lo mal ganado, pedían perdón de las injurias, y agravios, que unos contra otros havían cometido, y véfase enmienda de las vidas perdidas, rotas costumbres, y amistades escandalosas, en que algunos se hallaban enredados. Predicaron frequentemente por la mañana, acomodándose a la capacidad de todos, con que todos gozaron del fecundo riego de la Divina palabra, experimentándose después en las muchas con-

fesiones, que se hicieron, como principalmente en la constante enmienda de las vidas el provecho grande, que habían logrado sus almas en los Sermones. Ni fue menos continua, y provechosa la asistencia de los Padres en el Confessionario por espacio de tres semanas, porque aunque otras vezes se había concluido esta Misión en quince días, fue tan extraordinario aquel año el concurso, que se huvo de prolongar el plazo ordinario, en que el zelo de ambos Misioneros logró mayores, y más lúcidos efectos, quanto más íntima, e inmediatamente trataban las conciencias de los penitentes. Estos no sólo de día en copioso número, sino en mayor acudían de noche por no poder parecer decentes por la pobreza de la tierra a confessarse de día, y los Padres después del trabajo, que habían tolerado alegres en las tareas referidas de mañana, y tarde, empleaban aún parte de las breves horas, que habían de tributar al sueño, y forzoso descanso, en oír a los penitentes, sin negarse al alivio no sólo de los Españoles, pero aún del más vil esclavo, o despreciado Indio. Confirme en breve todo lo que hemos dicho el Padre Pedro Ximénez, en carta que escribió en el tiempo de la Misión desde las Corrientes, al Padre Diego Francisco de Altamirano, Provincial entonces de esta provincia, su fecha en tres de Abril de 1679 que por expresar el gran concepto, que aquel fervoroso Misionero formó de nuestro Padre Solinas, no quiero omitir aquí sus cláusulas. “Oy hace quince días – dice – que llegamos a esta Ciudad el Padre Juan Antonio Solinas, y yo, y por ser extraordinario el concurso de confesiones, que ya cargando esta Pasqua, sobre que ví otros años, que en este día nos solíamos bolver, no lo podemos hacer por atender a ellas, y a otros negocios del servicio de Dios, que se ván ofreciendo. El Padre Juan Antonio lo ha trabajado, y está trabajando gloriosamente en el Confessionario, y Púlpito, que ha usado bien bien. Muchos días ha avido sermones, y todos pláticas con sus exemplos, y doctrina de niños, y todo género de gentes de día, y para todo ha dado Dios salud, y fuerzas, y con ellas se ha trabajado de día, y de noche en bien de las almas, sin diversión a otra cosa. Sírvase Vuestra Reverencia de agradecerle mucho al Padre Solinas el gran trabajo, zelo, y aplicación con que ha acudido a todo, sirviendo de confusión a mi tibieza: yo a la verdad le venero como un gran hijo de la Compañía, y como tal es incansable en el exercicio de la salvación de las almas”.

Concluida la Misión en la Ciudad de las Corrientes, solicitaron los dos Misioneros, según instrucción, que para ello llevaban

del Padre Superior de las Doctrinas, passar a la Doctrina de los Hohomas, Indios que están a cargo de Clérigos seculares; pero muy necesitados de enseñanza. Representáronles varios sugetos no pequeñas dificultades, para desvanecer sus intentos, y retraerlos de la empresa, más confiados en la protección del Señor todas las atropellaron varonilmente por el bien espiritual de aquellas pobres almas. Era extrema su necesidad, porque no se les enseñaba la doctrina Christiana en su idioma nativo, ni en el Guaraní, de que entendían mucho, sino precisamente en lengua Castellana, que del todo ignoraban fuera de tal qual palabra: en consecuencia de esto la ignorancia, que aquellos Indios tenían de los misterios de la Fe era summa. Comenzaron pues los Padres a enseñar, e instruir a los Hohomas en lengua Guaraní los misterios de la Fe, las oraciones, mandamientos, y Sacramentos, y dexaron al Parocho un catecismo impresso en aquella lengua, para que assí se prosiguiese enseñando, y el fruto fuesse permanente: confessaron a todos los capaces de este Sacramento, predicaron varias vezes con notorio provecho de sus almas, y haviendo dispuesto otras cosas en bien de aquella pobre gente, se bolvieron, dexando gran deseo de sí, y estimación de sus ministerios, assí allí, como en la Ciudad de las Corrientes, que sintió extremadamente su ausencia, como lo expressaron en las cartas, que al Padre Superior escribieron el Vicario Eclesiástico de aquella Iglesia, el Teniente de Governador, Justicia mayor, y todo el Cabildo secular, en que significan el desconsuelo singular, que recibieron en la ausencia de los Padres, y el fruto copiosísimo, que recogieron para gran bien de aquella República, hablando de su zelo, fervor, y religión, con singulares alabanzas. Y mostraron bien quanta estimación se había grangeado el Padre Solinas en aquella Ciudad, quando al passar por allí tres años después, para ir a la empresa del Chaco, donde le martirizaron, fue indecible el agasajo, con que le cortejaron, y las señales que dieron de gozo, y alegría por merecerle otra vez en aquel País, aunque tan de passo.

En año de 1680 se le ofreció otra empresa más trabajosa, en que emplear su zelo, con la ocasión que diré. Intentaron los Portugueses con orden del Príncipe Don Pedro, Governador entonces del Reyno de Portugal, poblarse en la tierra firme enfrente de las Islas de San Gabriel en el Río de la Plata, pretextando eran tierras de su demarcación, y con designio de hacerse Señores de estas Provincias, y de nuestras Reducciones, en que años antes cau-

saron imponderables daños destruyendo sin distinción lo profano, y lo sagrado, y se podían temer semejantes de su cercanía. Para desvanecer estos temores bien fundados, y no dexar usurpar los dominios de nuestro Cathólico Monarca no aprovechando protestas jurídicas, se hubo de valer de la fuerza el Governador de Buenos Ayres Don Joseph de Garro Cavallero del Orden de Santiago, y fue la más poderosa tres mil Soldados Indios Guaraníes, de los que doctrina la Compañía, que hizo baxar para el efecto de desalojar a los Portugeses. Señalaron³⁹ los Superiores por Capellanes de esta gente a quatro Sacerdotes de los Nuestros, que fueron los Padres Pedro Ximénez de Araya, Juan de Rojas, Jacinto Marquez, y nuestro Juan Antonio Solinas. Cupole a este baxar por tierra en Compañía de 1809 Indios con los trabajos, que no es fácil ponderar, porque el camino, fuera de ser de docientas leguas, es sobremanera trabajoso, y arduo, pues a cada passo se encuentra, y a un río, y a un pantano, en que no es decible, quanto cuesta el transporte, por no haver puente, ni embarcación alguna para passarlos: todo lo padeció gozoso el Padre Solinas por cumplir la voluntad de Dios, significada por boca de los Superiores, haciendo con su desvelo, que caminassen sus feligreses con el mayor concierto, que es imaginable, sin algún desorden de los que suelen ser tan frequentes entre Soldados, mantenéndose rendidos a la obediencia de su Capellán, en que les confirmó una fatal desgracia de cierto Indio del Pueblo de San Miguel, que atreviéndose a passar a nado el Río Miriñaí, contra el orden que havia dado el Padre Solinas, y las persuasiones de los demás, que le exhortaban a no traspasar la obediencia, al llegar y a salir a la otra vanda, le arrebató la corriente, que es rapidísima, y se ahogó sin remedio. Ayudó esta desgracia a que el resto de los Soldados, escarmentando en cabeza agena, se contuviessen en los términos debidos, y con el mismo concierto se mantuvieron acampados por espacio de tres meses, siendo assí, que padecían grande necesidad, y rigorosísimos fríos, por ser el corazón del invierno, que allí es rigidísimo, y que padecían no pequeños agravios de los Españoles, y aún desprecios: no obstante mediante la dirección de sus Capellanes se conservaron sin dar motivo razonable de quexa, y fueron el todo para la victoria feliz, que se consiguió de los enemigos. Para ella les previnieron los Padres confessando a sus tres mil feligreses, y al resto

³⁹ 7E Sañalaron

del campo Español; y el día que se dio el abance a la Ciudadela de San Gabriel, se metieron en el mayor riesgo, para auxiliar con los Sacramentos de la Penitencia, y Extrema Unción, acudiendo sin distinción a todos Indios Guaraníes, y Tupiés, Portugueses⁴⁰, y Castellanos, sin reparar en el peligro de sus vidas. Duraron en este ministerio desde antes de amanecer, sin acordarse de tomar el preciso sustento, hasta muy entrada la noche prestando fuerzas a sus cansados miembros el fervor de espíritu, y zelo de la salvación de las almas. Después se ocuparon en dar sepultura a los muertos, y en curar con extremada caridad a los heridos de ambos campos, que fueron en gran número. Concluida esta función con tanta felicidad, se bolvió con sus Indios a las Doctrinas, a proseguir en sus tareas Apostólicas, que tres años después (haviendo estado ocho en aquellas Misiones) las conmutó por la más ardua empresa, que se le ofreció entonces a esta Provincia del Paraguay, que fue la Misión del Chaco, cuya conquista espiritual se solicitaba, y para ella fue destinado el Padre Juan Antonio Solinas, como se verá en el paragrafo siguiente.

§ III

*TRÁTASE DE CONQUISTAR LA PROVINCIA DEL CHACO
POR MEDIO DE LA PREDICACIÓN EVANGÉLICA,
Y ES DESTINADO PARA ESTA EMPRESA EL VENERABLE
PADRE JUAN ANTONIO SOLINAS*

Havía intentado reducir por armas la Provincia del Chaco a la obediencia del Rey Cathólico el insigne Governador de la Provincia de Tucumán Don Angelo de Peredo, Cavallero del Orden de Santiago; pero aunque al principio tuvo feliz successo apressando más de dos mil infieles, como por ciertas circunstancias, quebrantándoles la palabra dada, los huviessen desnaturalizado del País, y repartido por toda la Provincia, fue increíble el odio, que contra todos los Españoles concibieron los Barbaros, que quedaron en el Chaco. Manifestaron bien este odio, y enemiga mortal en repetidas hostilidades, que executaron con las Ciudades fronterizas de Esteco, Salta, y Xuxuy. Por esta causa informado su Magestad, el Sucessor de Don Angelo, que fue el Maesse de Campo Don Joseph de Garro, antes de passar al gobierno de Buenos Ayres, mandó por Cédula de 26 de Febrero de 1676 se procurasse la conquista de

⁴⁰ 7E Portugeses

Chaco por medio de la predicación Evangelica, señalando competente escolta de Soldados a sus Reales expensas para fomento, y socorro de los Sacerdotes, que se dedicassen a esta peligrosa empresa. Encomendóse la ejecución de esta Cédula a la Real Audiencia del Chuquisaca, para que conferida la materia con el Obispo, y Gobernador de la Provincia del Tucumán determinassen quiénes, y cómo se havían de dedicar a este ministerio. El Obispo, que era entonces el Ilustríssimo Señor Don Francisco de Borja, promovido después dignamente a la Mitra de Truxillo, consultado del Presidente de Chuquisaca Don Bartholomé Gonzáles de Pobeda, respondió en carta de 28 de Enero de 1678 que lo más conveniente al servicio de ambas Magestades era, que se destinassen cinquenta Soldados de escolta, que entrassen al Chaco no a hostilizar a los infieles, sino a acompañar precisamente a los Ministros Evangélicos, para que fuessen respetados de los Bárbaros, y no se atreviesen estos a cometer contra sus vidas algún insulto proprio de su fiereza. Que la entrada se hiciesse por la parte que habitan algunas parcialidades de Indios Chiriguanás, cercanos a la Villa de Tarija, y amigos del Español, a los quales se procurasse reducir por medio de Misioneros idoneos, para que reducidos estos fuessen reclamo para atraer a las demás Naciones del Chaco, ofreciéndoles a estas, que no se les sacarían de sus tierras, ni experimentarían como antes la menor vexación.

En quanto a los Ministros de que havia de fiarse el feliz logro de la Real voluntad, dixo su Señoría Ilustríssima, lo que yo no quiero referir con otras palabras, que con las suyas, porque manifestando el altíssimo concepto, que este gran Biznieto de San Francisco de Borja, tenía formado de la Compañía de Jesús, y muy en especial de esta Provincia del Paraguay; deben quedar estampadas, no menos, que en los moldes, en nuestros corazones, para nuestro perpetuo agradecimiento: “Para doctrinar – dice su Ilustríssima en su informe – Para doctrinar estos Chiriguanás, y las demás Naciones del Chaco, me parecen los más a propósito los Padres de la Compañía de Jesús, cuyo zelo de la salvación de las almas, y en particular de los pobres Indios, tengo tan experimentado en esta mi Diocesi, que son los únicos, que descargan en esta materia la conciencia de su Magestad, y las nuestras. Y aunque Tarija pertenece a la jurisdicción del Perú, y Arzobispado de Chuquisaca, con todo esso juzgo, que tendr a más efecto, si Vuestra Señoría manda, que el Provincial de Tucumán señale Padres para dotrinar a los Chiriguanás de

Tarija: porque estos hablan la lengua Guaraní, que es la general del Paraguay, que se habla en todas las grandes Doctrinas, que tiene allí la Compañía de Jesús: y a esta causa los más Padres de esta Provincia, saben con grandes ventajas la dicha lengua; lo qual no sucede assí en la Provincia del Perú, en donde no corre dicha lengua. Allegase a esto el haver en esta Provincia grandes Obreros, que están muy hechos a convertir Infieles de los muchos, que cercan las dichas Doctrinas del Paraguay. Esto es lo que siento delante de nuestro Señor en la materia de mayor importancia, que se nos puede ofrecer para el servicio de ambas Magestades”. A lo mismo se ofrecía para esta empresa Apostólica el Venerable Don Pedro Órtiz Zarate, Cura entonces, y Vicario Eclesiástico de la Ciudad de Xuxuy para dedicar a ella su persona, y hacienda, arbitrando los mismos medios, que su Ilustrísima, y pidiendo ante el Governador, se le diessen dos Missioneros Jesuitas, con quienes entraría a dicha conversión por el País de los Chiriguanás. No me consta qual fuesse el paracer del Governador actual; pero si que se frustraron por entonces estos intentos, hasta que llegando por Abril del año de 1682 nueva Cédula de su Magestad despachada en 13 de Enero de 1681 a Don Fernando de Mendoza Mate de Luna Governador de Tucumán, ordenándole, que informado de las personas más practicas de toda su gobernación, participasse al Virrey del Perú, lo que se les ofreciesse en la materia, mirándola, y considerandola con muy particular cuydado, y atención, para descargo de la Real conciencia. Assí se executó, y entre todos los pareceres, el nuevo, que dio el Venerable Don Pedro Órtiz, fue que se le diessen treinta Soldados Españoles, y treinta Indios amigos, de quienes escoltado entraría al Chaco con dos Missioneros Jesuitas, por el Valle de Senta a un paraje, donde cinquenta años antes tuvo fundada la Ciudad de Santiago de Guadalcazar el Governador Don Martín de Ledesma Valderrama, desde donde procuraría comunicación con los Chiriguanás de Tarija, que distarán treinta lenguas, y conseguida, se empeñarían en la conversión de los Infieles del Chaco ofreciéndoles la paz, y disuadiéndoles de las aprehensiones, en que se hallaban, con el rezelo de que se les quebrantasse, por cuyo medio esperaba se irían pacificando, y dando entrada al Evangelio, para que su noticia pudiesse llegar en Compañía de los Predicadores, hasta las Naciones de los Vilelas, que los deseaban para ser Christianos. Y que por haverse de intentar todo por medio de los Chiriguanás, uno de los dos Missioneros Jesuitas, que se le

diessen, huviessse precissamente de saber la lengua Guaraní, para comunicar con ellos. Para el sustento de la gente de escolta discurría varios arbitrios, y ofrecía junto con su persona, para ayudar a los Padres en el negocio de la conversión. Hízose sobre este arbitrio una conferencia en 13 de Agosto en presencia del Señor Don Fray Nicolás de Ulloa, Obispo de Tucumán, convocando a ella a las personas más graves de la Ciudad de Córdoba, quienes todos le aprobaron, con tal, que le aprobase el Virrey del Perú, como de hecho le aprobó el Exc.^{mo} Señor Duque de la Palata, conformándose con el parecer de la Junta. En virtud de esta resolución hizo luego exhorto el Governador al Padre Thomás de Baeza Provincial de esta Provincia, para que señalasse los dos Jesuitas, que se havían de dedicar a esta expedición. El Padre Provincial, señaló desde luego al Hermano Pablo de Aguilár Coadjutor temporal, para que los Padres pudiesen ocuparse en la enseñanza de los Infieles más libres de atención temporales; más para señalar los dos Sacerdotes tuvo en la elección gran dificultad, porque en todos los Nuestros, se encendieron tales deseos de esta ardua empresa, que desde los más antiguos, hasta los más modernos se ofrecieron todos con ardiente fervor, pretendiendo ser preferidos, para passar a esta espiritual conquista, en que se prometían la conversión de innumerables almas, y esperaban lograr la dicha de regar algún día con su sangre aquellos incultos campos. Más como entre todos eren notorios los encendidos deseos de convertir Infieles, que resplandecían en el Padre Juan Antonio Solinas, quien juntamente sabía muy bien la lengua Guaraní, y era Misionero experto, fue escogido para esta empresa en Compañía del Padre Diego Ruíz Cáthedratico de la Universidad de Córdoba, quien sabía la lengua general del Perú, que entienden muchos Infieles del Chaco, quedando santamente embidiosos de su dicha los que no consiguieron esta elección, aunque esperanzados, de que si se lograba la empresa, tendrían campo para exercitar su zelo, y fervores. Estaba distante quinientas leguas el Padre Juan Antonio del Chaco, mediando caminos los más difíciles; pero esso no obstante, emprendió luego el viage con el gozo, y contento, que el más ambicioso caminára a recibir la dignidad mayor, y se entregó a los imponderables trabajos de aquella ardua empresa, tomándolos como desahogo de sus ansias de padecer, y refrigerio del incendio de amor divino, que ardía incessante en la fragua de su pecho; de manera, que no se pudiera saciar con menos tribulaciones, como las que imaginaba le espera-

ban. Llegó a Salta, donde se juntó con el Padre Ruíz, y ambos en breve con el Venerable Don Pedro Órtiz de Zarate, quien dispuso, como tenía ofrecido, entrassen al Chaco en su Compañía algunos Soldados Españoles, y otras personas, que le servían, y en esta ocasión quisieron seguirle para servir en todo lo que pudiesen a la nueva Reducción, y fábrica de Pueblos, que se esperaban fundar. En esta forma dispuestas las cosas, hicieron su entrada al Chaco los tres Misioneros de la manera, que se podrá ver por la carta del Padre Diego Ruíz escrita al Padre Provincial Thomás de Baeza en la forma siguiente.

§ IV

CARTA SOBRE LA ENTRADA, Y PRIMEROS SUCESSOS DE ESTAS MISSIONES EN LA PROVINCIA DEL CHACO

“En esta doy aviso a Vuestra Reverencia – dice el Padre Ruíz – de nuestra jornada, y llegada al Chaco, y a las Pampas de Ledesma, que hasta ahora parecía el Palacio encantado. Cumpliendo con el orden de Vuestra Reverencia salimos de Salta a 20 de Abril, y llegamos a Uquia a 30 del mismo. Estuvimos aquí hasta tres de Mayo, en el qual día por ser de la Cruz de nuestro Redemptor, nos cargamos con ella por tal camino, que sólo fue de una legua, pero allí por orden del Señor Don Pedro Órtiz, nos esperaban veinte y quatro Españoles, y quarenta Indios con algunos muchachos para servir en lo necesario. A 4 salimos de esta dormida para Sianzo, estancia del Señor Don Pedro, que distar a como cinco leguas. El día siguiente a dos leguas llegamos al pie de la Sierra de Senta, y del Chaco: no passamos adelante, por ser algo trabajosa la subida, y mucho más la baxada. A 6 trepamos la serranía hasta la cumbre, que por ser de altura desmedida, tiene la vista más alegre, y hermosa, que puede imaginarse. De ella se descubre todo el Chaco, y no dudo que si los ojos pudieran alargarse a tanto registrarán hasta el Paraguay. Tendrá a mi parecer unas diez y seis leguas de altura contando desde el paraje donde al presente nos hallamos hasta la cumbre de la misma serranía a la qual merecen pocas vezes coronar las nubes, pero sí muchas verse a sus pies, y por esta causa quando llegamos a la cumbre deseosos de ver el Chaco, y sus campañas, se nos puso delante como un mar formado de nubes tan dilatado como si estuviéramos en algún alto escollo eumedio del Oceano. Y al mismo tiempo que nosotros gozabamos de toda la claridad del Sol con Cielo muy sereno, y sin rastro de nube alguna, debajo de

nuestros pies estaban las nubes inundando con grandes lluvias los Valles. Para bajar huvimos de engolfarnos en aquel mar de nubes, que nos obscurecieron el Sol, de suerte, que sin vernos unos a otros, era necesario a gritos seguirnos, para no perdernos. Duró esta espesura hasta bajar al primer asiento de la serranía, cuya baxada con todas las calidades de mala tendrá tres leguas de largo, y recibimos las nubes como beneficio, que Dios nos hizo para ocultarnos los peligrosos despeñaderos, que mucho nos huvieran atemorizado, y quizás retardado a no pocos de la gente, que nos seguía. Finalmente después de bien mojados llegamos a la habitación primera del Valle de Senta. Aquí quedamos un día en este puesto, y al otro, que fue a ocho del mes llegamos al puesto, que propriamente llaman Senta, en donde los años passados mataron al Religioso Mercenario, y a su sobrina. Este Valle tan decantado es de los más malos, y desacomodados, que puede haveren el mundo; pues sobre no tener, aun en lo más ancho una legua, es tanto lo que llueve, que parece jamás cessa, y en los ocho días, que allí nos detuvimos, no merecimos ver la cara al Sol, y los mayzes nunca llegan a sazonar, porque en la misma caña se pudren. Salimos de Senta, y fuimos a hacer noche al paraje donde estuvo el Padre Andrés Lujan, sitio bien desacomodado, y que parece imposible habitar en él. De aquí fuimos a la Cruz del Ayudante, en cuyo camino plantó naranjos el Padre Ignacio de Medina. A otro día salimos al Fuerte Robado, y por ser los caminos malos, y pantanosos, dormimos en el Río, que llaman de San Martín. A la mañana nos hubo de suceder una desgracia considerable, y fue caer el Señor Don Pedro Órtiz en dicho Río, y a no haver gente que le socorrió, sabe Dios lo que huviera sido, porque estos primeros ríos, aunque no traen mucha agua, los haze muy peligrosos la precipitación de su corriente.

Finalmente después de otras jornadas salimos a 20 de Mayo de la angostura de los cerros a unas campañas dilatadísimas, aunque llenas de bosques, en donde dicen que estaban las Pampas, y el Fuerte del Governador Martín de Ledesma. De aquí a 22 se apartó Don Pedro con alguna gente para reconocer aquellos campos, y haviéndolos reconocido, hizo noche en ellos. Amaneció el día 23 de Mayo, y juntamente la Aurora de nuestra alegría; porque estando Don Pedro diciendo Missa, se aparecieron tres Infieles, que venían en busca de los Padres. Dos de ellos llegaron primeros a quienes agassajaron, como pedía la ocasión, y preguntaron

que en donde estaban los Padres. Avisónos Don Pedro, y caminamos al paraje donde estaban esperandonos y a los tres Infieles. Procuramos agassajarlos, y mostraron mucha alegría en lo exterior, que es de lo que podemos juzgar. Vestímosles, y ellos dixeron que irían a dar aviso a sus Curacas. Eran de dos parcialidades, unos llamados *Ojotaes*, y otros *Taños*; pero todos de un idioma muy revesado, porque todo es gutural, que apenas se puede entender, porque apenas abren la boca para hablar. Partiéronse el día 25 a dar aviso a sus Curacas. Entre tanto que ellos fueron nos quedamos esperando en aquellas Pampas, que tendrán de tres a quatro leguas. El puesto por lo que toca a lo llano es inhabitable por dos causas: la una, porque ay tantos mosquitos, que desfigurán a las gentes, y esto en invierno, el qual apenas se conoce, qué será en verano? La segunda, porque no puede ser socorrido en tiempo de aguas, lo uno por los ríos, que son peligrosos; lo otro por los enemigos, pues siempre es necesario vivir, y caminar resguardados, por estar cercados de rancherías de enemigos, como lo manifiestan los humos. Hemos reconocido las ruinas del Fuerte de Ledesma, que son muy pocas: de aquí salió aburrado, y derrotado, por haverse fiado de los Indios más de lo que debiera, aunque eran más de ciento los mosqueteros Españoles, que le escoltaban. Nosotros somos muy pocos, y todos los Infieles, que hasta ahora han llegado, vienen muy bien armados con flechas, dardos, y macanás. Dios nos defenderá en causa tan suya.

A 30 de Mayo vino el Cazique de los Ojotaes, hombre de buen corazón: vestimosle muy galán, y yo le até en las orejas dos pedazos de liston. Diximos que saliessemos dos leguas de allí a encontrar la tropa de su gente, que sería de quarenta almas, en que había solas tres mugeres, dos niñas, y tres muchachos: los demás eran hombres hechos, y agigantados. Salimos a 31 guiaba el Cazique con su cavallo, y silla borrena, y habiendo atravesado el Valle de Ledesma, entramos en un monte muy espeso, y aunque ibamos muchos, reparamos en la entrada, rezelándonos de alguna emboscada. Reparólo el Cazique, picó su cavallo, y se adelantó. Seguámosle, y habiendo caminado, como una legua oímos una gritería, y alaridos estupendos, y era, que estaban baylando de alegría. Llegando allá hallamos siete porongos, como cantaros grandes, llenos de guarapo, para agasajar a los Nuestros. Allí nos hicieron sentar sobre unos pellejos en el suelo, y comenzaron a abrazarnos, tan fieros como unos demonios por venir embijados de negro, amarillo, y colorado, y otros

tiznes los rostros, y cuerpos. Finalmente todos bebieron, y, si no bebían, se enojaban: a mi me brindaron, y hubiera bebido, a estar menos inmundo el brevaie: y mostrando ellos sentimiento, por que no había querido aceptar el agasajo, saltó una India vieja, que sabía castellano por haver estado cinco años en Tarija, y dixo, que los Padres no bebían chicha. Ellos se calentaron bastantemente, y nosotros nos enfriamos, porque eran las tres de la tarde, y aún estábamos en ayunas, y cansados: proseguían ellos bebiendo hasta caer, y nosotros tratamos de venirnos, y dexarlos; pero viendo ellos esto, dexaron por acabar los porongos, que cada uno tendría como un cántaro de vino. Recogieron sus cosillas en sus redes, y marcharon tan contentos, que todo el camino vinieron cantando. Gustaban mucho de oír los arcabuzes; pero a cada tiro se tendían en el suelo, y levantaban el grito en señal de alegría. La causa de tener estos Indios tan pocas mugeres, y chusma, fue porque el Chiriguaná los había cautivado. Venimos a nuestro alojamiento, y a mi me cupo llevar uno a la gurupa de mi cavallo para llegar más presto, porque se venían hechando en el suelo, y se ponían a cantar. Están muy contentos porque nos quedamos en sus tierras, y diciéndole yo a un viejo, que los Españoles sólo servían de guardarnos de la traición de los Tobas, me dixo que primero le havían de matar a él. Como fui yo el primero que llegó a su ranchería, me vino un viejo a abrazar, y por señas me dixo antes de abrazarme, que le havía de hechar agua en la cabeza, y bautizarle.

A 1 de Junio vino el Embaxador de los Taños, a quien puse mi nombre antes que fuesse, con dos compañeros mas; más no llegó el Curaca, quien me embió a decir que no viene por estar su hijo enfermo. Estos han llegado más temerosos de lo que pensabamos, y haviéndonos dicho el intérprete que era mucho el número de la gente, dixeron que no eran más de cinco personas. El Curaca de los Ojotaes, se puso suspenso, y triste: el interpete tartamudeó, y nosotros entramos en cuydado, y el Indio Diego, que antes me hacía muchas fiestas, se mostró tan esquivo, que queriéndole Don Pedro agasajar, no quiso llegarse. Advertido este rezelo, y que mienten en el número de los Infieles, llamamos a todos los Infieles, y les diximos, que nosotros no veníamos a maloquearlos, si no a enseñarles el camino del Cielo, y a vivir entre ellos; pero que sino querían esto, se bolviessen a sus tierras, y nosotros nos bolveríamos a las nuestras. Hizo el Curaca un largo razonamiento a su gente, y después de él, nos respondieron, que no se querían volver a sus

tierras, sino morir entre nosotros. Verdad es que ellos temen mucho al Chiriguaná y por eso estaban tan retirados, que si ellos no quisieran, era imposible hallarlos.

A dos de Junio embió el Curaca Ojotá (que el de los Taños aún no había venido) tres Indios a avisar a los Tobas de nuestra venida, y del buen tratamiento que tendrán en sus tierras, y que dado caso, que ellos no quieran venir, irán los Españoles, y Chiriguanás a consumirlos. De los tres mensajeros el uno era hijo del dicho Cazique de los Tobas. De estos unos llevaron mal, que los Ojotaes se hayan sugetado al Español: otros lo han llevado bien, y dixerón que darían la paz. Estos eran dos Cazique con toda su gente. A los mensajeros les dimos cartas por si acaso encontraban al Español, que huviesse salido de Xuxuy a campear, o sino a los Tarixefíos, porque Don Diego Porcél, no ha llegado hasta ahora, y se suspende la población, porque aunque estamos en el Fuerte de Ledesma, no parece sitio a proposito para habitar gentes, por la multitud de los mosquitos, pues no podemos hacer cosa ninguna entre día, y una cosa es verlo, y passarlo, y otra oírlo por relación. Hombre ay que tiene manos, y cara hecha una llaga y todos están tan aburridos, que rezelo nos han de dexar solos. Hasta los mismos Indios amigos Calchaquies, dicen que se han de huir, si sus encomenderos les obligaren otra vez a que vengan a las Pampas de Ledesma, que es sitio tan inhabitable. Y si esta plaga tan terrible ay en invierno, qué será en verano? No dudo que hemos de passar mucho trabajo, como estamos passando. Hasta aquí había sucedido todo, como he dicho hasta dos de Junio, en que escribí a Vuestra Reverencia en esta razón, y he repetido lo mismo en esta carta, porque llegue a manos de Vuestra Reverencia alguna mía.

Ahora añado, que de los Taños han venido veinte y quatro almas, y después de diez días bolvieron los mensajeros que despachamos a los Tobas, diciendo, que no los havían hallado. Rezelamos con fundamento, que no llegaron, o que a lo menos no nos dixerón la verdad: dimos nuestras queexas al Cazique, que viendo nuestro justo sentimiento, convino en que se embiassen otros dos Indios, los quales llegaron a los diez días, y en su Compañía un Cazique de los Tobas con seis Indios de su Nación, y llegaron la víspera de San Juan Bautista, que fue para todos nosotros de mucho consuelo. Hízoseles el agasajo acostumbrado vistiendo al Cazique, y a un hijo suyo. Después se habló al Cazique, y a todos los suyos por medio del intérprete Chiriguaná que tenemos, el qual sabe la

lengua de los Ojotaes, y Taños; pero no la de los Tobas: con que a nuestro intérprete, que sabe la lengua de aquellos, sirvió de intérprete una India de los Tobas, que fue cautiva, y está casada con un Ojotá. A todo lo que se le habló al Cazique Toba, respondió que se alegraba mucho de nuestra venida, y del motivo de ella, y que con todos los suyos daría la paz de muy buena gana, y persuadiría lo mismo a los demás Cazique de su Nación, y de los Mocobies, y que en caso que no quisiessen, él con los suyos acompañaría a los Españoles, y Chiriguanás, que quieren entrar a hacerles guerra, y castigar sus delitos, en caso que no quieran admitir la paz”. Hasta aquí el Padre Diego Ruíz en carta de 25 de Junio de 1683 dando cuenta de los sucessos de la Misión, y después de otras cosas añade, estaban en ánimo él mismo, y Don Pedro Órtiz de passar a los Vilelas, dexando en la Reducción nueva, que querían fundar al Padre Solinas; más este deseoso de padecer los trabajos de aquella empresa, y no verse defraudado del mérito de convertir nuevas Naciones, escribió a los Superiores en 27 del mismo mes, para que le destinassen también a la conversión de los Vilelas, como se verá por un capítulo de dicha carta, que quiero poner, porque prosigue inmediatamente los sucessos de su Misión.

“En llegando – dice el Padre Solinas – en llegando Don Diego Porcél, estamos determinados de passar a las Juntas de los Ríos de Xuxuy, que es donde, y por donde están poblados los Mocobies, y Tobas, para intimarles la paz y su conversión, que son los motivos de nuestra venida. Vuestra Reverencia se sirva de hacerlo encomendar a nuestro Señor, pues es negocio de tanta importancia, y de donde depende un acierto, o desacierto. El Padre Diego Ruíz, y yo estamos contentísimos, y deseosísimos de convertir todo este Chaco. Hanse agregado ya (a Dios gracias) algunas parcialidades, como son de los Ojotaes, y Taños, quienes dicen, que si los Tobas nos admiten; ellos se han de poblar donde quisieren los Tobas; y si no admiten la paz, piden que se les conceda poblarse en Senta, puesto muy húmedo, y metido entre cerros con poca capacidad de Pueblo, estancias, y chacras, lo qual todo es tan necessario para una población. Al llegar a escribir esto hemos sabido, como ya están de aquí media legua, y vienen a agregarse dos Caziques Tobas, con sesenta y dos vasallos suyos con lo qual se facilita la ida a los Vilelas en passando las aguas de este año, y me persuado, que sería necesario fuesse yo allá porque entre ellos ha de haver muchos Guaranés, y sabiendo su lengua, no es razón, que dexé de ir. Digo

esto, porque el Señor Don Pedro, que nos está haciendo mil caridades, y el Padre Diego Ruíz, tienen determinado ir allá dexándome a mí con los Tobas, y para esso no había más, sino que Vuestra Reverencia lo determinasse, y yo no perdería tan buena ocasión, assí de padecer algo, con que pagar por mis muchas faltas, como de hacer fruto con la lengua que sé. Toda gente agregada, y la que poco a poco va viniendo, están y a alegres, porque van creyendo lo que les hemos representado, de que nos quedaremos con ellos, y que no se les ha de sacar, como ahora diez años a las tierras de los Españoles, sino que en su mismo País les hemos de catequizar, y hacer Christianos, dándoles que comer, y haciéndoles los demás agasajos, que se puede. Nosotros quedamos aún en la Pampa de Ledesma, hasta que el Señor Don Pedro se determine a que nos mudemos a las Juntas de los Ríos de Xuxuy y Tarija, donde ay mucho golpe de gentío”. Hasta aquí el Padre Solinas, que como su corazón estaba abrassado de amor de Dios, deseaba dar a conocer su Bondad infinita a todos los infieles, para que le sirviessen, y amassen, y esse deseo le estimuló en esta ocasión a prevenir los lances de manera, que tuviesse ocasión de convertir aquellas remotas Naciones, aunque al fin no se logró, por embarazos que puso el común enemigo, como diré después de referir los sucesos, que acaecieron antes en la Misión.

§ V

REFIERENSE OTRAS COSAS, QUE OBRÓ EL PADRE SOLINAS EN EL CHACO, HASTA QUE FUE CORONADO DE GLORIOSO MARTYRIO

Havía ido Don Pedro Órtiz de Zarate, mientras sucedía todo lo referido, a buscar el sitio más a proposito, para que viviessen los Missioneros, y pudiessen fundar una Reducción. Elegido el sitio con aprobación de todos, passaron a él toda la gente que tenían reducida, y fundaron una Capilla, con la advocación de San Rafaél, Patron de los caminantes, y luz de los ciegos, para que dirigiesse los passos, y abriessse los ojos a aquella gente, que vive en las sombras de la muerte. Unida con la Capilla se dispuso habitación competente para los Missioneros con su religiosa clausura. No lexos de ella hicieron una estacada tan capáz, que dentro pudiessen vivir los Soldados Españoles, e Indios amigos con todos los criados en casas distintas. Executado esto con la mayor presteza possible, salieron los Missioneros para ir dando noticia a las Naciones del motivo de

su ida a aquellos Países: y acompañados de solos doce Españoles, doce Indios Christianos, y un Cazique catecumeno de los Ojotaes, que fue siempre fidelíssimo a los Padres, se encaminaron al río de Tarija, dos leguas más arriba, de donde este se junta con el río de Xuxuy, paraje, donde principalmente están poblados los Tobas, y Mocobies, para intimarles la paz que les ofrecían los Españoles, y al mismo tiempo persuadirles se hiciessen Christianos. Aquí les hizo parar el Cazique de los Ojotaes, diciendo, que iría por delante a hablar a aquella gente, especialmente a los Tobas, y que si los hallaba bien dispuestos se quedaría entre ellos, y embiaría a avisarles con uno de sus vassallos; más que si estuviessen resueltos a persistir en la guerra contra los Españoles, y sin ánimo de convertirle a nuestra Santa Fe, se vendría, y junto con los Padres, se bolvería al Pueblo, o Reducción de San Rafael. Agradó el arbitrio, fuesse el Cazique, y como y a tardasse quatro días en dar razón de la resulta de su diligencia, que era tiempo sobrado para concluir qualquier negocio con dichas Naciones, y dar aviso, entraron los Padres en gravíssimo cuydado de alguna trayción, que es muy ordinaria en aquella gente perfida, rezelando no huviessen los Tobas aprisionado al Cazique Ojotá, que no sería la vez primera para executar a su salvo sus dañados intentos, sin que los pudiessen prevenir; más aquella noche del día quarto salieron de cuydados, porque llegaron y a muy tarde los Ojotaes con recado de su Cazique, en que avisaba del buen estado de la materia, y como estaban esperando los Tobas con toda su chusma a los Missioneros en el Río grande del Chaco. Partieron estos luego allá y llegaron a las nueve del día siguiente, siendo recibidos con grandes fiestas, y demostraciones de regocijo. Ofreciéronles sitio los Tobas, para acamparse, y passaron en él rigurosos fríos por estar expuestos a las inclemencias del tiempo, que era el corazón del invierno; pero todo lo sufrieron gustosos, porque lograron la ocasión de proponerles el fin de su entrada, que dixeron ser para hacer los Christianos sin sacarlos de sus tierras. No dexó de haver sus dificultades, para que viniessen en ello, porque las Indias viejas, que ordinariamente son grandes hechizeras, y tienen familiar trato con el demonio, les persuadían, que los Padres les engañaban, alegando por exemplar lo que había hecho diez años antes el Apú de los Españoles (assí llaman al Governador) más al fin todo se allanó, y vinieron en que se juntarían para formar una Reducción, en la qual se les instruyesse en los ministerios, y preceptos de la Ley de Christo. Sólo quien conoce la ferocidad de estos Tobas, su perfidia,

y odio capital contra el Español, podrá estimar el ánimo y valor, que mostraron los Misioneros en arriesgarse con tan poca gente a hacer aquel viage, y meterse en el centro de esta Nación, donde vivían los más atrevidos, que más insultos habían cometido contra los Christianos, robando, y matando cruelmente por los caminos a quantos podían, de que daban bastantes pruebas aquellos con quien hablaron en los despojos sangrientos, que mantenían consigo; pero el ardiente deseo de ganar sus almas para el Cielo, dándoles noticia de la Ley de Christo, les hizo atropellar, y despreciar todos los peligros, y exponerse a perder la vida en tan gloriosa demanda.

Dexáronlos pues, resueltos a juntarse al tiempo, que pareciesse conveniente, y señalassen los Padres; y en prueba de la sinceridad, con que procedían, ofreció este Cazique de los Tobas, que daría, como dio, dos de sus vassallos para que acompañassen al Padre Diego Ruíz, que en Compañía del Maesse de Campo Don Diego Velez de Alcozer había de salir a dar quenta al Governador de los sucessos de la Missión, y del buen estado, en que se hallaba la paz deseada: en el mismo tiempo había de solicitar algún socorro necesario para llevar adelante la empresa comenzada. Añadió fuera de esto el Cazique Toba, tenía seguridad de que los otros Caziques de su Nación, se conformarían en todo con él, y que en caso de no quererle seguir, sino proseguir en sus atrocidades, él mismo sería el primero en participar la noticia de sus designios, y en hacerles la más valiente oposición. Con estas buenas esperanzas se partió el Padre Ruíz a Salta, acompañándole suficiente número de Indios, para passar los ríos, y defenderle en qualquier peligro. Los demás Tobas acompañaron al Padre Solinas, y a Don Pedro Órtiz hasta la Reducción de San Rafael, donde fueron muy agassajados. Después hablaron ambos Misioneros a otros Caziques de los Tobas, a que se hiciessen amigos, para que estuviessen mejor dispuestos para incorporarse en una Reducción, como se pretendía, y hallando entre estos un Indio Apóstata, llamado Lorenzo, le procuraron persuadir a que, detestando su apostasía, se bolviesse a Dios, y ayudasse al buen successo de la Missión con la autoridad, que por su valor se había grangeado entre los bárbaros, y parece lo consiguieron todo de él por entonces, como se conoció en que luego fue, e hizo se juntassen todos los Caziques de los Tobas en el paraje donde se juntan los Ríos de Xuxuy, y Tarija para escoger sitio, en que fundar la nueva Reducción, y dio gente para que abriessen nuevos caminos mucho más faciles, por donde bolviesse con el

socorro el Padre Diego Ruíz. Estaba congregada toda la Nación de los Tobas en la junta de los dos Ríos, fue allá el Padre Solinas con Don Pedro Órtiz, y escogieron sitio muy apropósito para fundarse con grande regocijo de toda la Nación, que lo significaron en las fiestas que celebraron a su usanza. Mostraban siempre, no obstante la aprobación común, mucho desplacer de esta fundación; pero no se atrevían a reprobarla claramente, por no atreverse a ir contra el dictamen de los más principales Caziques, por cuyo arbitrio se había executado. Passaron después a la Nación de los Mocobíes tan feroces, y bárbaros, como los Tobas, y por medio de un Cazique Mocobi ajustaron las paces con todo aquel gentío, a quien manifestaron el fin de su venida, que era hacerlos hijos de Dios por el santo Bautismo, y observancia de la Ley divina. Despacharon también sobre el mismo assumpto un mensaje a la Nación de los Mataguayes, que es bien numerosa, y semejante en todo a las demás del Chaco en fiereza, perfidia, y crueldad. Entre estas Naciones hallaron más claras noticias de la de los Vilelas, y aunque distaban veinte días de camino, disponían no obstante irles a llevar la luz del Evangelio.

Son estos Vilelas unos Infieles más pacíficos, que todos los circunvecinos; pues no se sabe de ellos, hayan cometido hostilidad contra los Españoles, ni aún contra los Indios bárbaros, sino guerra defensiva, para la qual se convoca toda la Nación, situada a una, y otra ribera del Río Bermejo, quatro, o seis jornadas, antes que este desagüe en el Río Paraguay. De todos se junta numeroso ejército con tan buen orden, que se hace formidable a las demás Naciones. Es común voz, que algunos de sus Pueblos tuvieron origen de otros y a Christianos, que de las Provincias del Paraguay, Río de la Plata, Tucumán, y aún del Perú, huyéndose de las tierras de los Españoles, por no servirles, se retiraron entre infieles a aquel paraje donde sus descendientes (y a todos infieles) se decía, conservaban algunas costumbres de Christianos, juntando a sus vassallos los Caziques algunos días para rezar, cultivando la tierra, y criando ovejas para su sustento, absteniéndose de guerra ofensiva, en particular contra los Españoles. Con la noticia de tan buenas calidades, le parecía, siendo ciertas, ser Nación muy dispuesta para recibir el Evangelio; bolvió de la junta de los Ríos, donde se obró lo que diximos, muy animado el Padre Solinas a solicitar su conversión, como en carta de 24 de Julio escribió el Venerable Don Pedro Órtiz al Padre Diego Ruíz por estas palabras: “No es decible el consuelo

con que bolvió de los Ríos el Padre Juan Antonio por la visita⁴¹ de los Tobas, y más confiado, y alentado, que Venerable Padre ni yo. Clama porque le lleven a los Vilelas, que desde allí con el olor, o consuelo de acercarse a sus amadas Reducciones del Paraguay pasar a la vida con rayzes, o pescado, si lo huviere”. El mismo Don Pedro Órtiz deseaba la empresa summamente, y en execución de sus deseos pidieron ambos a los Mocobíes, y Tobas les diessen dos Indios de los suyos, que les guiassen hasta los Vilelas, y que dexándolos en sus cercanías fuessen a sus Pueblos con la embaxada de sus intentos, que era enseñarles la Religión Christiana, y ofrecieron a los dos guías en pago de esta diligencia un quantioso premio de las bugerías, que ellos aprecian sumamente. Ninguno hubo que se ofreciese, y sólo uno salió a dar alguna noticia de la distancia, que ya sabían; pero ignorante del camino. Con esto huvieron de desistir de la empresa de los Vilelas, y se quedaron en la Reducción de San Rafael, ocupados en los ministerios de predicar, y catequizar a los Infieles, que allí tenían agregados, que serían como quatrocientas familias de Ojotaes, y Taños. Agasajaban también mucho a los Tobas, y Mocobies, y Mataguayes, que venían cada día para mantenerlos firmes en la resolución de juntarse en uno, o en dos Pueblos, para hacerse Christianos; y aunque padecían ya casi extrema necesidad, la sufrían gustosos, a trueque de ganar al más para Christo, y se quitaban de la boca su corto sustento, para socorrer a los Catecúmenos. Pero al mejor tiempo, que mayores progressos se podía prometer el negocio de la Santa Fe, se opuso el infierno con sus trazas, y atajó tan felices principios, incitando a los hechizeros a que maquinassen la muerte a los dos Missioneros que habían quedado en San Rafael, del modo que ya refiero.

Bolvía de Salta el Padre Diego Ruíz bien despachado del Governador de Tucumán Don Francisco de Mendoza, quien le había proveído de abundante socorro para mantenerse con sus dos Compañeros, y los Catecúmenos en tiempo de las aguas, en que no ay comunicación con las Ciudades de la frontera. En Compañía del Padre Ruíz despachó el Governador al Sargento Mayor Don Lorenzo Arias Cavallero de Salta, insigne en valor militar, que tenían bien experimentado a su costa las Naciones⁴² bárbaras, para que con algunos Soldados conduxessen el comboy libre de los ene-

⁴¹ 7E *vista*

⁴² 7E *Naciones*

migos, que pudiesen embarazarle el passo. Sabiendo su venida el Padre Solinas, y el Venerable Don Pedro Órtiz salieron a recibirlos, hasta un pequeño campo cercado de bosques muy espesos, que se llamaba *Santa María*, por una Capilla, que allí ambos habían erigido, y dedicado a la Soberana Reyna de los Ángeles distante seis leguas de la Reducción de San Rafael, donde habían quedado los Catecumenos, y los Españoles, excepto dos, y algunos Indios que acompañaron a los Misioneros. Ya en este tiempo los hechizeros de las dos Naciones Toba, y Mocobi, que tan pesarosos estaban, como diximos, de que sus Paysanos diessen oídos a las propuestas de los Ministros Evangélicos, y admitiessen la Fe de Christo, se habían valido de tales trazas, instigado del demonio, que habían podido pervertirles, e inducirlos, a que de una vez acabassen con ellos, quitándoles la vida a la misma sazón, que con más empeño, y ardor solicitaban darles la del alma, por medio de la predicación, y santo Bautismo. Pervertidos y a Tobas, y Mocobies, convinieron fácilmente en executar mancomunados los consejos de los hechizeros; por lo qual viendo que habían salido de la Reducción el Padre Solinas, y Don Pedro Órtiz con la poca gente que diximos, se juntaron ciento y cinquenta Infieles Tobas, y cinco Caziques Mocobies con sus vassallos todos bien armados, y se ocultaron en los bosques, que cercaban el campo de Santa María, de donde empezaron a salir el día 27 de Octubre al amanecer. Luego dio aviso Don Pedro de esta novedad al Padre Diego Ruíz, rogándole se detuviesse junto a un Río, que llaman Colorado, porque si aquellos Infieles le viessen acercar con un Cabo militar tan celebre, no imaginassen iba a hacerles guerra, y cautivarlos, con que se frustrarían los felices, y pacíficos principios de la Misión, quando antes passaba agasajarlos, de suerte, que bolviessen gustosos, y tan ganadas las voluntades, que se resolviessen agregarse de una vez a la Reducción, que pretendían fundar. Celebró Missa el Venerable Padre Solinas, y después de él Don Pedro Órtiz, y trataron luego de acariziar a los Infieles, que habían aparecido; pero ellos reconociendo a los dos Sacerdotes indefensos, cerrando protervos los oídos a los mysterios de nuestra Santa Fe, que pretendían enseñarles, con mayor amor de sus almas, que odio tenían los Barbaros a la Ley de Dios, cargaron sobre ellos unos con los dardos, otros con las macanas, todos con summa gritería, y les quitaron las vidas. Desnudáronlos totalmente, degolláronlos, y dexando troncos los Venerables Cadáveres, se retiraron con gran presteza a celebrar el

triunfo con las cabezas, como acostumbran, comiéndoles la carne, y brindándose en el casco, hasta caer embriagados de sus inmundos brevages, según es usanza especial de aquellas dos Naciones. No se detuvieron a comer, ni cargar los cuerpos, por temor de los Españoles, e Indios Taños, y Ojotaes Catecúmenos, que estaban en San Rafael; pero antes de retirarse, mataron también a diez y ocho personas, que estaban en Compañía de los Misioneros muertos, de los vestidos, y cabezas, y dexando un dardo, como lanza clavado en cada uno de los cuerpos de los difuntos: escaparon solamente cinco Indios adultos, uno de los quales dio noticia de estas muertes al Padre Diego Ruíz, contra quien había marchado otra tropa de Mocobíes, y Tobas, para darle assimismo la muerte; pero yendo por camino distinto, y teniendo muy a tiempo este aviso, se libró de sus asechanzas. Los Taños, Ojotaes, y demás Catecúmenos con gran sentimiento de la maldad enorme de los traydores se retiraron a sus tierras, para asegurarse de tan crueles enemigos al abrigo de su Nación, y se portaron tan fieles, que no robaron cosa alguna de las que se habían dexado en el Fuerte, y Capilla de San Rafael los Confessores de Christo, como reconoció el Padre Diego Ruíz, quando llegó a la Reducción desamparada, de donde a primero de Noviembre día de Todos Santos, fue con el Sargento mayor Arias, y su gente a Santa María. Allí halló el Cadáver del Venerable Don Pedro Órtiz en la misma puerta de la Capilla, parte dentro, y parte fuera, que pudo fácilmente ser conocido por no haverle comido los cuervos, que tenían y a descarnados a los demás, cuyos huessos estaban al rededor de la Capilla, excepto el del Padre Solinas, que estaba más retirado hazia la ceja del bosque, y pudo conocerse, porque junto a sus huessos estaba el cingulo con el rosario pendiente, una escofieta salpicada en sangre, una suma de moral, y libros espirituales, de que usaba en vida, y juntamente la última carta, que le escribió su compañero el Padre Diego Ruíz.

Un Indio Christiano, que escapó con vida, luego que vió el estrago, salió corriendo del Chaco, hasta el Pueblo de Humaguaca, donde refirió todo el suceso a su Cura el Licenciado Don Antonio de Godoy, quien despachó la noticia al Governador Don Fernando de Mendoza. Este salió en persona después de oír Missa, y comulgar el día de Todos Santos, para entrar al Chaco a socorrer con Soldados al Padre Diego Ruíz, y Sargento mayor Don Lorenzo Arias, a quienes consideraba en extremo peligro. El Teniente de Governador en la Ciudad de Xuxuy, Don Martín de Argañaraz,

despachó otros soldados, y todos encontraron al Padre Ruíz, que traía y a los cuerpos de los Venerables Martyres: y aunque por venir escoltándolos no castigó esta soldadesca las muertes sacrílegas; no quiso el Cielo, quedasse impune tal delito: porque de allí a dos años, que entraron los Españoles al Chaco, un destacamento de soldados gobernado por el Capitán Álvaro Vélez de Alcozer prendió, y dio muerte violenta al Indio principal agresor, quien llevaba aún por mangas de un mal colete las medias de cordoban de que usaba el Padre Solinas, y dexando el cuerpo muerto en el campo, vieron, al bolver a passar por allí al otro día, con bastante admiración, como por una herida, que tenía en el pecho le había un perro comido el corazón, siendo justo, castigasse el bruto, que es símbolo de la fidelidad, la mayor alevosía de quien excedió a las fieras en crueldad. Llevado el cuerpo del Venerable Don Pedro Órtiz de Zarate a la Ciudad de Xuxuy su dichosa patria, le celebraron en su Iglesia sumptuosas exequias, si con lágrimas de dolor, por haver perdido tan zeloso, y santo Parocho, con jubilos, al considerarle Abogado, e intercessor de todos sus Compatriotas en el Cielo, y su tierra ilustrada con el nacimiento de un hijo coronado con el laurel de Martyrio. Con semejante aclamación, y aplauso fue recibido, y sepultado en la Ciudad de Salta en el Colegio de la Compañía de Jesús el Cadaver del Venerable Padre Juan Antonio Solinas, quien alcanzó la gloriosa corona de Martyr, como se ha insinuado, a los 27 de Octubre de 1683 teniendo quarenta años de edad, y veinte de Compañía.

Al mismo tiempo, que este padecía en el Chaco la muerte por Christo, se dignó su Divina Magestad de hacérsela manifiesta en Cerdeña a un grande siervo suyo, para crédito mayor de nuestro inclito Martyr. El caso passó de esta manera: entre los muchos Religiosos Capuchinos señalados en virtud, milagros, y profecías, que han florecido, y florecen en la Provincia de Sácer, una de las dos, que tiene en la Isla, y Reyno de Cerdeña aquella exemplaríssima Religión, moraba en el Convento de Bitti un Religioso natural de Oliena, patria del Venerable Padre Solinas, y al tiempo que la Comunidad se havía juntado a tomar la ordinaria refección, rompió este santo varón su inalterable silencio tan puntualmente observado en esta Santíssima Familia con demostraciones de alegría extraordinaria, que daban bien a entender, que latía superior espíritu en su pecho, y comunicaba a su alma, soberanamente endiosada, noticias de otra esfera. Pasmóse la Comunidad

de tan inopinado regocijo, y el Guardián usando de prudencia, para dar alguna satisfacción a la Comunidad por la violación del silencio inviolable, según sus Reglas en todo el Convento, y particularmente en el Refectorio, le hizo cargo de haver traspasado sus sagradas Costituciones con aquellas desusadas demostraciones de gozo, y al mismo tiempo quiso saber del Religioso el motivo de tamaña alegría al parecer intempestiva. Recobróse del divino éxtasi, y entre humilde, y obediente para exemplo de los tibios, y aliento de los fervorosos, respondió, que no se escandalizassen por las repentinas señales de júbilo, en que había prorumpido, pues que le había hecho el Señor la gracia de participarle las nuevas del glorioso Martyrio, e ilustre corona con que acababan de honrar a su paysano el Padre Juan Antonio Solinas de la Compañía de Jesús en las vastísimas Provincias del Chaco, los Infieles de aquellos Países. Suspendió el Prelado la execución del castigo, que tenía ideado por la violación de tan importante regla, y exhortándole al agradecimiento debido a nuestro Señor por tan eximio beneficio, que de su liberal mano había recibido, después de tomarle su dicho con juramento, y sellarle en presencia de los Padres Venerables de aquel Convento, que no estrañaban semejantes favores del Cielo en aquel Religioso, le remitió al Padre Rector de nuestro Colegio de Oliena, hasta tanto que llegasse confirmada aquella noticia con las cartas de los Jesuitas de la Provincia del Paraguay, a cuyo cargo está dicha Misión del Chaco. Tan ilustre testimonio dio el Cielo de la gloria de nuestro Martyr, manifestando en tanta distancia la corona, que alcanzaba, y disponiendo se hiciesse patente este favor delante de testigos tan abonados.

§ VI

ALGUNAS DE SUS HERÓYCAS VIRTUDES

Dispuso siempre su alma el Padre Antonio Solinas para alcanzar tan soberana gracia, como la de testificar con su sangre la Fe, que predicaba con el ejercicio de altísimas virtudes, a que se aplicó con esmero desde el Noviciado. Ya vimos el exemplo admirable, con que allí floreció: y todo el resto de su vida se mantuvo semejante a sí mismo, resplandeciendo en aquellas virtudes, que más adornan a un Religioso perfecto. En la obediencia, que quiere nuestro gran Patriarca, sea el caracter distintivo de un verdadero Jesuita, fue el Padre Solinas muy señalado, no teniendo en nada propia voluntad, ni dando el menor indicio de repugnancia, no

sólo al orden expreso; pero aún a la más leve insinuación de la voluntad del Superior. Por esso le mandaban los Superiores con total satisfacción de que no había de encontrar en la ejecución la menor dificultad, porque obedecía ciegamente quanto se le insinuaba, aún en cosas de suyo difíciles: como se vio, quando aún su propia salud sacrificó en aras de esta virtud, por ir a Oristán, sin proponer, quando tan fundadamente rezelaba, le sería nocivo aquel temple por muy opuesto a su complexión. Eran ardentísimos los deseos, que tenía de vivir, y morir entre los Indios en las Misiones del Paraguay; pero a una insinuación, que le hizo el Padre Rector de Buenos Ayres, de que se quedasse en el campo enfrente de San Gabriel algunos meses, y esso en Compañía de cierto sugeto de natural bien desapacible se ofreció luego, respondiendo, que aunque su inclinación era bolverse luego a sus amadas Doctrinas le sobraba haverle insinuado su Reverencia, ser aquella su voluntad, para que se quedasse con el mayor gusto, y se privasse del grande, que huviera tenido en bolverse, y de hecho se quedó en aquel sitio, que era sobremanera incommodo. El mismo rendimiento observaba en los caminos con sus compañeros no saliendo un punto de quanto ellos disponían, sin dar jamás señal de repugnancia. Esta resignación nacía en él de reconocer en el Superior, o en quien tuviesse representación, o sombra de tal, al mismo Dios, a cuya voluntad estuvo siempre sugeto, no sólo en las materias de obligación grave, sino en las más leves, sin admitir en su alma culpa venial deliberada, en quanto es concedido a nuestra frágil naturaleza. Por tanto observaba nuestras Reglas con tal exacción, que pudieron de poner sus Compañeros, y Condiscípulos, no haver notado desde el Noviciado, hasta ser Theólogo, huviesse quebrantado la más minima, y del mismo modo se portó todo el resto de su vida, siendo exemplar de observancia religiosa en quantas partes vivió.

No se señaló menos en la pobreza de espíritu. Su vestido era el preciso para la decencia de su estado, y siempre el más pobre, sin tener otras alhajas, que las inescusables. Para las cosas más menudas pedía licencia, sin atreverse en los caminos a recibir cosa alguna por no poder entonces pedirla al Superior. Vivía tan despegado de todo lo terreno, que si pudiera passar sin comer, ni dormir lo escusára, y quando tomaba el preciso descanso, era tal su lecho, como el del Indio más pobre, y miserable: en todo lo demás era su tratamiento, como de quien amaba, y veneraba por madre a la santa pobreza, siendo tal su vestido interior, que no se conocía la tela principal:

porque a los remiendos vinculaba todo el recurso, que pudiera tener a otro más nuevo, o menos maltratado. La pureza de su alma, y cuerpo no fue inferior a las demás virtudes: recatábala tanto, que ni levemente con la mano se atrevía a tocar el vestido exterior de persona alguna, ni aún a acariciar un animalito, o paxarillo. Para que no aportillasse el alcazar de su alma alguna máquina, de las que usa contra esta delicada virtud el común enemigo, cerraba con gran diligencia las puertas de sus sentidos. Los ojos no sólo retiraba de objetos menos decentes; pero para estar más seguro, aun de los que sin ofensa de la virtud pudieran recrear el ánimo, traíalos siempre bajos, y no les permitía espaciarse en ver curiosidad alguna. Admirados de esta modestía se componían todos al verle de manera, que con haver vivido entre soldados, ya en San Gabriel, ya en el Chaco, ninguno osó jamás en su presencia hablar palabra, ni executar acción, que aún levemente fuesse descomedida en puntos de recato. Por el amor de esta virtud, que se esforzaba a conservar con el mayor esmero, como joya preciosísima, hacía cruda guerra a su cuerpo, que trataba como al mayor enemigo. La mortificación, que diximos entabló en su noviciado, siendo tan austera, no sólo la conservó, sino la aumentó más cada día, negándose a todo gusto del apetito, y castigándose tan sin compasión, que la causaba a quien casualmente oía el rigor de sus penitencias. Con esta vigilancia se conservó virgen purísimo hasta que murió por Christo, según las reflexiones, que pudieron hacer los que le conocieron desde sus primeros años.

Fue muy dado a la oración, gastando en ella muchas horas, según le permitían las ocupaciones, y robando grandes ratos al sueño preciso, para tener más tiempo, que emplear en este santo ejercicio. Para el mismo fin en los caminos se apartaba con disímulo de los Compañeros deseoso de entretenerse siempre a solas con su Dios, y aún rodeado del tropel, y confusión de un ejército puesto en campaña no desistía de orar, quando no le llamaban los empleos de caridad, por lo qual le hallaban en su tienda hincado de rodillas, y orando con imperturbable devoción, quando le buscaban para algún ministerio. En esta fragua encendía el fuego de la caridad, que vivifica todas las virtudes, y resplandeció siempre en todas las de este esclarecido Confessor de Christo. Era ardentísima la que tenía a su Dios, deseando vivamente padecer quanto fuese posible de afrentas, penas, y tormentos por darle a conocer a todos los mortales, para que le amassen, como de-

ben, no reparando en los mayores trabajos a trueque de estorvar sus ofensas. Fue este amor Divino más poderoso en este Siervo de Dios, que la misma muerte, pues antes pudo esta consumir la vida del cuerpo, que apagar los incendios de su caridad, o acobardar su ánimo esforzado a vista de los tormentos. Algunos días antes de su dichoso martirio, tuvo aviso cierto de que los infieles Tobas, y Mocobies disponían quitarle la vida, porque les predicaba a Christo, y su santa Ley; pero él intrepido no retrocedió un passo de su empresa, ni pudo temor alguno retardarle, antes se esforzó con más empeño a adelantar más la causa de Dios, y los progresos de nuestra Santa Fe, en beneficio de aquellas almas, aunque le costase la vida, como le costó. De este amor grande para con Dios nuestro Señor le nació el que mostraba a la santísima Humanidad de nuestro Redemptor, y la devoción eximia al misterio Soberano de la sagrada Eucaristía. Quando podía, nunca dexaba de tener su oración delante del Señor Sacramentado, con quien se regalaba en dulces, y tiernos coloquios, y por recibirle en su pecho todos los días atropellaba las mayores dificultades, y andaba muchas leguas en los caminos por no privarse del consuelo de decir Missa. Esta celebraba con tanta devoción, que la causaba en los oyentes, y tuvo la dicha de que aún el día del sacrificio cruento de su martirio logró tiempo, para celebrar antes este incruento sacrificio, en que se dispuso para ofrecer al Señor el holocausto de su santa vida en olor de suavidad.

En el mismo amor a su Dios tenía su origen el amor a los próximos, contra quien estuvo tan lejos de cometer la menor ofensa, que ni aún voces tuvo jamás, para quejarse de lo que contra él algunos obraron, siendo su interior paz en todos los sucesos inalterable, por estar fundada en Dios, que nunca se muda. Poco era esto: ocupábase de día y de noche en obras de misericordia corporales, y espirituales, para ayudar a sus próximos, y se reparaba, hacía esto con mayor empeño por los que le ofendían, o con los más desvalidos. Por el bien de estos se desterró gustoso de su patria a los retiros remotos de las Misiones de esta América, y procuró vivir siempre entre los pobres Indios. Con ellos era Padre solícito, y Madre amorosa: solicitábales compassivo todo su alivio, no sólo para el alma con el zelo, que se ha dicho, sino para las miserias corporales, a que están expuestos, de que se valía, como medios, para lograr mayor fruto en sus almas, que era el fin, a que todo lo enderezaba. Por este motivo se hacía médico de los enfermos,

a quienes curaba por sí mismo, sin reparar en los ascos de sus enfermedades, que hallaban en él universal remedio, y por esse medio les ganaba la voluntad, para que le manifestassen las dolencias del alma, que sanaba con mayor destreza. El bien eterno de los mismos próximos, le llevó al Chaco, donde todos los mayores trabajos, se le hacían suaves, a trueque de lograr la conversión de aquellas Naciones ciegas, que con ser tantas, a todas les pretendía comunicar la luz del Evangelio con el desvelo, y diligencias, que se han referido, solicitando, no quedasse ninguna sepultada en las sombras del Gentilismo, y sin conocer a su Redemptor. Premióle sin duda su Divina Magestad estos ardientes deseos, concediéndole que por ellas, y por su Divino amor diesse la vida, siendo coronado de glorioso martyrio. Este, y un Compendio de su vida, escribió el Doctor Don Francisco Xarque, Dean de Albarracín en el libro 3 de los Missioneros del Paraguay, del qual, y de otras relaciones, se ha sacado lo que en esta vida queda referido.

ESTRELLA QUINTA
CAPÍTULO V
VIDA DEL VENERABLE PADRE MIGUEL ÁNGEL SERRA

§ I

*SU PATRIA, Y NIÑEZ, SU ENTRADA EN LA COMPAÑÍA,
Y LOS EXEMPLOS DE VIRTUD, QUE DIO EN SU
NOVICIADO HASTA HACER LOS PRIMEROS VOTOS*

Aunque el gran Siervo de Dios Padre Miguel Ángel Serra empuñó siempre su extraordinaria humildad en ocultar quanto pudo, y le fue licito, sus singulares, y esclarecidas virtudes, y los grandes favores, que sin duda recibió de las liberales manos, que el Padre de las misericordias franquea, y comunica a quien con resolución se priva de los gustos, y consuelos de esta vida, no obstante, no pudo recatar grandes exemplos, que dexó para la imitación, por donde se traslucía el rico tesoro de gracias, y virtudes, con que había enriquecido Dios todo poderoso a este Siervo. Era su alma, qual la que pinta David toda adornada en lo interior; pero no podía dexar de descubrirle mucho resplandor, donde todo era subidísimo oro de perfección. Rastrearase algo por lo que pudo llegar a nuestra noticia, pues sin duda fue más lo que siempre ocultó, que quanto se observó en este admirable Varón, que fue uno de los grandes Siervos de Dios, que ha tenido la Compañía de Jesús; razón, porque sin duda dispuso el Cielo, que no se limitassen las luzes de sus exemplos a una sola Provincia, sino que resplandeciessen en tres distintas, como se irá viendo en la relación de su vida.

La patria del Padre Miguel Ángel, fue la muy noble Ciudad de Iglesias en el Reyno de Cerdeña, dichosa sin duda por ser Madre de hijos esclarecidos, que la han ilustrado con sus letras, y santa vida. A un mismo tiempo florecieron en nuestra Compañía tres hijos de dicha Ciudad muy semejantes en virtud, que promovieron la gloria de Dios en tres distintas partes del Mundo, que ennoblecieron, e ilustraron. En Europa el Venerable Padre Pedro Caní, que gobernó con grande acierto muchos Colegios de Cerdeña favoreciéndole Dios con evidentes prodigios, qual fue entre otros multiplicar su Divina Magestad el trigo, para que no faltará el sustento a sus súbditos, quando la caridad ardiente del santo Rector acudía con gruesas limosnas a todos los pobres de la Ciudad de Cáller. Governó la Provincia de Cerdeña un trienio con tanta satisfacción, que le bolvió a señalar Provincial segunda

vez nuestro Padre General, aunque lo rehusó su grande humildad, y deseo de obedecer; más no pudo el empleo de Rector del Noviciado de Cáller, que exerció por nueve años, coronando su exemplar vida con una santa muerte en el mismo Noviciado a los ochenta y dos años de su edad el de 1692 volando al Paraíso, cargado de merecimientos, que adquirió en sesenta y dos años de vida perfectíssima en la Compañía. El segundo, llamado Nicolás Caní ilustró la Asia trabajando Apostólicamente en la Provincia de Philipinas, donde le conduxo su infatigable zelo, que mereció la aprobación del Venerable Martyr de Christo Padre Diego Luís de Sanvitores, a quien acompañó en sus heróycas empressas de las Islas Maríanas, y habiendo ocupado después los primeros puestos de aquella Apostólica Provincia acabó santamente su peregrinación en nuestro Colegio de Manila.

El tercero Jesuita natural de Iglesias, muy estimado de los otros dos referidos por su gran santidad, más que por la relación de Paisano, fue nuestro Padre Miguel Ángel Serra, a quien destinó el Cielo, para que al mismo tiempo ilustrasse a la América en dos de sus Provincias, después de haver dado grandes exemplos en la propria de Cerdeña. Nació a 7 de Enero de 1638 de Padres muy nobles, y virtuosos, cuyos nombres nunca en las Indias se pudieron averiguar, porque el Siervo de Dios nunca los tomó en boca, y preguntado nunca los quiso decir, porque unas vezes se reía, y otras con la gravedad mesurada del semblante daba a entender, quanto le desagradaban pláticas, que podían redundar en propria estimación, y memorias de carne, y sangre, que tenía tan olvidadas.

Crióse en la Ciudad de Cáller, y a los primeros passos, que dio en la vida racional, al amanecer en su entendimiento las primeras luzes de la razón, mostró claramente, quan prevenida estaba su dichosa alma de bendiciones celestiales, y la singular santidad, para que estaba escogido. Bien pronosticaba esto su buena tía, que por este motivo se esmeró con particular cuydado en su educación, mirándole, como a presea de inestimable valor, que Dios le havia encomendado a su desvelo, para que la conservasse siempre en el primer lustre, que le comunicó la Divina Gracia: por consecuencia de este desvelo reconocía después el Padre Miguel Ángel, y lo confessó varias vezes, el haver conservado en su joventud, sin marchitarse la fragante flor de la virginidad, porque jamás le permitía tratar con juvenes traviessos, o divertidos, sin saber otro camino, que el que guiaba de su casa al Colegio de la Compañía, donde

estudiaba. Allí aprendió la Gramática, y Rhetórica, y con mayor aplicación la virtud, esmerándose principalmente en la devoción con la Serenísima Reyna de los Ángeles, que es la primera, y más provechosa lección, que en nuestras escuelas se enseña a los discípulos, que las frecuentan. Llamaba a esta Soberana Señora, el bendito joven, su Madre, y como a tal la amaba, y reverenciaba con el más tierno amor, y agradables obsequios. Para hacer estos con mayor fervor, se alistó en una de las quatro Congregaciones, que tiene la Compañía en nuestro Colegio de Cáller, y como todos los Congregantes reconocieron esta su singular devoción con María Santísima, determinaron premiarla, promoviendo a un mismo tiempo su Congregación con elegirle por su Prefecto en circunstancias bien apreciables, porque habiendo en ella muchos Sacerdotes, no acostumbraban escoger Prefecto sino del número de estos; pero esta ley se dispensó con nuestro Miguel Ángel, juzgando, y con razón, no le haría falta el estado Sacerdotal, para exercitar su oficio con la mayor satisfacción, quando en el altar de su pecho ardían tan vivas llamas de amor, para con María Santísima, y que no se había de medir con leyes comunes, un joven, que sobre ellas se adelantaba tanto en la devoción. Y manifestó la experiencia, que no se habían engañado, ni en la elección, ni en los motivos, porque nunca se celebró su fiesta con mayor aparato, y adorno, ni jamás aquellas paredes respiraron mayor devoción, y amor para con la Sacratísima Virgen. Demás de las funciones de la Congregación confessaba, y cumplaba en nuestra Iglesia en todas sus festividades fuera de los días de la Comunión general de todos los Estudiantes para ganar el Jubileo.

Con este tenor de vida tan ajustada no es maravilla, que hiciesse en las letras tan aventajados progressos, pues fue uno de los mejores Rhetóricos, que vieron aquellos estudios, siendo tantos los Discipulos, que frecuentan en Cáller nuestra classe de Rhetórica ordinariamente más de doscientos, y viviendo desde sus tiernos años muy enfermizo; pero con su feliz ingenio, suplía quanto sus achaques le podían embarazar en el estudio de las letras. Entre estos loables exercicios se empezó a sentir movido con eficacia a consagrarse a Dios en las aras de la Religión de la Compañía, cuyo instituto le parecía el más conforme a su genio. Representó sus deseos a la Santísima Virgen, solicitando por medio de su poderoso patrocinio, alcanzar la luz necesaria para acertar en negocio de tanta importancia, qual es la elección de estado. Con lo que esta

Soberana Señora le alumbró, ocurrió a proponer sus piadosos intentos a su Confessor ordinario, sugeto de nuestra Compañía gran Siervo de Dios, que murió en su Provincia de Cerdeña con fama de santidad. Penetraba este, como arbitro de su conciencia, la gran virtud, y pureza de intención de su hijo espiritual, y deseaba lo mismo que él proponía; pero para resolver con más acierto punto tan esencial, después de confirmarle en sus buenos propósitos, si reconociese ser del agrado divino, le aconsejó que consultase otra vez con la Santísima Virgen, a cuya devoción le alentó de nuevo. Executólo Miguel Ángel con tal exacción, que después le hallaban, acabado el estudio, todas las tardes puesto en oración delante de su Altar, pidiéndole afectuosamente se dignase de admitirle en la Compañía de su Sacratísimo Hijo. Satisfecho ya el Confessor con estas diligencias le mandó, que pidiese al Padre Provincial le admitiesse en la Compañía. El Padre Provincial reconociéndole enfermizo, no se resolvía, a admitirle, y le iba dando largas, y consolando con buenas palabras. Con estas dilaciones se encendía el Pretendiente en más vivos deseos de ser Jesuita, y hacía siempre mayores instancias cada día, aún después que el Padre Provincial le dixo, no podía recibirle por su falta de salud. Esta constancia de Miguel le dio en que pensar, persuadiéndose, que aquella vocación era sin duda de Dios, pues habiéndole dado tantas repulsas insistía con tal perseverancia en su pretensión. Este pensamiento le obligó a juntar los Consultores de Provincia, y propuesto el negocio, fueron todos de parecer, que en ninguna manera le recibiese, por no tener la salud, y fuerzas, que requiere el peso de nuestros ministerios, y por consiguiente sería más de carga para la Compañía, que de provecho, ni para la Religión, ni para los próximos. Repitióse aquí el exemplo, que sucedió en los Venerables Hermano Alonso Rodríguez, y Juan Ximeno: porque el Padre Provincial, que era Varón de grande espíritu, inspirado de Dios, y como pronosticando lo que sucedió, dixo en la misma consulta: “Ea Padres míos, recibámosle siquiera para Santo”. Assí se executó entrando en la Compañía a los 6 de Junio de 1656. Hizo en su primera probación los ejercicios espirituales por espacio de un mes vestido de Seglar, como se estila en aquella Provincia, que no es pequeña prueba de la vocación: y siendo fragua, en que otros encienden la luz del desengaño; para nuestro Miguel Ángel fueron crisól, en que dexó purificado el oro de sus virtudes. Fue luego admitido al trato familiar de los demás Novicios, de quienes apenas fue visto con tanta mo-

destia, y circunspección, quando los dexó sumamente edificados; porque desde los primeros días (como estaba tan acostumbrado a la virtud en el siglo) se mostró tan exemplar en el Noviciado, que pareció, no había entrado de nuevo en él, sino que se había criado en aquella casa toda la vida Novicio. Al verse en ella no sabía como celebrar su dicha: que como le había costado tanto peligro arriar a este puerto, apreciaba sobremanera la felicidad de verse en él: como el naufrago, que se vió a pique de perecer en las ondas, abraza, y besa la tierra, a que aportó venturoso después de una desecha borrasca. Dábase assí mismo repetidos parabienes de verse libre de los riesgos del mundo en el puerto seguro de la Religión, y se alegraba con mayor gozo de verse desprendido de sus lazos, que se gozan otros de recibir su imperio. Agradecía a Dios tan summo beneficio, y procuraba corresponderle con el exercicio de las más solidas virtudes. Los raros exemplos que desde luego empezó a dar la aplicación a su aprovechamiento, la alegría, con que se empleaba en todos los exercicios de un devoto, humilde, y fervoroso Novicio, no se pueden expressar facilmente: y aunque es verdad, que no se debe hacer gran caudal de estas flores, porque suelen fácilmente marchitarse; pero no se puede negar, son muy apacibles en quien como en el Hermano Miguel el tiempo, y la gracia las adelanta, y sazona en maduros frutos. Entregó en primer lugar las reglas de la Compañía a su feliz memoria, para no olvidarlas jamás en su perfecta observancia, sirviéndole de pauta, por donde regló siempre las más minimas acciones de su vida. Venerabanle los Connovicios por norte de las suyas, pues aprendieron de él muchos exemplos de perfección. Era entre todos el más rendido, y humilde, modesto, y caritativo, agradable, y oficioso con todos, y como tal no sólo estimado, sino amado, y querido de todos. A unos encendía en afectos ardientes con sus palabras, a otros abressaba en amor divino con sus razones, que como nacían de un pecho abressado en celestiales incendios, pegaba a todos las llamas del corazón para sus fervores: al passo que amaba tan ardientemente a su Dios, se aborrecía a sí mismo, contra quien publicó sangrienta guerra. Propuso no darse gusto en su vida, como si alguna vez huviera traspasado los limites de la razón, o huviera dado larga a sus passiones. Procuraba mortificarse en todas las cosas posibles, y se maltrataba con tal crueldad, que temblaban las carnes de la fortaleza de su espíritu. Andaba ceñido de ásperos cilicios, y azotábase crudamente, como quien sabía, que quanto más rendido está el cuerpo, obra el alma

con más perfecta libertad, y corre más ligera por la estrecha senda de la perfección. Finalmente resplandeció tanto en el Noviciado, que se pudieron todos prometer seguramente de aquellos principios los fines admirables, que se veneraron después en su santidad. Acreditada pues así su virtud, dio fin a su Noviciado con los tres votos Religiosos, a que se dispuso con atentas vigiliás, oración continua, ayunos, y penitencias rigorosas, con las quales prevenciones hizo perfecto holocausto de sí mismo en las aras de la Religión, lleno de gozo, y jubilos extraordinarios su espíritu, que no pudiendo ocultarse en lo interior de su alma por excesivos, salían por los ojos, a dar claro testimonio de lo que se obraba en su abrasado pecho.

§ II

SUS ESTUDIOS, Y MINISTERIOS EN CERDEÑA, HASTA QUE PASSÓ A ESTA PROVINCIA DEL PARAGUAY

Havía de empezar nuestro Hermano Miguel la carrera de sus estudios, después que se trasladó por los tres votos al estado Religioso, y aunque para entrar en facultades mayores, se hallaba aventajado latino, y con suficiente noticia del arte Oratoria, no obstante, como los de la Compañía no han de saber sólo para sí, sino para enseñar a otros, le mudaron los Superiores al Colegio de Cáller, para que se perficionasse en letras humanas, que han sabido divinizar los Jesuitas para confusión de la ignorancia, y errores. Perficionóse en este estudio ventajosamente con toda la comprensión de las leyes de un Orador perfecto, y gran magisterio de la elocuencia, que passó luego a enseñar en el Colegio de Iglesias su patria. Hizo en sus discípulos tantos progressos con el exemplo de su virtud, como con los preceptos de la Rhetórica. Aplicóse a su empleo con todas las obligaciones del ministerio, conciliándose tanta veneración de sus discípulos, que en su educación aún obraba más el respeto, que su temor. Manteníalos tan devotos, y fervorosos, como si fueran unos Novicios, según la solía contar muchos años después el Padre Bartholomé Serra, que tuvo la fortuna, de aprender la Rhetórica de tan sabio, y exemplar Maestro. No se contentaba su fervoroso zelo con aprovechar a sus discipulos en virtud, y letras: porque para coger fruto más copioso solía todos los Domingos, y días de comunión, después de haver recibido al Señor Sacramentado, y dádole rendidas gracias, salir a la plaza de la Iglesia, donde hacía una fervorosa plática de este Soberano

mysterio, encendiendo a todos los oyentes en aquel divino fuego, que ardía, y se avivaba en la fragua de su corazón con el fresco, y suave viento del Divino espíritu, que alentaba en su pecho. En todo este tiempo se mantuvo siempre muy achacoso, como también en el de los estudios de Artes, y Theología, para que bolvió al Colegio de Cáller. Fuele preciso por esta razón interrumpirlos varias veces, por lo mucho que padecía; más no por eso fue inferior a ninguno de sus Condiscípulos, sino comúnmente reputado por superior en todos los actos, y funciones literarias: que la viveza de su ingenio, y la aplicación (el tiempo que le era lícito) suplía con ventajas quanto le pudieran impedir sus molestos achaques. Suelen los empleos de letras introducir en espíritus menos solidos el de la tibieza, tan peligroso, parando los que fueron incendios en el Noviciado en centellas, que levantan raras vezes las llamas del fervor antiguo; pero como el de nuestro Hermano Miguel Ángel era muy fundado, se mantuvo siempre, sin afloxar en medio de las tareas literarias, en el estudio de su aprovechamiento. Era su aplicación toda la que permitían sus achaques; pero su tesón invariable en no admitir cosa, que desdигesse de la perfección. Guardó con el mayor esmero en este ejercicio todas las reglas de un perfecto estudiante de la Compañía, siendo venerado de todos por exemplar de este estado, como lo havía sido en el de Novicio. Su compostura, y modestia exterior era señal manifiesta de la interior de su alma, y sus pláticas, o de letras, o de las cosas del Cielo siempre que se ofrecía la ocasión, porque tuvo siempre singular destreza en entablar conversaciones de materias de espíritu, sin molestia, ni enfado de los oyentes por la discreción, con que las introducía. Tuvo particular gusto en el estudio de la Sagrada Theología: porque como toda esta ciencia tiene a Dios por objecto, le era ocasión más oportuna, para no divertirse de pensar en Dios, a quien acudía por luz en las dificultades más arduas, y obscuras, y la conseguía por medio de oración fervorosa.

Coronó sus estudios con los Sagrados Ordenes, que recibió en Cáller: y como su humildad le pintaba indigno de grado tan superior, se confundía al verse elevado a dignidad tan alta. A este passo procuró, fuesse la preparación para celebrar el primer sacrificio la más fervorosa, y la misma observó siempre para llegarse al altar. Ordenado de Sacerdote bolvió a leer Rhetórica en Cáller a los externos, con tal crédito, y satisfacción, que le destinaron los Superiores, para que la leyese en Casa a nuestros Hermanos

Seminaristas, siendo a todos dechado, y exemplo de virtudes, y procurando estampar en ellos la imagen de su espíritu, y ciencia. Passó de aquí, a tener la tercera probación, tributo indispensable, que pagan a Dios las letras en la Compañía, quando se halla más enriquecido el caudal, para que sean más fructuosas a sí mismo, y a los próximos. Hízola con gran fervor, y aplicación, sin distinguirse en todos los exercicios de los Novicios más nuevos, quando sus virtudes le diferenciaban de los antiguos más aprovechados. No faltó quien en este tiempo hizo particular estudio de ver si podía notarle un descuydo; pero se frustró su desvelo, porque no halló sino mucho que venerar, e imitar en todas sus acciones. Entregóse muy de veras en este santo retiro a la continua oración, y meditación, en que mereció grandes favores del Cielo, que tal vez no pudo recatar de ageno registro su advertencia cuydada. Una vez le halló un Novicio en oración en la Capilla delante de un Santo Crucifixo, tan transportado en la contemplación de su amante Redemptor, que no bolvió en sí por un gran rato, gozando del favor, que indicaba tener el rostro, como de un Ángel abressado en llamas de divino fuego, que se dexaban con dificultad atender, sino causando admiración al testigo de esta maravilla: y fue fama constante en toda la Provincia de Cerdeña, que por aquella misma devotíssima Imagen, se dignó el Señor hablar varias vezes, y revelar altos secretos a su Siervo. Tuvo en fin de tal manera su probación, que no les pareció a los Superiores defraudar de su magisterio a los Novicios, para que con el riego de su doctrina acreditada con tan singular virtud creciesen aquellas tiernas plantas tan vigorosas, que diessen a su tiempo los frutos, que pretende la Compañía de su santa primera educación. Señaláronle pues, acabada la tercera probación, por Compañero, y Ayudante del Maestro de Novicios, de quienes era refugio común en sus desconsuelos, y el iris celestial, que serenaba sus escrúpulos, y sus dudas con gran paz de sus espíritus: porque le oían como a oraculo, por haver concebido particular aprecio de su santidad: y de sus respuestas sacaban tanta utilidad, como admiración. Tanto como sus palabras, encendía los animos su vista: porque hallaban practicado en sus acciones, quanto pláticaba en su magisterio.

No obstante, como su salud se hallaba siempre quebrada en el temple de Cáller, pareció forzoso mudarle, para probar si se hallaba otro, que confrontasse más con su complexión, por no malograr sugeto de tan grandes esperanzas. Para esto le commutaron aquel

empleo en el de Maestro de Artes, dándole curso de Provincia en el Colegio de Alger. Era grande siempre el tesón, con que emprendía quanto la obediencia le ordenaba: con que en vez de mejorar con la mudanza de temple, empeoró conocidamente con la aplicación al estudio: con que habiendo empezado a componer su Curso, no pudo passar de las Sumulas, por apurarle fuertes dolores de cabeza, que siempre padeció, y caer de una vez enfermo: y assí fue forzoso sacarle de Alger, y trasladarle a Sácer, en cuyo Colegio se mantuvo hasta que pasó a las Indias. Sus ordinarias ocupaciones en este Colegio fueron los ministerios de nuestra Compañía de predicar, y confessar el tiempo, que daban treguas los achaques. Hacía los Domingos la doctrina, y pláticaba con aquel fervor, zelo de la honra de Dios, y energía, que eran en él ordinarias, y de donde se le originaba quedar totalmente postrado, y rendido. Pero donde mayores demostraciones hizo de su espíritu Apostólico, fue en una Misión, que emprendió en la Galura, a que dio feliz principio en la Villa de Tempio, cabeza de aquel Partido, en que recogió fruto copiosísimo. Destinóle sin duda el Cielo por iris de paz en todo el País, para que estinguiesse unas envejecidas enemistades, que se renovaron con vandos sangrientos, cuyo furor les había inducido pocas semanas antes a darse batalla, y arcabuzarse ambas parcialidades, de que resultó tan fatal estrago, que fuera de innumerables heridos quedaron muchos muertos en el campo victimas de la venganza. Aquí entró el Padre Miguel Ángel, acompañado del Apostólico Padre Francisco Espada, gran Siervo de nuestro Señor: empezaron a predicar con tal ardor, y zelo, que los de Tempio llamaban al primero, nuevo Elías, y al segundo, otro Enoch. Subió un día al púlpito el Padre Serra, y empezó a esgrimir con tan soberana destreza la espada de la divina palabra, que hiriendo a los parciales de un vando, les rindió a su fuerza, aunque sus ánimos arrestados parecian irreducibles. Entraronse todos armados por la Iglesia, de que se turbó con estraño, y bien fundado sobresalto el Auditorio, que recelaban ver renovado en el asylo del Templo los exemplos recientes de su furor, porque ignoraban aún el motivo de venida tan inopinada, y modo tan disonante; pues más parecía venir a profanar las aras de la piedad, que a sacrificarse rendido a la concordia. En tamaña turbación estuvo muy sobre sí el Predicador, y sin dar señas de estrañeza, prosiguió sí con serenidad; pero despidiendo fuego de amor, e inspirando deseos de la paz con la vehemencia de sus razones en ánimos tan empедerni-

dos: oyéronle con la atención, que prometía mal su disposición presente, y por fin del sermón se admiró una prodigiosa victoria de la divina palabra; porque al baxar del púlpito se le echaron todos a sus pies con sus armas, confessándose vencidos, y pidiéndole con bien sentidas lágrimas, hiciesse, y dispusiese de ellos a su voluntad, como juzgasse convenir para su salvación: porque le protestaron, no rehusarían medio el más difícil, para atajar el escándalo, y remediar sus conciencias. Pasmóse el Auditorio, sorprendido de la admiración al ver tan repentina mudanza, y transformados en mansos corderos los que entraron al Templo, como bravos leones, pero tan esclarecida victoria era sólo parte del triunfo, que no sería perfecto, sino se conquistaba de una vez la parcialidad contraria. No desconfió el Padre Serra de conseguirlo favorecido de la Divina Gracia, que imploró con vivas esperanzas de que le sería propicia, como sucedió: porque sabiendo los de aquel vando, lo que habían executado sus contrarios convencidos de las eficaces razones del sermón antecedente, se determinaron otro día, a entrar en la Iglesia, para oír al Predicador en la misma forma con sus armas a punto, como los primeros. Alentóse con esta vista el Padre Serra, y dióles tan recia batería, que rindió la fortaleza de sus voluntades obstinadas, y les inclinó al partido de la paz con tal fuerza, que se pusieron e sus manos, para ajustar las amistades con júbilo, y gozo inexplicable del numeroso Auditorio, que lloraba de consuelo. Hiciéronse las pazes dentro de la misma Iglesia: confessáronse después todos estrañamente arrepentidos, y en público se pedían perdón unos a otros derramando lágrimas de ternura, y devoción; siendo assí, que aquella gente se muda con dificultad, por ser sumamente tenaces en sus resoluciones. Admirarás más esta mudanza de la diestra del Altíssimo, sabiendo, que pocos meses antes había despachado el Virrey de Cerdeña un Comissario, escoltado de gran número de soldados, con orden precisa de sossegar los vandos, o de grado, o por fuerza; pero halló tal repugnancia a la paz, y tal arresto para resistirse, que sin efectuar cosa se bolvió desayrado, sin conseguir el fin de su comission; más no pudieron resistirse al poder de Dios, que hablaba por su Siervo, y los que no se habían rendido a la Justicia, armada de la tierra, se rindieron mansos, y humildes a la del Cielo, cuyos rigores les intimaron aquellos Varones Apostólicos, como embaxadores del mismo Dios, alentádoles a alcanzar de sí mismos, del mundo, y del infierno por los motivos eternos, una tan gloriosa victoria, a que no les ha-

vían podido inducir los temporales. Mostró el Cielo en este caso, que el medio más eficaz para pacificar los Pueblos, es la Divina palabra, que pudo establecer la concordia con tal permanencia, qual se colige de la deposición de uno de los Nuestros, que decía treinta años después de esto successo se había ido continuando de manera en todo aquel Partido, que se perdonaban con admiración de todo el Reyno las más graves injurias aún la gente principal, y de la primera nobleza, mostrandola más en esta generosidad, que en solicitar con escándalo la venganza, como lo hacían antes: debiéndose este fruto a este Apostólico Varón, que tomó Dios por instrumento para alcanzar, lo que no habían podido conseguir muchos Virreyes empeñados en este asunto con todo su poder. Con esta ocasión no es decible, quan acreditados quedaron entre aquella gente nuestros ministerios, y quanto se aficiónaron a la Compañía, solicitando muchos entrar en ella, entre los quales no se puede passar en silencio el recibo del Padre Pedro Ventura sugeto de aventajado ingenio, y no inferior observancia, que murió santamente con imponderable sentimiento de aquella gravíssima Provincia por el lustre, que esperaba recibir de sus lúcidos talentos, assí en Púlpito, como en Cáthedra, a haverle concedido Dios más prolongada vida.

Reconocido por los Superiores este admirable espíritu del Padre Miguel Ángel con tan plausible successo, le retiraron otra vez a Sácer, donde tendría copiosa materia, en que cebarse su caritativo, y ardiente zelo. Y fue assí, que bolviendo a aquella Ciudad rico con los despojos de tantas almas, que había libertado del poder tirano del infierno, encendió en ella un fuego de amor celestial, que se dio a conocer en la notabilíssima reforma de las costumbres. Predicaba los Domingos en las puertas principales de la Ciudad, haciendo púlpito de alguna mesa, y apenas le oían decir: “Acudan todos a oír la palabra de Dios”, quando en un momento se juntaba tanta gente a oírle, que se podían llenar muchas Iglesias, y convidándose los unos a los otros, se decían: “Vamos a oír al Padre Santo”. Con esta opinión era tan grande su autoridad, y el respeto, que todos le tenían, que quando passaba algún título en su coche, le hacía parar, diciéndole entre cortés, y zeloso: “Sírvase Vuestra Santidad parar, y oír la palabra de Dios, que para todo habrá tiempo”. Lo mismo era oírle, que obedecerle, diciendo: “El Padre Santo lo manda, no ay que passar adelante”. Ni predicaba menos con el exemplo, que con las palabras. Quando salía de casa nunca era para visitas de

cumplimiento, sino para cumplir con las obligaciones de nuestro Instituto, visitando únicamente las cárceles, y hospitales, a que iba con tal modestia, y compostura Angelical, que las Señoras más principales deseosas de verle, y conocerle, ponían espías, para que les avisassen quando le viessen passar por sus calles, y al oír decir aquí passa el Padre Santo, se levantaban presurosas de sus estrados, diciendo: “Vamos a ver al Santo”, assomándose unas por las ventanas, y otras para verle más de cerca baxaban a las mismas puertas de sus casas. Con esta acreditada opinión de santidad, no es ponderable el fruto, que hizo tomándole nuestro Señor para instrumento de muy raras conversiones, y dirección de muchas almas justas, que trataban de perfección.

Deseaba no obstante el Siervo de Dios verse lexos de semejantes aplausos, en medio de que aprovechaba tanto a los próximos; porque esperaba poder hacerle igual, o mayor, donde fuesse menos aplaudido, y padeciese más por su amado: para lo qual aspiraba con ansias por las Provincias de Indias, y en especial por las Misiones de esta Provincia de Paraguay, que señaladamente solicitó de nuestro Padre General Juan Pablo Oliva, en ocasión que había llegado a Europa por Procurador general el Padre Christoval Altamirano, como lo significa el Padre General en carta de 20 de Septiembre de 1674 escrita al Padre Provincial Christoval Gómez, cuyas palabras quiero poner aquí, para confirmación de lo que se ha dicho, y que se vea quanto le estimaba este Sapientísimo Superior de toda la Compañía: “El Padre Miguel Ángel Serra, passó a essa Provincia del Paraguay de la de Cerdeña: es sugeto, que en Cerdeña ha hecho Misiones con mucho fervor, y fruto: desea grandemente en essa Provincia ocuparse en este santo ministerio, y atendiendo a su buen espíritu, y deseo, encargo a Vuestra Reverencia que lo consuele embiándole a las Reducciones o otras nuevas Misiones, y Conversiones”. Es imponderable el sentimiento, que causó esta assignación en todo el Reyno, y Provincia de Cerdeña, y las contradicciones, que hubo; pero todas las venció la constancia de nuestro Padre Miguel, que deseaba ardientemente emplearse en la conversión de los pobres Indios, y la traza, que dio el Padre Joseph de Villamayor, Provincial entonces de aquella Provincia, y después de la de Toledo, ordenando en carta con *solí* al Padre Rector del Colegio de Sácer le despachasse a Alguer, y no dixesse a persona alguna, como el Padre Serra se partía para España, hasta que ya supiesse haverse hecho a la vela, para que se executará su partida con

sossiego, y sin algún alboroto de los externos, que lo pretendiesen impedir. Assí se executó, yendo con el mayor recato a embarcarse en la fragata, que le havía de conducir a España con otro pretexto: porque a haverse publicado, se partía, huvieran sin duda negádole la embarcación, por lo que interessaban en no perder Varón tan Santo, y de zelo tan Apostólico.

§ III

LO QUE ACAECIÓ AL PADRE SERRA DESDE QUE SALIÓ DE CERDEÑA, HASTA QUE LLEGÓ AL PARAGUAY

En el Puerto de Alguer estaban esperando al Padre Serra con vivos deseos de merecer tal compañero, a quien rezelaban perder, los Padres Joseph de Tolu, y el Venerable Martyr Juan Antonio Solinas, que passaban en la ocasión al Paraguay. Embarcáronse, pues, a 19 de Agosto del año de 1672 y lo que le sucedió en esta navegación, lo escribió brevemente el Padre Tolu en carta escrita en las Misiones en 5 de Mayo de 1697 que dice assí: “Passamos el Golfo de León, mar en leche; pero assí que llegamos a vista de Barcelona, tuvimos una muy recia tempestad, de tal suerte, que los marineros no podían gobernar las velas, por ser el viento contrario: y como estuviessen ya casi desmayados con el peligro, que tenían presente, les dixo el Padre Miguel Ángel: «Aliéntense, que luego tendremos viento en popa»; y assí fue, y tan recio, que nos puso en breve tiempo en Barcelona, en cuyo Colegio fuimos recibidos con grandíssima caridad, y puedo decir, que en aquel Colegio no hallamos sino Santos, y Siervos de Dios. Mientras estuvo el Padre en Barcelona, su empleo fue visitar las cárceles, y hospitales, y confesar a todo género de gente con tanto fervor, que dexó en la Ciudad fama de Santo”. Hasta aquí el padre Tolu. De Barcelona partió el Venerable Padre con sus Compañeros a Madrid, cuyo Imperial Colegio dexó sumamente edificado, de cuyo actual Rector el Venerable Padre Andrés de Rada, sugeto que ilustró con las luzes de su gobierno todas las Indias Occidentales, se grangeó subido aprecio. Sucediéronle en este camino dos lanzes, que fueron prueba manifiesta de su exacta obediencia, y mortificación singular. Encontróse con cierto Monge Cartuxo, que prendado de la virtud, que se le traslucía al Siervo de Dios en el Semblante, le hizo vivas, y repetidas instancias por llevarle a mostrar su Monasterio, tenía el Padre Miguel deseoso de verle: pero no condescendió con la piadosa petición del buen Religioso, respondiendo, que no iba por

no tener licencia. Replicóle un Padre: que yendo de camino, y por Superior, no parecía contra regla alguna haver ido al Monasterio, pues ni los mismos Superiores lo huvieran tenido a mal; pero satisfizo con decir, no se había atrevido por no usar de epiqueya, pues a él solamente le embiaban a Indias. Passando cerca del Escorial, maravilla que arrebatara tanto la curiosidad, y más de quien conocía, no tendría moralmente otra ocasión de verle por partirse a Indias, no le pudieron reducir a que entrase, y le viesse. Preguntóle un Padre, por qué no había entrado, y respondió ingenuamente, que por no tener curiosidad de ver grandeza alguna del mundo, ni cosa alguna notable. Assí lo mostraba aún en los mismos caminos, porque caminaba tan recogidas las potencias, y sentidos, que no advertía los riesgos; y solía hallarse dentro de las poblaciones, sin haver notado su vecindad, porque iba todo ocupado en su interior. Por esta causa nunca pudo dar razón de aquellas curiosidades, cuyas noticias sirven de entretener, y aliviar las molestas fatigas de los caminantes. Con el mismo tenor caminó para Sevilla, donde causó grande edificación en todos los Compañeros, que habían de pasar entonces a las Indias, uno de los quales testifica, que quando le vió en aquella Ciudad, parecía en la inocencia un niño candidísimo, sin sombra de doblez, o engaño, y tan elevado en Dios, que no sabía, ni acertaba a tratar de las cosas del mundo. Para entregarse más a los ejercicios de espíritu, alcanzó licencia de retirarse al exemplarísimo Noviciado de San Luís, y aquí por muchos meses, siguió la distribución misma de los Novicios, a quienes dexó llenos de assombro con exemplos grandes de sus admirables virtudes. Pero como la luz no se puede esconder, saliendo de aquel santo retiro su resplandor, volando en alas de la fama su santidad, a ser celabrada de toda la Provincia de Andalucía: y llegando a oídos del Padre Provincial, hizo este instancias al Padre Francisco de Florencia, Procurador general de Indias, para que de Sevilla le despachasse a Cádiz por Operario, como se executó: y como la miés en aquel grande emporio de dos mundos era copiosísima, hechó la hoz a medida de sus deseos. Hizo allí Missión, y fue singular el aprecio, y estimación, que se grangeó de Varón Apostólico, assí por el gran fruto, que hizo, como por su trato religiosísimo. Los Domingos se empleaba en hacer pláticas en las plazas, y en la Puerta de tierra con su acostumbrado fervor, y zelo, acudiendo copiosísimo número de oyentes. Su conversación siempre de cosas del Cielo, para que buscaba siempre personas señaladas en virtud:

y porque a la sazón florecía en Cádiz con gran fama de santidad la Venerable Sierva de Dios Doña Beatriz de Quevedo, la iba a visitar frecuentemente, y consolarla en sus penosas enfermedades, gastando con ella muchas horas en conversación de cosas santas, con que recreaba a la enferma, y afervorizaba su espíritu. Conocía bien aquella insigne Señora la gran santidad del Padre Miguel Ángel, y su abrasado zelo: por lo qual habiendo de predicar un sermón de Misión deseó, y pidió a nuestro Señor, que diera modo, para que pudiese oírle por lo mucho que esperaba interesaría su alma. Como su Divina Magestad está siempre pronto, para cumplir los deseos de sus verdaderos amantes, cumplió los de su Sierva Doña Beatriz, disponiendo, que al tiempo en que se hallaba en la cama padeciendo intensos dolores, fuese llevada en espíritu a la Iglesia de nuestro Colegio al tiempo que el Padre predicaba con gran concurso. Assí se lo dio a entender la misma Venerable Señora al Padre Miguel, dándole cuenta muy individual de todo, como quien había sido testigo ocular, y se lo persuadió, como cierta el Siervo de Dios, atribuyéndolo todo (como debía) a la gran santidad de la Venerable Doña Beatriz, y sacando de caso tan raro, grande confusión para sí mismo.

Resplandeció aquí su ardiente caridad, en remediar muchas necesidades, por medio de personas piadosas: en especial, sabiendo que corría peligro la honestidad de ciertas doncellas pobres, y honradas, por hallarse en necesidad extrema, pidió limosna a ciertos amigos poderosos, quien se la dieron con tanta liberalidad, que las remedió a todas, y se pudieron poner en estado, conforme a su calidad, sacándolas por este medio de la necesidad, que les oprimía, y librándolas de aquel abismo de vicios, y pecados, en que estaban próximas a caer. Quien con tanto zelo remediaba las necesidades del cuerpo por lo que podría peligrar el alma, fácil es de entender, quantos esfuerzos haría por remediar las almas, que hallandose perdidas estaban próximas a perecer eternamente. Entre otros es singular el caso siguiente. Adoleció de muerte un Mahometano, esclavo de cierto Cavallero, íntimo amigo del Venerable Padre Miguel. El amo solícito más de la salud espiritual de aquel miserable, que del la corporal, ocurrió a su Santo amigo, rogándole con instancia le encomendasse en sus fervorosas oraciones al Señor, para que se dignasse de alumbrar la cegüedad en que vivía, para que conociendo el camino de la verdad, se convirtiese, y salvasse, en orden a lo qual se sirviesse también de asistirle. Pocas instancias

eran menester, para estimular su zelo: voló presuroso a remediar aquella tan urgente necesidad, y tomó a su cargo aquella conversión con todo el empeño, a que le inducía su caridad ardiente: habló varias veces al esclavo, ingenió diversas trazas, para convencerle de los abominables errores de su secta; pero todas se frustraban, porque vencía la terquedad obstinada de su ánimo empedernido, respondiendo siempre protervo, quería morir en la religión, que professaron sus mayores, con quienes antes quería errar, que acertar con los Christianos, cuya Fe aborrecía con estraña aversión. Negábase a oír las razones, que el Padre le proponía con señales de indignación, porque le trataban de mudar en la última hora la creencia en que se crió, y permaneció toda la vida. No desmayó por tan arrestada resistencia su insuperable zelo, antes se encendió más vivamente, y tomó más a pechos la salvación de aquel desdichado, encomendándole con más intenso fervor a nuestro Señor. Hechó de ver que había sido oído, por lo qual un día de repente pidió licencia al Padre Rector, a hora intempestiva, para ir a visitar aquel esclavo, y lograr su alma para el Cielo, como felizmente sucedió: porque apenas vió el Moro entrar al Padre por su aposento, quando exclamó, y dixo: “Bautizame Padre, que yo quiero ser Christiano, y morir como mueren los Christianos”. Increible fue el gozo de que se llenó el Santo varón al oírle proferir estas razones, viendo que ya empezaba a obrar el poderío de la gracia, en aquel obstinado corazón, y que se ablandaba aquel duro pedernal. Pusóse a instruirle, y catequizarle lo mejor, que pudo toda aquella tarde: dióle noticia, e hizole capaz de los mysterios necesarios, y viendo, perseveraba constante, y firme en su buen propósito, pidiendo con fervor, e instancias el santo Bautismo, se le administró, y en breve espiró el nuevo soldado de Christo entre actos de Fe, Esperanza, y Caridad, en que se exercitaba fervoroso, y arrepentido de su porfiada terquedad, dexando grandes señales de su eterna predestinación con extraordinario consuelo de toda la casa, y de su buen amo, que daba por bien empleada la pérdida temporal del esclavo, a trueque de haver asegurado su alma para el Cielo, por medio de su acertada diligencia en haverle encomendado al zelo, y oraciones del Padre Miguel; pero este fue quien se alegró sobre todos, por haver sacado la presa de las garras del demonio, que se iba a tragar, y aumentado el número de los Predestinados: porque el mayor conocimiento, que tenía de valor inestimable de un alma le causaba mayor júbilo de su logro feliz. Aumentóse mucho más

sin comparación, desde entonces la veneración, con que todos le miraban como a arcaduz, por donde repartía Dios sus misericordias, e instrumento de obras tan grandes, quales son la conversión de las almas, y más las de pecadores tan protervos, qual fue la de este Mahometano. Ya que no podía huir esta estimación, se valía de ella, para obrar con mayor autoridad, y fruto más cierto los ministerios de nuestra profesión, ocupando todas las horas del día, y de la noche en los oficios de un verdadero Apostol, enseñando a los niños, y rudos la Doctrina Christiana con grande tesón, y paciencia, consolando a los enfermos en los Hospitales, ajustando pazes entre discordes, visitando a los encarcelados, socorriendo con limosnas a menesterosos, predicando a todos verdades ciertas, acompañadas de fervorosísimos desengaños, y administrando a qualquiera hora el Sacramento de la Penitencia con grande fruto de toda la Ciudad, a quien correspondió de este modo la grande veneración, que le debía, y manifestaron todos con grandes demostraciones de sentimiento, quando al cabo de un año los hubo de dexar, para embarcarse a su Paraguay deseado. Ofreciéronle los amigos, quanto juzgaban necessario, o conveniente, para aliviar los trabajos, e incomodidades de navegación tan prolixa; pero todo lo rehusó con heróyco despego, para merecer los consuelos, que comunica liberal el Cielo, a quien se niega por su amor a las comodidades terrenas. Ya que no le pudieron reducir a desfrutar su liberal benevolencia, le siguieron con lágrimas hasta embarcarse, quedando tan sentídos de perderle, como gozosos los que le lograbán por compañero en los forzosos trabajos, y peligros de la navegación, prometiéndose en su Compañía un viage próspero, y feliz, qual en la realidad le gozaron, aunque no sin algún sobresalto, que padecieron, originado de cierto peligro, que luego diré.

En toda la prolongada navegación de dos mil leguas, desde Cádiz a Buenos Ayres, se portó con el mismo fervor, y zelo, que en todas partes, y para afervorizar más a la gente de la nave, hizo pintar en Cádiz un quadro con la Imagen de María Santíssima, que tenía al niño Jesús en los brazos, y a sus pies sacratísimos arrodillados al gloriosísimo Apóstol de las Indias San Francisco Xavier, a quienes escogió por particulares Patronos, y Abogados de la navegación. Este lienzo desdoblaba, y ponía a la vista de todos, para rezar el Rosario por las tardes, y también quando había plática, o exemplo; a las quales funciones acudía toda la gente por las exhortaciones del Padre Miguel, precediendo a todos con su

ejemplo los personajes más principales, entre quienes se señalaba la piedad del Gobernador de Buenos Ayres Don Andrés de Robles, que iba en la nave con toda su familia, y no perdía función, por la estimación que hacía del Siervo de Dios. Tuvo también a su cargo en el navío los Novicios, que iban en aquella Misión, quienes acreditaban con su fervor el aventajado magisterio, que tuvo en materias de espíritu el Venerable Padre Serra. La navegación fue felicísima, sin experimentar alguno de los ordinarios peligros, que suelen ser después conversación gustosa de los navegantes, y sin duda se debió al poderoso patrocinio de los Abogados, que escogió el Padre Miguel; pero pesaroso el demonio de la guerra, que le venían a hacer aquellos esforzados Jesuitas, que venían en la nave, pues fueron los más muy señalados en virtud, y zelo Apostólico, hechó todo el resto para perderlos, y sumergirlos a vista del mismo Puerto de Buenos Ayres, porque sin saber como, aunque sí, que fue traza del demonio, encalló el navío, y estuvo barado muchos días con evidente riesgo de perecer los que dentro de él estaban: por persuasión del Padre Miguel se encomendaron todos muy de veras a sus Santos Patronos, con fervorosas suplicas, y plegarias, por las quales, más que por otras diligencias libraron todos bien, porque al cabo de días desencalló la nave, sin ningún daño, que parece dispuso nuestro Señor este accidente, sólo para que tuviesen nuevo título, de que darle gracias, y les fuesse más estimable la tierra, en que havían de promover la gloria de Dios al fixar el pie en la playa. Libres pues, de aquel riesgo desembarcaron finalmente en Buenos Ayres a onze de Abril de 1674 donde fueron todos recibidos con la alegría, que es ordinaria en casos semejantes, y tratados con la caridad, que acostumbra la Compañía.

§ IV

LO QUE OBRÓ EL VENERABLE PADRE SERRA EN LA PROVINCIA DEL PARAGUAY

A la sazón, que el Padre Miguel Ángel llegó a Buenos Ayres, se hallaba allí el Padre Provincial Christoval Gómez, que reconocido el grande zelo del Siervo de Dios, por las muestras que dio en aquel Colegio en el exercicio de todos nuestros ministerios, y por la voz pública de todos los Commissioneros, le destinó para passar a emplearle en nuestras Apostólicas Misiones del Paraná y Uruguay con el sucesso, que prometían las esperanzas, y el mismo Padre Provincial, significa en las cartas Annuas de su Provincialato,

diciendo: “Quatro sugetos, que venían y a Sacerdotes, y estaban en estado de poder acudir a ministerios, embié a las Doctrinas de los Indios, a donde en el golfo de inmenso gentío han conseguido el fin, que con fervorosas ansias les traxo de Europa, y nos prometemos de ser de mucho útil para promover la causa de Dios, como se vaya experimentando”. Uno de estos quatro era nuestro Padre Serra, quien con los demás fue recibido con singular consuelo, y alegría, que se aumentó con una circunstancia, que en la ocasión ocurrió, y fue que nuestro Padre Juan Pablo Oliva, embiaba con estos Misioneros a cada Pueblo de Indios la patente de agregación de las Congregaciones de nuestra Señora, a la primaria de Roma. Estas patentes iban entregando a cada Pueblo, donde se recibían con singulares demostraciones de regocijo. Luego que entregaban la suya en cada Reducción, se juntaban todos los Neophitos en la Iglesia, explicábaseles en su idioma, lo que aquel instrumento contenía, y las Indulgencias, que ganan los Congregantes: levantaban después la patente en alto, colocándola en un estandarte de damasco curiosamente bordado, que llevaba el Prefecto de la Congregación, y de esa suerte le sacaban en processión por todo el Pueblo con la mayor solemnidad de música, caxas, y trompetas, hasta restituirle a la Iglesia, donde le besaban con tierna devoción todos los Congregantes, haciendo singular aprecio del favor, que se les había hecho en concederles aquella gracia, y agredeciéndole con grandes expresiones a los Padres, que se la habían conducido, con particular consuelo de estos, al ver por sus ojos tales señas de devoción en los que pocos años antes, apenas parecían hombres. Dedicóse con la mayor aplicación al estudio del idioma Guaraní, que es muy difícil, y aprendió con perfección, y más mereciendo tener por Maestro al Padre Simón Bandini, Veneciano, que fue el Tulio, o Demostenes de esta elegantísima lengua; aunque su humildad profunda le hacía sugetarse a preguntar a los mismos bárbaros, sin desdeñarse de aprender de ellos, lo que ignoraba el que en todo lo demás les era tan Superior. Predicaba en dicha lengua, y les administraba todos los Sacramentos, exercitando los ministerios de la Compañía con el mismo fervor, y aplicación, que en todas partes, esmerandose en la enseñanza de la Doctrina Christiana. A los dos años poco menos, le llegó la profesión de quatro votos, noticia que recibió, sí con alborozo por haverse de ceñir con nuevas obligaciones a la perfección, más con sentimiento por persuadirle su humildad, era incapaz de tan alta graduación, y esa misma le

cerró los labios en Europa, para no dar indicio de que había cumplido el tiempo requisito por nuestras Leyes: con que como venía de otra Provincia, no se informó por él desde España, y hubo de esperar a que desde acá se informase, y viniесе de Roma la respuesta, y huviera callado toda la vida si el Provincial por razón de su oficio, no le huviera preguntado al llegar a la Provincia, si había recibido el grado. Hizo pues la profesión solemne a 2 de Febrero de 1676 pero en su estimación siempre se reputó Novicio, como se verá en el voto, que luego pondré. Hallandose en las Misiones del Paraguay, no pudieron tan largas distancias hacerle olvidar a su alma da Provincia de Cerdeña, para participarle las noticias de la miés copiosa, que tenía entre manos, y encender en otros el deseo de emplearse en semejantes ministerios, para beneficio de las almas. Para esto escribió una carta muy fervorosa a los Novicios de Cáller, en que con razones muy eficaces les exhortaba a que hollando de nuevo el mundo, viniessen a sacar de las tinieblas de la gentilidad a tantos infieles, como ay en estas tierras, y perecen en la sombra de la muerte, por falta de operarios, que les socorran. Fue tan grande el fervor, que al leer esta carta, se encendió en aquel santo Noviciado, que fue necesaria toda la prudente discreción de los Superiores, para templar, y moderar estos incendios, aunque no se pudieron negar a embiar algunos a Indias, por no descontentar a todos.

De las Misiones donde estuvo cinco años juzgaron por conveniente los Superiores, trasladarle al Colegio Máximo de Córdoba del Tucumán, único Seminario donde se cría la juventud religiosa de esta nuestra Provincia de Paraguay, para que con su santo exemplo, y continuo hablar de las cosas celestiales, en que era diestrísimo, afervorizasse a nuestros Hermanos Estudiantes, siendo su Prefecto de espíritu. Antes de salir de las Misiones, para Córdoba, le pareció, que aun no había comenzado a ser verdadero Jesuita, por cuya persuasión trató de empezar de una vez a serlo de veras. Para esto hizo un voto escrito de su letra, y firmado de su mano, que para común edificación quiero poner aquí, y es como se sigue. “Por el grande deseo, que el Señor me ha dado de alcanzar la perfección, atendiendo a que no acabo de corresponder, hago voto en presencia de la Santísima Virgen María, y toda la Corte celestial de instar con todos los Provinciales, quanto con la debida indiferencia pudiere, de que me quasi reciban otra vez en la Compañía, y me pongan en el Noviciado, para que passe con el mayor rigor, que

qualquiera de ellos: y estando allí hago voto de pedir al Superior, y Maestro de Novicios los oficios más baxos, y viles, como ser lugarero, barrendero, enfermero, ayudar las Missas, acompañar los Predicadores al Púlpito, salir en traje vil en Casa, y por las plazas, y todo lo que fuere abnegación propia, aunque me halle malo, y con peligro de la vida: y hago voto de procurar con la debida indiferencia, que este género de vida sea para toda la vida, aunque durasse cien años. En el mes de Septiembre del año de 1678 Miguel Ángel Serra, indigníssimo de ser aún Donado de la Compañía de Jesús, y pretendiente de serlo de corazon”. Hasta aquí las palabras formales del voto, en que resplandecen grandes virtudes en alto grado, su profundíssima humildad, fundamento de todas, la religión, la caridad, su rendida obediencia, aquel insaciable deseo, que siempre tuvo de mortificarse, y de ser reputado por el menor de toda la Casa. Continuó en Córdoba de Tucumán sus fervores, en los ministerios de la Compañía, principalmente en el predicar, de manera, que afirmaban unánimes todos los oyentes, fuera imposible, se atrevieran los hombres a pecar, si todos los Predicadores tratassen la divina palabra del modo, que el Santo Padre Miguel Ángel. Despertóse por este medio en muchos, y resucitó en otros un vivo deseo de la salvación antes muerto. Recogió el apreciable fruto de muchas confesiones generales, unas de treinta años, otras de cinquenta, y tal vez de sesenta, y de estas algunas necesarias para ordenar el alma, que con su sacrilega repetición de confesiones invalidas, se ponía en la linea de reprobacion. Desarraygó del todo algunos odios, y enemistades, que causaban muchos disturbios con desassossiego común de la República. Exhortó a muchos a hacer los ejercicios espirituales de nuestro Santo Padre, con cuyo uso se experimentó gran reforma de costumbres, entablado por este celestial medio muchas personas una vida quieta exemplar, y pacífica con ser antes el tropiezo, y escándalo de la Ciudad: y siendo assí, que en otro tiempo era materia casi imposible persuadir este sagrado retiro a los seculares por no tener conocimiento de su valor, y eficacia, se consiguió por las eficaces razones del Padre Miguel que ellos mismos después lo solicitassen con notoria mejora de sus almas, en que introducían dictámenes del Cielo, des-terrando los antiguos mundanos, que antes adoraban: para cuya prueba baste el caso siguiente. Uno de los que hicieron entonces los ejercicios persona muy ilustre hijo de un Governador de esta Provincia tuvo poco después de haverlos hecho un lance, que le

ofreció nuestro Señor, para probar su constancia en los buenos propósitos, que había concebido: porque habiendo ido a visitar a otra persona de su calidad, le recibió esta ofendida, no sé por qué motivo, con palabras tan ajenas de su graduación, que aún fueran injuriosas a persona de baxa esfera. Era el Cavallero injuriado, de notorio valor; pero resuelto a vengarse, no con la espada, como huviera hecho en otro tiempo, sino con el sufrimiento, como había aprendido en los ejercicios, para adelantar la conquista del Cielo, haciendo violencia a su pundonor, halló el despique, sólo en el silencio, y disimuló, ofreciendo en las aras de la Magestad suprema con heroyca paciencia la acción del desagravio por sacrificio, no sin assombro de quantos le conocían. Con este, y otros casos semejantes hacían los seglares mayor estima, y aprecio de nuestra Compañía, divulgando el tesoro, que habían hallado en esta sagrada mina: porque aunque antes entraban comúnmente en nuestra Casa, para los negocios de su alma; pero no tenían tan superior luz de nuestro Instituto, como en el uso de este ministerio provechosísimo, se les manifestó. Y estas aclamaciones en favor de la Compañía eran tanto más fidedignas, quanto iban más autorizadas con las acciones virtuosas procedidas del trato, comunicación, y frecuencia de dichos ejercicios.

Dos años estuvo el Padre Serra en este Colegio de Cordoba; pero siendo este temple nocivo a su salud, se vieron forzados los Superiores a sacarle de él, por no malograr sugeto tan importante. Passó, pues, al Colegio de Santa Fe de la Vera-Cruz, donde vivió diez años continuos, siete de los quales fue Operario, y Perfecto de la Congregación de los Españoles, y los tres Rector, honra que no pudo evitar por la obediencia resuelta de los Superiores, como había conseguido librarse de la de Rector de la Assumpción, que es el segundo Colegio de la Provincia, y que lo más del tiempo exerce el oficio de Vice-Provincial en buena parte de ella, para todo lo qual le había nombrado nuestro Padre General Carlos de Noyelle, y el humilde Padre se escusó de esta honra, encubriendo su humildad, con el motivo de ser aquel clima contrario a su salud. En todas las ocupaciones, que exerció en dicho Colegio, se portó con el exemplo, zelo, y edificación, que en las demás de su vida. El tiempo que fue Operario, acudía a la dicha Congregación, y a todos sus piadosos ejercicios, con la más exacta puntualidad, moviendo a los Congregantes a nueva devoción, y fervor, y con su buen agrado aumentó el número de ellos, siéndoles tan gustosas las funciones de

la Congregación, por la opinión de Santo, en que le tenían, que les parecían breves, y no se hartaban de oírle. Encendió tanto a todos en la devoción a María Santísima, que se dio por obligada su misericordia a obrar algunas maravillas en favor de los que la invocan por medio de la prodigiosa Imagen del Milagro, titular de aquella Congregación, que siendo por el mysterio que representa de la Concepción Purísima, sus prodigios le han apropiado el nombre de nuestra Señora del Milagro. Contentaréme con referir dos, que obró esta Soberana Señora el tiempo, que fue Prefecto de su Congregación el Padre Miguel Ángel. Por el mes de Septiembre de 1683 sobrevino a Doña Francisca de Medina, doncella principal de Santa Fe, un corrimiento a los ojos de tan malignas calidades, que le privó de la vista del uno, por espacio de dos meses, y cobrando más fuerzas la fluxión la dexó totalmente ciega, de suerte, que en espacio de otros tres meses, fue menester llevarle la comida a la boca por mano agena. Discurrase quanto se affigiría de tamaño trabajo una doncella, que apenas llegaba a los veinte años. Aplicáronsele por todos aquellos cinco meses varios remedios; pero sin fruto: porque en vez de mejorar con ellos empeoraba cada día más, y se le llegaron a cubrir ambos ojos con una tela crasísima. Viendose desconsolada, por no hallar esperanza de alivio en la medicina, como tenía muy entrañada la devoción, y confianza en la Santísima Virgen, por lo que oía de continuo al Padre Serra, se encomendó muy de corazón a su soberano patrocinio, esperando firmemente había de recobrar la salud, y vista perdida por su poderosa intercesión. Para merecerla, fuera de otros obsequios embió un rostro de cera, rogando al Siervo de Dios le colgasse delante de la Santa Imagen de la Congregación, y le dixesse en su altar una Missa, suplicando a nuestra Señora, le concediesse la vista, si le convenía. Hízolo el Padre Miguel, y a los dos días cobró de repente la vista, y desde entonces se le fueron desvaneciendo aquellas telas, y quedó en breve sana enteramente. El Sargento Mayor Don Francisco Izquierdo Teniente de Governador, y Justicia Mayor en la misma Ciudad de Santa Fe, padeció por espacio de casi dos años un accidente, que pareció ser cólica, tan violento, y sensible en el dolor, que le causaba ansias de muerte, dexándole el vientre tan hinchado, y dolorido, que sólo llevarle a tocar blandamente con la mano, le ocasionaba atrocísimo tormento: privabale también de sus sentidos tal calidad, que sólo con el cuydado, y aplicación de los remedios igualmente violentos podía sentir algún alivio; pero era este

tan breve, que a los veinte días le repetía el achaque con mayor fuerza, y poniendo su vida en manifiesto peligro. Agravóse este más la última vez, que le assaltó en los dos años por el mes de Agosto de 1683 porque hallándose convaliente le repitió con tal rigor, que no aprovecharon las diligencias, y medicinas, que en otras ocasiones se havían experimentado favorables para mitigar el dolor: el aprieto fue tal, que el buen Cavallero juzgó, haver llegado el último plazo de su vida: con que se procuró confessar, y disponer, como pudo para esperar la muerte. Llamó a este fin al Padre Miguel Ángel, a quien después de concluida la confesión pidió con instancias, le llevase los algodones, con que se limpió, y recogió el sudor, que derramó el año de 1636 por espacio de una hora la Santa Imagen de la Congregación, y se guardan en nuestro Colegio, como preciosa reliquia, engastados en un relicario. Condescendió el Padre con la suplica del enfermo, aunque estaba ya muy al cabo: aplicósele la reliquia en la mayor aflicción, que jamás padeció, y le cessó de repente todo el dolor: y aunque dentro de una hora le repetió, fue sin tanta violencia, y aplicando la misma reliquia con la fe, y veneración de quien y a havía empezado a sentir los efectos, se le quitó totalmente, y cobró la salud, de suerte, que nunca le retentó en adelante. Con estos, y otros prodigios se hizo muy celebre la devoción de los Congregantes, y concurrieron con tantas limosnas, que pudo labrar el Padre Miguel un retablo grande de mucha costa en el Altar de la Congregación, y proveerla de muchas alhajas de plata, con que la dexó enriquecida para su adorno, y culto de María Santíssima. Fundó también en aquel Colegio la Escuela de Christo, que no la havía hasta entonces, confirmando sus Constituciones el Ill.^{mo} Señor Doctor Don Antonio de Azcona Imberto Obispo de la Santa Iglesia del Río de la Plata, que hallándose de visita en la Ciudad de Santa Fe el año de 1684 se dignaba de asistir, para autorizar con su persona los exercicios de esta Santa Congregación, de que se ha seguido notorio provecho en todos los que la frecuentan. En todos estos ministerios daba tan grandes muestras de Varón espiritual, y Santo, que para ponderar la virtud de qualquier sugeto, decían por la más significativa expresión, que *era otro Padre Miguel Ángel Serra*. Tomó a su cargo el componer las discordias de toda la Ciudad, assí públicas, como secretas, y era Ángel de paz en todas las diferencias, que se ofrecían, y no podían ser pocas en una Ciudad de tan grande comercio, como era la de Santa Fe, donde al trato de la yerba del Paraguay, acudía excessivo número de Mercaderes de

las Provincias de Tucumán, Río de la Plata, Perú, y Chile. En mediando el Siervo de Dios, todos se componían gustosos cediendo en sus intereses, para ajustar la concordia, que solicitaba, siendo esto tan sabido, que quando la composición era difícil, decían todos: “esto sólo lo podrá ajustar el Padre Miguel Ángel”. Daba aquí los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio a los externos con notables mudanzas de sus vidas, como se experimentó en varias personas, y principales, de gran comodidad en el siglo, que salieron tan fervorosos, y desengañados, que dando de mano a las esperanzas de valer en el mundo, se entraron en la Compañía por Hermanos Coadjutores. Uno fue el Teniente General Jorge Suárez de Macedo, noble Lusitano, que habiendo militado con gran crédito en las campañas de Portugal, y ascendido a puesto tan superior en la milicia, venía destinado por el Principe Don Pedro, Governador de aquel Reyno, para primer Governador de la Colonia del Santísimo Sacramento, que mandó fundar en las margenes del gran Río de la Plata, junto a las Islas de San Gabriel: y siendo aprisionado de los Castellanos, por venir a inquietar la pacífica possessión, que de aquella tierra había hasta entonces tenido la Corona de Castilla, se retiró a Santa Fe a esperar la resolución de su Príncipe, en cuyo interin hizo los ejercicios espirituales, que le dio el Padre Miguel Ángel, y en ellos se resolvió a servir a mejor Señor, alistándose en la Compañía de Jesús, como lo executó en el humilde estado de Hermano Coadjutor. Otro fue el Sargento Mayor Joseph Domínguez de Sanabria, sugeto de la primera nobleza de Santa Fe su patria, que siendo actualmente Alcalde Ordinario de aquella Ciudad, al principio de su gobierno dexó la vara, y el mando, por consagrarse a Dios en la Compañía. A estos quiso imitar luego el Hermano Balthasar de Arellano, que haciendo los ejercicios en la misma Ciudad, se sintió tan movido a despreciar el mundo con las santas palabras del Padre Serra, que le quiso dexar luego, para entrar en la Compañía. Comunicólo con el Santo Varón, y como era casado habló a su muger para que le diera licencia, la que no se pudo recabar; más muriendo esta catorce años después (como el fuego del divino amor había prendido bien en su alma por medio de las santas razones del Siervo de Dios) se entró luego que se vió suelto del vínculo del matrimonio en la Compañía, yendo para esto a la Provincia de Chile en busca de su Maestro espiritual, que ya entonces había passado a ella, trocando por su consejo las conveniencias del siglo, y la estimación grande, que se hacía de su persona en la

Ciudad de Santa Fe, por la pobreza, y humilde estado de Hermano Coadjutor de la Compañía. Para facilitar este medio de los ejercicios hacía, que las personas ocupadas, que hallaban dificultad en retirarse del todo, acudiesen a sus casas a las cosas necesarias, y el resto del tiempo, que pudiesen, se estuviessen en nuestro Colegio haciendo los ejercicios, y oyendo los puntos de meditación, y lección espiritual; y de este modo remedió a muchas almas necesitadas, y consiguió notable mudanza en las costumbres.

En la Ciudad todos los de fuera le buscaban, para que les asistiese en la última hora: y se tenían por dichosos los que morían en sus manos: porque con sus eficaces razones los excitaba a grande dolor, y arrepentimiento de sus culpas, y a tal conformidad con la voluntad divina, que se abrazaban gustosos con las enfermedades, y dolores, y con la misma muerte, que solían mirar antes con horror. Ayudaba a esto la grande estimación, que todos tenían concebida de su santidad, oyendo por esta razón sus palabras, como palabras de un oráculo, o del mismo Dios. No satisfecho su ardiente zelo con estos ministerios, se iba los Domingos, y fiestas al juego de la pelota, y exhortaba a los que allí se divertían, fuessen a nuestra Iglesia, a oír la Divina palabra: era tanto el respeto, y veneración, que le tenían que dexaban de jugar, y le seguían hasta la Iglesia de la Compañía para el dicho efecto. Hizo también en las mugeres singular fruto, y por sus exhortaciones muchas vivían con gran recogimiento en sus casas, trocando las galas en traje muy decente, y honesto, tratando de cosas espirituales con gran deseo de su salvación, y cuidando con gran desvelo de las buenas costumbres de sus familias. Entre otras fue de singular edificación, y hasta oy dura el exemplo de una Señora de sangre nobilísima en los Reynos de España, y muy rica, que haviendo resistido hasta la edad de veinte y ocho años terribles combates de su padre, y parientes, que la instaban para que tomase estado de matrimonio, al cabo por consejo del Venerable Padre Serra pisando mucho mundo, y sus esperanzas, y conveniencias, escogió las verdaderas, y perfectas desposándose con Jesús Christo con voto perpetuo de virginidad en el estado de Beata, a que desde sus tiernos años tuvo particular inclinación con deseo de que otras muchas doncellas la imitassen, a cuyo fin destinó diez mil pesos de su riquísima legitima para su manutención, y hasta el día de oy resplandece en aquella Ciudad con singular exemplo en aquel estado.

A la carga de Operario, que para este Santo Varón era muy suave,

se le añadió otra bien pesada para su profunda humildad, porque como diximos, le forzaron los Superiores a encargarse del gobierno de aquel Colegio, pareciéndoles, y con razón, que sugeto de tanto espíritu, y circunspección, de tanta humildad, y tan rendida obediencia, era muy a propósito para mandar, y que no se debía atender a su repugnancia, por desfrutar los aciertos de su prudencia. Exerció este empleo tres años en Santa Fe, con tal perfección, que puede ser norma, y exemplar de Superiores. Dos partes tiene el gobierno de comunidades de racionales, cada una a qual más difícil. La primera es gobernarse bien a sí mismo quien ha de gobernar a otros: y esta tiene tanto más dificultad, quanto es más vencerse a sí mismo, que vencer a otros. La segunda es conquistar sin violencia las voluntades de los subditos, tan variables en las inclinaciones, como son varias en las naturalezas. En el gobierno de sí mismo bien hemos visto hasta aquí quan bien lo consiguió con el proceder ajustado, que hemos referido, de suerte, que todos conocían en este Siervo de Dios una constancia grande de ánimo en lo que una vez emprendía, un imperio fuerte superior en dominar sus passiones, y un exemplo uniforme de vida religiosísima; en que principalmente debe resplandecer un Superior. Vian sus subditos más aplicado, que nunca al Padre Serra a sus acostumbrados espirituales ejercicios. El Padre Procurador que tuvo en aquel Colegio testificaba, que como siempre le hallasse entretenido, o con sus libros espirituales, o en oración, quando entraba en su aposento, le dixo un día por gracia: “Miren que Rector tenemos aquí: quando dexar a Vuestra Reverencia de ser novicio? *Nunc coepi*, mi Padre Procurador”, le respondió con una boca de risa el Santo Rector, “ahora comienzo a ser Religioso”. Estaba tan absorto entre día en la presencia de Dios, que sucedió entrar en su aposento el dicho Procurador por algún negocio urgente, y hallarle tan fuera de sí, fixos los ojos en Christo crucificado, que preguntándole de algunas cosas necessarias, que se havían de hacer en el Colegio, no acertaba con la respuesta, que debía dar: y replicándole no era aquello lo que preguntaba, respondía con mansedumbre: “pues qué remedio? Si Dios así lo quiere, que podemos hacer los hombres?”. No por esto se descuidaba de atender a sus subditos, procurando por todos medios su espiritual aprovechamiento. Promovía la regular observancia con suavidad eficaz, y eficacia suave, aunque siempre obraron más sus obras, que sus palabras. Afervorizábalos mucho en las pláticas domesticas, que eran con suma energía, y uno de

sus súbditos aseguraba, que en ellas parecía leerles a todos sus razones, según, que hablaba a propósito para la necesidad de cada uno. La falta que podía corregir con el disimulo, no la avisaba; y quando este no bastaba era, la corrección con tal amor, y suavidad, que conseguía la enmienda, sin exasperar el ánimo de corregido. Conocérase como se portaba en este particular, por lo que sucedió en cierta ocasión: discurría con cierto sugeto de autoridad, quien dixo: no debe el que gobierna a otros disimular falta alguna, que no castigue, reprehenda, o avise, a que añadió inmediatamente el Padre Serra: ni tampoco quien gobierna ha de saber falta de sus súbditos, que no la tenga llorada dos, y tres vezes en el divino acatamiento antes de avisarla una vez. Como quien sabía muy bien que el Superior no es suyo, sino de los que gobierna: a qualquier hora, y tiempo le hallaban prompto para oír sus necesidades, interrumpiendo los exercicios, en que más se recreaba su espíritu por acudir a su consuelo, no teniendo cosa más arraygada en sus piadosas entrañas, que este alivio, y amor de los súbditos.

Persuadido a que el cargo de Superior es servir a todos, y ser el menor de todos, escogía para sí los officios más humildes de la casa, y en que se exercita más la caridad tan propria de quien ha de ser más Padre, que Juez. A los huespedes, que llegaban a su Colegio (y son muchos por ser passo para las Misiones del Paraguay) trataba con singular agasajo, y él mismo por su persona les aderezaba los aposentos, les lababa, y besaba los pies con grande humildad, y deseo de que nada echassen menos el tiempo, que allí se detenían, o para el resto del viaje. Aún mayor cuydado tenía con los enfermos, como más necesitados. Acudíales con quanto era preciso para su alivio, y procuraba, que todos tuviessen en la Casa de Dios la comodidad, que pudieran tener en la propria. A su cabecera estaba de continuo todas las horas, que le dexaban libres otras ocupaciones, y mucha parte de la noche, y si era necessario, toda entera, para servirles en quanto se ofreciesse. No se estrechaba esta caridad a los sugetos de la Compañía; porque se extendía su beneficencia a los externos, cuya pobreza socorría con liberalidad. Entre otros pobres llegó uno muy desabrigado a pedirle limosna en tiempo, que el Procurador del Colegio estaba fuera de casa; más por no despedirle sin remediarle, se desnudó todo el vestido interior, que traía para su abrigo, y se le dió: con que quando bolvió el Procurador, huvo de ir a pedirle de limosna por amor de Dios, le diesse algo para vestirse: y este exemplo le repetió muchas vezes. En algunas

ocasiones se despojaba de la frezada, o manta de su pobre lecho, para darla a los pobres: por cuya razón era necesario, que velara el Procurador, y le visitase a menudo la cama con algún pretexto, para ver si le faltaba algo de lo preciso; porque el no menos pobre, y mortificado, que caritativo Rector, nunca hablaba, si la necesidad no era extraordinaria, ni pedía cosa alguna que sirviera para su alivio, y comodidad. Quando se le acababa la cantidad de la limosna señalada en lugar de mandar al Procurador, que le diera otra para tener que dar, quando acudía a él algún menesteroso, se la pedía de limosna por amor de Dios, haciéndose por modo nuevo pobre para socorrer a los pobres, y decía el Procurador, que nunca se atrevía a negarsele, o proponerle por la experiencia con que se hallaba, de que con aquellas limosnas se multiplicaba la hacienda del Colegio. Con el oficio, y empleo de Rector, supo su ardiente zelo hermanar el de Operario incansable: porque siempre continuó en tener a su cargo la Congregación de nuestra Señora, y la Escuela de Christo con el mismo fruto, y acudía a las confesiones, assí dentro, como fuera de casa, estendiéndose su caridad aún a los pobres encarcelados, predicando en todas partes, sin escusarse jamás, antes se convidaba para exercitar aquel Apostólico ministerio con la eficacia, y fruto, que siempre.

§ V

PASSA A LA PROVINCIA DE CHILE, Y REFIERENSE ALGUNAS DE SUS VIRTUDES

En las ocupaciones referidas se empleó el Padre Miguel Ángel en el Colegio de Santa Fe, desde el año de 1681 hasta el de 91 quando le llegó orden de los Superiores, para que passasse a la Provincia de Chile. Porque haviendo señalado nuestro Padre General Thyurso Gonzáles por Visitador de ella al Venerable Padre Thomás Dombidas, que acababa de gobernar segunda vez esta del Paraguay, le dio orden llevasse de su Provincia algunos de los sujetos más fervorosos, para ayudar en el peso de los muchos, y gloriosos ministeros, que ay en el Reyno de Chile, para que no podía ir de España pronto socorro, como se acostumbra. Luego pusieron los ojos todos los Padres Consultores de esta Provincia, con quien se havía de tratar la assignación, en el Padre Miguel Ángel, y aunque era viejo, y lleno de achaques, no dudaron los Superiores de insinuarle la necesidad de aquella Provincia, y el gusto de nuestro Padre General, assegurados, que una leve insinuación bastaba

para que quien no sabía sino obedecer, emprendiera una jornada tan dilatada, y trabajosa: pues desde Santa Fe, hasta la Ciudad de Santiago, cabeza del Reyno de Chile, ay casi trescientas leguas, y es esforzoso atravesar las nevadas Cordilleras de aquel Reyno, tan elevadas, que los Alpes más altos, apenas merecieran besarle las plantas, y tan poblados de peligros, y precipicios, como de nieve, de que están siempre cubiertas. En nada reparó para no aceptar luego con la mayor prontitud, y gusto esta difícil obediencia con increíble gozo de su espíritu, y no menor del Padre Visitador Dombidas, que desde Chile había solicitado esta asignación con grande instancia, como quien sabía quanto interesaría en sólo este sugeto toda la Provincia, que ya tenía a su cargo, y miraba como propia. No se puede ponderar bastantemente el dolor, y sentimiento, que causó en toda la Ciudad de Santa Fe, y en todo género de personas esta noticia: quisieron reclamar, e impedir la partida para suplicar a nuestros Superiores, que la suspendiessen, y de hecho en Cabildo pleno convinieron en esto para representar, quanta falta les hacía para el bien universal de aquella ilustre República, que tenía vinculado al Venerable Padre todo su consuelo. Súpolo el Siervo de Dios, y se opuso con varonil constancia a esta resolución, asegurándoles, que aunque todo el mundo le fiera contrario, había de poner en ejecución lo que le mandaban sus Prelados. Edificada quedó sumamente la República de Santa Fe, de la pronta obediencia del Padre Miguel Ángel, y contra su voluntad, se vió forzada a desistir de su resolución, que reconocieron había de ser en vano, habiendo de contrastar tan varonil pecho, a que cedieron llorando, y lamentándose todo género de personas, porque se les ausentaba Varón tan Santo, y puedo asegurar, como testigo de vista, que habiendo ido a aquel Colegio treinta y dos años después, que le dexó, hallé tan fresca su memoria, y tan assentada una altísima estimación de sus grandes virtudes en quantos le conocieron, como si acabara de salir de aquella Ciudad. Salió al fin de Santa Fe, vencidas estas contradicciones al principio del año de 1692. Y habiendo passado con indecible trabajo la famosa Cordillera, de que hize mención, llegó a la Ciudad de Santiago de Chile, donde fue recibido como Ángel del Cielo, porque la fama precursora, se le había pintado tal a los Jesuitas de aquella Provincia, que estaban llenos de deseos de verle, y estos deseos de expectación; pero sus obras vencieron presto las esperanzas, porque fueron mayores que los deseos. Quien excedió a todos en el gozo, y júbilo por su lle-

gada, fue el Padre Visitador Thomás Dombidas, y su Secretario el Venerable Padre Francisco Burgés, que mejor le conocían, y con particularidad este último, que le había tratado intimamente en esta Provincia del Paraguay, y le professaba un cariño tan reverente, que passaba a veneración. Señalóle luego el Padre Visitador por Prefecto de espíritu del Colegio de San Miguel, que es el máximo de la Provincia de Chile, y Seminario principal, donde se cría una lucida juventud Jesuitica, que después sustenta con su santa vida, y fervor Apostólico la Christiandad de aquel floridísimo Reyno: y juzgó el Padre Visitador, que interessaba mucho todo el Colegio, si lograba tal Padre, y Maestro espiritual, y no menos toda la Provincia, cuyo bien universal depende de la buena crianza, y dirección prudente en espíritu de nuestra religiosa juventud. Exercitó este empleo hasta Septiembre de 93 en que fue hecho Maestro de Novicios, Instructor de los Padres de tercera probación, y Prefecto de espíritu de todo el Noviciado, y el año de 95 se le añadió el cargo de Rector de la misma Casa.

Quien podrá decir el fervor, y vigilancia con que se portó en todas estas ocupaciones, y principalmente en las del Noviciado! Consideraba, que nuestro Señor le había puesto en aquellos cargos, y assí no omitía cosa, que condujera al cumplimiento de sus obligaciones, para executarlas con la mayor perfección. Comenzó de nuevo a ser Novicio, el que era Soldado tan veterano en la milicia espiritual, y a proponerse a los Novicios por exemplo de todas las virtudes: y como la humildades es el fundamento más solido de todas, se esmeró en ella el Venerable Padre con ventajas. Vestía lo más pobre de la casa, usando del vestido, que otros de ella desecharan por viejo, e inútil. En una ocasión le fue a pedir un Novicio licencia para tomar el bonete más viejo, que había en toda la casa con deseo de mortificarse: vió el bonete el humilde Rector, y cogióle para sí, diciendo: que sólo para él era a propósito, y salió luego con él, porque no quería, que en actos de humildad, y pobreza nadie se le adelantasse. Varias vezes les decía a sus Novicios, que temblaba, de que le despidiessen de la Compañía; pero que esperaba por medio de la Santísima Virgen, el don de la perseverancia, exhortándoles para lo mismo a su devoción, que una de las cosas en que consiste, es en ser humildes, como esta Soberana Señora: en cuya vida descubría doce grados de humildad, en que se esmeró, y para alcanzarlos, rezaba todos los días doce Ave Marías, y les aconsejaba, usassen a esse fin la misma devoción añadien-

do: “Hermanos míos, la causa de no haver yo aprovechado en la Religión ha sido por mi soberbia, y desde ahora he de poner especial cuydado en la humildad: razón será que pues no lo hice en tiempos passados, lo execute el poco tiempo, que me queda de vida”. Y luego arrebatado de un extraordinario fervor exclamaba: “Hermanos míos, humildad, humildad, humildad, que sin ella no ay nada, no ay virtud, no ay perseverancia”. Y como no reconocía en sí esta virtud (que es humildad finíssima) se procuraba exercitar en quanto podía conducir para conseguirla. Quando se varría la casa, no contento de varrer con los Novicios, recogía por sí mismo la vasura, y la hechaba fuera. Iba a varrer la cocina, acarrea en sus ombros la leña necessaria, y tenía mandado al cocinero, le llamasse para estos oficios, sin el menor reparo, quando tuviesse necesidad, y si llevado del reverente respeto lo dexaba alguna vez, le reprehendía amorosamente. Gustaba siempre de tratar en la recreaciones ordinarias, con los Hermanos más nuevos, y porque advirtió, que se apartaban de él algunos por reverencia que le tenían, les mandaba acercar a sí, hablando con ellos, como si fueran sus iguales. Nunca se sentó a la mesa sin hacer un acto de humildad, y mortificación de los que se estilan entre nosotros en nuestros refectorios. Servía a todos varias vezes a la semana: y en tiempo de cierta enfermedad contagiosa, que corría en la Ciudad, y prendió también en el Noviciado, se estuvo más de dos meses sirviendo a mesa segunda, oficio, que hacen, como se sabe, los más modernos en la Religión. No hablaba palabra de alabanza propria, o que redundará en su honra, porque era constante dictamen suyo, que sin humildad nada havía. Para que le tuvieran en poco, solía referir, que quando en Cerdeña pretendió entrar en la Compañía, le negaron los Consultores el voto, conociendo su inhabilidad; pero callaba siempre las circunstancias de su recibo, que pudiera contribuir a su propria estimación. Quando estaba enfermo pedía a los Padres mozos, que le visitaban, le tratassen de cosas espirituales, y santas, y le enseñassen lo que debía hacer, assí para llevar con alegría aquella enfermedad, como para aprovechar en el camino de la perfección; escusábanse los Padres, como debían, de hacer el oficio de Maestros con el que lo era común de todos, más el Varón humildíssimo les animaba a ello, y se lo rogaba con tanta instancia, que era forzoso algunas vezes, por no afligir aquel humilde espíritu, condescender con sus ruegos, quedando confusos al ver con quanta atención les escuchaba, como si del todo fuesse

ignorante, y peregrino en aquellas materias. Estaba en sus glorias quando varría los lugares más inmundos, juntando en uno la mortificación, y humildad. Todas las penitencias, y mortificaciones, que usaba, las ofrecía a Dios en primer lugar en satisfacción de sus propias culpas: porque aunque era tan inocente, y santa su vida, tenía tan profundo conocimiento de su miseria, que le parecía ser la criatura más ingrata, y rebelde de su Criador, sin hallar voces para expresar, quanto malo reconocía en sí mismo. *Mysterio* es este siempre admirable en los grandes Siervos del Señor, que ellos solos entienden, y no le perciben los que no son tan Santos, o porque ellos con superior luz miran lo que fueran, si Dios no los tuviera de su mano, o porque cotejando sus obras, por los beneficios recibidos, les parece nada quanto hacen por el Señor, respecto de lo que reciben de su liberalidad. Huía por todos modos posibles los propios aplausos, o estimación. Quando le pedían las personas más principales sus oraciones, e intercessión, para el feliz éxito de sus negocios, que vinculaban a ellas, deslumbraba tanto la mano, y gran cabimiento, que tenía con Dios, que hiciera a muchos desconfiar de su patrocinio, a no tener tanto conocimiento de su humildad, y hallar el desengaño en las experiencias. Y si venían a rendirle las gracias, por ver desempeñada su confianza en los buenos sucessos, se sonrojaba con la vergüenza de que le tuvieran por instrumento de su felicidad: y de tal modo convenia los ánimos, para que diessen a Dios las gracias, como único Autor del beneficio, que les forzaba a enmudecer, bien que más por la veneración, que le professaban, que por entender no era el Siervo de Dios el medio, por quien recibieron el favor. Solía rogar a algún confidente con grandes veras, que le observasse menudamente sus acciones, fiscalizando sus muchos defectos, que al parecer de su humildad cometía en sus obras, sin dexarse ver de su advertencia: y aunque en todos⁴³ los reparos de la atención más lince, servían para la admiración, más que para la censura, no obstante si por lisonjear a su humildad buscaba alguna disonancia a sus acciones, para advertirsela, recibía estos avisos, como oráculos, y sentía de oírlo tan verdadero gozo en su corazón, que se le assomaba al semblante en demonstraciones de alegría, aplaudiendo con señales de gusto, y agradecimiento la oportunidad de los reparos. No dudo, que celebraran todos este rendimiento; pero quizás serán pocos los

⁴³ 7E *todas*

que sigan en la práctica este dictamen, porque oír con gusto sus propios defectos, suele ser el crisól de las humildades.

Quien estaba dotado de tan singular humildad, no es mucho, fuera pobre por extremo, y diera de esta virtud grandes exemplos. En su vestido ya vimos usaba lo peor de casa, y el interior era siempre, o roto, o remendado, porque si le hacían algo de nuevo quando Superior, como quien no se hallaba con ello, lo daba luego a los pobres, o a algún súbdito, que para esto sólo se valía de la autoridad de Superior. Sus alhajas eran solamente en Breviario, un Santo Christo, y el Rosario de nuestra Señora, y aún en estas quería resplandeciese siempre la santa pobreza. Haviéndole hecho recibir por fuerza un juego de Breviarios nuevos, fue luego a un Padre súbdito suyo, y se los dió, trocándolos por el que tenía viejo, y deslustrado: resistiase el buen súbdito al trueque, como amante de la santa pobreza, y deseoso de imitar aquel exemplo de su Superior; pero este le ordenó expressamente, que los trocasse, con que siéndole preciso obedecer, quedó victoriosa la pobreza del Siervo de Dios. El sombrero de que usaba, era tal, que era necesario ser bien mortificado para no tener empacho, y repugnancia de traerle. Quando particular de la más mínima cosa no disponía sin expresa licencia del Superior, con tanta deliceteza en esta materia, que pidiéndole una persona medio pliego de papel, salió sin decir nada de su aposento, y fue a pedir licencia para darle. No quería admitir cosa preciosa, o curiosa, aunque fuesse con el título de devoción, y quando le daban algunas cosas para repartir por premios en las Doctrinas, luego lo llevaba al Superior, para que se lo diese a su tiempo, por no obrar contra la perfección de la pobreza, en tenerlo, quando no lo había de usar. Con ser de ánimo generoso, ponía gran cuydado quando Superior, en que no se desperdiciara cosa en casa, ni se perdiera por descuido, y así solía decir, se había de cuidar de la más minima lenteja, porque todo era sangre de Christo, y patrimonio de sus pobres. Tenía a estos por el amor de esta virtud grande inclinación, y no perdía ocasión alguna de su consuelo: oíalos con apacible benignidad, assistíalos con muchos socorros, aplicaba su poderosa intercessión para favorecerlos, y contemplaba en ellos un verdadero retrato de Christo, sin los postizos colores de la plata, y el oro. Decía, que tenía dos motivos eficaces para servirlos con mucho gusto. El primero, que el galardón es más seguro por estar el beneficio más lexos de humana recompensa. El segundo, porque aprendía de ellos, como debía ser

su pobreza, y por lograr tan buena enseñanza, era poco quanto les pudiese servir.

De su castidad baste decir, que fue tan Ángel en el cuerpo, y en el alma, como en el nombre, pues guardó intacta la flor de la virginidad, sin marchitarla, hasta que murió, como testifican sus Confesores. Robóle esta virtud el cariño, sin violencia, por tener tan estrecho parentesco con el candor de su vida. Para asegurarla de assaltos impensados, guardó las puertas de los sentidos con gran desvelo. Pactó con sus ojos, como otro Job, de no mirar a muger al rostro, y lo observó tan puntual, que jamás le vió alguno levantarlos para este efecto, trayendo la vista siempre baxa, con que subía a más alto grado el concepto, que se hacía de su virtud. Encargaba con grande energía la virtud de la modestia en las pláticas domésticas, diciendo, que él también tenía necesidad de guardar los ojos. Una tarde vino una pobre muger buscándole, para confessarse en nuestra Iglesia: salió pronto a oírla; pero llamando al Hermano Sacristán, le ordenó se estuviese delante del Altar, donde le pudiese ver, hasta que se acabó la confesión. No tuvo que vencer en dexar de oír palabras menos decentes, y castas, porque prevenía con su entereza, y gravedad los desahogos, sin que se atreviera la mayor licencia a descomponer las voces en su presencia: y generalmente era tal su compostura en todos sus passos, y acciones, que edificaba sumamente a quantos le miraban. Era en él eficacísimo el deseo de que todos fuessen castos, encomendando esta virtud a quantos penitentes confessaba con el mayor empeño. Jamás padeció combates, o rebeldías de la carne, estando en su persona la flor de la pureza tan essenta de insultos de enemigo soplo, que ni aún sentía sus amagos, y amenazas, no atreviéndose el espíritu impuro a assomar en los confines de su alma. Assí que con ser de conciencia delicadísima, esta materia no le daba motivo para la acusación más leve en sus reconciliaciones ordinarias. Trató forzosamente en sus Misiones, y en los demás ministerios con todo género de personas: llegaban a sus castos oídos los más torpes excessos, y sin embargo en materia tan lúbrica, pisaba a pie firme su pureza, convirtiendo los atractivos en horrores, y oyendo semejantes culpas con la insensibilidad, que si fuera de piedra. Verdad es, que andaba de ordinario tan alcanzado de salud, que apenas tenía el vigor preciso su cuerpo para vivir; pero nadie ignora, no basta esto, para defenderse de un vicio, que no se acobarda con apariencias de esqueleto. Defendiasse, pues, de él con el recato

inviolable, que observó en todo su porte, con la modestia de los ojos, con la mortificación continua de sus passiones, con el recurso a nuestro Señor en su frecuente oración, y con la devoción entrañable a nuestra Señora, a quien cada día rogaba, le alcanzasse de su Santísimo Hijo el don de la pureza, y a este fin rezaba una devoción, que en honra de la Purísima Concepción compuso el Venerable Hermano Alonso Rodríguez, y aconsejaba a otros, la rezassen para el mismo efecto. Agradándose los Santos Ángeles de ver al Venerable Padre tan semejante a sí mismos en esta Angelical prerogativa, le hacían Compañía muchas veces, y era fama común entre muchos sugetos graves, y doctos de la Compañía, y entre los externos, assí en el Reyno de Chile, como en esta Provincia del Paraguay, que gozaba visiblemente de la continua asistencia del Ángel de su guarda, con quien familiarmente trataba.

Su obediencia fue del todo ciega, practicando acerca de ella quanto prescribe en su Carta de oro nuestro Patriarca San Ignacio. Jamás miró, quien era el Superior, que mandaba, si sabio, o ignorante; sino el lugar de Dios, que ocupaba, sin examinar en la execución las razones, porque le mandaban, bastándole saber, era mandato del Prelado, para entender, que era voluntad del Señor. Ni era menester orden expreso, porque le sobraba una leve insinuación, para que venciesse, y atropellasse qualquier dificultad en la obediencia. Todas sus acciones, aún las que podía hacer sin licencia, quería fuessen niveladas por esta rectísima regla, en quanto fuesse possible. Siendo Rector del Noviciado pedía licencia al Padre Ministro para cosas muy menudas, y estrañándose de aquella sumisión, pues era Superior suyo, le decía le dexasse exercitar la obediencia. Siempre que el Padre Provincial le llamaba al Colegio Máximo, para valerse de su consejo acertado en las Consultas de Provincia, aunque lloviera entonces, o fuera el calor excessivo, al punto se ponía en camino, sin haver estorvo, que le impidiesse. Estando enfermo no se atrevía a hacer cosa sin licencia de un Hermano Novicio, que era actualmente enfermero: y si por algún accidente era necessario executar algo, sin haverse antes comunicado, en viniendo el Hermano, le daba menuda cuenta de todo, rogándole dixesse su parecer, para saber, como se havia de portar, y si le parecía se hiciesse, o no en otra ocasión. Quiso usar por necessidad de un jubón tan viejo, que apenas valdría dos reales, y pidió para ello licencia al Padre Provincial, suplicándole resolviera juntamente, si la necessidad era verdadera, o si socolor de ella,

se embolvía algún amor propio desordenado. El Enfermero que lo oyó, le replicó: pues Vuestra Reverencia es Rector, bien puede usar de esse jubón, sin nueva licencia; a que el Sapientísimo Maestro de espíritu respondió pronto redarguyéndolo tacitamente: “Hermano mío, el mejor camino para no errar, es guiarse en todo por la obediencia, aunque uno sea Superior”. Siendo tan summamente parco en la comida, como diremos, bastaba en sus enfermedades, quando era grande la inapetencia, le ordenasse el Ministro, o Enfermero, comiesse algún manjar, para aceptarle luego sin señal de repugnancia, por más que antes no arrostrasse a aquella vianda, rindiéndose al momento con toda docilidad. En una de estas enfermedades era necesario mudarse camisa, y sábanas, y aconsejándole un Novicio, lo hiciesse luego, ofreciéndole caritativo a aquel ministerio, no vino nunca en ello, porque dixo, no sabía, si quería su Superior, que assí llamaba al Enfermero Novicio. Por tenerle ordenado el Médico comiesse siempre carne por sus habituales achaques, si alguna vez se sentía con más vigor, y quería comer de Viernes, nunca lo hacía sin pedir licencia, o al mismo Médico, o al Enfermero, que si se lo negaban, les obedecía rendido, mortificando su buen deseo, por no contravenir a la voluntad de quienes (según nuestra Regla) reconocía en aquel particular por Superiores: y por el mismo motivo omitía otras austeridades, comía, descansaba, y permitía a su quebrantada salud algunos alivios, aunque siempre tan cortos, que no podían dar la mortificación materia de quexa. En una sola ocasión parece que su obediencia no tuvo toda aquella velocidad, y prontitud, que acostumbraba. Mandáronle los Superiores, estando en las Misiones del Paraguay, que aceptasse el grado de Professo del quarto voto con que suele la Compañía calificar, y honrar los sugetos benemeritos: espantóse el Padre Serra de que le huviera nuestro Padre General juzgado por digno de tal honra, y como se reputaba en su vil concepto por inútil, y sin talento alguno, se afligió, y congoxó, y representó su indignidad, como él decía contra su estilo ordinario, en materias de obediencia, que era jamás proponer, ni se sossegó, hasta que los Superiores le ordenaron seriamente, aceptasse aquel grado, que entonces aunque con sentimiento obedeció, y hermanó con igualdad los dos grandes sacrificios de los votos, y rendimientos. En mi juicio no le faltaron a esta obediencia los quilates más subidos de esta virtud, pues la replica, y propuesta, se hicieron con la debida indiferencia, y era en materia de tanta honra, que nadie negara a

Moysés la calidad de obediente perfecto, porque antes de aceptar la dignidad, para que el Cielo le destinaba de Caudillo de Israel, y obrador de prodigios, replicó con toda sumisión, representando la flaqueza de sus ombros, para tan lustroso empleo: porque la cegüedad de la perfecta obediencia, no impide el tener ojos, para reconocer propios demeritos, y representarlos al Señor con humilde confesión de la propria indignidad. No sólo obedecía con prontitud gustosa, sino que era jurado defensor, y patrono de la santa obediencia, no sólo quando Superior por su oficio, sino quando particular, por el amor de esta virtud, y deseo de que floreciese en todos: pues como dice admirablemente nuestro gran Patriarca, en quanto esta floreciere, todas las demás virtudes se verán florecer. Por tanto si advertía, que estaba alguno menos gustoso con los ordenes, que notificaban los Superiores, hecho todo a el vando de la obediencia, procuraba con toda la dulzura de términos, y buen modo, que discurría facilitar la execución, y assenso, sin duda, ni replica del sugeto: y tenía tal gracia en la persuasión, que con suave violencia atraía a lo que intentaba, sin poderse negar a poner por obra, movido de sus razones, la voluntad del Superior. A este veneraba no sólo el tiempo, que lo era actualmente, sino después que fenecía su empléo, porque alguna vez lo havía sido, que parece imprimía carácter en su obediente espíritu, el respeto de quien fue un sólo día su Prelado, no siendo poderoso el tiempo a borrar de su corazón la veneración, que havía sellado en él profundamente la obediencia.

§ VI

DASE NOTICIA DE OTRAS VIRTUDES DEL VENERABLE PADRE MIGUEL ÁNGEL SERRA

Hermanaba todas estas virtudes el Padre Serra, con una grande mortificación de todos sus afectos, y passiones. Varias vezes solicitó salir por las calles con el trage más vil, y despreciable, para ser escarnecido, y decía con toda sinceridad, que no sintiera en ello la más leve repugnancia; pero hubo de sacrificar estos deseos en las aras de la obediencia, porque se lo impidieron los Superiores. Usaba no obstante, en lo que podía, todos los medios, que pudo, para conseguir se burlassen de él: por esta razón teniendo el pie muy pequeño, solía calzar de ordinario zapatos grandes, para que de este modo tuviessen ocasión de reirse de su persona. Assaltaron continuadamente su incontrastable paciencia varios achaques,

muy penosos, y los más habituales, recreciéndose por su austeridad algunos accidentes: y quando más apretaba sus cordeles la furia de estos males, se hallaba el Siervo de Dios con el semblante rebosando serenidades, sin oírse de aquella boca un ay; sino para quejarse, de que no hallaba más que padecer. En la aspereza del invierno le penetraban con tanto rigor los fríos, que le hacían temblar aun en el retiro de su aposento; pero jamás quiso permitir el alivio tan necessario de tener en él un poco de lumbre, hasta que advirtiéndolo el Padre Provincial, mandó expressamente, que admitiese un brasero: lo que sintió grandemente su mortificación, como lo manifestó a la Comunidad, dándole razón del motivo de recibir aquella indulgencia: porque como persona pública, por ser actualmente Rector, juzgó necesario prevenir a todos por la edificación, para no dar mal exemplo. De la misma manera sintiendo tanto el frío, quando andaba en Misiones, que se le rajaban las manos, y le corría sangre, no había forma de reducirle a ponerse algo, con que abrígarlas, como lo contaba muchos años después sumamente edificada una Señora de Iglesias, a quien la distancia del tiempo no pudo borrar la memoria de esta mortificación, que admiraba. Estudiaba los modos de la mayor repugnancia, para vencerse, consultaba los libros, para descubrir los caminos, que dexó abiertos la austeridad de otras vidas, para regular la suya por esos passos. No descubrió cosa, en que pudiera mortificarse con las potencias, y sentidos, que no la abrazara con el mayor gusto, sin escuchar las frequentes quejas del apetito, que son las sirenas de la razón. Con padecer tanto en sus habituales achaques, nunca se compadeció de su atenuado cuerpo, antes continuaba su rigor, y aspereza, sin permitirle descanso en los ayunos, vigilijs, y penitencias, que le eran permitidas: porque decía, que si se dan treguas a la carne, toma luego de aí ocasión de armarse para mover cruda guerra contra el espíritu. Jamás probaba fruta alguna, ni cosa de dulce, ni quería fuesse bien sazónada la comida, que le servían a la mesa, o quando enfermo; antes deseaba le cupiera lo peor de las viandas, y empezaba por donde mostraba el apetito mayor repugnancia. Y si la comida era de algún regalo, apenas la probaba, y aun entonces divertía la imaginación, para que fuera menos el gusto, quando al contrario en hallando desazonados los manjares se entretenía con alegría, transformando en delicias la pesadumbre. Si algún día festivo se ponía en la mesa mejor pan, que el ordinario, quando particular, casi no le tocaba, y quando Superior se hacía poner el

peor pan de casa, sin querer por esso, que los súbditos dexassen de comer el que se les ponía, sino antes gustaba, tuviessen todo el regalo, que con nuestra pobreza se compadece, reservando solamente para sí mismo aquella austeridad. Jamás usó saynete alguno en la vianda, comiéndola del modo, que se la traían: ni bebió, o comió fuera de los tiempos señalados, y por guardar esta regla al pie de la letra no venía en tomar cosa alguna, antes de predicar, con ser de complexión delicada, y enfermiza, respondiendo, quando le instaban compadecidos de su flaqueza, que Dios le ayudaría. El postre no le probaba, y en lo demás era tan parco, que admiraba, siendo assí, que todo el día andaba con hambre, como lo confessó con santa cencillez al Padre Alonso de Roxas, hijo espiritual suyo muy querido por su singular ingenio, y religión. Siempre dormía vestido sobre un pobre colchoncillo, que ponía en tal disposición, que le diesse tormento, y no descanso: y como por no desnudarse, se llenasse de animalejos, los toleraba con increíble paciencia, sin matarlos jamás, ni hacer el menor ademán, que denotasse lo que padecía. Quando salía a Misiones por Cerdeña, si le daban una cama, rogaba al Compañero, se acostasse en ella, sin querer nunca ceder, y él se hechaba sobre algún arca, o tarima, a tomar un corto reposo. Con este tesón en mortificarse, domó totalmente la rebeldía de la naturaleza, y dexó a su cuerpo sugeto, y rendido a la razon; pero con ser tal el rigor, con que se trataba, todo le parecía poco, y assí quando sentía los aprietos de las enfermedades, decía muy alegre, le quería Dios dar entonces la penitencia, porque era poco mortificado, y luego con ardor increíble, añadía, que deseaba más enfermedades, y ser esclavo de la Religión, para servir, y tener ocasión de mortificarse, hasta la última hora.

Hallando nuestro Señor tan bien dispuesta el alma de este su fiel Siervo la llenó de sus soberanos dones, concediéndole un encendido amor para con su divina Magestad, y un abressado zelo de su mayor honra, y gloria, que es compañero inseparable de la ardiente caridad. Para estar mejor dispuesto, havia desterrado de su amante corazón qualquier amor, y afecto a criatura alguna, sin amarla, sino es en Dios, y por Dios. Andaba entre día en continuo exercicio de actos de amor divino muy fervorosos, que llegaban todos los días al número de tres mil, con que alimentaba en su pecho aquel soberano fuego, que traxo a la tierra el Redemptor del mundo, y recibía mayores ardores su espíritu en la fragua de la oración, por cuya experiencia para lograr más tiempo, que em-

plear en tan santa ocupación, se levantaba indefectiblemente dos horas antes de la Comunidad. Los regalos, y favores, que Dios comunicó al Venerable Padre fueron sin duda grandes, y aunque su profunda humildad se ingenió por defraudarnos su noticia, los dieron a veces a conocer contra su deseo las señas de su semblante, como en Moysés; porque se le traslucían los ardores de estar comunicando intimamente a su Dios en el silencio de su retiro. Traygase a la memoria lo que referimos haverle sucedido, haciendo la tercera probación en el Noviciado de Cáller, donde fue visto todo transportado en Dios, resplandeciente el rostro, como de un Ángel, oyendo las palabras de un Santo Crucifixo. En otra ocasión visitando la oración de la mañana en el Noviciado de Chile el Padre Provincial Francisco Burgés, halló al Venerable Padre Serra todo fuera de sí, bañado el rostro de resplandores, que tenían su origen del divino costado de un Santo Crucifixo, delante de quien oraba. No estrañó la maravilla el Venerable Provincial, que como igualmente Santo, y favorecido del Cielo, sabía quanto regala Dios a sus verdaderos Siervos, uno de los quales, y muy grande en su aprecio, era el Santo Varón, de quien ya por Superior, ya por su mayor confidente sabía quanto passaba por su alma; pero por certificarse más, y no dexar el menor lugar a la duda de si acaso aquel resplandor era ocasionado de algún rayo de la luz, que llevaba en el farol, salió del aposento, y le dexó fuera: bolvió a entrar, y registró con sus ojos el mismo prodigio, que se continuaba, sin bolver en sí al ruido que hizo: con que le dexó, no queriendo interrumpir los favores, que lograba de su amado Redemptor. Siendo tan favorecido de su divina Magestad, nadie estrañar a fuesse incessante su oración, porque en la realidad más era de todo el día, que de horas limitadas: ella era el alimento continuo de su alma, y de allí le nacía el desatender a los regalos del cuerpo: que debe ser desatendida, como sospechosa, la oración, que no vive hermanada con la mortificación, como se tocaba por experiencia en este Siervo de Dios, a quien robaban enteramente sus gustos aquellas amables dulzuras de su espíritu, que gozaba en este exercicio: y por estar en él tan despiertas las potencias de su alma, tenía siempre, como dormidos a los sentidos; pues fuera de los empleos de la obediencia, a que aplicaba el mayor desvelo, en lo demás se portaba con tanta abstracción, como sino fuera dueño de su libertad. En los caminos, que hizo, iba siempre orando: por lo qual llevaba tan recogidas las potencias, y sentidos, que no podía dar razón de cosa alguna,

que en ellos se viese, o admirasse. Finalmente no había ocupación que le embargará los progresos de este ejercicio, satisfaciendo de tal manera a sus obligaciones, que no dexasse de orar. Aquí encomendaba al Señor todos los estados del mundo en común, y en particular, estendiéndose a todos su caridad, y principalmente a las cabezas del mundo, y a la de toda la Iglesia, que rogaba viviese con el exemplo, que requieren sus altas obligaciones. Hacía también oración fervorosa por el desengaño de los idolatras, gentiles, paganos, y hereges, negociándoles nueva luz, para que conociesen sus errores, y abrazasen la Fe, por cuya causa deseaba sacrificar su vida a innumerables, y exquisitos martyrios.

Nacía este deseo del zelo, que reynaba en su ánimo de la salvación de las almas, y mostraba bien quan ardiente era, assí en los sermones, que hacía a los seglares, como en las pláticas domesticas. Este zelo le obligaba a salir en Cáller, como otro Jonas, predicando penitencia: y en una fiesta, que se celebra a nuestra Señora del Carmen, con extraordinario concurso, solía en un campo, que ay allí cerca, hacer tales pláticas, que la gente iba a oírle, sin reparar en el ardor del Sol, que como en tiempo de caniculares abrasa en aquel sitio; porque encendía el espíritu Santo otro fuego más activo, y poderoso, assí en las almas de los oyentes, como en el pecho del Predicador. La primera vez que le oyó predicar en la Ciudad de Santiago de Chile un Padre grave, y docto de nuestra Compañía, habló el Siervo de Dios, con tan copiosa solidez, con tan viva energía, y con tanto fuego en las razones, que dixo aquel Religioso, le había parecido oír a un nuevo Pablo: exageración, que muestra el alto concepto, que se formaba de su zelo, pues para compararle, era forzoso recurrir a los primeros, y mejores Predicadores de la verdad. No había medio, de que no se valiesse, para aprovechar a las almas de sermones, pláticas, conversaciones, cartas, promesas, amenazas, doctrinas, ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, y el primero de todos negociar con Dios antes en la oración la conversión de aquellos, cuyas almas pretendía ganar. Con esta traza hablaba después en la ocasión, con tal energía, y eficacia, que reducía aún a los más obstinados pecadores. Oía de confesión a una muger perdida, que estaba encarcelada a instancias de su mismo Padre, quien deseaba con esta traza rigurosa poner algún freno a su licenciosa vida. Persuadíala el Santo Varón con blandura, hiciesse de una vez divorcio con sus vicios, y proponiendo la enmienda pidiesse perdón a su padre, y se reconciliasse con él.

Ella entonces ocupada de furias infernales prorrumpió rabiosa en las voces execrables de decir, quería antes la arrastrasen los demonios al abismo, que deponer el odio, y rencor, que contra su padre fomentaba en su pecho. No se turbó el Padre Miguel al oír la execración; pero se revistió de tan ardiente zelo, y con él le supo decir tales razones, que luego bolvió en sí la miserable, abrió los ojos del alma, que le tenía ciegos la pasión, conoció sus passados errores, y resolviéndose en amargas lágrimas, se arrepintió de sus culpas, pidió a todos perdón del escandalo, que había dado, se confesó con señales de intensísimo dolor, y se reconcilió voluntariamente con su padre, proponiendo la enmienda para adelante, como lo executó con edificación común de la República. Conociendo los seglares este abressado zelo del Venerable Padre, iban de muy lejos a poner en él los negocios de sus almas, y a descubrirle sus aflicciones nacidas del pecado, que servía de torcedor a sus conciencias: recibíalos con entrañable amor, y blandura, sin escusarse de este trabajo aun hallandose postrado en la cama. Y cobraban los penitentes mayor concepto de la santidad de su Confessor, y Padre espiritual, quando veían, que les leía los corazones, les penetraba los más profundos secretos de sus conciencias, y declaraba los pecados, que de vergüenza pretendían encubrir, o no se atrevían a expresar. Assí lo testificaron algunos penitentes, que queriendo por empacho ocultar algunas enormes culpas, les previno el Siervo de Dios, mandándoles confessassen tal, y tal pecado, que se havían resuelto a callar. También los domésticos gozaron de este gran fervor del Padre Miguel Ángel, y como más inmediatos con mayores usuras, y medras de su espíritu. Exhortábales con la mayor energía en las pláticas, assí familiares, como de Comunidad, a la perseverancia en la virtud, a la exacta observancia de nuestras reglas, a la cordial devoción con María Santíssima, y a esmerarse en el más perfecto amor de Dios nuestro Señor. Y quando trataba de este punto, como estaba su corazón penetrado de este divino fuego, sus palabras parecían centellas, que despedía el volcán de su pecho. Levantabase de la silla todo trasportado en su dulcísimo amor, y le sucedió algunas vezes llegar hasta el medio de la Capilla, sin reparar en lo que hacía; porque ya no obraba él, sino en él, aquel por quien, y en quien vivía, que era Christo Señor nuestro. Este incendio de amor prestaba fuerzas a su debilitado cuerpo, porque hallándose atenuado de sus continuos, y penosos achaques, luego que se ponía a platicar se revestía de tales alientos, que parecía un

león en el vigor, y brio, con que exhortaba a todos a amar con la mayor fineza a su Dios, y por este amor a no quebrantar la menor regla de la Compañía.

Tenían gran fuerza sus palabras, porque iban alentadas con la poderosa del exemplo: y assí en materias de observancia, conseguía lo que pretendía persuadir. Los que le conocieron afirman uniformes, que jamás le observaron, quebrantar alguna de nuestra reglas: cosa admirable para los que sabemos la menudencia de ellas, y el altísimo grado de perfección, que en sí contienen. En lances muy apretados, en que parecía inevitable faltar a alguna regla, o a la que llama el mundo policía, daba el Siervo de Dios con su discreción tan buen corte, que sin dexar quejosa a la urbanidad, cumplía con la observancia, dexando a aquellos, con quienes trataba satisfechos, y edificados, y enseñando prácticamente el modo suave, y discreto de observar las reglas. El mismo Venerable Padre confessó de sí, que jamás había cogido, ni aun una flor sin licencia. Dándole una carta en tiempo de examen, no la quiso abrir, hasta después de acabada la mesa, y recreación de amedio día: porque dixo, que aquel tiempo le destinaban, para aquella ocupación nuestras reglas. Toda su vida barrió su aposento cada tercer día, sin admitir jamás quien le ayudasse, por más que se le ofrecia la caridad de muchos, que conocían la debilidad de su salud. Finalmente no mandan menudencia alguna nuestras regla, que no observasse con la mayor exacción, y lo que executaba en esta parte, solía tratar en las pláticas, que hacía a sus Novicios, aconsejándoles se empeñassen, a no descuydarse en las cosas pequeñas, como aún de coger una guinda sin licencia, para que Dios no les dexara de su mano, y se perdieran faltando a su vocación. Quatro Novicios, que hicieron poco caso, y no se aprovecharon de este consejo, antes el uno de ellos, como haciendo burla decía: fervores del Padre Rector. Una guinda dice, que no hemos de comer sin licencia? En estos quatro miserables, digo, se vió presto el efecto, porque dentro de poco tiempo, o se salieron de la Compañía, o ella los arrojó de sí, como a hombres, que no tenían su espíritu, ni disposición para adquirirle, pues tan negligentes eran de sus reglas. Lo mismo sucedió a otros dos Novicios, cuya perdición sintió por extremo su compassivo corazón, y se entiende, que anticipadamente le previno el Señor con la noticia del fin de estos desdichados: porque siempre que llegaba a administrarles la Sagrada Comunión, lloraba muchas

lágrimas, sin poderse contener, como quien prevía su infelicidad: y es cierto, que entonces humanamente no podía saber lo que sucedió, porque procedían bien en lo exterior.

Nacían estas lágrimas de la entrañable *compassión*, que le causaban las miserias ajenas, y aunque las espirituales, como mayores le causaban dolor excesivo, era también grande el que tenía de las corporales: por tanto procuraba remediarlas, quanto estaba de su parte, y socorrer a los pobres, en quien contemplaba su misericordia al mismo Christo, que siendo tan rico, se hizo por nuestro amor pobre. Ya referimos lo que obró en este particular, siendo Rector del Colegio de Santa Fe: no fue inferior, ni menos liberal su caridad quando fue Rector del Noviciado de Santiago de Chile. Hallábase este a la sazón muy necesitado; pero su caritativa liberalidad no se estrechaba, o acobardaba con la pobreza de la Casa, antes aumentaba las limosnas, dando fuera de las ordinarias, otras de camisas, y vestidos, y decía: “Seamos liberales con Dios, que no nos faltará cosa”. Ni le engañó su esperanza, pues se vió por experiencia, que en todo su gobierno estuvo el Noviciado más abundante que nunca, y aun le sobró para edificar gran parte de la Iglesia nueva. Mandó al Despensero, que socorriese a todos los pobres, que acudían a nuestra portería, sin negar a ninguno limosna, cada vez que repitiesse la petición. En especial tenía esta flor uno, que sobre importuno pedía dos, y tres generos de limosna: el Despensero, que era de menos enlanche en el pecho, que su piadoso Rector, acudió a darle parte del exceso del pobre; más el Siervo de Dios entrando dentro de sí un rato al oírle, le respondió: “Vaya hijo mio, y dele todo lo que pide, porque Dios nos quiere probar”. Estando enfermo mandó al Hermano Portero, que a cierto número de pobres a quienes daba por su mano limosna, quando sano, se los llevase, para darsela, al aposento. Entraban los pobres a donde estaba su Padre, que assí le llamaban, y por veneración se arrodillaban en el suelo, hacíalos levantar, y con su vista, y trato, se recreaba su caritativo corazón, preguntándoles su necesidad, y mostrándoles una boca de risa, sin enfadarse de sus impertinencias. Olvidado de sus propios dolores, sólo se acordaba de los necesitados, y preguntaba al Portero muchas veces, si havían venido muchos de otros pobres, que allí se socorrían, y si le respondía, que sí, no es decible, quanto se alegraba, como al contrario se entristecía, en sabiendo havían venido pocos. Quien era tan *compassivo* con los estraños, discurrase quanta caridad usaría con los domesticos. Con todos tenía entrañas de verdadero Padre;

pero quando enfermaban, parecía Madre amorosa. Tenía especial cuydado en que se executasse quanto ordenaba el Médico, no fiando esta diligencia de otros, porque no huviesse omisión en materia tan importante. Un súbdito suyo aseguró, que a cada instante estaba con él consolándole, y animándole a sufrir con alegría las enfermedades, y quando los sangraban, era indefectible en visitarlos varias veces, antes, y después de media noche. Y el aprecio que hacía de esta caridad con los enfermos, lo manifestó, en lo que dixo a un súbdito suyo, aconsejándole, que nunca dexasse de visitarlos muchas veces al día, si quería ser verdadero Jesuita. Ni por estar él enfermo en la cama, se olvidaba desde allí de este cuydado, preguntando muchas veces, como se hallaban los otros enfermos de la Casa, y embiando un Hermano a que los visitase en su nombre. Llegaba a tanto su caridad, que siendo Rector, y viejo, se iba a la cocina en persona, para aderezarles la comida, lo qual hizo muchas veces en tiempo de fiesta, quitándose de su descanso, y si estaban de cuydado, passaba en vela las noches enteras consecutivas estándole a su cabezera, para su consuelo, y alivio, como lo hizo muchas, quando se estaba muriendo el Angelical Hermano Bartholomé Vázquez, así por lo que estimaba la singular virtud de aquel fervorosísimo Novicio, como por lo que le dictaba para con todos el ardiente amor, que les professaba. Era este general para con los subditos, sin acepción de personas, sino una inclinación natural a los más virtuosos, sin detrimento de la indiferencia. Tratábalos con una suavidad eficaz, que sin violentarlos, conseguía quanto deseaba. Aborreció siempre aquel sobrejeo de seriedad, que ahuyenta a los subditos del Prelado, antes le hallaban en todas ocasiones con una serenidad apacible, que roba las voluntades. Disgustaba de los rigores en el castigo, siendo maxima suya, que el gobierno de la Compañía, ha de ser qual quiso su Santo Patriarca, gobierno de hijos; no de siervos: y por consiguiente con espíritu de blandura; no de rigor. Del mismo modo se portaba en los avisos, y corrección, que acompañaba de gran templanza, y porque una vez se descuidó en reprehender a algún Novicio con menos blandura de la que solía, le pidió perdón dexándole confuso, y edificado. Procuraba darles todo el alivio, que permite nuestro Instituto, aunque se viesse precisado, a tomar para sí el trabajo: por esto quando era día de recreación, hacía que el Portero fuesse a divertirse, y él se quedaba con las llaves de la portería. Lo mismo hacía otras veces con otros oficiales. Desvelábase mucho, porque no faltasse nada a ninguno de sus subditos, diciendo: no hecha Dios

su bendición a las haciendas, quando se escasean a sus Siervos, para quienes las da primariamente: visitables frequentemente, para que se les proveyesse del vestuario interior. Mostraba de todos grande estimación, y aprecio, de manera, que todos se persuadían, estaban con él bien opinados: y era assí, porque en corrigiendo la falta por la obligación de su oficio la olvidaba tan del todo, como si no huviera precedido, si se seguía la enmienda: ni permitía, si daba alguna penitencia pública, que delante de sí se refrescase la memoria del descuido, que la ocasionó, antes enmudecía, o divertía al punto la conversación con destreza.

§ VII

DEVOCIONES, EN QUE MÁS SE SEÑALÓ EL PADRE SERRA, Y SU DICHOSA MUERTE

Querer referir por menor los Santos de su particular devoción, cuyo patrocinio procuraba alcanzar con particulares obsequios, fuera largo assumpto: contentaréme con decir aquellas devociones en que más se señaló. Primeramente la que es obligatoria en los Sacerdotes de las Horas Canónicas, las rezaba siempre de rodillas con tal atención, humildad, y devoción en cada Salmo, verso, o palabra, como si mirara presente con los ojos corporales al Señor con quien hablaba, exercitando diversos actos, según las circunstancias. Respectó las sagradas imagenes de los Santos, con una santa embidia de haverle merecido a Dios tanto amor. A sus sagradas reliquias daba todas las veneraciones, que le dictaba su fervorosa devoción, esmerándose en su culto, por haver sido sagrados depositos de tan felices espíritus. Tuvo, entre su innumerable multitud, treinta por sus Abogados especiales, a quienes consagraba un día de cada mes, para emplearlos en su obsequio, correspondiéndole ellos con crecidos consuelos. Entre ellos era uno nuestro Padre San Ignacio, a quien amaba como a Padre, y le professaba filial devoción. Fuera de procurar imitarle en las virtudes, y particularmente en referir todas sus obras a la mayor gloria de Dios, ponía todo empeño en aumentar su culto, y veneración, y en estender su devoción: para lo qual hablaba, en quantas ocasiones se ofrecían, con subidísimo aprecio de sus heróycas virtudes, y obras admirables. En todos sus ministerios le escogía por su Patron, en todos le pedía su favor después del de la Santísima Virgen, persuadido a que todo lo que con ellos se pretende en la Compañía, se havía de obrar por medio del Padre, y Patriarca de ella; pero quando más

particularmente imploraba este patrocinio, era en los días, en que hacía él mismo, o daba a otros los ejercicios, haciéndole instantes súplicas, para que intercediese con el Señor, y consiguiese se aprovecharen él, y todos de sus importantes, y eficacísimas máximas. Lo mismo executaba en el tiempo de sus Misiones con el gloriosísimo Apostol de las Indias San Francisco Xavier, que para ellas escogía por Tutelar, y Avogado, y juntamente por exemplar, en que estudiar el Apostólico zelo de que fue dotado. Por su intercessión tuvo la feliz navegación, que diximos, desde Cádiz a Buenos Ayres, y por la misma se libraron todos los navegantes del evidente riesgo, que corrieron de naufragar encallando en este Puerto, de que siempre vivió muy agradecido. Hacía su Novena algunas veces al año, y procuró se entablase el hacerla en público en Santa Fe, con grande provecho de aquella Ciudad, que professa al Santo grande devoción. Con el Santo Ángel de su guarda tenía trato familiar, y era fama común, según referimos arriba, que gozaba visiblemente de su continua presencia, recibiendo de él importantes avisos para la dirección propia, y agena. Por tanto le era muy devoto, y se esmeraba en obsequiarle en quanto alcanzaba, y aconsejaba a otros, hiciessen lo mismo con sus propios Ángeles, pues son amigos tan verdaderos, y compañeros tan fieles. La misma devoción professaba con el Arcangel San Miguel, que era el Santo de su nombre; pero en la devoción, que más se señaló, fue en la del Santísimo Sacramento. No había para este Siervo de Dios cosa de mayor gusto, como ver, oír, y hablar de aquella Sacrosanta Humanidad sacramentada. Teníale dedicados todos los Jueves del año, con su Oficio, y Missa propria, quando no había impedimento, y esos días andaba, como fuera de sí, abstraído en la contemplación de las grandes maravillas, y soberanas excelencias de este inefable mysterio. Eran tan vivas las ansias de llegarse a esta Augusta Mesa, en que alimentaba el ardiente fuego de su espíritu, que no pudiera vivir, si se hallasse forzado a carecer algún día de este manjar celestial, sin que el verse reducido a la cama, ni a tantos remedios continuados de la Medicina, fuesse bastante para que dexasse de recibir al Señor un sólo dia: de suerte, que después de media noche nunca se podía recabar de su docilidad, tomasse medicamento, o enjuagatorio, por no privarse de comulgar al día siguiente: y tal vez quando sano anduvo en ayunas siete, u ocho leguas por llegar a paraje, donde hallasse comodidad de celebrar. Hallaba en este manjar divino encerradas todas las delicias del

alma mejor, que los Israelitas en el Man a los sabores del gusto, y llamaba la hora dichosa de su mayor recreo aquella en que comulgaba. Para satisfacer a los ansiosos deseos de hospedar al Señor en su pecho, consideraba en él todo el día a Christo Sacramentado, y renovaba espiritualmente muy a menudo las Comuniones: con este ejercicio avivaba las llamas de su amor, y encendía aquellos heróycos actos de perfección, con que se preparaba para el Santo Sacrificio. Todos los días hacía quantas visitas podía al Santísimo Sacramento, encaminando sus primeros passos, al salir de su aposento, luego que se levantaba a la Iglesia para venerarle: y se estaba largos ratos en su presencia contemplando las finezas, que nos mostró el Señor en tan soberano beneficio, y negociando el alivio, y remedio de las necessidades propias, y ajenas; porque decía, que assí como personalmente se agencia mejor el despacho de los negocios del mundo, y a esse fin van, aún de partes remotas, los suplicantes a la Corte de los Principes, y Reyes, para conseguir cara a cara sus pretensiones, assí importa mucho a los Fieles el ponerse en la presencia de Christo Sacramentado, para que se negocie mejor el socorro de su gracia, sean las mercedes crecidas, y consigan feliz despacho las súplicas. Quando estaba patente la Sagrada Eucaristía en su Trono, no sabía apartarse de aquel feliz sitio, perseverando inmobile horas enteras, sin sentir cansancio su delicado cuerpo; porque le daba alientos la presencia de su amado. Quando entraba, o salía de Casa era indefectible el irse a postrar arrodillado delante del Sacramento con adoración profunda, pidiendo antes licencia aquella Magestad soberana, para dar aquellos passos, y dándole después gracias de haverle buuelto a su casa, y a su presencia: y en su aposento se le notó, que tenía de tal manera dispuesta la silla en que estudiaba, que estuviessse buuelto el semblante al centro de su amor. La Missa celebraba siempre con extraordinaria devoción, y con el respeto, y veneraciones de un fidelíssimo Ministro del Altíssimo. Observaba antes disposiciones muy prolixas: porque lo primero tomaba una recia disciplina, para derramar la sangre en memoria de la que se representa vertida en aquel incruento Sacrificio. Lo segundo renovaba los tres votos religiosos, en especial el de la pureza, como quien se llegaba a gustar de aquel sagrado licor, que engendra Virgenes. Después renovaba la pureza de su alma, que con ser tal, que se tiene por cierto, no perdió la gracia bautismal, se havía de llegar cada día sin falta al Sacramento de la Penitencia a lavarse en él de las leves manchas de su conciencia.

Por fin visitaba muy de espacio al Señor, antes de revestirse, y renovaba los ardientes deseos de llegarse a la sagrada Mesa. Con estas disposiciones celebraba aquel tremendo sacrificio, entreteniéndose en santas consideraciones, que alentaban, y avivaban su devoción: y al llegar a consumir, se recogía todo dentro de sí mismo lleno de asombro de considerar su vileza, y la dignación inefable de aquella Magestad suprema, que entraba en su pecho, y por fin comulgaba con el mismo ardiente afecto, que si hubiese de morir al punto tomando por Viático aquel sacrificio. Si administraba la Eucaristía, era contal ternura, que compungía a los circunstantes, y tal vez fue tan copioso el caudal de lágrimas, que le sobrevino, que fue forzoso bolverse al Altar, para sossegarse, un rato. Acabada la Misa, se quedaba de rodillas inmóvil media hora dando gracias en el Presbyterio, causando admiración a los presentes su compostura, su modestia, y su devoción. Después sin testigos las proseguía en su aposento, y se alargaban a veces tanto, que no lo podía advertir, hasta que le hacían volver en sí. Todo esto que fue muy regular en el discurso de su vida, lo executó con mayor esmero todo el tiempo, que estuvo en el Noviciado de Chile, y así fueron extraordinarios los favores, que recibió del Cielo en estos últimos, revelándole el Señor muchos secretos, y dándole soberanas inteligencias. Como había llegado a concebir altísimo aprecio de este admirable Sacramento, era subidísimo el concepto, que tenía formado del Estado Sacerdotal, por quien se dispensa a los hombres tan inestimable beneficio, y decía, era estrechísima la cuenta, que tomaría Dios a los Sacerdotes, sino correspondían a tan altas obligaciones, y que era peor quien faltaba a ellas, que un saltador de caminos. Como quien tan bien conocidos tenía los inmensos bienes, que se nos comunican en la Eucaristía, anhelaba por promover su devoción, y entablar la frecuencia de la Comunión, para que esforzaba toda su eloquencia, quando predicaba de esta materia, siendo eficacísimas sus persuasiones, y lo llegó a conseguir en muchas partes de Cerdeña, donde hizo misión, y en otras partes, que exerció nuestros ministerios, exhortando juntamente a procurar la pureza de vida, que se requiere, para recibir digna, y fructuosamente el Soberano Sacramento Semejante era su devoción con la Sagrada Humanidad de Christo debajo del suave nombre de Jesús, que para él era nombre más dulce que la miel, como en otro San Bernardo, recreándose mucho en consagrar sus labios con proferirle.

Después de esta devoción, la que ocupó la más noble parte de su pecho, y el más principal empléo de su desvelo, fue la de María Santíssima. Procuraba obligarla con los más singulares obsequios, desde que nació en su alma este afecto, con el uso de la razón, porque desde niño, fue tan tierno, que la llamaba Madre, y la Virgen le trataba, como a hijo. Su universal recurso en todas sus empresas, en sus dudas, en sus aflicciones, y enfermedades, era a esta Soberana Reyna, teniendola por norte fixo de sus aciertos, sin fluctuar jamás en la duda de conseguir feliz successo en los negocios más arduos; por medio de su poderoso Patrocinio. Esta Señora le traxo a la Compañía de su Hijo, como el mismo Padre reconocía agradecido, confessando havía alcanzado tan estimable beneficio, por rezar, quando pretendía ser Jesuita, la devoción que compuso el Venerable Hermano Alonso Rodríguez, con la qual obligó nuestra Señora, a que dispusiese las cosas de manera, que se allanassen las dificultades, y repugnancias, que dilataban su recibo. Esta devoción empezó entonces a esse fin por consejo de su Confessor, y la continuó todo el resto de su vida, con tal tesón, que jamás la dexó de rezar, sino sólo un día, por un grave accidente repentino. Con los años creció, más que en la edad, en esta devoción, procurando servir en todo a esta su querida Madre. Ella era la materia de sus conversaciones, el objecto más apetecido de sus alabanzas, el alma de sus pensamientos, obras, y palabras; porque no sabía hacer pensar, o decir cosa, sino es por María, en María, o de María. Si pedía a Dios algo, havía de ser principalmente por medio de su Madre: si le alababa juntaba sus alabanzas con las de esta Señora: si invocaba su nombre, luego se seguía la invocación del dulcíssimo de María. Llamábala con unos nombres, y apellidos tan afectuosos, que mostraban bien, tener su origen de un afecto terníssimo de su corazón, como de *Madre admirable, Virgen dulcíssima, Sereníssima Señora, etc.* Y quando hablaba de sus grandezas, era con tanta ternura, que destilaba dulces lágrimas se sus ojos, las quales fueron tan copiosas un día en la quiete de la Comunidad, que no pudo proseguir el discurso, quedando los circunstantes tan sorprendidos de assombro, y suspensión, que no acertaron a hablar más palabra, y se hubo de mandar tocar a salir de la recreación. Siete vezes cada día pedía con instancias a la Sacratíssima Virgen, el don de la perseverancia en la Compañía, porque decía, le havía dado a entender el Señor, que salían tantos de ella, por no haver arraygado en su corazón la devoción verda-

dera con esta Reyna Soberana. Quando su profunda humildad le representaba tan defectuoso, que le hacía temer, le despidiessen de la Religión, era el ancora de su esperanza la intercessión de María, y lo que sentía él mismo, quería se persuadiessen todos, exhortándolos por esto a una solida devoción, que decía no consistía tanto en rezar muchos rosarios, quanto en una resolución firmíssima de no quebrantar la más minima regla por amor de la Virgen, que se cree las dictó a nuestro Santo Patriarca, y en ser humildes, como su Magestad lo fue en esta vida. Esta humildad le robaba todos los cariños, para procurar la imitación, entre sus admirables virtudes: y como ya apuntamos, consideraba doce grados de humildad en las acciones de su vida santíssima, en orden a cuya consecución rezaba todos los días doce Ave Marías, pretendiendo merecer por la humildad sus agrados, como por ella mereció la Virgen los del Eterno Padre, según confiessa ella misma. Entre los Celestiales Mysterios de esta gran Reyna, se sentía tan afecto al de su Concepción puríssima, que de sólo oírla nombrar, se mudaba, y enardecía en su amor. Hizo voto de ser perpetuo defensor de este Mysterio: rezaba todos los días, como diximos, su oficio, y se admiraba, que huviesse havido, quien pusiesse en duda esta grande excelencia tan debida a la que se concebía para Madre de la Santidad increada. Quando se disputaba, de si la Virgen tuvo, o no alguna gracia, o prerogativa, abrazaba siempre aquel partido, que más ensalzaba las grandezas de María, y como oyesse un día discurrir a un Maestro de los Nuestrs, que negaba con muchos Doctores el concurso, e influxo physico, y real de esta Señora, a la unión Hypostática, no se pudo contener el Venerable Padre, sin oponerse con gran fervor, y peso de razones a aquella opinión, ostentando en una el gran caudal de noticias, que havía adquirido en materias Theologicas, y el ardiente deseo, que abrasaba su pecho de engrandecer, y ensalzar las excelencias de tan admirable Madre. El Rosario devoción tan plausible, y agradable a María Santíssima, le rezaba todos los días entero, con rara expresión de lágrimas, y sentimientos, quando meditaba los mysterios de dolor, y soledad; como al contrario bañado en alegría al contemplar los gozosos, y gloriosos. Cada vez, que daba principio al Ave María, inclinaba reverente la cabeza, observando el mismo respeto, quando oía pronunciar este dulcíssimo nombre. Si estaba enfermo, se procuraba ayudar de alguno, para rezarle en la cama en la postura de mayor reverencia, que podía por no dexar día alguno de pagar

este tributo a la Reyna de los Cielos, y de la tierra. Con que fervor, y devoción le rezaría, manifestó su Magestad en lo que se agradaba, como se verá por el caso siguiente. Rezabale una noche solo, estando enfermo en el Noviciado, y a la misma hora vió el Venerable Hermano Alonso López, hijo regalado de María Santísima, con quien trataba familiarísimamente, y vivía en otra Casa nuestra de aquella Ciudad; vió, digo, que la Sacratísima Virgen ofrecía aquel Rosario a su Hijo, y Señor nuestro Jesús Christo. Vino por la mañana a ver al Venerable Padre, y le dixo: “Mucho ha estimado nuestra Madre el Rosario, que Vuestra Reverencia le rezó a noche”, y le contó lo que había visto, quedando confuso el Siervo de Dios, que le rogó no refiriese a otro la visión, aunque no pudo evitar, que no diese cuenta de ello a su Superior, como acostumbraba, y de su boca se supo este favor. La misma Reyna del Cielo le calificó después de la muerte del Venerable Padre, por verdadero devoto suyo, y como tal favorecido de su piedad. Consta por testimonio del referido Venerable Hermano López, quien rogado por el Venerable Padre Francisco Burgés, que consultase no sé que cosa acerca del Padre Serra, le responde assí en carta de 24 de Agosto de 1699. “En lo que Vuestra Reverencia me manda lo consulté, me dixo nuestra Señora, y Madre, que puede haver algun engaño: y que el Padre Serra fue gran Siervo de Dios, padeció mucho, fue devoto, suyo verdadero, y procuró imprimir su devoción en los corazones de todos: harto ay para gloria de Dios, y enseñanza nuestra, que decir de su religioso proceder”. Lo que dice en este testimonio de que procuraba promover esta provechosa devoción con María Santísima, era con grande empeño en todas partes, y lugares donde vivió. Aún siendo Estudiante seglar, vimos logrado este zelo, quando se usó con él la singularidad de elegirle Prefecto de la Congregación de nuestra Señora, fundada en nuestro Colegio, y de que ordinariamente lo es un exemplar Sacerdote. Siendo Jesuita, los cinco años, que fue en Iglesias, y Cáller Maestro de Grammática, y de Rhetórica, no se puede fácilmente expressar quanto empeño puso en gravar el amor a María en los corazones de sus discipulos, procurando por todos medios pegarles su utilíssima devoción. Platicabales de ella frequentemente, y entonces no salían de su boca palabras, sino llamas de fuego de aquel incendio, que abrasaba su corazón verdaderamente Mariano, y con que pretendía abrassar a sus oyentes. Advertiase principalmente este ardor en las

vispetas, o días de nuestra Señora: y no es de admirar, porque para ellos se prevenía con toda la intensión de su alma, empleándose en ayunos, penitencias, y oración, a que ministraba materia alguna excelencia de aquella festividad: con que caldeado su corazón en essa fragua, despedía centellas más vivas, para abrasar con sus razones. Hacía grandes diligencias, para que se venerassen, y estuviessen con la mayor decencia possible, como lo executó en Santa Fe, labrando un costoso retablo para la Imagen de la Congregación, de que era Prefecto, y proveyendo para su culto de alhajas bien preciosas. A quantos trataba, aconsejaba la devoción del Rosario sacratísimo, y para facilitarla distribuía a los pobres quantos podía. Finalmente para decirlo todo en una palabra, no se le ofrecía medio conducente para estender el culto, y veneración de María, que no le abrazasse, y pusiesse en execución con deseo indecible, de que fuesse amada, y reverenciada de todo género de personas.

Todas estas virtudes le merecieron con razón las aclamaciones de Santo, el renombre de Varón Apostólico, y la veneración, con que todos, como a tal, aún en vida, le trataban. Y aunque en todas partes gozó de estos gajes de su heróyca virtud, singularmente los mereció en la Ciudad de Santiago, cabeza de todo el Reyno de Chile, cuyos nobles Ciudadanos, como tan honradores de los buenos, y virtuosos, no le sabían llamar con otro nombre, que el de Santo. Quando acaso passaba por las calles, sacaban luego las Madres a los hijitos en los brazos rogándole, que se los bendixesse, porque en su bendición fundaban firme esperanza de su felicidad: expresiones, con que al passo, que confundían al humildísimo Varón, cuyo rostro se sonrojaba de vergüenza, declaraban el altísimo concepto, que tenían formado de su santidad heróyca. Hallábase cierta Señora en el último riesgo con recios dolores de parto, desfalleciendo y a el sentido en el más cruel tormento, por no poder dar a la luz la criatura: motivo porque llamaron al Varón de Dios, para que la dispusiesse a morir. Apenas la Señora supo, que iba a su casa, quando exclamó diciendo: “El Padre Santo viene a mi casa, no moriré de esta, buen parto he de tener”: y sucedió como esperaba, porque alentándola el padre a confiar en la Santísima Virgen, y en nuestro glorioso Patriarca, cuya reliquia le hizo aplicar, dio luego a luz la criatura, y escapó sana de aquel peligro. Ni eran solos los externos, los que se señalaban en esta veneración; porque la misma tenía entre los sugetos de la Compañía, cuya estimación, es más dificultoso conseguir, por ser testigos domésticos, y conti-

nuos, a quienes no se pueden desmentir los defectos; pero como en el Padre Serra admiraban de cerca tan elevada⁴⁴ perfección, sin tener que tachar, eran panegyristas de su santidad, y se tenían por dichosos de tratarle, llegando a estimar sus cosas, por apreciable reliquia.

Empleado al fin nuestro Venerable Padre Miguel Ángel en los ejercicios de las virtudes referidas, cumplió los cincuenta y nueve años de su edad, y ya vivía impaciente en el destierro de esta vida, anhelando con ansia a desatarse del cuerpo corruptible, y unirse en la Bienaventuranza con Dios, que le inspiraba estos ardientes deseos. Quiso cumplirlos el Señor, para premiar sus grandes merecimientos despenando aquella alma de las prisiones del cuerpo, por medio de una muerte preciosa, en que voló a la posesión de la gloria. La enfermedad, que ocasionó la ruina de su vida, tuvo noble principio, y origen de su misma mortificación: porque acostumbrando comer ordinariamente de carne por mandato del Médico, pidió licencia a este para ayunar un Viernes, y condescendiendo a sus ruegos, contraxo del cumplimiento de esta devoción la enfermedad, de que murió. Hallándose en ella, pedía consejo a los que le visitaban para portarse con paciencia, y sufrirla con alegría, diciendo: “Quando van a servir al Hospital no dan consejos, y documentos a los Indios, negros bozales, o a los ignorantes? Pues assí me los deben dar a mí, que por mi ignorancia les soy muy semejante, para que a lo menos a lo último de mi vida conozca los grandes bienes que ay, y se encierran en el padecer”. Dos días antes de su dichoso fallecimiento, hizo que le traxeran un devoto Crucifixo, que tenía pintada al lado la muerte: apenas lo vió, quando exclamó, y dixo, que en aquel Señor tenía y a quanto había menester, y conservó todo el tiempo, que le duró la vida clavados de continuo los ojos en la santa Imagen, pidiéndole misericordia por la intercesión de los Santos sus especiales Patronos, y Avogados, los quales hizo, que se le assentarán en un papel, y se los pusieran a la vista, en la forma siguiente: “Jesús, María, y Joseph, San Miguel, San Gabriel, San Rafael, el Santo Ángel de mi guarda Santa Ana, San Joaquín, San Juan Bautista, San Pedro, San Pablo, San Juan Evangelista, N. P. San Ignacio, San Francisco Xavier, San Francisco de Borja, los tres Santos Martyres Pablo, Juan, y Diego, Beato Luís Gonzaga, Beato Estanislao Kostka, los Santos Cosme, y Damián,

⁴⁴ 7E *elevaba*

San Jorge Obispo, y Martyr, San Antiogo Martyr, Santo Domingo de Guzmán, Santo Thomás de Aquino, San Buenaventura, San Francisco de Sales, Santa Theresa, los Santos de año, y mes, los Santos de cada día, y todos los Ángeles del Cielo sean mis intercesores, y Abogados en mi vida y en mi muerte. Amen”. Quando en el discurso de la enfermedad le traían el Santo del mes, hacía que se lo leyessen, y poníale luego a la cabecera para leer de quando en quando, y rumiar la sentencia, que en él estaba escrita. En lo más penoso del achaque, nunca dexó de hacer el examen particular, notando con diligencia el número de las faltas, aún el mismo día de su dichoso fin. Aunque todo el tiempo se havia portado con gran serenidad en sus acerbos dolores; pero quando el Médico le significó los cortos plazos de su vida, que restaban, no pudiendo estrechar dentro del pecho la alegría, rebosó por el semblante: recibió el Santísimo Sacramento por Viático, aunque comulgaba también todos los días, precediendo la reconciliación, que apenas se podía distinguir de la quotidiana, sino en la mayor afluencia de los consuelos, y tiernos coloquios de su piedad: diósele luego el último Sacramento, con que la piedad de nuestra Madre la Iglesia fortalece a sus hijos, para la última lucha, y conociendo sus queridos Novicios, se quería y a apagar esta luz, que los guiaba por las sendas de la perfección, quisieron desfrutar aún sus últimas llamaradas, rogándole con lágrimas les diera algunos consejos, para aprovechar en espíritu, y perseverar en la Compañía. Enterneciósse el Santo Padre; pero como tan humilde les respondió: “Qué consejos puede dar un miserable como yo?”. Hiciéronle no obstante instancia, para que les diese aquel consuelo, y no pudiendo ya resistirse su caritativo, y tierno corazón a los piadosos ruegos de aquellos fervorosos jovenes, les dixo: “Después de la cordial devoción a María Santísima nuestra amantísima Madre, os encomiendo, hijos mios, la humildad, y os asseguro, que si arraigáis en vuestro corazón aquella devoción, y virtud tan importante, no solamente perseveraréis en la Compañía, sino también alcanzaréis la perfección”. Dicho esto, bolvió a sus tiernos coloquios con Dios nuestro Señor, con María Santísima, y los Santos sus devotos. A lo último con asistencia de la Comunidad, se le dixo la recomendación del alma, estando en su entero juicio, que no le faltó hasta espirar: repetía con gran ternura los afectos, que le sugerían, y prorumpía en otros más abrasados, mostrando la voluntad tan expedita, y la razón tan serena, y atenta a las virtudes más propias de la

última hora, como pudiera en lo mejor de su salud; porque suplía el habito la falta de vigor, hasta que desfalleciendo este del todo, se desató aquella dichosa alma de la cárcel del cuerpo, para volar al término feliz de sus fatigas, y al principio de la quietud eterna. Murió sin agonías con gran sosiego, y suavidad, como quien se rinde a un dulce sueño, el día 21 de Enero de 1697 a los cinquenta y nueve años de su edad, quarenta de Compañía, y veinte y uno de la profesión solemne. Al último suspiro hizo eco el llanto universal de todos los Novicios, y el sentimiento de todos los de Casa, no hallando palabras para significar el dolor de tan irreparable perdida; bien que se mitigaba en parte, con la consideración de su eterna dicha, de que se dignó el Cielo dar testimonio; porque estando poco antes de su muerte haciendo oración por el Siervo de Dios el Venerable Hermano Alonso López, le mostró el Señor el incomparable premio, que estaba prevenido en la gloria, para este su fiel amigo: porque vió al Padre Miguel Ángel adornado de vestiduras Sacerdotales, que entraba en el Cielo bañado de luces, y que salían todos los Bienaventurados a recibirle, y abrazarle con increíble regocijo. No estrañaron esta visión los que conocieron al Venerable Difunto, ni dudaron de su certeza los que sabían quan favorecido era aquel Venerable Hermano, assí de nuestro Criador, como de María Santíssima, con quien trataba familiarmente todos los días con la confianza de hijo, queridísimo a Madre muy amante. Luegó que sonó en la Ciudad el funesto clamor de las campanas, se estendió el dolor por todos los estados al passo, que se repetían las aclamaciones de Santo, que havia tenido en vida, y confirmó el Señor con algunos sucessos, que exceden los limites de naturales. Entre otros se cuenta, que sacando después de su muerte el colchón, que le servía hallaron debajo dos pieles de cordero, que naturalmente havían de oler mal por haverle servido quatro meses en la disentería de que murió; pero fue tan al contrario, que antes despedían de sí una fragancia muy suave, como de ambar, según depusieron contestes muchos sugetos, que se hallaron presentes, y fueron testigos de esta maravilla. Dexo otras que se cuentan, por no tener noticia individual de ellas, y por juzgar, que la principal de este gran Varón son sus admirables virtudes, y la inocencia de su vida, que jamás amancilló con culpa grave, conservando la gracia Bautismal, hasta el sepulcro. Este juzgaron los Superiores, que no fuesse el común de los demás Religiosos, sino que se depositasse su cuerpo a parte en caxa, como se executó: demostración,

que sólo se acostumbra en la Compañía con los Varones de ilustre santidad, qual fue nuestro Venerable Difunto. Como todos le veneraban por tal, solicitaron muchas personas, assí seglares como Religiosas, y obtuvieron, como preciosos dones, algunas pobres alhajas, que havía sido de su uso, guardando aquellas prendas a modo de estimables reliquias, y aún hasta oy las conservan con particular aprecio.

ESTRELLA SEXTA
CAPÍTULO VI
VIDA DEL VENERABLE PADRE JOSEPH TOLO

§ I
*SU PATRIA, ENTRADA EN LA COMPAÑÍA,
Y DESTINO AL PARAGUAY*

Aunque el Santo Padre Joseph Tolo, es el Jesuita Sardo más moderno, que ha muerto en nuestra Provincia del Paraguay, y aunque su vida fue siempre exemplaríssima, no obstante las noticias, que han podido conseguir de ella, son más cortas de lo que prometía la fama de su santidad. Contentaréme, pues, con dar aquí las que se han podido recoger. Fue el Padre Joseph Tolo natural de la Villa de Posada en el Reyno de Cerdeña, no Potaga, como escribe el Autor de la Relación de las Misiones de Chiquitos. Nació allí en 21 de Noviembre de 1643, y se crió en la Ciudad de Cállor, donde estudió las letras humanas en nuestro Colegio, y con el trato familiar de los Nuestros aficionado al instituto de la Compañía, entró en ella a los 21 años de su edad en 20 de Mayo de 1664. Tuvo su Noviciado en Cállor con gran fervor, hechando solidos fundamentos en el exercicio de todas virtudes, que exercitó en el discurso de su Religiosa vida. Acabado este con gran satisfacción se perfeccionó en las letras humanas, que después de concluidas las Artes enseñó por dos años en el Colegio de Alguer con aprovechamiento notorio de sus Discípulos. Bolvió a Cállor, a proseguir la Theología, en el qual tiempo teniendo noticia de la Misión, que juntaba en España para la Provincia del Paraguay fu Procurador general el Padre Christoval de Altamirano, solicitó, y obtuvo pasar a ella siguiendo los religiosos passos de su Venerable Tío el Padre Bernardino Tolo, cuya vida dexamos escrita. Embarcóse para esto en Alguer en Compañía de los Venerables Padres Miguel Ángel Serra, y Juan Antonio Solinas, que aún era también hermano. De Barcelona, donde arrivaron, fueron por tierra a Sevilla, donde nuestro Padre Tolo en Compañía del Santo Martyr Solinas recibió los Sagrados Ordenes, y no en la Provincia del Paraguay, como escribe el Autor citado de la relación de Chiquitos, pues consta assí expressamente del libro de Provincia, en que se señalan el día mes, y año, en los quales se ordenó cada uno de los Nuestros, porque allí se dice, recibieron ambos el Sacerdocio en 27 de Mayo de 1673 en la Ciudad de Sevilla, por mano del Obispo auxiliar de

aquella Diocesi Doctor Don Miguel de Escuda, como lo dixe en la vida del Venerable Padre Solinas. El siguiente de 1674 se embarcó para esta Provincia del Paraguay, donde concluyó en Córdoba los Estudios, y la tercera probación.

§ II

ES EMBIADO A LAS MISSIONES

Fue destinado para las Misiones de Paran a y Uruguay. Allí se aplicó con tesón a aprender la lengua Guaraní, que supo con perfección, y procuró ayudar a aquellos Neophitos, quando pudo, señalándose tanto en el zelo de su bien, y aprovechamiento, que le señalaron los Superiores para el gobierno de una Reducción muy en breve. Era padre, y defensor de los Indios, que como a tal le amaban, y estimaban mucho, y logró con este buen trato, que algunos de ellos, que andaban fugitivos por las tierras de los Infieles, se reduxessen a su pueblo, y el Siervo de Dios, compadecido de su flaqueza los recibía con benignidad, y ganaba las voluntades, para que no bolviessen otra vez a su apostasía. No era menor su benignidad con los demás Christianos, y el desvelo de que viviessen ajustados a las obligaciones de la vida Christiana, y correspondía esta al trabajo del Siervo de Dios, que le daba por bien empleado viendo tal, vez manifiestas señales de la predestinación de sus feligreses. Entre otros que pudiera referir, me contentaré sólo con el caso siguiente. Adoleció un Neóphito de la enfermedad de que murió, y después de recibidos todos los Sacramentos con demostraciones de singular piedad, y tierna devoción le assaltó un parasismo, que le privó de los sentidos exteriores, y en esse tiempo le mostró el Señor, al parecer, que era del número de los escogidos, y estaba escrito su nombre en el libro de la vida. Bolvió en sí, como quien despierta de un dulce sueño, y llamando al Padre Joseph, le dio las gracias de lo que le había ayudado a aquella felicidad con sus buenos consejos: después buuelto a su muger, e hijos les habló con especial agrado, y dixo: “Yo muero con especial consuelo, porque ha más de veinte años, que he exercitado mi oficio de herrero por obedecer a los Padres, y en todo este tiempo, ni una sola vez he faltado a lo que me han ordenado, ni he repugnado, ni mostrado desazón en el semblante, por lo qual usando Dios de su infinita misericordia me haze participante de los premios eternos, que me quiere dar por estos trabajos momentaneos”. Pidió luego al Padre, le dixesse seis Missas, de que necessi-

taba, para ir luego a gozar del summo bien, y por último legado de su testamento encomendó a su hijo, se esmerase en ser muy obediente a los Padres; porque te hago saber (dixo) que la obediencia, y rendimiento, que se les tiene, es de mucha gloria de nuestro Señor, y singular agrado. Acabó de pronunciar estas palabras, y espiró al punto con gran sosiego, dexando al Padre, y a todos los presentes una prenda inestimable de su eterna dicha, assí en este successo, como en los exemplos de su precedente vida. Esmerábase mucho el Padre Joseph en promover los exercicios piadosos de las Congregaciones de nuestra Señora, y del Arcangel San Miguel: esta en que se alistan los jóvenes, que dan más indicios de piedad, y devoción, y la otra en que sólo son recibidos los que en la de San Miguel muestran haverse arraygado en la virtud. Ambas hizo florecer mucho zelando se arreglassen los Congregantes a las Constituciones, que de nuevo por aquel tiempo se hicieron, resplandeciendo con exemplos más propios de Christianos muy antiguos, que de Neóphitos, cuyos Padres professaron el Gentilismo. Y comunicándose este fervor de los corazones al exterior resplandecía en dichas Congregaciones el aseo, y adorno en qualquier función, que hacía distinguirse de los demás Pueblos, siendo retrato del que mantenían sus interiores animados, de que quedó sumamente edificado el Señor Obispo Don Fray Faustino de las Casas, quando visitó las Doctrinas de su jurisdicción, en que estaba la del Padre Tolo. Quiso el Señor probar la virtud de su Siervo con un lance bien pesado, porque impresionado un Padre Provincial muy santo, que governaba entonces la Provincia por la delación de cierta persona, no contra el proceder del Padre Tolo, que siendo muy exemplar no dexó jamás lugar a la calumnia, o más leve sospecha, sino contra algunos accidentes de su gobierno, que había sabido pintar con bien negros colores el delator, le privó del oficio de Superior de su Reducción con nota de su prudencia, y estuvo algunos años olvidado, sin dar la menor queja, ni señal de sentimiento: bien que después de tiempo bolvió Dios por su inocencia, porque informado Nuestro Padre General Carlos de Noyelle por personas zelosas, y desapasionadas, le mandó restituir a su oficio, y el delator llevó el castigo de su ossadía, y le sobrevinieron en el crédito trabajos bien considerables. En esse tiempo hizo la profesión solemne de quatro votos en 15 de Agosto de 1682 premio muy debido a su virtud, y ciencia: y se ocupó con el mismo tesón en nuestros ministerios principalmente, solicitando

la conversión de algunos Gentiles de nación Guenoas, que están poblados entre el río Uruguay, y el mar, y acudían a la Reducción de Santo Thomé, donde algún tiempo fue compañero del Pároco principal de aquel Pueblo. Solían venir a este Pueblo algunos de esta Nación, y lograba siempre el Padre Tolo las ocasiones de hablarles en el negocio de su salud, agassajándoles primero con los doncillos, que ellos estiman, para introducirse a convencer sus entendimientos ciegos por la conquista de sus voluntades. Logró sus diligencias en la conversión de algunos, que aficionados a la vida Christiana, se dexaban cautivar de sus dadivas, y quedaban convencidos de sus razones. Entre otros un Cazique principal de esta Nación oyendo un día el razonamiento, que el Padre Tolo hacía a sus vasallos, que le habían ido acompañando, herido el pedernal de su corazón de la eficacia de sus voces se empezó a desatar en un copioso caudal de tiernas lágrimas, y preguntado por la causa de aquel excesivo sentimiento, respondió así el barbero: “No quieres que lllore, oyéndote decir, que me he de condenar, quando no puedo acallar mi conciencia, que está dando alabadas a mi corazón, para que abra las puertas a un bien que no conocía, ya que por tanto se las cerraba obstinado en mis errores?”. Las palabras, que has proferido, jamás las he oído, causa porque ha estado hasta ahora muy obscurecida la luz de mi entendimiento, y no he abrazado la Fe, que me enseñas. Conozco ya por tus razones, que este es el camino seguro del dictamen interior de mi conciencia; porque aquel que hasta aquí he seguido, ha sido de confusión, pues aunque se me proponía a la vista del alma una luz, o antorcha, que me pretendía guiar, atropellaba por ella mi cegüedad, negándome a sus resplandores, y siempre me quedaba en tinieblas: descubríame la verdadera libertad, y yo me sujetaba por mis gustos a una escandalosa tiranía, aprobada sólo de un Mago embustero que no sigue más regla que la del antojo en perjuicio del bien común. Desde este mismo instante me entrego a tu voluntad, para que me dirijas por la senda cierta de mi salvación, que conozco estar únicamente en la ley, que me propones, y diciendo esto, se apartó de la parcialidad de los suyos, y se quedó con el Padre Tolo con admiración, y pasmo de todos, con cuyo reclamo se agregaron otros de su Nación, a toda la qual procuró después convertir el Padre Francisco García, íntimo amigo del Siervo de Dios, en cuya Compañía había pasado a esta Provincia, y como tal le procuró fomentar siempre, para que llevase adelan-

te aquella empresa. Después de haver estado, como doce años en las Misiones del Paraguay le sacaron de ellas los Superiores, para que exercitasse el oficio del Procurador en el Colegio de Santa Fe, cuyas haciendas procuró adelantar, ayudado de su industria, y de las oraciones de su Rector el Venerable Padre Miguel Ángel Serra, cuya caridad fomentaba sin negarle jamás cosa de quantas le pidía para socorrer las necesidades de los pobres. Ni el cuydado de lo temporal le embarazaba, para aplicarse quanto tiempo le dexaba libre a los ministerios: y consta, que más de un año con el oficio de Procurador, juntó el de Prefecto de la Congregación de los Morenos, e Indios, asistiéndola, como si tuviera essa sola ocupación, y cuydando con grande esmero de la enseñanza de esta pobre gente. Más como su zelo era tan conocido, y se ofreciese entonces la fundación del Colegio de Tarija, a que se destinaban los Operarios más zelosos de esta provincia, para acreditar nuestros ministerios en aquella Ilustre Villa, donde ay mies copiosa, y se podía seguir el beneficio de muchas almas, le sacaron los Superiores de Santa Fe para aquella fundación, donde llegó poco después de haver entrado los Nuestros, de quienes le hicieron Superior. Halló aquí campo abierto, en que desplegar todas las velas de sus fervores, empleándose en obras de Varón Apostólico: enseñaba con increíble tesón a todo género de personas, consolaba a los afligidos, predicaba fervorosísimos desengaños, y le hallaban prompto a qualquier hora del día, y de la noche, para administrar a pobres, y ricos el Sacramento de la penitencia, en que era incansable, y muy diestro en desenmarañar las conciencias, y guiar las almas a la perfección. Fomentaba de su parte quanto y podía las nuevas Misiones de Chiriguánas, que entonces se pretendían entablar: y no contento con este fomento no paró hasta conseguir de los Superiores le destinassen para emplearse personalmente en ellas, como lo alcanzó el año de 1691.

§ III

HACE MISIÓN A LOS CHIRIGUANAS

Es esta Nación de genio sobremanera incostante, a que jamás se puede tomar tino, porque oy son amigos, y mañana enemigos, rompiendo los lazos de la más estrecha amistad por la causa más ligera. Interessados en extremo, que a ninguno harán obsequio, sino es por la codicia. Dados a la sensualidad con exceso, para que mantienen quantas mugeres alcanzan a sustentar: con el mismo

desenfrenamiento reyna entre ellos la embriaguez, por la unión estrecha, que suele tener Venus, y Baco. La creencia es sólo de lo que ven, sin rendir adoración, o culto a cosa alguna, sino es un temor servil, que professan a sus hechizeros por los daños, que de ellos reciben. Parece, creen la inmortalidad del alma, pues a sus difuntos les meten en unas tinajas (que son sus sepulcros) algún mantenimiento; pero no passan a discurrir si les espera pena, o gloria. La fidelidad vive desterrada de sus animos, no sabiendo mantener la palabra dada, sino quando recelan algún mal de quebrantarla: por lo qual, como quienes se conocen mejor, niunos paysanos se fian de los otros, mantienen siempre cercados sus pueblos, para la defensa de los vecinos. Antiguamente fueron cruelísimos, pues no perdonaban a las carnes de los que mataban en la guerra, a que daban sepultura en sus bestiales vientres; y aunque olvidaron aquella costumbre, en lo demás son vengativos sin igual, y al mismo passo sobervios, sin sugetarse a otro, sino es por fuerza. Finalmente quantas malas propiedades se pueden considerar en una gente precita, tantas se hallan en esta Nación en grado superior, y se confirman más en ellas a vista de los deprabados exemplos, que advierten más de una vez en los malos Christianos. A reducir a esta gente entró el Padre Tolo, que podía desde luego empezar a trabajar, sin aquellas dilaciones precisas, que otras veces intervienen, por haver de aprender primero el Ministro Evangélico el idioma, en que ha de enseñar los mysterios de la Fe; pero aquí tenía vencida esa dificultad, por hablar los Chiriguanás la lengua de los Guaranés, en que era perito el Siervo de Dios. No eran tan fáciles de superar otras, fundadas en la terquedad obstinada de sus naturales protervos, y adhesión a sus antiguos errores. Trabajó mucho para esto el Padre Tolo en la Reducción de San Ignacio de Tareque a que después de haver fundado encomendó a su cuydado el Venerable Padre Joseph de Arce: al principio estuvo solo, después le fue a ayudar el Apostólico Padre Phelipe Suárez, Misionero también de los Guaranés. Peleaban ambos por vencer, y ablandar la inconstancia, y dureza de aquellos Indios; porque aunque había algunos adultos, y ancianos de buena índole, que trataban de veras de aprender la doctrina del Cielo, y hacerse hijos de Dios por el Bautismo, entre quienes eran algunos Caziques, a los quales siguen sus vassallos con facilidad: y las mugeres, y niños mostraban grande afición a nuestra Religión Cathólica; pero el demonio se empeñaba a sembrar cizaña en esta heredad, tomando por instrumentos

a dos Apóstatas de la misma Nación, llamados Urbano Garnica, y Perucho de Santa María. Estos, tanto peores en la vida, que los mismos Gentiles, quanto es más ordinario ser más perdido en sus costumbres, quien abandona la Fe, que quien jamás la profesó, llevaron desde el principio pesadamente, que la Ley de Christo se estableciesse en aquel País, porque manteniendo para su placer crecido número de mancebas, estaban persuadidos, que o se verían forzados a desterrarse de la tierra, o a hacer divorcio con la sensualidad, en que estaban encarnizados. Esto segundo se les hacía muy arduo, aunque como quien había professado algún tiempo la Fe Christiana, conocían ser necessario para salvarse: en lo primero hallaban igual dificultad por el amor, que es tan natural al suelo nativo, y mucho más entre los Indios, que estiman más vivir en el desierto, donde nacieron faltos de toda conveniencia, que rodeados de regalos en la Corte más opulenta. Por tanto no teniendo aliento para contrastar estas dificultades, y atropellando todos los buenos respetos, se esforzaron a atajar los buenos principios de la predicación Evangélica con el mayor empeño, y a agostar en flor las esperanzas, que concebían los dos Missioneros de la conversión de Tarique a Para esto esparcían mil calumnias por el vulgo, ponderando más aquellas, que mejor les decía para sus intentos, creyesse la gente: como que eran espías, que no pretendían más que reconocer el País, para entregarlos a los Españoles, y privarlos de su antigua libertad, con el título aparente de hacerlos Christianos. Que si esto conseguían, y ellos se dexaban engañar de sus sofisterías, se verían presto hambrientos de los placeres, de que ahora gozaban a su antojo; sus cuerpos macilentos, señalados de los azotes de sus amos, de que ellos mostraban aún las cicatrices de los que llevaron quando Christianos. Puntos eran estos, que causan horror a esta Nación, y como quien tan bien lo entendía, se empeñaban a apoyar, y ponderar estas razones con eloquencia diabólica en sus juntas secretas, y nocturnos conciliábulos. Al principio aquellas mentiras no hicieron mella en los corazones, porque el deseo, que tenían de hacerse Christianos, estaba en sus primeros fervores, y principalmente, porque se les oponía el Cazique de mayor nombre, que había en aquella Reducción, llamado Mbororá, que siempre había sido amante de los Missioneros, y se había arresado a su defensa: por tanto acudían a la Doctrina, y a los demás exercicios del Cathecismo, y se esperaba hacer fruto considerable, ya que no en los adultos, a lo menos en sus hijos, y mugeres; más

como los Apóstatas persistiesen ocultamente en sus diabólicas persuasiones, fueron poco a poco abriendo brecha con la batería de sus mentiras bien paliadas en sus incostantes corazones, y resfriándose insensiblemente en ellos los primeros fervores: llegaron por fin a pervertirse de tal manera, que a veces predicando los Padres lo que les convenía al bien de sus almas, recibían su doctrina con risadas, y escarnios: otras veces, quando iban los dos Misioneros a los Pueblos comarcanos, disponían, que escondiesen, o retirassen sus hijos, porque no les enseñassen, y que les dixessen, se saliesen de sus tierras persistiendo, en su tema, de que pretendían entregarlos a los Españoles, y lo que causaba mayor dolor a los dos fervorosos Operarios, era ver, que a las veces apoyaban estos desatinos algunos Christianos viejos, confirmando a aquellos miserables en su pernicioso error. Es indecible, quanto padecían los Padres, quienes entre temores, y esperanzas de la conversión de esta gente vivían perplexos, cogiendo solamente el fruto de sus sudores en los niños, y adultos, que bautizaban en peligro de muerte. Llegáronse a enagenar tanto los ánimos de aquella gente por las engañosas razones de los Ministros del abismo, que tiraban a hacer quanto mal pudiessen a los dos Misioneros, para forzarles a abandonar el País. Era siempre desde los principios tarea quotidiana de ambos, después de la del Cathecismo, ir por sus manos a cultivar la tierra para su manutención, sin que huviesse uno entre tantos holgazanes, que se comidiese a ayudarles en la más mínima cosa, ni aún a traer un cántaro de agua para beber: de manera, que los Padres iban personalmente a traerla del río: y aunque los veían cabar con sobrado afán, tampoco se convidaban a quitarles de las manos el azadón, que manejaban, para plantar algunas legumbres, con que sustentarse. Todo lo padecían alegres, y contentos, a trueque de ganar algunas almas para el Cielo: y particularmente el Padre Tolo, que se quedó por algún tiempo solo, por haver pasado su Compañero el Padre Suárez al Pueblo de la Presentación del río Guapay: hallándose desamparado aún de esse alivio, se le descubrió entre sus fatigas la inteligencia de una misteriosa visión, con que años antes fue favorecido del Cielo, quando se hallaba en las Misiones del Paraguay; porque sin duda le quiso con ella prevenir anticipadamente, para llevar gustoso los trabajos presentes. Fue el caso, que retirándose un día después de Missa, a dar gracias al Señor, se vió de repente rodeado de gente, que no conocía, y se miró a sí mismo cultivando la tierra con un azadón,

fatigado, y embuelto en sudor, y polvo, sin que alguno de los circunstantes movido a piedad se comidiese, a quitarle de las manos el rústico instrumento para ayudarle en aquel penoso ejercicio. Quedó entonces el Siervo de Dios estrañamente maravillado, y pensativo, por no entender lo que se le quería significar con aquella visión, hasta que hallándose ahora entre los Chiriguanás de Tareque a alcanzó clara inteligencia de aquel *mysterio*, experimentando lo que entonces vió, y acordándose de la visión; que tenía y a olvidada: sirvióle su memoria de aliento en todos sus trabajos, para tolerarlos con serenidad de ánimo, e increíble alegría, siendo assí, que llegaba el descomedimiento de los bárbaros a tal extremo, que demás de no ayudarle en la labranza, se propassaban, a hechar sus cavallos a pacer en la huerta, donde cultivaba algunas hortalizas para obligarle a desamparar la tierra por falta de alimento. No por esta ingratitud alzó mano el Siervo de Dios de la labor, no menos de sus almas obstinadas, que de la tierra mal agradecida, hasta que los Superiores esperando serían sus trabajos más fructuosos trasladados a otro campo, que no malograse tan preciosos sudores, le hicieron bolver al Colegio de Tarixa, donde prosiguió algunos años los ministerios de fervoroso Operario.

§ IV

BUELVE A OPERARIO DE TARIXA

En este empleo fue grande el fruto, que hizo el Padre Tolo en beneficio de las almas, y le traxo Dios algunas bien necessitadas de remedio por modos raros, de que diré uno, u otro caso, que ha llegado a mi noticia. Llegó cierto hombre de divertidas costumbres a confessarse con el Padre en tiempo de Quaresma para cumplir con la Iglesia, y verdaderamente sólo para cumplir, pues reconoció el prudente Confessor por el estado del penitente, y su apresuración en negocio tan importante, venía poco dispuesto, y que necesitaba confesión más larga de la que traía prevenida. Exhortóle a que assí lo executasse, y lo consiguió finalmente haciendo por dirección del Siervo de Dios, una entera confesión de quantos pecados se acordaba, con mucho consuelo de su alma. Comulgó al fin de ella, y bolvióse a cuydar de sus haciendas a una estancia distante algunas leguas de la Ciudad, donde vivía de ordinario. Antes de passar una semana, después que se confessó bolvió assustado con temores mortales a arrojarle a los pies del Padre Joseph, a quien habló de esta manera: “Padre mio, yo vengo del campo

assombrado, y casi fuera de mí, por el suceso, que me ha pasado, y sino hubiera venido, estuviera ya sin duda en el infierno, y por milagro he llegado aquí con vida: porque luego que llegué a mi casa, salí a la campaña a recoger los ganados, y haviéndome ya retirado algún trecho considerable, oí a mis espaldas unas formidables voces, como de persona, que llamaba a otros, y decía: «Ola, ola, aquí está ya el pecador de estos parajes, para que lleve el castigo merecido». Bolví el rostro hacia donde sonaban las voces, para ver quien las daba, y reconocí, que me venía a acometer un hombre de tan espantosa figura, que no le puedo pintar sin susto: porque en la horribilidad de su semblante, en la fealdad de su rostro, y en la altura agigantada, y disforme de su cuerpo era estrañamente desemejante al resto de los hombres, que en este mundo vemos. Huviérame al punto caído muerto del caballo, en que iba, si el Señor por su misericordia infinita, no me hubiera conservado la vida. El susto que concebí de vista tan espantosa fue tal, que sin saber lo que me hacía, metiendo espuelas al caballo, comencé a correr desatinado, dando gritos con tal fuerza, que parece se me rompía el pecho, invocando a la Santísima Trinidad, e implorando el patrocinio de María Santísima, y de quantos Santos ocurrían a mi turbada memoria para que me librasen por su intercesión de la fiereza de aquel hombre tan feroz. Todo era en vano, porque quanto con mayor intensión clamaba a la Virgen, y a los Santos, se mostraba él más horrible, y sañudo, pretendiendo quitarme la vida con mayor rabia, y furor. Era por extremo velóz, y corría más que mi cavallo, con ser muy ligero arajándome con increíble presteza los passos por qualquiera parte, que tiraba a escaparme de él. Seguíame siempre, y decíame: «Ahora perecera a mis manos el pecador de estos países, por que viene de confessarse, y no ha dicho sus pecados al Confessor». «Mientes – respondía yo – que no he dexado pecado alguno por confessar». «Bien sé – replicaba él – que has confessado algunos; pero no descubriste los muchos pecados sensuales, que cometiste a tus solas por estos campos: por lo qual te he de dar ahora tu merecido», y me nombrava las culpas, y modo con que las había cometido. Respondíle yo entonces: «Es verdad, que las cometí, como tu dices; pero nunca tuve essas acciones por decado, y por essa razón no las dixé al Confessor, que a saber eran culpas, las hubiera confessado, como hice con las demás». «Pues por el castigo, que ahora te daré – añadió el hombre fiero – conocerás la gravedad de esos excessos: porque tuviste tan

poco respeto a Dios, que está presente en todos estos campos, y tu engañado de tu pasión, imaginabas, que nadie te veía». Oyendo esta tan terrible amenaza, le dixere: «Pues luego al punto me parto de aquí, sin divertirme a otra cosa, a ver a mi Confessor: si me dixere que es pecado todo lo que me acusas, al instante me confessaré de ello, y prometo, que en mi vida haré semejante ofensa de Dios: y assí te ruego por la Passión de nuestro Señor Jesu Christo, y por la Santíssima Virgen su Madre me dexes en buen hora, y no me persegas en adelante». «Ya con esto me has desarmado para poder perseguirte», replicó él; pero advierte, «Como cumples la promessa, porque si faltas infiel a ella se cumplirá lo que te he amenazado», y dichas estas palabras, se desapareció subitamente de mi presencia aquella horrible figura, sin que la pudiesse ver más, con no haveren todo aquel paraje donde se me pudiesse esconder: y yo desde allí sin ir a mi casa, sin comer ni dormir, caminando de día, y de noche sin parar, llego ahora a los pies de Vuestra Reverencia si huviera salido del infierno, y vengo tan molido del cansancio, que no podré bolver a mi casa. Cumplió luego lo prometido, confessándose de todos los pecados, que erradamente había juzgado no lo eran, y sacándole el Padre Tolo de essa, y de otras ignorancias, en que vivía, y concluída la confesión con grande satisfacción del Siervo de Dios, gozó en adelante de mucha paz en su conciencia, y vivió con buen exemplo”.

No era mejor la vida de otra muger, que daba grande escándalo con su proceder, y era tropiezo de muchos incautos, que vivían enredados con ella en torpe amistad, con ser de bastantes años. Desde que empezó su mala vida, que fue desde su juventud, se empezó a ver atribulada con trabajo tan grande, que la traía consumido el cuerpo, y sumergida el alma en un abismo profundo de tristeza, y melancolía, con temores infernales sin poder hallar alivio, o consuelo en esta vida, porque aún en las cosas de devoción, a donde tal vez cayendo en la cuenta de sus yerros, recurría, para hallar algún alivio, encontraba mayor congoja, y crecía esta tanto, que casi le ponía en términos de quitarse la vida con un dogal para librarse de una vez de la afrenta, que le parecía padecer: porque le seguía siempre con grande importunidad un enxambre de moscas asquerosas, y molestas: y quando trataba de rezar el rosario, o hacer otra devoción, le eran más importunas, y penosas; porque parecía, quererla ahogar con su copiosa multitud, rodeandola todo el cuerpo, desde la cintura arriba, assaltándole al rostro, cabeza, y pecho,

e intentando entrarsele por la boca, ojos, narices, y oídos: con lo qual se le passaba el tiempo de encomendarse a Dios, ocupada solamente en ahuyentarlas, y por más diligencias que usaba, nunca podía apartarlas de sí. Quando iba a la Iglesia, era sin comparación, más penoso su trabajo, y mayor desde que el Sacerdote consagraba, hasta que consumía, por ser entonces mayor la multitud de las moscas, y más frecuente su molestia. Si se llegaba a comulgar, al arrodillarse para hacerlo, quando comulgaba, y después de la Comunión, no sabía, como explicar la cruda guerra, que le hacían, aumentandose en mayor número, que antes, y conjurandose a molestarla, de suerte, que se veía corrida, y avergonzada, por imaginar que todos veían las moscas como ella. Con padecer tan terrible batería, no acababa de caer en la cuenta, y desistir de su escandalosa vida, hasta que habiendo oído en tiempo de Quaresma un exemplo, que contó el Padre Tolo, de cierto hombre infeliz, que se condenó por no haver confessado enteramente sus culpas, se sintió tan trocada en su interior, y tan resuelta a confessar, y detestar de veras las suyas propias, que no pudo sossegar de día, ni de noche por la fuerza, que sentía en su alma para irse a hechar a los pies del mismo Padre, haciendo una dolorosa confesión de sus pecados, y dándole cuenta del trabajo, y aflicción, que padecía. Executólo así, y antes de declarar sus culpas le hizo por menor la relación, que hemos referido de su pena, y congoja. Entendió luego el prudente Confessor la raíz de donde se originaba este trabajo, y coligió, que sus confesiones, y comuniones habían sido sacrilegas; pero para certificarse mejor, y averiguar más la verdad, la dixo con gracia: “No haga Señora caso de moscas, porque a todos molestan, especialmente en tiempo de verano, y en todo tiempo, que las ay son bien importunas”. “Bien distingo moscas de moscas – respondió la afligida muger – y sé quan pequeña es la molestia de las comunes, comparada con la que me dán estas, que no son de este mundo: y si Vuestra Reverencia no me da algún remedio para librarme de ellas, sé remedio para librarme de ellas: se remediar a todo con quitarme la vida”. Replicó el Padre, si en algún tiempo había dado cuenta de este trabajo a persona alguna? Y satisfizo ella diciendo no haverlo jamás manifestado a persona alguna, ni atrevídose a comunicarlo con nadie, pues ni aun entonces lo hiciera a no verse forzada a ello, declarando juntamente la causa, que ahora la había movido. Trató luego el Padre de aplicarle el más eficaz remedio, que era limpiar el alma de culpas, para que la alentó con palabras

muy suaves, e inquiriendo si aún sentía al presente la molestia de las moscas? “Si Padre – respondió – acompañada he venido de ellas hasta la puerta de la Iglesia, donde me hicieron cruda guerra, y parte de ellas se quedaron fuera, y las demás me fueron dexando al passo, que yo me acercaba al Confessionario con harta repugnancia mía, por venir movida de fuerza interior, a que no me puedo resistir, y sólo han quedado algunas pocas, que me affixen”. “Pues no se vé ninguna – replicó el Padre Tolo – y estoy persuadido a que ninguna otra persona las ha visto”. “En la realidad Padre mío, nadie me ha dicho hasta ahora – dixo la muger – que haya reparado en mi tales moscas”. Oída toda esta relación, la exhortó el buen Padre, y la alentó, para que se dispusiese a hacer una confesión general de toda su vida, assegurándola, era este el único remedio de tanto mal, y que sólo con él quedarían libres su cuerpo, y alma de tan porfiada molestia, y dolencia tan penosa, en que había estado tantos años, por causa de su escandalosa vida.

Hizolo así la muger arrepentida, y al cabo de algunos días, que duró la confesión general, la absolvió con grande consuelo de ella, y la mandó comulgar. Examinóla después, cómo la trataban las moscas. A que respondió: “El consuelo, que mi alma ha recibido, es verdaderamente grande; pero no es aún del todo perfecto, ni qual yo le deseo, porque todavía quedan algunas pocas moscas, que me acompañan; bien que su molestia no es penosa, y parece andan como avergonzadas, o por mejor decir enfermas, pues no tienen los brios, que antes para molestarne”. Entendió luego el discreto Confessor lo que era, y le dixo: “Essas pocas moscas, que todavía siente V. md. Aunque tan tibias en molestarle, indican, que aún no está su conciencia bien limpia por olvido de alguna cosa grave, o circunstancia no bien explicada por ignorancia: por tanto es preciso bolver a examinar toda su vida pasada más despacio, y con más sossiego, y lo que hallaré por confessar, o dudaré no haverlo confessado, confiésselo luego, y después repita siempre la misma diligencia del examen hasta que no vea mosca alguna, que de aquesta manera conseguirá sin duda el perfecto consuelo, porque tanto anhela. Executólo así puntualmente confessando luego lo que de nuevo se le ofrecía, hasta que vino a conseguir lo que deseaba; porque al passo, que confessaba las tales culpas, se disminuía el número de las moscas, y acabando de confessarse perfectamente, se acabó también la molestia de ellas, desapareciendo todas, y quedó aquella alma gozando de tan grande serenidad, y

consuelo, que no sabía explicarlo: y no contenta con haver dexado su vida escandalosa, se aplicó por dirección del santo Confessor al exercicio de las virtudes, en que se adelantó mucho, por curando con sus consejos gozassen otras almas del tesoro, que ella descubrió, alentando a los que vivían, como ella vivió, a que dexassen los malos passos, en que andaban divertidos, a que hiciessen confesión general, trayéndoles por exemplo, lo que ella misma experimentó, y por su medio se movieron muchas almas de vida bien estragada, que vinieron a los pies de Padre Tolo a buscar el remedio de sus males, sanando por medio de confesiones generales, que hicieron con notoria mejoría de sus conciencias.

Por estos modos le traxo Dios muchas almas, en que tuvo materia copiosa para cebarse su ardiente zelo. Este le excitaba algunas vezes a inventar impensadamente varias trazas, para ayudar a los próximos, y por los próximos, y por los efectos se conocía, eran inspiradas del Cielo. Entre otras se le ofreció un día la de hacer una trompetilla, para poder confessar, si llegasse acaso algún sordo a sus pies. No fue acaso, si no disposición particular de la Divina providencia: porque llegando a pocos días un sordo a su aposento, le representó el desconsuelo grande en que se hallaba, de no poder confessarle a su satisfacción por falta de oído. Consolóle el Padre Tolo, significándole tenía medio para confessarle a su gusto, y hacerle que oyesse con facilidad. Confessóse el Penitente con tanto jubilo de su espíritu, que no cabía la alegría dentro del corazón, levantóse de sus pies, y dándole rendidas gracias por aquel beneficio, al despedirse del Venerable Padre le dixo: “Quédese con Dios, Padre mío, que yo me voy a comulgar a la Iglesia, y de allí a hecharme en la cama para morir”. Assí sucedió puntualmente, pues al siguiente día le enterraron. Lo mismo le aconteció con otro, que padecía el mismo achaque, que andaba también muy afligido con la sordera, por no poder confessarse: porque manifestando al Padre Tolo su pena, le ofreció el medio que al primero: confessóse con los mismos efectos, que al pasado, y a los dos días murió muy bien dispuesto, siendo assí, que se sentía sano, y bueno al tiempo en que hizo la confesión. Los dos dexaron como se vé por el mismo successo, prendas de su salvación; más no le sucedió assí a otra persona, que se confessó con el Padre Joseph en otro lugar de esta Provincia en pena sin duda de no haver recibido, como debía, y como Dios quiere, que se reciban, respeten, y obedezcan los avisos saludables de sus Ministros. Atendiendo el Santo Varón a la

necesidad espiritual de aquel sugeto le dio algunas medicinas preservativas a su dolencia, y entre otras, hallándole capaz, le exhortó, a que hiciesse los Ejercicios de Nuestro Santo Padre, retirado para este fin en nuestro Colegio. Todo lo aceptó el penitente de palabra (como suelen otros muchos, que nada cumplen de la manera, que lo hizo aquella persona) porque ofreciéndosele un viaje, lo que primero hechó en olvido, fueron los consejos del Confessor, de quien antes de ponerse en camino quiso por urbanidad despedirse, para escusarse al mismo tiempo de no executar lo que le había aconsejado, y assí le dixo: “Padre Joseph, ahora no me es possible hacer los Ejercicios, por embarazarlo este viaje, que me precisa, y en que interesso mucho: a la buelta siendo Dios servido los haré, como Vuestra Reverencia desea, y yo necessito”. Respondióle el Padre Tolo: “No fuera mejor, que V. md. Los tuviera primero, y se confessára generalmente, y después emprendería su viaje con mayor consuelo de su alma, y mayor acierto en sus dependencias?”. “No es possible, Padre mio, detenerme, porque me precisa elirme luego”. “Pues vaya con Dios, V. md.” le dixo el Padre; “pero yo temo mucho, que ni ha de ir al viaje, ni tampoco ha de hacer los ejercicios”. Habló sin duda el Señor por la boca de su Siervo, pues sucedió todo puntualmente, como se lo pronosticó, porque a la primera jornada le assaltó un mortal accidente, que le hizo retroceder a su casa, y dentro de pocos días le puso en el camino de la eternidad, quitándole la vida con poca, o ninguna disposición para tan difícil viaje. Justo juicio de Dios, que lo perdiessse todo por haver antepuesto desordenadamente los intereses temporales a los espirituales de su alma.

§ V

PASSA A LA MISSION DE LOS CHIQUITOS

Perseveró el Padre Tolo en Tarija en el empléo de Operario con el fruto referido, hasta el año de 1699 en que passó a las Apostólicas Misiones de los Indios Chiquitos con cargo de Superior de todas ellas, logrando de esta manera los deseos grandes, que tenía, no de mandar, sino de vivir, y morir entre Infieles, a que siempre le tiraba su ardiente zelo, para ganarlos a Christo: y aunque las grandes, y frequentes enfermedades, que entonces padecía le estimulaban a proponer su ninguna aptitud para aquel empleo; pero teniendo presente, que el dolor, que más le congojaba en una enfermedad antecedente, fue el haver propuesto sus achaques a los superiores,

para no serlo de una Reducción, adonde le destinaban, sacándole de Tareque a se arrojó en manos de la obediencia, aceptando este trabajoso Superiorato, sin proponer una palabra, no obstante que perseveraban aún en su fuerza los mismos achaques, logrando esta ocasión de vengarse de sí mismo por la propuesta anterior, y desquitarse así de la falta, que entonces le pareció cometer en los muchos trabajos, que tendría en dichas Misiones, por estar aún en sus principios. Túvolos a manos llenas, hallándose no pocas veces falto de mantenimientos, andando caminos muy arduos, y penosos por consolar a sus subditos, y padeciendo otras penalidades, que no se pueden expresar fácilmente con palabras. Padecía todo esto alegre, y gustoso; pero le era insufrible a su caridad el ver sin esperanza próxima de remedio, o alivio las grandes necesidades de aquellos fervorísimos Misioneros, a quien gobernaba. No obstante esta falta de medios, procuró a costa de excesivo trabajo adelantar aquellas Misiones, así con la conversión de nuevos Infieles, como con desterrar las bárbaras costumbres de los recién convertidos. Atropellaba a este fin con invencible costancia riesgos, y peligros de la vida por la gloria de Dios, y bien de aquellas almas, que vivían abandonadas en las tinieblas del Gentilismo. No fueron pocas las veces, que se vió en estos aprietos, aunque no por esto desistía de amonestar, y reprehender, así a los Neophytos, como a los Catecúmenos sus bárbaros abusos. En una ocasión, viendo a uno embijado (llaman embijarse al teñirse el cuerpo, o rostro de feísimos colores) le dixo para avergonzarle, porque se enmendasse en adelante: te pareces al demonio en esas pinturas tan feas, y abominables. El Indio, que estaba algo caliente con el vino, que sin saberlo el Padre acababa de beber en abundancia, lo sintió tanto, que flechando su arco le asestó al pecho con una saeta; más el Siervo de Dios, sin turbarse, descubriéndose el pecho le dixo lleno de aliento: “Apunta aquí, para que con más seguridad aciertes el tiro, y me quites esta vida miserable, que deseo sacrificar a Dios, a trueque de que dexes essa mala costumbre, y se salve tu alma”. Plugo al Señor recibir la oferta, sin la execución del sacrificio, porque atónito el bárbaro de aquella generosa intrepidez, y confuso de su ossadía, suspendió su violenta resolución, sin atreverse a executar la muerte sacrílega, a que le impelió su enojo, y dispuso el Señor, que poco a poco fuessen aquellos bárbaros olvidando el vicio de la embriaguez (que es el fin, para que se embijan) y reconociesen, que los Padres movidos sólo del ardiente

deseo del bien de sus almas les afeaban, y procuraban desarraygar aquel exceso abominable, y nocivo: de tal manera, que el Indio, ahora tan atrevido, se dolía después, y corría grandemente de haver intentado aquella acción tan desacordada con el Padre Tolo. No se dio este con menor aplicación al estudio del idioma Chiquito, aunque es bien escabroso, y difícil, y mucho más en él, por ser y a entrado en edad, pues passaba de cinquenta y seis años. Más el tesón, con que se atareó al estudio, fue tal, que llegó a saber aquel idioma suficientemente para poder confessar, y predicar a los Indios. Assí pudo ayudarles mucho, no sólo los cinco años, que fue Superior, sino el resto de su vida, que passó entre ellos, sin salir después de aquellas Misiones, porque aunque le señaló nuestro Padre General Miguel Ángel Tamburini por Rector del Colegio de Santa Fe, estaba ya a la sazón impedido para emprender tan largo viage, que es de casi setecientas leguas, y le fue necessario escusarse con grande consuelo de su espíritu por lograr la ocasión de morir entre sus amados Indios.

§ VI

SUS MUCHAS ENFERMEDADES, Y PRECIOSA MUERTE

Todo el tiempo que pudo exercitó con ellos todos nuestros ministerios, en que perseveró constante con grande exemplo, y edificación, hasta que la falta de la dentadura le impidió el predicar, porque no le permitía expressar las palabras, de modo, que pudiesen los oyentes percebirle. Después se vió privado aún del consuelo, que sentía su zelo en acudir al confessorario, porque se lo estorvó una quebradura muy grande, que padecía, con otros achaques complicados, y muy penosos, que le impedían la quietud, y atención, que pide este trabajoso ministerio, y más en quien ha de confessar a gente tan barbara, y nueva en la Fe. Poníanle estos achaques muchas vezes a las puertas de la muerte; más no por esso se escusaba, quando le daban treguas, de emplearse en quanto podía conducir para adelantar la nueva Christiandad. Para que se celebrassen con alguna solemnidad los Divinos Oficios, tomó a su cargo la enseñanza de los niños de la escuela, escogiendo entre ellos los más capaces y despiertos, a quienes fuera de instruirlos en los mysterios de nuestra Santa Fe, los imponía en el modo de servir a las Missas, y exercitar las funciones sagradas, enseñábales el canto Gregoriano, y las otras ceremonias Eclesiásticas, ministerios todos de trabajo excesivo, y tedio increíble, porque era necesario poco

menos que hacerles mudar de naturaleza, para domesticarlos, y desvastar poco su tosca rudeza: corregíalos sin exasperarlos, y los toleraba algún tiempo, para hacerlos totalmente diversos de los que eran al principio. Exercitábase en todo muy gustoso su grande caridad, y ardiente zelo, perseverando en este penoso empleo, hasta lo último de su vida, porque la esperanza de los bienes, que veía, se lograban de aquella su infatigable tarea, se lo hacía todo suave. También hizo por sus propias manos algunas obritas curiosas, para adorno de los Altares, y un vistoso Tabernáculo, para colocar con decencia el Santísimo Sacramento. Finalmente en todo lo demás, que pertenecía al culto Divino, era señalado por singular su esmero, con algunas piadosas invenciones, para que era muy ingenioso. No por estas ocupaciones se olvidaba de sí mismo, hermanando con maravillosa unión los ejercicios de Maita con los de María, que era en todos exemplo de religión. Portábase de suerte en las funciones de Operario Evangélico, que no se descuydaba un punto de los ejercicios interiores, antes se retiraba muchas horas del día a vivir más perfectamente para sí, para después obrar con más fervor en beneficio de los próximos. Tenía muchas horas dedicadas al ejercicio de la oración, en que se recreaba su espíritu, y cobrava nuevas fuerzas, assí para los ministerios, como para sufrir con alegría sus penosos achaques. Era notoria su delicadez en la guarda de nuestras Reglas, y Constituciones y en toda la observancia regular, de modo, que aún hallándose sólo en alguna Reducción, o en Misión de infieles tocaba a todas las distribuciones religiosas con la exacción, que pudiera en el Colegio más concertado. Señalóse mucho en la observancia de los votos religiosos: su pureza siempre tal, que con haver vivido tanto tiempo entre bárbaros, por la mayor parte desnudos, nunca manchó su candor, antes resplandecía tanto, que admiraba aquellas gentes. Su pobreza ya se ve, qual sería, pues muchas vezes no alcanzaba aún el preciso alimento, y el vestido era el más vil, y despreciado, andando con él tan alegre, como pudieran los mundanos en medio de sus pompas. Su obediencia ciega, y puntual, de que es prueba el sentimiento, que le causó a su delicado espíritu una propuesta muy justificada, que tal vez hizo, la qual lloró siempre, y se resolvió a obedecer a ciegas en adelante a costa de grandes trabajos, como consta de lo que se ha referido. Era muy compassivo con los Indios, sintiendo sus trabajos, como propios, y procurándoles el alivio posible. Quando los veía afligidos, él mismo se afligía con ellos, y si era

preciso castigarlos, lo hacía con grande templanza. No era menos caritativo con sus hermanos, esmerándose en tratar a todos con la mayor afabilidad, compadeciéndose sumamente de los grandes trabajos, y falta de lo necesario, que padecían, a cuyo remedio cooperó con sus trazas ingeniosas, y con sus informes; uno de los cuales hizo mucha fuerza en el Real, y Supremo Consejo de las Indias, para mover el ánimo de los Señores Consejeros, que le componen a conceder alguna limosna annual situada en las Reales Cajas del Potosí, para aliviar la pobreza summa de las Misiones de Chiquitos. Quando bolvían sus Missioneros de alguna expedición entre Infieles, no sabía como agasajarlos, y quando llegó al Pueblo de San Rafael, donde a la sazón vivía el Apostólico Padre Joseph de Arze después de la navegación, y summos trabajos, que padeció, para llegar al Río Paraguay a dichas Misiones, no se puede expresar fácilmente quanto se enterneció, y sintió los infortunios del viage. Procuraba en sus penosos, y prolixos achaques no dar molestia alguna al Compañero, sufriendolos todos con alegría, por no causarle pesadumbre, ni entristecerle: con esto ya no es mucho decir, que a nadie daba ofensión, de que estaba tan lejos, que con saber la disposición de su proprio ánimo, se affligía si sospechava por sí el haver dado causa al más leve sentimiento. Un compañero de buon humor conociendo este genio del Siervo de Dios, se solía passar algunas vezes muy serio delante de él; y rezelando, si acaso tenía alguna quexa, no paraba, hasta que iba con gran trabajo, y le pedía perdón, si en algo le havia ofendido; lo que celebrava mucho el compañero, y le desengañaba, aunque eso no bastaba, para que omitiesse la misma diligencia, si advertía otra vez la misma seriedad. Fuera de la oración mental a que daba tantas horas, se exercitaba en muchas devociones con nuestros Santos, y otros que tenía escogidos por Avogados, y para el cumplimiento de ellas destinaba algunas horas del día, singularmente con la Santíssima Virgen, a quien amaba, como Madre, y le hacía obsequios de verdadero hijo, para merecer su patrocinio: regalábase con su Magestad, con frequentes jaculatorias, con que levantaba el corazón a pedirle su intercessión poderosa. Su piedad con las ánimas del Purgatorio, especialmente con las que en esta vida fueron más devotas de María Santíssima, fue muy particular, y señalada, porque no sólo les tenía hecha donación de todas sus obras, sino también de todos los sufragios, a que podía tener algún derecho después de su muerte, reservando para sí enteras las penas del

Purgatorio. Acto verdaderamente heróyco, en que procuró imitar la caridad del Apóstol, quando decía: “*Cupiebam anathema esse a Christo pro fratribus mei*”: deseaba carecer por algún tiempo de la vista clara de Dios, por amor de sus hermanos, que en este sentido le explican varios Doctores. Assí el Padre Joseph se quiso privar de los sufragios con que se le aliviarían las terribles penas de aquella cárcel de los amigos de Dios, y perseverar en ellas careciendo de su bien aventurada vista, para que las Almas de sus próximos fuesen quanto antes a gozarla. Más dispuso la Magestad Divina, en premio de esta heróyca caridad darle en esta vida Purgatorio muy cumplido, para que se le abreviasse en la otra la possession de la eterna Bienaventuranza.

Por que le cargaron tantas, tan graves, y tan penosas enfermedades, que solía decir el pacientísimo Varón, no tenía de esta vida miserable, sino *labor, et dolor*. Y aunque muy conforme con la voluntad Divina, y aún alegre en sus penalidades, le pedía, que si se compadecía con su beneplácito, y mayor gloria, le sacasse quanto antes de la cárcel del cuerpo, para gozar de la perfecta libertad de los Santos: disponiéndose con estos actos, y otros de todas las virtudes en que se exercitaba todo el día, para hallarse prevenido al último trance apresurado, en que falleció, cumpliéndose en él lo que dice el espíritu Santo: “*Justus si morte preoccupatus fuerit, in refrigerio erit*”. Nunca la muerte coge desprevenido al Justo, por más que assalte de repente, como ladrón, como sucedió al Padre Tolo, a quien halló con tanta prevención, quanta dexamos referido, en medio de que le sorprendió apresuradamente: porque assaltándole un recio dolor de estómago con terribles bascas, e importunos vomitos, se sossegó esta congoja con una medicina, que se le aplicó; pero bolviendo a repetirle el accidente, se confessó para recibir el Viático, y estando para tomar la medicina con que la primera vez se le sossegaron las bascas, mandó se retirassen del aposento los que le assistían para una evaquación, a que se levantó por sí mismo, y después se reclinó en su pobre lecho, y sin dar una ay, espiró con la paz, que había vivido, entregando su alma en manos de su Criador. Viendo que se tardaba, entraron a su aposento, y le hallaron muerto en la cama donde yacía, sin haver sentido ninguno demostración alguna de su última agonía, que con esta paz, y sossiego, quiso nuestro Señor, acabasse la vida temporal, para principiar la eterna, en que le premiaría sus fervorosos trabajos, y muchas virtudes. Sucedió su muerte a los 10 de Mayo de 1717 a los

setenta y quatro años de su edad, cinquenta y tres de Compañía, y treinta y cinco de la profesión de quatro votos, haviendo empleado otros tantos en el Apostólico empleo de las Misiones, assí entre los Guaranís, como entre los Chiriguanas y Chiquitos. Trae un breve resumen de su vida el Padre Juan Patricio Fernández en su *Relación Historial de las Misiones de Chiquitos* (cap. 20) del qual, y de las noticias, que dieron otros sugetos, se ha compuesto la que aquí he escrito. Recopióla⁴⁵ con mayor brevedad el Padre Joseph de Aguirre, Provincial de esta Provincia del Paraguay en sus letras Annuas, que escribió de aquel año a nuestro Padre General, cuyas palabras quiero poner aquí, para que se vea el concepto, que las personas más autorizadas de esta Provincia tenían formado de su virtuosa, y exemplar vida. “*Vitae nec minús actuosae, nec minús utilis* (dice haviendo hablado de la muerte de dos insignes Missioneros) *proemium accepit in Oppido Sancti Raphaelis Pater Josephus Tolo, votorum quatuor Professus, qui aetatis annum agebat quartum, et septuagesimum, Religiosae veró penitentiae tertium supra quinquagesimum, natus in Sardinia loco nobili. Vir sané in omni parte vitae suae mirabilis, in loca placida, et gravi it a, ut non facile discerneres, an in eo magis senilem revereris*⁴⁶, *an humanissimā amares morum, consuetudinisque suavitatem. Fidem Cathólicam illustravit, propagavitque inter Paranenses, Uruguajenses, Ciriguanas, ac praesertim Chiquitos. Labores in his functionibus exantlatos nec facílè stylo quis describat, nec in compendium redigat. Missioni Chiquitensi Praepositus boni Praesidis dotes in se luculenter expressas posteris ad imitandum reliquit. Pro defendenda religione moribusque pravis cohibendis barbarorum furori nudatum pectus semel obtulit: in observandis Collegiorum legibus etiam minutissimis, etiam quando solus apud Indos debebat, exactissimus. Orandi studium cum opere externo it a conjunxit, ut alteri dumtaxat, non utrique studuisse videretur. Vitam propé omnem laboriosissimis occupationibus exercitam duxit: senectutem per aliquot annos summis vexatam habuit morbis, et doloribus adeó, ut saepé motus omnis iaceret expers, et ab omni corporis parte tortus. In hac aegritudine magnis patientiae, et pietatis exemplis relictis in Dei beatísimos amplexus, ut speramus, evolavit”.* Hasta aquí las Annuas.

⁴⁵ 7E Recopilóla

⁴⁶ 7E revereris

ESTRELLA SEPTIMA
CAPÍTULO VII
VIDA
DEL VENERABLE PADRE JUAN JOSEPH GUILLELMO

No parece este lugar propio para la vida del Venerable Padre Juan Joseph Guillelmo, porque aunque passó de Cerdeña a la América, no fue el campo, que regó con sus Apostólicos sudores esta Provincia del Paraguay, donde florecieron los seis Sards Jesuitas antecedentes de quienes se ha hecho honorífica mención, sino de la Provincia de Chile, a donde fue assignado de nuestro Padre General. No obstante ansioso de que no se pierda la memoria de tan insigne Varón, y Apostólico Missionero, digna de perpetua duración, y de hacer este corto obsequio al que merecí Connovicio los dos años de mi Noviciado, Concolega en el Colegio de Cáller, y contemporaneo en los estudios, siendo testigo ocular de sus ajustadas acciones, que me sirvieron de estímulo, para afervorizar mi tibieza, debiendo siempre a su religioso trato una íntima, y especial confianza: no me pareció fuera de propósito, antes bien cosa muy debida, el añadir esta su vida a las precedentes, para que se logren las noticias de sus heróycas virtudes, que he adquirido con su amable, y religiosa comunicación de las quales, juntas con las que apuntó el Padre Juan Bernardo Bel a su Provincia de Chile en la carta común, que escribió después de muerto el Venerable Padre Juan Joseph Guillelmo, y de otra que recibí del Padre Juan de Ravanal Procurador General a Roma por la Provincia de Chile, he compuesto esta vida.

§ I
*SU PATRIA, PADRES, Y NIÑEZ
HASTA ENTRAR EN LA COMPAÑÍA*

Nació el Venerable Padre Juan Joseph Guillelmo de Padres nobles en la Villa de Tempio, Cabeza del partido, que llaman la Galura en el Reyno de Cerdeña a los 12 de Septiembre de 1672. Murió su Padre antes que le diese a luz su buena Madre, para tanta gloria de Dios. Esta no menos noble, que piadosa, le procuró criar mientras le duró la vida, hasta la edad de catorce años (en que falleció) con mucho recogimiento, y apartado de las travesuras de la primera edad, y para que la ociosidad no introduxesse en su inocente alma los vicios, que echando entonces raíces se olvidan difícilmente en

el resto de la vida: después de estar bien diestro en leer, y escribir, le aplicó al estudio de las letras humanas, a que el niño, por su genio natural, y vivo ingenio, se entregó con tan incasable tesón, que desde entonces se puede decir no, dexó los libros de las manos, pues fue tanta la propensión, que tuvo a estos empleos de letras, que no había para él otro descanso más apetecido, ni recreo más gustoso, que la lección de Autores selectos que tratan de esta facultad. Assí no es maravilla saliese tan aventajado, como salió en el estudio de la Humanidad, y Poesía, lo que muestran las obras, que compuso quando murió su Madre, describiendo en verso heróyco su enfermedad, y fallecimiento, y también las que se imprimieron al principio del Curso Phylósófico del Padre Miguel de Viñas.

Estaba tan versado en los Autores de humanas letras, que apenas oía un verso, o sentencia, quando al punto decía de quien era, citando muchas vezes la parte del libro en que se hallaba: prueba de la grande comprehensión que tenía de todos ellos, principalmente de los más celebres. No se dio con menor intensión al estudio de las virtudes, y devoción: frequentaba a menudo los Sacramentos, rezaba todos los días con mucha atención el Rosario de la Santíssima Virgen, con otras devociones vocales, medios por donde insensiblemente iba creciendo en todas las virtudes. Éste era sólo el recreo, que tomaba para interrumpir la continua tarea de su estudio, sin emplear el más breve rato en los juegos pueriles: de manera, que jamás supo alguno de los que lícitamente se permiten para afloxar a tiempos el arco al penoso afán de las letras, y divertir el ánimo, según el dictamen del otro, que decía:

*“Ludendi spatium puero concede modesto,
Fortior ad studium mens oblectata redibit”.*

Ni jamás perdió tiempo en semejantes diversiones, con que estuvo lexos de los resavios, que en ellas se suerlen pegar sin sentir. Todo su entretenimiento era quando niño la lección de los libros en su casa, el frequentar las Aulas, o estarse en oración en la Iglesia, y en sola alguna de estas tres partes le habían de buscar, si querían hallarle, porque no sabía otras.

§ II

SU RARA VOCACIÓN A LA COMPAÑÍA, E INGRESSO EN ELLA

Passó los primeros años, que vivió en el siglo en los loables exercicios, que acabamos de decir, y habiendo estudiado las letras

humanas, con toda la perfección arriba referida, y dos años de Philosophía, en que hizo raya entre los demás Condiscípulos su lucido ingenio, empezó a deliberar sobre la elección del estado, que le convenía escoger, para asegurar el negocio más importante de la salvación. A este fin se dio con mayor esmero a los ejercicios de Oración, y frecuentes Comuniones, en las cuales sublicaba con fervor a Nuestro Señor por medio de su Santísima Madre, alumbrasse su entendimiento, para que acertase a elegir, y abrazasse aquel estado, en que más le había de agradar, promover su gloria, y asegurar el bien eterno de su alma. Ocupado en estas súplicas le dio una día a conocer el Señor con toda claridad los peligros continuos, e iminentes de perderse para siempre, en que se vive en el siglo, donde son tantos como los passos los lazos, que tiende la astucia del común enemigo para hacer caer en el abysmo de la culpa, y en las penas sempiternas a los que corren por él.

La luz de este desengaño le penetró hasta lo más íntimo del alma, en que se le imprimió tan altamente el temor de este peligro, que no le deshechó jamás de sí, y le traía muy presente en la memoria. Considerábele un día con mayor intensión, y aterrado de su propio riesgo pedía fervorosamente a Dios le librasse de tantas ocasiones sin permitir cayesse en ellas, antes le inspirasse el medio con que las podría evitar; porque estaba resuelto a abrazarle por penoso, que fuesse, y repugnante a su voluntad. Parecióle entonces, que interiormente le decían, se entrasse en la Compañía de Jesús, si de veras deseaba librarse de semejantes peligros. Aunque un Primo de nuestro Juan Joseph era Jesuita, era casi ninguna la noticia, que tenía de la Compañía, por no tener casa en su Noble Villa de Tempio; pero con la fuerza de esta voz interior se resolvió firmamente a ser Religioso de ella, y abandonar todas las esperanzas del siglo, que por sus lúcidas prendas se podía prometer. Sintió desde entonces sin conocerle grande afición a nuestro Instituto, y creció más con las noticias, que procuró adquirir del modo de proceder de la Compañía. Antes de conocerla, la amaba; agradable mucho quanto le decían, y oía della, su modestia, su observancia, su hermanable caridad, la variedad, y muchedumbre de ministerios en provecho de los próximos, la aplicación a las letras, el zelo de convertir las almas, el desinterés de sus empleos, la instrucción, y Doctrina de los Niños, e ignorantes, el consuelo, que dan a todo género de personas, las Misiones continuas, destierran los escándalos, reconcilian las enemistades, y plantan las virtudes;

como lo habían practicado en su tierra algunos años antecedentes dos Misioneros Jesuitas. De todo esto le daban noticias personas experimentadas, a quienes preguntaba, y todo le agradaba sumamente, sirviéndole de estímulo para poner todo empeño por gozar quanto antes tantos bienes. Trazaba el modo para conseguir el cumplimiento de sus deseos, de que dio cuenta a su Confessor, que era un Padre muy Religioso de las Escuelas Pías, quien se los aprobó, y le aconsejó, que para ponerlos en ejecución fuese a Cáller Metrópoli de aquel Reyno, donde está nuestro Noviciado, y podría negociar ser admitido.

Muy diferentes eran los intentos de sus hermanos el uno de ellos Religioso muy grave de las dichas Escuelas Pías, y el otro Secular, porque esperando de su grande ingenio adelantaría mucho su casa, querían aplicarle al estudio del Derecho, y porque no sé como se les traslucieron sus deseos de ser Religioso, trataron de casarle luego con persona de igual calidad, para de esta manera estorvarle su santo propósito, y tenerle, aunque por fuerza, presso con lazo tan indisoluble en el siglo. Resistióse el casto mancebo a estos intentos de sus hermanos, como quien ya en su ánimo tenía determinado consagrarse a Dios en la Religión, y por más baterías, que le dieron, nunca pudieron hacer mella en su constante pecho. Procuraban por varios modos atraerle a que condescendiese con su voluntad, y aceptase las bodas, que tenían trazadas. Proponíanle las conveniencias de su casa, que se malograban por aquella, que llamaban veleydad, los ascensos, que se podía prometer por el estudio de la jurisprudencia; amenazábanle con su enojo, si no les obedecía; poníanle delante la infamia, a que quedaría expuesto si no perseveraba en su vocación, lo que era muy factible entibiándosele aquel primer fervor indiscreto. Otras veces se convertían a los alhagos, y caricias, grillos suaves, que sólo pudiera romper la fuerza de la Gracia, que tan eficazmente le assistía, la que obró con tanta eficacia en su corazón, y le infundió tanto aliento para vencer aquellas contradicciones, que todo el mundo, y el infierno junto, que se le pusieran delante, no le pudieran contrastar, y hacerle retroceder de su primer propósito.

Para salir victorioso de estos combates tan fuertes se armaba de más Oración, y frecuencia de Sacramentos, y recurría con mayor fervor a Nuestra Señora para merecer su poderoso Patrocinio en guerra tan cruel, y porfiada: comunicábasele mayor aliento a su espíritu por estos medios, y recibía cada día mayores luzes de desen-

gaño para huir de los peligros del mundo: con que mientras más se reforzaba la batería de caricias, promesas, y amenazas, encontraba en su varonil ánimo más valiente resistencia. Convencido de esta el dicho hermano Religioso, que ocupó los más lustrosos empleos hasta el de Provincial de Cerdeña en su Religión, procuró apartarle de su resolución de ser Jesuita; pero ni en esto vino, porque su última determinación era ser de la Compañía, donde le llamaba la voz interior, que escuchaba dentro de su alma muy vigorosa. Sus Parientes, y hermano Secular persuadidos a que por este camino le perdían, no desistían del combate, y le importunaban siempre, a que cumpliesse sus deseos; más viendo, que sus razones no aprovechaban, usaron de una traza, que no pudo tener otro inventor, que al Demonio para apartarle del camino seguro de su salvación; y fue valerse de la misma, que pretendían fuese su muger, para que le hablase a solas, y conquistase su voluntad. Estaba ella locamente enamorada del que deseaba por Esposo, y como temía perderle aceptó gustosa el partido. Para esto los Padres de ella convidaron a nuestro Juan Joseph quisiese vivir en su casa aquellos pocos días, que faltaban para partirse a Cáller, en los quales tenían dispuesto con bien pernicioso acuerdo le entrase a hablar a su quarto al tiempo, que ya estuviese acostado. No me persuado de la piedad de sus Padres pretendiessen tanto, como sucedió, porque entrando la Doncella más noble, que recatada, y avivándose en ella el fuego de la concupiscencia con la vista del Joben dormido, a quien amaba con extremo, se metió desnuda sin ser sentida en el mismo lecho; despertóle blandamente, y dando por seguro el casamiento, si perdían ambos la Joya preciosa de la Virginidad, le declaró quan enamorada vivía de su persona, a que debía corresponder cumpliendo sus deseos, pues se hallaban sin testigos, y valiéndose de toda la arte del desahogo, y de los alhagos, que sin duda le enseñó en su escuela Satanás, aumentaba sus esperanzas a la sombra de un mal retiro, cierta de dexar su libertad cautiva, si se dexaba hechar las prisiones de la torpeza.

Lleno de assombro el casto Joseph al ver la desvergüenza de aquel descaro, la arrojó de sí indignado, dexando burladas aquellas violentas instancias, con que pretendía la atrevida muger manchar su candor, y procurando la Circe a placar su enojo con cariños, y sossegar su turbación con palabras alhagueñas saltó de la cama huyendo (que es gloria en batallas semejantes) para ceñirse victorioso el Laurél de la Castidad. Salióse corrida la Doncella, aunque

no vencida, como se verá después, y el Joben Guillermo quedó tan sobresaltado de su mismo peligro, que en toda la noche no pudo bolver a dormir. No obstante, que se halló tan asistido de la gracia Divina, que me confessó él mismo, havía estado inmóvil como un mármol sin sentir el más leve átomo de la sensualidad. En el desvelo, que le ocasionó aquel lance, se puso a idear como se libraría de una vez en adelante de semejantes riesgos, y saliendo muy de mañana de la casa, fue a dar parte del suceso a su Confessor, y pedirle su consejo para executar lo que intentaba. Aprobóle su Confessor sus ideas, que fueron de huirse de su casa a Cáller en traje disfrazado, donde podía solicitar ser recibido en la Compañía. Executólo en breve: buscó unos pobres vestidos, y disfrazado con ellos emprendió el viage para Cáller sin saber por donde iba, con haver de atravesar todo el Reyno de Cerdeña. Padió mucho en este viage, que hizo muy desprevénido, como quien sólo atendía a lograr sus santos deseos, olvidado de las demás conveniencias. Todo el trabajo se le hacía suave con la esperanza de arivar a salvamento en la Compañía. Encomendábase muy de veras a María Santíssima, a quien con la confianza de hijo imploraba, para que le guiasse en su peregrinación, y dirigiesse sus passos hasta conseguir el fin pretendido. Sin duda, que le favoreció su intercessión; porque sin experimentar desgracia llegó prosperamente a Cáller, donde se hospedó en la casa Religiosa, donde su hermano el Padre Juan Chrysostomo vivía, y muy de mañana bajó a la Iglesia para dar rendidas gracias al Señor, y a su Santíssima Madre, que le havían guiado al término de su viage con tanta felicidad.

Hecho esto salió a la puerta de la Iglesia para preguntar a alguno, donde caía el Colegio, que tiene en aquella Ciudad nuestra Compañía, y rogar, que le conducesse allá quando en ella se encontró con un Niño de lindo ayre, y muy agraciado. Preguntólo por el Colegio de los Jesuitas, y él se ofreció luego a enseñarle el camino, y aun guiarle hasta él: fuesse por delante siguiéndole nuestro Juan Joseph, y al llegar a nuestra Portería le dixo: “Aquí es”; y queriendo agradecerle la cortesía, que con él havía usado, no le pudo descubrir, ni persona alguna le supo dar razón del tal Niño, por más que inquirió por él, y dio señas particulares: de donde infirió, que aquel Niño era su Ángel de Guarda, que se dignó de hacerse visible para encaminarle al Colegio. Entró en él nuestro Pretendiente, y haciendo buscar al Padre Juan Bautista Pez su Primo le participó sus intentos refiriéndole todas las lances,

que le habían passado, y rogándole encarecidamente cooperase quanto pudiesse a su feliz logro. Avisó de todo el Padre Pez a los Superiores, que informados de las prendas del Candidato por su relación, y satisfechos de la solidez de su vocación, por las instancias con que pedía ser recibido, y por la resolución varonil de emprender por este sólo motivo viage tan largo con tanto trabajo, se sintieron luego inclinados a admitirle, aunque lo difirieron algunos días para consultar el punto con la cordura, que acostumbra la Compañía, en donde se dexan madurar los deseos, porque no mientan las esperanzas del fruto, que sazona con tanto trabajo en sus ministerios. Examinaron, pues, su vocación muy de espacio, y por todo lo que queda referido vinieron en conocimiento, de que era muy firme, y aun rara, y que no podía dudarse venía llamado singularmente de Dios: así lo expresó el Padre Provincial de aquella Provincia en la lista, que embió a Roma de los recibos de aquel año, diciendo de nuestro Padre Juan Joseph la especial recomendación de que era *Vocatus a Deo in Societatem*. Entró, pues, el día 22 de Diciembre de 1688 con grande júbilo de su espíritu, que le pareció había conseguido su mayor felicidad, y no cessaba de dar a la Divina Magestad rendidas gracias por tan singular beneficio, de que no desistió en todo el resto de su vida, hallándose cada día más gozoso de haver dexado el Siglo, despreciado sus conveniencias, y llegado al Puerto de la Religión de la Compañía, sin que huviessen surtido efecto para privarle de tanto bien las trazas de sus Parientes, y hermanos.

Luego, que estos echaron menos al Padre Juan Joseph, rezelando alguna resolución, que de una vez cortasse las esperanzas de rendirle a su voluntad, hicieron exquisitas diligencias para buscarle, pero todas sin fruto, porque como había salido de Tempio disfrazado, ninguno sabía dár razón de su viage por las señas con que le buscaron, hasta que llegó la noticia de haver sido ya recibido en Cáller en la Compañía. Partió luego allá volando su hermano Secular para sacarle de su Noviciado, a que concurrió con no menor esfuerzo el otro hermano Religioso, y por más medios, que usaron para hacerle retroceder con alhagos, con promessas, con persuasiones, todas ellas fueron vanas, y de ninguna fuerza para ablandar su constante corazón: por lo qual determinación valerse de la autoridad del Virrey de Cerdeña, y del Arzobispo de aquella Metrópoli para conseguir se les restituyesse el Novicio, que publicaban haver sido engañado de los Nuestros, o a los menos se

pusiese en libertad para examinar su vocación. Los Padres de la Donzella, que había de ser su Esposa, acudieron también a Cáller, y presentaron su querrela, alegando no podía ser Religioso, porque había dado palabra de casamiento a su hija, quien perdería mucho, si no se casaba con ella, y más clamando por él sin venir en disolver los Esponsales. Defendíase el Novicio negando haver dado jamás tal palabra, como era verdad, ni estar obligado a cumplir, la que habían dado sus Parientes en su nombre, pero sin su consentimiento, de que había estado tan ageno, que antes había siempre resistido positivamente a la propuesta de aquel, y de otro qualquier Matrimonio, como bien les constaba. Nada bastó para quietarlos, hasta que por la interposición del Virrey Arzobispo, fue puesto en libertad, y sacado del Noviciado.

Fácilmente se pueden conocer los artificios de que usarían para apartarle del estado Religioso los que estaban tan empeñados en el assumpto. Valiéronse de todas aquellas trazas, que se imagina saber el mundo, porque las repite muchas vezes para detener a los que quieren dexarle. Acometíanle con temores, y esperanzas, pero todas essas máquinas las rechazaba constante despreciando los temores vanos, y no haciendo caso de esperanzas mundanas, que quando saliesen ciertas, tienen la mengua de ser poco duraderas. A quantos argumentos se proponían respondía ayudado de Dios, y de su grande ingenio tan adequadamente, que les llenaba de assombro, y dexaba confusos. No faltó quien, contra lo que pudiera prometer su estado, y su obligación, le disuadía con porfiado empeño la elección de la Compañía, hablando de ella con poco decoro, pintándola con los coloridos, que la representa, o la pasión, o el poco conocimiento; pero respondióle con tal fuerza de razones, que convenció manifestamente ser todas calumnias, o del vulgo ignorante, o de sabios apasionados, entre quienes, dixo, no le parecía quería hacer número el que se la objetaba, haciéndole salir los colores al rostro por haver osado poner su boca en su Cielo de la Compañía, que estimaba sobre todas las cosas de esta vida. Duró esta batería en su mayor fuerza por espacio de dos meses, sin que pudiesse dismantelar el muro impenetrable de su constancia, hasta que persuadidos, era aquella vocación de Dios, y en vano querer contrastar una roca, se dieron todos por vencidos, y le restituyeron al Noviciado, donde entró triunfante de tan poderosos contrarios, quales son: el Mundo, la Carne, y la Sangre. Fue recibido de los Nuestros con inexplicable gozo, estimándole más

por las señales, con que había afianzado la solidez de su vocación, en que le sirvieron aquellos contrastes para asegurar más la firmeza de su constancia. Esta atribuyó siempre el Padre Juan Joseph a la poderosa intercesión de María Santísima, que le fortaleció entonces, para que se emplease después en la conversión de Infieles, por lo qual, quando se vió Missionero en Chile, solía repetir, que por especial favor de la Santísima Virgen estaba en la Compañía, porque le quería para Missionero de los Puelches.

No es ponderable la alegría, con que volvió al Noviciado por verse ya en el Puerto después de tan terribles borrascas, y en el término de sus deseos, y possession de sus esperanzas después de la pensión de vencer tantos cambates. No cabía su contento en el estrecho retiro de su pecho, y rebosaba a lo exterior en palabras, y acciones. Era su porte correspondiente a las esperanzas, que fundaba semejante vocación, porque se ajustó de manera a las obligaciones de la Religión, que tan presto como novicio fue exemplar de religiosos y espejo, en que se pudieran mirar los más fervorosos, para alentarse a la perfección, y a los tibios para correrse de ser vencidos en la carrera por quien empezaba. Echó profundas rayzes en la virtud de la humildad, que es el fundamento de la verdadera santidad, y llegó a concebir de si tan vil concepto, que parecía él sólo ciego para conocer, o sus prendas naturales, que todos estimaban como era justo. Sus delicias eran ocuparse en los oficios más humildes sin descubrirse en él aun al principio assomo de repugnancia. En la obediencia ninguno más rendido, no atreviéndose a traspasar sus límites por cosa del mundo, y sujetándose a registrar por este aranzél sus más mínimas acciones: y como donde esta virtud florece, en sentir del Nuestro gran Patriarcha, se ven florecer todas las demás, se señalaba en todas entre todos nuestro fervoroso Novicio.

§ III

HACE SUS PRIMEROS VOTOS, PROSIGUE SUS ESTUDIOS, Y CONSIGUE PASSAR A LAS INDIAS

Concluido, que hubo su Noviciado nuestro Juan Joseph Guillelmo con tan gran caudal de virtudes, y satisfacción plena de los Superiores, no dudaron estos admitirle a la Religión con sus primeros Votos, antes bien juzgaron era debida recompensa a los grandes méritos, que para ellos tenía asegurados, que de tan felizes principios debían prometerse en él un exemplar, y consumado

Religioso. No es fácil decir el contento de su alma, y el excesivo gozo, que recibió su espíritu con la alegre noticia de esta su promoción a estado tan dichoso, la devoción, el fervor, y cuidado grande, con que se preparó con especialidad en los ocho días antecedentes de sus ejercicios para hacer de sí propio un total, y perfecto holocausto agradable a la Divina Magestad: al fin, si fueron grandes las ansias, y generosos los esfuerzos, que hizo para desprenderse del mundo, que pretendía atarle a sí tan fuertemente; mayores fueron los que puso para ligarse a la Religión, y unirse estrechísimamente con su Dios. Todo aquel día, que hizo sus Votos Religiosos, estuvo como enagenado y fuera de sí por el inmenso mar de consuelos, en que se anegaba su corazón viéndose ya libre de los fuertes, y peligrosos lazos del Siglo, ya tan dichosamente asegurado en el Cielo de la Compañía de Jesús, cuya estimación, y aprecio imprimió de tal suerte en su alma, que siempre, que lo consideraba, y leía en algún sobrescrito de Carta: *Al Padre Juan Joseph Guillelmo de la Compañía de Jesús*, lleno no menos de confusión por su grande humildad viéndose honrado con tan honorífico Título, que de inexplicable gozo por su feliz suerte, se enternecía su corazón agradecido a la Divina Bondad por tan singular beneficio prorrumpiendo en lo exterior (no obstante su gran recato) con palabras muy expressivas, y ponderación fervorosa repetía, y bolví a leer: *De la Compañía de Jesús, de la Compañía de Jesús*: con lo que hacía assomar las lágrymas a los ojos de los presentes, e infundía en los corazones de todos un singular aprecio de la vocación a nuestra santa Compañía.

Luego, que hizo sus primeros Votos pasó al Seminario para renovar en él las especies de las letras humanas, que con la suspensión de los dos años del Noviciado, que da la Compañía únicamente al estudio del aprovechamiento propio, y exercicio de las virtudes, estarían algo amortiguadas. Más como su ingenio era tan raro, y despierto, y no vulgar la perfección, con que las había aprendido, en breve recapacitó toda la Gramática, y salió Rethorico consumado, y tan diestro en ella, que podía enseñarla como Maestro, que este es el fin de nuestro Instituto, y lo que pretende de sus Seminaristas, según loablemente observa aquella Religiosa Provincia con tanto crédito de sus hijos. Un año estuvo nuestro Padre Juan Joseph en esta ocupación, y luego le embiaron los Superiores al Colegio de Cáller, para que en él leyese Gramática por espacio de otro año, y juntamente repassasse la Lógica, que en

el Siglo había estudiado, y de ella tuvo después su examen con mucho ludimiento, y toda satisfacción de los Maestros. Con esto fue destinado, a que prosiguiese la Physica, y Metaphísica, que leía en aquella Real Universidad de Cáller el Padre Antioco Sanjust; en el qual exercicio siempre se conservó Novicio, como en el passado, en el fervor, en la puntualidad, y exacción de los exercicios espirituales, añadiendo ahora el estudio de las ciencias de las virtudes. Era grande su aplicación que junta con su excelente capacidad le grangeó el primer lugar entre sus condiscípulos, y los premios más aventajados, señalándole al acabar los Artes para el Acto general de Philosophía, que defendió con grandes créditos. Empezó después la Theología en la misma Universidad con el mismo aplauso, pero como era grande su desengaño, y nada menor su zelo, se resolvió a posponerlo todo por la conversión de los Infieles, a que siempre había deseado con ansias dedicarse. Propuso sus deseos con toda indiferencia a Nuestro Padre General Thyerso González, quien le dio largas, con dissímulo, para probar su vocación: repitió las instancias por espacio de cinco años, para que le diesse la licencia, que deseaba de passar a las Indias. Con esto Nuestro Padre persuadido de que era Dios quien le llamaba para servirse de él en la conversión de la gentilidad, le dio grata licencia para passar a la Provincia de Chile, cuyo Procurador, el Padre Miguel de Viñas, se hallaba a la sazón en Europa juntando Sujetos para conducir a aquella Provincia. Como es dificultoso dexar lo que se estima, y dar lo que se ama, sentían mucho los Superiores de Cerdeña deshacerse de un Sugeto, que se había grangeado su amor, y su estimación por sus relevantes prendas de letras, y virtud. Repugnaban dar al Padre Guillelmo, en quien se prometían un Maestro aventajado, que con su doctrina, y exemplo, podía ilustrar, y edificar nuestras Escuelas, y acreditar su Provincia; de donde hallaban razones para detenerle, pero al fin huvieron de ceder por orden resuelto, que les despachó nuestro Padre General, para que sin replica le dexassen passar a las Indias.

Trató con esto de embarcarse con la mayor presteza, sin despedirse de ningún Pariente, para que no se empeñassen en detenerle, como suelen a muchos, y sus empeños no fuessen remora a sus intentos, más estaba resuelto a romper con todos para executarlos. Diose, pues, a la vela, siendo ya Theologo de tercer año, para passar a Alicante en una Taratana, y se puede decir, que por milagro, y particular intercessión de María Santíssima, Nuestro Santo Padre,

y San Francisco Xavier, escaparon con vida todos los Navegantes, porque llegando al golfo de León, donde son frecuentes las borrascas, y los naufragios, se levantó una tempesta deshecha, en que conjurados con el Mar los vientos; contra la pequeña Nave, era esta juego de las ondas, porque ya subía al Cielo, ya baxaba a los abysmos, esperando los que iban dentro quedar sepultados en cada olaje, y dándose ya por perdidos, según verdaderamente lo estaban, porque con los embates del Mar se desencajó un rumbo de la Taratana, que de repente se halló inundada, sin que las bombas bastassen a agotar el agua, ni pudiesen descubrir por ser de noche el rumbo por donde esta estaba. En este conflicto olvidado nuestro Padre Juan Joseph Guillelmo de sí mismo, y no reparando en su riesgo por asegurar las almas de los Marineros por medio de la Contrición, sacó un Santo Crucifixo, y empezó con ardiente zelo a exhortar a todos se pudiesen bien con Dios, arrepintiéndose de haver ofendido su Bondad infinita con sus culpas, y pidiéndole misericordia. Todos clamaban al Cielo con lágrymas, y suspiros, y procuraban asegurar con la Contrición la vida eterna, ya que tenían perdida la esperanza de la temporal. Viéndolos ya el fervoroso Padre compungidos, y contritos, pasó a implorar el Patrocinio de nuestros Santos, y de María Santíssima, siguiéndole en las mismas súplicas todos los Navegantes, y fueron sin duda oídos, porque arrojándose a la agua un Marinero intrepido acertó a caso a encontrar con el rumbo, por donde entraban las olas, y fue tan a tiempo, que a haver tardado media hora naufragaran todos irremediabilmente. Clavada entonces la tabla como se pudo, y dio lugar la noche tenebrosa, sacaron con trabajo el agua, y escaparon del riesgo, dando a Dios, y a la Santíssima Virgen rendidas gracias por tan grande beneficio, de que siempre tuvo el Padre Joseph muy viva la memoria para reconocer debía la vida a María Santíssima, y a los dos Santos referidos.

De Alicante, donde arrióvó la embarcación sin nuevo peligro, pasó por Madrid a Sevilla el año 1697 donde luego se dio a conocer, y estimar de todos sus Commissioneros su virtud, y habilidad, haciéndose reparar su aplicación, y recogimiento, porque era muy poco amigo de pláticas, o de perder tiempo, aún en aquellos divertimientos licitos, que se conceden entre nosotros para espaciar el ánimo en orden a aplicarse después con mayor tesón a las tareas Escolásticas. Todo el día se estaba en su aposento retirado sin salir de él, sino esa Iglesia, y por la tarde a conferir las materias, pero

a todos tiempos le hallaba prompto qualquiera, que le preguntaba alguna dificultad, o rogaba le explicasse algún punto, porque les satisfacía luego con agrado, y explicaba con gran claridad sus dudas, con que de todos era querido, y respetado. En Sevilla concluida su Theología, tuvo su último examen, el qual hizo con tanta copia de Doctrina, y Magisterio en las materias sobre que le arguyeron, y quedaron tan satisfechos los Maestros, que pidieron a su Procurador General, el Padre Miguel de Viñas, se les concediesse para defender en público el Acto General de toda la Theología, con que acreditasse con su lúcido Ingenio, y rara habilidad nuestros Estudios en aquella Celeberrima, e Insigne Ciudad. No vino en ello el Padre Procurador Viñas, respondiendo: que por el mismo motivo, que tenían en pedírselo, le tenía destinado para lo mismo en el Colegio Máximo, y Universidad del Reyno de Chile, con que quería, que honrase su Misión. En la misma Ciudad de Sevilla recibió los Sagrados Ordenes en 26 de Enero de 1698 con que se habilitó para poder ayudar más a los próximos; porque todo el tiempo, que allí se detuvo, su divertimento los días de fiesta era hacer pláticas muy fervorosas por las calles, y plazas, y también en los Hospitales, donde acudía a servir, y consolar los pobres enfermos, empleandose en estos ejercicios, hasta que con los demás Compañeros fue llamado a Cádiz para embarcarse. En aquel celebre Puerto se aplicó mucho a nuestros ministerios, porque llegó a él en tiempo de Quaresma, y en que se hacía Misión. Platicó en ella con grande espíritu, y desengaño, y todo el día se estaba en los corredores del Colegio esperando a los Marineros, y gente pobre, que venían a buscarle, y salían de sus pies muy consolados.

Finalmente el día 19 de Abril se le cumplieron sus deseos de embarcarse para las Indias. La navegación fue muy penosa, porque haciéndose por lo común en menos de tres meses, tardaron quatro y medio, con que llegó a escasear el mantenimiento, y casi a faltar el agua, penalidad de que sólo pueda formar cabal concepto, quien ha navegado, y padecídola en el Mar. Padecióle mucho, como lo mostraban después, que saltaron en tierra en los rostros pálidos, y macilentos, y el Padre Juan Joseph se vió a vezes tan afligido, que estaba para desfallecer, y le sucedía no poderse mover de sed, y flaqueza, como me lo contó en tierra, pero ninguno le oyó jamás la más leve queixa, ni se le advirtió diesse muestra de lo que padecía, sufriendolo todo con una igualdad de ánimo admirable. Todo el tiempo empleava, o en encomendarse a Dios en oración profunda,

o en hacer pláticas a los pasajeros, o en el estudio, y también se divertía en ir componiendo un Itinerario de todo lo que pasó en la Navegación, el qual se leyó con gusto, y aplauso en Buenos Ayres, y se sacaron de él varias copias para remitirlas a muchas partes de las Indias, y de Europa. Ideó también en la Navegación el Libro, que hizo sacar a luz de la *Nautica Moral*: tomando ocasión de lo que advirtió, y notó en aquel viage. En todo él con sus dulces palabras era el alivio de los afligidos, consolándolos en las penalidades de la hambre, sed, y calor, que padecían, procurando socorrer del modo, que podía a sus Commissioneros, para lo qual él mismo les iba a buscar el agua, que les daba con gusto, privándose él de aquel refrigerio, porque le tuviesen sus hermanos. Era notada la puntualidad, con que todas las mañanas se levantaba muy temprano para tener más tiempo, que dar a la Oración, y prepararse con particular devoción los días, que le tocaban por turno a decir Missa, quando daba lugar el tiempo, y de esta suerte pasó toda aquella larga Navegación hasta que dieron fondo el día 5 de Agosto en Buenos Ayres.

§ IV

LLEGA A BUENOS AYRES, Y LO QUE OBRÓ EN ESTE PUERTO, Y EN SU PROVINCIA DE CHILE, HASTA QUE PASSÓ A LAS MISSIONES

Luego, que saltó en tierra en el Puerto de Buenos Ayres, fue conocido nuestro Padre Juan Joseph por su virtud, letras, y fama, que se havía adquirido en el viage, y esta la desempeñó en un Sermón, que los Padres de aquel Colegio le encomendaron con el corto plazo de tres días para predicar en la Catedral, lo que hizo con universal aplauso de todos los oyentes, que fueron en gran número para oír al nuevo Predicador, de quien tenían honoríficas noticias. Procedió aquí con el mismo exemplo, que en todas partes, hasta que a 25 de Noviembre salió con los Commissioneros para la Ciudad de Mendoza, donde está el primer Colegio de la Provincia de Chile. El camino de más de ser largo docientas leguas, es sobre manera penoso, y más en el Verano, que es por entonces en estas partes, porque los soles son muy ardientes, el reparo ninguno, pues en parages, ni un árbol se halla, el agua muy escasa, y por muchas leguas, que llaman *Travesía*, no se halla ninguna, con que recayendo esta falta sobre los ardores del Sol aflige la sed en extremo. El modo de caminar es en una Carreta, que abrasada del calor parece

horno encendido, con que se hace casi intolerable, lo que había de servir de alivio. Todas estas incomodidades las sufría gustosísimo el Padre Guillelmo, y cantando como los tres Niños del horno de Babilonia alabanzas al Señor con frecuentes jaculatorias gozoso de verse, que se acercaba al centro de sus deseos, que era su Provincia de Chile, y en estos trabajos, se iba ensayando para sufrir los otros mayores, porque anhelaba en las Misiones Apostólicas de los Puelches.

De Mendoza, donde también⁴⁷ dio muestras de su especialísimo ingenio, supliendo con el corto término de veinte, y quatro horas la falta del Predicador señalado, y desempeñando la expectación común con un Sermón muy medido con todas las circunstancias, pasó a la Ciudad de San Juan de la Frontera, que pertenece a la Diocesi de Santiago de Chile, cuyo Obispo el Ilustrísimo Señor Doctor Don Francisco González de la Puebla, que llegaba también entonces de España, y tenía gran concepto del Padre Guillelmo, pidió a nuestros Superiores, que le acompañasse en la visita. Todos los días, que esta duró, así en la Ciudad, como en su Jurisdicción exercitaba con la mayor aplicación, y zelo nuestros Ministerios. Confessaba, predicaba, enseñaba la Doctrina Christiana, en que tenía notable trabajo, por la rudeza de la gente, que ordinariamente vive en el campo faltos del pasto espiritual por estar casi siempre retirados del Parroco, y siendo este trabajo tan excesivo se le recreció otro de haver de ir escribiendo en los libros de visita los nombres de los confirmados por no hacerlo como debía el que tenía este cuidado a su cargo, y fueron millares, los que recibieron este Sacramento de la Confirmación por haverse pasado mucho tiempo, en que no había visitado el Obispo de Chile aquel Partido. Remedió muchas almas, que estaban muy necesitadas por sus rotas costumbres, y como era en su trato muy benigno, y afable llegaban con confianza a manifestarle las dolencias de sus almas, para que les aplicasse como Médico diestro el remedio conveniente, dexando a la Ciudad, y su Jurisdicción muy afecta a su persona, y a nuestra Compañía.

Concluida la visita, y abierto ya el camino de la famosa cordillera, que divide el Reyno de Chile de estas Provincias de Tucumán, y es la más elevada, que se conoce en el Universo, se puso en camino, y la pasó felizmente hasta llegar a la Ciudad de Santiago día 5 de

⁴⁷ 7E *tambien*

Marzo de 1699. Aquí no dexó de emplearse aquella Quaresma como el más fervoroso Operario con estarse preparando para el Acto mayor de toda la Theología, que passada la dicha Quaresma defendió en nuestra Universidad asistiendo el Obispo, y lo mejor de aquella Ciudad Nobilíssima con extraordinario lucimiento, y crédito de la Compañía, dexando a todos gustosísimos de haverle oído, y llenando todas las grandes esperanzas de su caudal. Entró luego a la tercera Probación, a que dio principio con grande desengaño, resuelto a aprovecharse de aquel tan importante medio, que con Divina ilustración previno Nuestro Padre San Ignacio a sus hijos para restaurar lo que el Estudio de las Ciencias huviere menoscabado del de las virtudes. Más aviendo procurado portarse siempre como Novicio tuvo poco que hacer para portarse como uno dellos, en todos los ejercicios de humildad, en que no se distinguía del más minimo, dando muchos passos en la perfección, que con su esmero la diferenciaban de todos. Huvo de salir della, porque haviendo de proseguir la visita de su Diocesi el Señor Obispo Don Francisco Puebla se havía prendado tanto este exemplar Prelado del zelo, y afabilidad del Padre Juan Joseph, que quiso le bolviesse a acompañar, y fuesse juntamente haciendo Missión. Todo el tiempo de la visita, que serían quatro meses lo gastó con el fervor, que en la primera en los Ministerios de nuestro Instituto, siendo aquí más numerosos los concursos a los parages, donde por haver Capillas se hacía la Missión para gozar de los provechos de esta, y recibir el Sacramento de la Confirmación, con que era por consiguiente doblado el trabajo, y afán. Acabada la tercera Probación le señaló el Padre Visitador Simón de León, para que leyesse en nuestra Universidad de Santiago de Chile el curso de Artes de Provincia, para que en esta lustrosa ocupación empezassen a desfrutar otros el gran caudal de su ingenio con las luzes de su enseñanza. Aplicóse desde luego el Padre Juan Joseph a prepararse para dar satisfacción al empléo, pero como era tan aventajado en las letras humanas pareció conveniente las enseñasse a los mismos, que havían de ser sus Discípulos en la Philosophía, y se dedicó a ello con tanta aplicación, y desvelo, que los sacó muy aprovechados en aquel estudio.

Poco tiempo antes de dar principio a la letura de las Artes, de las quales tenía ya compuestas, la Lógica, Physica, y la mejor parte de la Metaphísica predicó día de San Francisco Xavier un Sermón de este admirable Apóstol, que le dio ocasión para el mayor acto

de desprecio de todas las honras, que exercitó en su vida. Fue el Sermón muy ingenioso, y como tal aplaudido de los más entendidos, menos de los embidiosos; y assí no faltaron críticos severos, que con capa de buen zelo hallaron en él algunas proposiciones dignas a su parecer de censura, que delataron al punto a la Santa Inquisición de Lima, siendo assí, que a juicio de quantos le examinaron sin pasión, y por mandado de aquel Santo Tribunal, y del Señor Obispo Don Francisco de la Puebla, que también le oyó, no había en todo él clausula disonante a la Fe, o que no hiciesse concertada armonía con las buenas costrumbres. No se portaron los delatores con tanto secreto, que no llegasse a oídos del Padre Guillermo el rumor de la delación, y se trasluciesse a muchos la intención menos sincera de privarle de la letura de Artes paliada con la capa de zelo Religioso. Constabale al mismo, como tan docto, de la pureza de la doctrina, que había predicado, pero anhelando su espíritu fervoroso por el empleo de las Misiones de Infieles, le pareció buena ocasión de conseguirlo, y ceder el campo, aún a costa de su crédito, a los que sino eran sus émulos daban muestras de serlo. Propuso muchas razones al Padre Visitador, para que le aliviase de la Cáthedra, y aunque el Superior mirando por su credito, y satisfecho de su rara habilidad, y ningún fundamento de la acusación, deseaba diesse principio a la letura, fueron tantas las instancias, que le hizo, para que le privasse de aquella honra, y le embiasse a las Misiones de Indios, que huvo de condescender con sus ruegos, y poniendo en su mano la elección del sitio, donde quería emplearse para beneficio de las almas, escogió la Misión de los Peguenches, que era la más pobre, y más incommoda por estar recién fundada, y ser más rigida por su temperamento excessivamente frío.

§ V

PARTE PARA LA MISIÓN DE LOS PEGUENCHES, Y LO QUE TRABAJÓ, Y PADECIÓ EN ELLA

Havía dado principio a la reducción de los Peguenches poco tiempo antes el Padre Nicolás Kleffer, cuyo ardiente zelo se encargó de tan ardua empresa por ver, que aquella es la puerta por donde la luz del Santo Evangelio ha de penetrar a los Puelches, y a otros innumerables Indios, que habitan el espacio, que ay hasta el Estrecho de Magallanes, cuya conversión el año 1670, con impulsos del Cielo intentó el Apostólico Padre Nicolás Mascardi, y

de hecho en pocos días bautizó diez mil de ellos, y penetró hasta el Estrecho dando en todas partes un pregón del Santo Evangelio, y buscando muchos Españoles perdidos en aquellas Costas. Más como el Demonio experimentó la guerra tan cruel, que este gran Varón le hacía se apareció visible a los Indios todo pintado, y con tres puntas de oro en la cabeza figura muy propia suya, y diciéndoles, que aquel Padre venía a quitarles sus bayles, y a desterrar el uso de sus borracheras, les aconsejó le matassen, como lo executaron el año 1674 con lo qual se deshizo dicha Misión, que prometía la conversión de muchas Naciones. Para restaurarla, y lograr aquel fruto iba abriendo camino con la reducción de los Puelches el Padre Nicolás Kleffer, quando le fue a ayudar el Padre Juan Joseph Guillelmo. Y para que se tenga alguna noticia de dicha Misión pondré aquí un Capítulo de una Carta, que el mismo Padre Guillelmo me escribió respondiendo a una mía, la fecha de 7 de Julio de 1702 y dice assí: “Respondiendo con mucho agradecimiento a la de Vuestra Reverencia digo primeramente, que supongo habrá ya sabido Vuestra Reverencia como fue Nuestro Señor servido sacarme de Santiago, y aliviarme de ocupaciones casi inútiles para dedicarme todo a la conversión de la Gentilidad en el dilatado campo de estas nevadas montañas, y blancas cordilleras, entre cuyos altos riscos me hallo al presente con el Padre Superior Nicolás Kleffer dando principio a la más florida Christianidad de este Reyno disponiendo, y abriendo camino con esta Misión de los Puelches a la de Nahuelhuapi para irnos acercando al Estrecho de Magallanes, y espero ha de favorecernos el Señor con su santa gracia. Estas Misiones no están en pueblos formados, como las del Paraguay, si no es que viven esparcidos, esto es cien Indios, o docientos en una parte, y semejante número en otra, siendo preciso a esta causa caminar muchas leguas para buscar estas pobres almas desamparadas; porque en Cule habrá docientas almas, en Picupicu 150, en Kolco 500, en Pinca 200, en Bilicura otras tantas, en las margenes del Río Biobio dos mil, y assí en otras Parcialidades y Partidos, que sería largo referir. Por esto me parece son estas unas de las mejores Misiones, que tiene Nuestra Compañía; no quiero decir, que son las mejores, sino, que en línea de Misiones, no las tiene mejores la Compañía porque aunque en otras los Indios sean muy buenos Christianos, pero aquí Padre mio batallamos con Leones, y aspides indómitos y por esso la conversión de uno de estos es incomparablemente mayor valentía de la gracia, que la

conversión de otros por su natural no tan sabios, y astutos, como estos. Dios le cumpla a Vuestra Reverencia sus deseos de ir a los Chiquitos, porque así tendrá su zelo bastante esfera, en que ocuparse, y rueguele Vuestra Reverencia me dé a mí abundante gracia para servirle como debo entre estos Peguenches donde estoy desde 21 de Febrero de este año”.

Lo que en este Noviciado de sus Misiones padeció, y se venció el Padre Guillelmo sólo Dios lo sabe, que se lo está premiando; y lo puede considerar qualquiera a quien le sucediera lance semejante. Verse entre aquellos Bárbaros en un temple tan rigido era el menor trabajo por ser elección de su zelo fervoroso: pero quien le considerasse acosado de imaginaciones por verse despreciado, y delatado a Tribunal tan severo como hombre, que no supo lo que se dixo, puesto en boca de todos quando antes era estimado, y aplaudido por sus letras aventajadas, no negar a sería este un torcedor terrible, que exercitaría su paciencia, y sufrimiento, pues es tanto más sensible qualquiera desdoro en el crédito, que todos los trabajos corporales, quanto excede en Dignidad, y Noblesa el Alma a cuerpo. Assí parece havía de suceder consideradas las causas naturales, pero pasó muy al reves en este Siervo de Dios, porque recibió la ocasión de su descrédito como singular favor del Cielo, y recurriendo a la Magestad Divina con frecuente oración sacó de su persecución tan fuertes desengaños, y un tan generoso desprecio de quanto estima el mundo, que se puede decir con verdad se trocó desde entonces en otro hombre muy perfecto con haver sido hasta allí tan ajustado, y fervoroso como se ha referido. Tan lejos estuvo de sentir pena, o tristeza al ver calumniada su inocencia, que sentía su alma inundada en un abysmo de consuelos, los quales solos bastaban para ahogar todo sentimiento, no sólo suyo proprio, sino aún el ageno de los que más le estimaban. Conocérase todo mejor por las expresiones del mismo Padre Guillelmo, que en la carta ya citada me escribe, diciendo: “Los motivos de la novedad de haver dexado yo la Cáthedra a que me destinaron los Superiores, y dedicádome a estas Misiones, como siempre deseaba aunque se los escribiría a Vuestra Reverencia con distinción, y claridad, y con términos hábiles el sugeto a quien lo encargué en Santiago, con todo le quiero yo escribir desde aquí con más propiedad la verdad del caso. Digo pues, Padre mio en Christo, que quien ha querido y causado esta inopinada mudanza ha sido sólo Dios, que me ha governado hasta ahora con las Providencias, que save Vuestra

Reverencia y me traxo a la Compañía con singulares trazas de su infinita sabiduría. Esse mismo, quando ya era tiempo, y quando el Padre Visitador Simón de León pensaba menos en la materia, dispuso que saliera en campaña para llevar una gran cruz de trabajos con humildad, y paciencia primeramente por toda la Provincia que la anduve casi toda con la cruz de mi descredito, y después en estas montañas por el rumor de mi delación. Y para que no dudasse que su Magestad me guiaba, me dio una alegría y gozo de mi espíritu tan grande, y tan apacible, que por lograr la mitad de él pudieran passarse otros tantos trabajos favoreciéndome con darme otros indicios de su Divina voluntad, cosa que me tiene más que temeroso, porque recelo, que mi ingratitude malogre tan incomparable tesoro sirviéndome de circunstancias, que agraven mi poca correspondencia. Baste esto en el punto en que parece me he alargado mucho; más lo he hecho porque considero (fundado en el sincero amor que siempre le he debido sin méritos propios) que a Vuestra Reverencia le habrá llegado al alma este accidente y por el mismo caso he querido significarle que esta disposición es de Dios, para que con essa consideración aparte de su ánimo qualquiera sentimiento, pues antes me debe embidiar la dicha de haver podido por este medio dedicarme a estas Misiones de Infieles”.

Gozando en sus trabajos de esta inalterable serenidad no le sirvió su memoria de rémora para no aplicarse con sumo desvelo al estudio de la lengua de los Peguenches, y mediante esta aplicación, y su feliz, y tenaz memoria pudo en el poco tiempo, que vivió en la Misión aprender suficientemente su idioma, para que fructificasse su zelo en aquella viña del Señor. Este fruto, que allí se hacía, significa el mismo Padre Guillelmo en la referida carta por estas palabras: “Tocante al fruto que se hace por acá, digo que es grande, porque muchos se convierten, y Nuestro Señor con sueños santos convida a estos Indios al Cielo, que es modo conforme a lo que la Sagrada Escritura refiere en muchas partes. Ay bautizadas más de ochocientas almas, y muchos se confessan voluntariamente y vienen con frecuencia a rezar el Rosario de la Santíssima Virgen y a oír la Missa. Muchos han muerto dexando prendas muy ciertas de su predestinación y buelan al Cielo muchas docenas de Niños, que sola esta cosecha es ocupación apreciable para los que venimos de tan distantes Regiones a estas últimas del mundo olvidadas en todo él”. Al trabajo de catequizar, bautizar, predicar, y confessar a estas gentes, se le añadía al Padre Guillelmo, y a su compañero el

de buscar lo preciso para su tenue alimento, el ir por agua al río, y por leña al monte, que cargaba en sus propios ombros por no haver aún quien de los Indios se comidiese a ayudarlos en estos Ministerios. Estaba tan gustoso con estos trabajos, que deseaba intensamente no se le acabassen sino con la vida, y dar esta por el bien de aquellas almas, como se verá junto con su desengaño por la conclusión de la sobredicha Carta: “Vuestra Reverencia – dize – no se olvide de encomendarme mucho a Nuestro Señor, y a su Santísima Madre para que me dén gracia de morir en el Apostólico empleo de estas Misiones, y si fuera por su respeto, y amor, y por el bien de estos pobres, o que dicha. ¡Y cuán gustoso derramará mi sangre! Más mis muchos demeritos me hacen indigno de esta gracia, aunque si Vuestra Reverencia ruega por mí, espero, que la alcanzaré. Assegúrese Vuestra Reverencia que el aspirar a otra cosa es texer telas de araña, que una mosca las deshace, y quando más, duran hasta que la casa se cayga”.

§ VI

SALE DE LA MISIÓN LLAMADO PARA DAR RAZÓN DE SÍ EN SANTIAGO A UN COMISSARIO DEL SANTO TRIBUNAL

En el tiempo, que nuestro fervoroso Padre Juan Joseph Guillelmo esta (como hemos visto) tan fructuosamente empleado no sólo en beneficio del próximo, más aún en el ejercicio de sus exemplares virtudes, disponían sus émulos la delación para el Santo Tribunal de las proposiciones, que hacían más ofensivo ruido en su inquieta fantasía. Oída en Lima la acusación, despacharon los rectísimos Juezes orden a un Religioso muy docto, y grave del Real, y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced haciéndole su Comissario en esta causa, paraque la examinasse con la rectitud, y exacción, que piden los negocios de la Fe, sin agravio de la parte. Para esto el Comissario hizo salir al Padre Guillelmo de su amada Misión de los Peguenches, y passar a la Ciudad de Santiago de Chile para dar razón de su persona. No hizo operación alguna, ni de temor, ni de sentimiento en el ánimo imperturbable de nuestro perseguido, e inocente Padre este aviso, que le aceptó, como el más ambicioso, el de su Promoción a la más alta Dignidad. Luego se puso en camino con tan grande gozo como si fuera a ceñirse de Laureles, y lo que sólo le affigió fue el dexar a sus amados Peguenches, que parece le pronosticaba el corazón, que no los havía de bolver a ver, por más

justa, que fuese su causa, y favorable la sentencia. Lo que pasó en todos estos lances será mejor oírsele al mismo Padre por no defraudar al público de los exemplos raros, que contienen las clausulas de otra carta, que me escribió desde la misma Ciudad de Santiago en 10 de Abril del año 1703.

“Passo ahora – dice – a satisfacer a la queixa de no haver escrito a Vuestra Reverencia quien se explica de manera, que parece me supone en un mar de melancolía, quando a la verdad estoy en un mar de alegría, y contento de mi alma y con indecible gusto mío, de que es testigo Dios, y su Santíssima Madre. Luego, que logré la suerte de desamparar la cárcel de la Cáthedra (que para mí era cárcel, pues me privaba de la libertad de poder emplearme en la conversión de los Gentiles) me ofrecí a sus Divinas Magestades a servirles en la nueva empresa de los Peguenches y entre aquella nevadas montañas assistí a aquellos Barbaros lo mejor que supe, y deseaba eternizarme entre ellos y perseverar en la demanda con hartos deseos de que a esos riscos no les faltasse el riego, que quebrantasse su dureza, aunque fuese a mis expensas, pues todo sería ganancia para mí y no desespere de alcanzarlo, aunque me obligó el mismo Señor, que me havía llevado, a salir de allí ; y fue la ocasión que los Delatores acudieron a Lima, y depusieron contra mí varias cosas, que los prudentes tienen por calumnia y yo tengo por verdades quanto a la razón genérica de ser faltas mías, aunque no sé si les assiste lo específico, que ellos representaron al Santo Tribunal, cuyos Señores remitieron la causa a un Religioso grave Mercenario, que es el Reverendísimo Padre Fray Ramón de Córdoba Maestro de esta Provincia de Chile y que ha sido su Provincial. Llamóme este de los Peguenches, de donde vine luego, y presenté mi Sermón, y porque los Delatores, juzgo, que opinen, que lo dixen de diverso modo presenté por testigo al Señor Obispo de esta Diocesi, que assistió al Sermón, y depuso no havía reparado proposición mal sonante. Todo lo obrado en esta causa con este testimonio del Señor Obispo fue a Lima, y esperamos la resulta. Salga lo que saliere, nada suceder a sine Patre vestro, que tiene Providencia de sus más viles criaturas para nuestro provecho. Yo estoy más gozoso de esta disposición de Dios, que lo estuviera de regentar la Cáthedra de Prima de la Sorbona, pues con nada se llenaría el corazón humano, quando está al presente el mío muy contento con el Aula de Gramática, que para no estar ocioso voy ocupando en este Colegio Máximo de San Miguel con grandes

créditos de saber muy bien Géneros y Pretéritos, que es hasta donde se estiende mi jurisdicción comenzando del Nominativo Musa, y prosiguiendo con las Declinaciones, partes chicas, y grandes, que acá dicen y no es dado a todos el saberlas: y pensar a Vuestra Reverencia que yo estoy avergonzado en las circunstancias de leer semejante menudencia en los ojos humanos, y a la verdad no lo estoy, antes me persuado, que nunca he estado mejor, que ahora pues hago risa del mundo vano. Quiera el Señor irnos disponiendo por estas humillaciones para cosas grandes de su mayor gloria que es el fin, que tuvo Dios en sacarnos del otro mundo. Diceme Vuestra Reverencia que el golpe passado me sería muy sensible, a la qual respondo que no lo fue tanto, como lo piensa pues Dios le suavizó con su poderosa mano y no permitió fuera la carga más pessada de lo que podían llevar los flacos ombros de mi poco espíritu". Hasta aquí el Padre Juan Joseph.

Y esta Carta del Padre es el mejor lienzo, que yo puedo proponer para mostrar su retrato, porque si bien se considera, se hallarán en ella practicadas las más solidas, y singulares virtudes, que deben hermohear una alma Religiosa, y un Sugeto digno de la Compañía. Un golpe tan sensible como el suyo, que es el más mortal, que puede darse a un Jesuita como tan restado en defensa de la Fe, no sólo le sufrió con paciencia, y conformidad con la voluntad Divina, más aún con gozo, y alegría con la amorosa consideración, que quien dirigía la mano, y daba el golpe era su Dios, llamándole por esto disposición Divina, y nunca atendiendo al instrumento de que se valía Dios para herirle, que es altísimo grado de perfección. De esto previno, el que en toda esta tempestad no sólo no vieron jamás alterada la serenidad de su ánimo, antes bien le reparaban el semblante bañado de una exterior complacencia en lo mismo, que padecía. Assí debía ser en quien estaba persuadido, que la Cáthedra era cárcel para él, y cautiverio, más el trabajar, y padecer, libertad, y gozo, las nevadas montañas, y los ásperos riscos lugar de refugio, donde quería eternizarse, no menos por el bien espiritual de los infieles, que para estar siempre padeciendo, o para acabar la vida derramando su sangre. No es digna de menor reparo la serenidad, y contento, con que exercitó el empléo de enseñar la Grammatica en aquel mismo Colegio donde havia de leer el Curso de Philosophía, a que le tenían destinado los Superiores; y no obstante, que tan notable mudanza en ocasión de ser processado ante el justo Tribunal de la Fe, sonaba la ocupación a penitencia

impuesta, por lo menos, de los Superiores, con que presumirían muchos, que previendo la contraría sentencia de su injusta causa prevenían el castigo, y condenaban de ante mano al que juzgaban reo del delito, que se le imponía; no obstante digo, esta nueva nota, confessa, que no regentara con tanto gusto la primera, y más lustrosa Cátedra de la Sorbona, con quanto gobernaba la Clase de la Grammatica. Acto fue este de virtud tan heroyca, que se descubren en él nuevos reales de mayor perfección respeto del primero, porque fué, no sólo sufrir, más aun gozarse de llevar un golpe sobre otro golpe, y sobre una herida summamente sensible, y peligrosa otra más terrible, y mortal. Esto es gloriarse verdaderamente en la Cruz de Christo, amar como honras los desprecios, y aceptar como regalos los castigos. Esto es saber conocer al mundo, y pesarle con el justo peso del desengaño. Esto finalmente es saber servir, y agradar a Dios en todas las cosas, prosperas sean, o adversas, lustrosas sean, o viles eligiendo, o abrazando por lo menos gustosamente todo lo que es más contrario a la inclinación propria, y a lo que el mundo más ama, y más aprecia.

Y en efecto nuestro Padre Juan Joseph Guillelmo exercitó el empleo de Maestro de Grammatica (exercicio menos honroso a los ojos del mundo) con tanta exacción, y esmero como si fuera el de mayor lucimiento de la más insigne Universidad. Cuidaba con increíble solicitud, y vigilancia indecible, que sus Grammaticos, no menos se applicassen al estudio de las virtudes, que al de las letras, estendiéndose al mismo tiempo su ardiente zelo a las carceles, y a los hospitales, y haciendo en el Colegio el oficio de fervoroso Operario, como si no tuviera otra cosa, con que partir su atención, y cuidado. Con este tenor de vida se portó hasta que hubo de bolver la resolución del Santo Tribunal de Lima, donde visto, y examinado el Sermón con la mayor diligencia por diversas personas muy doctas, se dio su doctrina por sana, y cathólica; en cuya conformidad los Señores Inquisidores no menos armados de la justicia para bolver el crédito al inocente, que de rigor para castigar al culpado, passaron a pronunciar la sentencia en favor del Padre Juan Joseph Guillelmo mandando restituirle el Sermón sin borrar de él una letra. Algunos de los delatores arrepentidos de haverle sido causa de este trabajo llegaron a pedirle perdón, y nuestro Padre Guillelmo con ánimo generoso, no sólo se les dio prompto, sin señal de sentimiento, sino que se les hizo su especial, y cordial amigo, hablando de todos ellos en adelante más, que en

lo pasado honoríficamente con muestras de verdadero aprecio, sin que se le oyese nunca una sola queixa de la sinrazón, con que le havían calumniado, ni se viesse jamás en él al tratarlos sino agrado, benevolencia, y confianza siempre; que se ofrecía la ocasión. Con esta prolixa, y sensible prueba quedó acreditada no menos su virtud, que su doctrina en tan glorioso triumpho, y exemplo raro de perfección.

§ VII

CONSIGUE DE LOS SUPERIORES EL PASSAR A LA MISIÓN DE LOS PUELCHES, Y SE PROPONEN SUS GLORIOSOS, Y EXCESSIVOS TRABAJOS HASTA SU DICHOSA MUERTE

Como el Venerable Padre Juan Joseph Guillelmo sólo aspiraba, no a vencer sus émulos, sí a rendir la Gentilidad al suave yugo de Christo procuró poner en execución sus deseos de bolver a la conversión de los Gentiles, e Infieles libre de los embarazos, que havía causado la referida intercadencia a dicho Ministerio. Ofreciósele para este fin la mejor oportunidad, que podía desear; porque al tiempo, que cessó la sobre dicha borrasca, y sobrevino la serenidad apacible, con que se dexó ver llena de luzes su inocencia, el Padre Phelipe de la Laguna de feliz memoria, solicitó, y obtuvo la licencia del Presidente de la Real Andalucia de Chile Don Francisco Ibáñez para entrar a fundar la nueva Misión de los Puelches. Luego, que lo supo el fervoroso Padre Guillelmo hizo repetidas instancias a los Superiores, para que le señalassen a esta Misión vista la dificultad de bolver a sus amados Peguenches. Concediéronselo al principio, pero después pareciéndoles sería más a propósito para otra empresa señalaron a otro Sugeto en su lugar para ir a los Puelches. No obstante, como Dios, que le inspiró los deseos tenía decretado darles cumplimiento, dispuso, que sin pensarlo los lograsse: porque yendo el Padre Laguna a Nahuelhuapi, que es el sitio donde se entabló la Misión referida, con el nuevo compañero, adoleció este de una enfermedad tan peligrosa, que le puso en las puertas de la muerte por lo qual el Venerable Padre Phelipe hubo de proseguir sólo su derrota, y los Superiores se vieron precissados a revocar la suspensión de la primera licencia, y destinar por compañero del Venerable Padre Laguna a nuestro Padre Guillelmo, quien luego se puso en camino para los Puelches, y llegó a Nahuelhuapi poco después de haver llegado el Padre Laguna.

Están situados los Indios Puelches (para que se sepa lo que el Venerable Padre Guillermo tanto apetecía) entre 41 y 42 grados, como los pone en su Mapa el Padre Juan Antonio Xavier Nyél, y no en mayor altura de Polo según los describen otros Geografos, y viene a caer este parage casi en frente de la Isla de Chiloé. Las poblaciones de estos Indios, si merecen tal nombre, las que componen unos toldos portatiles de cuero, que usan para albergue, están formadas sin orden, ni concierto entre dos Cordilleras, o Alpes muy eminentes, por donde es necessario passar precissamente, o sea yendo por Chile, o sea por Chiloé para llegar a donde se halla poblada la gente. De las vertientes de estas Cordilleras, y de sus perpetuas nieves se forma una gran laguna de seis leguas de largo, y cerca de tres de ancho, la qual, porque entre otras menores Islas, tiene una mayor llamada *Nahuelhuapi*, toma de aquí su nombre, y también el País, y toda la Misión, que tiene la advocación de Nuestra Señora. El terreno es todo lomería llena de bosques, aunque en parte se abren algunas vegas, y todo el valle ocupa la Laguna. El temple es tan rívido, que todos los meses del año hiela fuertemente, y los vientos son sobremanera fríos, pues por qualquiera rumbo, que soplen han de passar precissamente por la Cordillera nevada. De estas causas proviene no poderse mantener árbol alguno fructifero en todo el País, ni se halla otro, que un Manzano plantado por el Venerable Padre Mascardi, el qual no da fruto, o si da alguna manzana es tan empedernida, que no se puede comer. Tampoco se da legumbre alguna de las que pueden servir de mantenimiento; sólo se crían en la Isla algunas *Papas*, que son unas rayzes muy comunes en todo el Perú, pero aún essas escasean aquí, y también se cría la *Quinua* plantada, que se asemeja al bleado, assí en el tallo, como en la hoja, y la flor, y da una semilla, o grano, que es su fruto: todos los demás se hielan antes de llegar a sazón, y por esto es lo más comun no sembrar nada los naturales. El Invierno se cubre toda la tierra de nieve, sobre la qual cayendo las eladas se endurece de manera, que los rayos del Sol no tienen fuerza para derretirla: y de aquí es, que las ovejas, que para mantenerse llevaron de Chiloé los Missioneros con increíble trabajo, no se pudieron mantener, y no quedó una con vida. El mantenimiento más común de los Paysanos es la carne de Caballo, que prefieren en su estimación, y tienen por más sabrosa, y regalada, que la de Baca, y algunas rayzes traydas de otras partes, que llaman *Liltu*, de la qual, no sólo usan por comida, sino que sacan de ella un licor, o brevage, que apetecen mucho.

Para tener los Misioneros, con que celebrar el Santo Sacrificio de la Missa, que es su mayor consuelo en aquellos desiertos, no es ponderable quanto trabajo les costaba, porque era necessario se llevase la harina, y el vino de Chiloé, o de Chile. Y para que se conozca la distancia, que ay, y quan largo, y trabajoso es el camino, advierto, que de Chile sólo hasta Valdivia, que es un Presidio de Españoles muy afamado, ay más de ochenta lenguas, en las cuales es forzoso atravesar unos bosques de más de veinte leguas pobladas de árboles muy crecidos para salir a Cruces, Castillo, que es de Valdivia distante otras siete leguas, las cuales se andan por la Mar al entrar, y salir de aquel Presidio sin haver otro camino, porque todo el contorno es un terrible pantano. Y de Valdivia a Nahuelhuapi por tierra, que havrá treinta leguas, o más, los Infieles no dán paso, y por Mar se ha de ir a Chiloé. Y si por evitar todo el trabajo, que lleva consigo este camino en llevar de Chile la harina, y el vino, se quisiere conducir de dicha Isla de Chiloé, que sólo distar a quarenta leguas del sitio de la Misión, se aumenta más el trabajo, que se quiere evitar, más dilatado el viage, y expuesto, a que se tarde demasiado con peligro de que se vea precissado desandar lo andado; porque primeramente será necesario andar la mitad del camino a pie, y no se puede de otra suerte, y después lo restante se ha de andar en barco por tres vezes para passar dos lagunas, que ay en el comedio, y el golfo del Mar desde Ralun a Calbuco; y como las embarcaciones no se tienen promptas, por quanto ellas son pocas, y poca la gente, que concurre, es preciso aguardar mucho tiempo para lograrlas. Lo mismo se ha de passar, y padecer para adquirir algún vestuario, porque carece tanto aquella tierra de los materiales para hacerle, como de todo lo demás, y los Indios Puelches en medio de vivir en tal inclemencia andan casi de todo desnudos, usando de unas zamarras de pieles de Huanaco, que les sirven de vestido, y de cama. No tiene este gentío lugar fixo, en que vivir de asiento, porque andan de continuo vagos por todo el País durmiendo donde les coge la noche, y mudándose según los tiempos al parage donde saben ay aquellas rayzes, que diximos, o alguna otra cosa; con que alimentarse. Sus propiedades son como de gente tan bárbara, que ni tienen gobierno, ni rastro de policía: no se sabe tengan conocimiento de alguna Deidad falsa, o verdadera; pero con todo esso es grande su adversión a las cosas de la Fe, y cuesta inmenso trabajo su conversión. Es gente muy inclinada a la venganza de sus agravios, para cuya execución son muy fáciles

en dar veneno para matar secretamente a los que aborrecen; de donde proviene el portarse entre sí aún los más amigos con tal cautela, que ninguno probar a cosa de bebida, o comida, que le dé el otro, si primero no la gusta en su presencia el que convida.

Estas son en breve las calidades de la empresa, porque tanto anhelaba el Venerable Padre Guillelmo, porque como se iba llegando el tiempo, que Dios tenía destinado para la conversión de aquella gente, encendía tan vivos deseos en su corazón, que no reparaba en los más desmedidos, e insoportables trabajos, antes bien estos ansioso buscaba para el logro de las almas de los Puelches para el Cielo, con intento de pasar abriendo camino al Evangelio por todas las Naciones hasta los últimos términos de la tierra. Y es digno de notar aquí, que al mismo tiempo, que los dos Padres Misioneros Padre Phelipe de la Laguna, y Padre Juan Joseph Guillelmo entraban por Chile con ánimo de irse avecindando al Estrecho de Magallanes para convertir las Naciones intermedias, a este mismo, que era a los principios del año 1704 el Padre Xavier Nyel Jesuita Francés, que fue celebre Misionero de la China, caminando para aquel Imperio, y entrando por dicho Estrecho saltó en tierra para glorificar en ella al Señor, y al considerar las espesas tinieblas, en que se hallaba sepultada aquella Gentilidad, y las pocas esperanzas, que había de su conversión, se le ofreció, si acaso había dispuesto el Cielo emprendiessen quatro Misioneros Jesuitas, que iban en aquellos Navios el viage de la China por rumbo tan peregrino a fin de que alguno de ellos compadecido de tanto desamparo se quedasse entre los bárbaros a solicitar su salvación sabiendo, que Misiones bien floridas habían debido su origen, o a algún Naufragio, o a algún otro acaso impensado. Con esta consideración se avivó el incendio de su caridad pidiendo al Señor se llegasse aquel feliz tiempo, en que se convirtiesse tanta Nación ciega, y ofreciéndose a sí mismo, si era su voluntad, a dicha empresa, aunque le costasse padecer Naufragio para quedarse.

Mas como el Señor tenía reservada la gloria de esse Ministerio para los Misioneros referidos, no aceptó el Sacrificio, habiendo sido prevenidos sus deseos de los que con el mismo zelo estaban próximos a cumplirlos entrando por Chile a los Puelches, como el mismo Padre Nyel lo reconoció al arriivar al Puerto de la Concepción a los trece de Mayo del mismo año 1704 como él mismo lo dexó escrito en carta, que en 20 de Mayo de 1705 escribió desde Lima al Padre Francisco de la Chayze Confessor del Rey Christianísimo,

que anda impressa en el Tomo 7 de las cartas curiosas escritas desde las Misiones estrangeras, cuyas palabras traducidas del Idioma Francés quiero copiar aquí, para que se vea el concepto, que de las Misiones, en que se empleó el Venerable Padre Guillelmo, formó por las noticias, que adquirió en Chile aquel grande Missionero. Dize, pues, assí después de haver referido sus ardientes deseos de quedarse en el Estrecho de Magallanes: “Esto es todo lo que me parecía poder hacer en el tiempo presente pero luego supe, que se havían adelantado otros a prevenir los míos y aunque estaban muy próximos a cumplirse, porque habiendo arrivado yo a Chile tuve noticia, que los Jesuitas de este Reyno querían en la primera ocasión, que se ofreciesse penetrar hasta el Estrecho de Magallanes de donde algunas de sus Misiones no distan más que cien leguas. Aquí tendrán donde emplearse a su satisfacción los mayores alientos, las cruces serán muchas; passar a n terribles frios, penetrar a n espantosos desiertos y les será forzoso seguir a los bárbaros, que se les huir a n velozes. Ser a esta Misión en el Mar del Sur, lo que es en el Norte la Misión de los Hiroqueos, y de los Hurones de la Canada para los que tendrán la dicha y gloria de executar en esta Misión lo que han obrado en la Nueva Francia por espacio de un Siglo entero con tanto trabajo y constancia”. Hasta aquí el Padre Nyel.

Mas bolviendo a Nuestro Padre Guillelmo entró con su Compañero a dicha Misión a principios del año de 1704 después de haver passado grandes trabajos, que les ocasionaron los Indios intermedios por donde les fue preciso penetrar para llegar a los Puelches. Fueron bien recibidos de estos Barbaros, y les permitieron quedarse a vivir en su inclemente País más por desfrutar el agassajo de los Padres, que por deseo de convertirse a la Fe. Es indecible quanto padecieron los primeros años, porque en algunos meses en tierra tan summamente fría no tuvieron casa donde albergarse: porque ninguno de los Puelches se movió a cortar un palo para formar una ramada siquiera, ni se comidió a ayudarles en qualquiera otra cosa de las más precissas, y se empezaron muy a los principios a portar tan esquivos con ambos Missioneros, que después de muy agassajados de estos les parecía hacer mucho en no quitarles las vidas, y dexarles vivir en sus tierras. Viendo aquel despego, y que ni con caricias, ni con dadivas podían ablandar sus empedernidos corazones, quanto más ganarles la voluntad, les fue preciso acudir a la Isla de Chiloé, de donde llevaron con-

sigo algunos Indios Christianos, para que les ayudassen a hacer alguna choza, en cuyo abrigo se reparasen de fríos tan excesivos. Executóse assí, y levantóse la choza, pero tan desacomodada para el fin pretendido, que quedaron poco menos mal parados, que si vivieran a Cielo descubierto: pues fuera del techo, que compusieron algo más fuerte los peones venidos de Chiloé; las paredes eran sólo unas ramas tan desunidas entre sí, que entraba por todas partes aquel viento frigidísimo; con que se dexa considerar fácilmente quanto padecerían. No sufrían menos trabajo en lo que toca al mantenimiento, porque la comida, que llevaron de Chile se consumió presto en sustentar a los peones, que llevaron para hacer una Iglesia en Nahuelhuapi, y la que después se conducía de Chiloé no podía ser suficiente, porque se había de cargar a ombros de Indios, y no podía ser mucha por essa razón. De aquí era, que lo más del tiempo no tenían pan, que comer, y el vino apenas alcanzaba para celebrar: los demás alimentos no había donde comprarlos, pues siendo assí, que los Indios estiman muchísimo un cuchillo les sucedió a los Padres ofrecerles uno por un plato de harina de cebada, y no poder conseguir, que se le diessen en ocasión, que se hallaban bien acosados de la hambre. Para apagarla les era necesario comer como los bárbaros caballos, y mulas, y este fue su ordinario alimento hasta que pudieron comprar, y conducir algunas bacas para tener, que dar a los Indios, y mantenerse ellos mismos, y comían esta cocida en sola agua, o assada sin otro algún condimento, de manera, que quando se servía tal vez a la mesa una tortilla de harina de cebada, o algunas legumbres, o comian con la carne algunas papas era extraordinario regalo, y proprio de un día de Pasqua.

Los trabajos por decirlo en una palabra eran tales, que consumieron antes de los quatro años las fuerzas, y quitaron la vida en un summo desamparo al Venerable Padre Phelipe de la Laguna, *aliás Vande Meren*, muriendo en Nahuelhuapi a 27 de Octubre de 1707 con grande sentimiento de su Compañero nuestro Padre Juan Joseph, que como más robusto, pudo tolerar más años aquellas incommodidades sia salir de allí hasta que murió, excepto dos años, que por varios accidentes hizo ausencia forzosa. Mantúvose siempre con el mismo tenor de vida padeciendo mil géneros de trabajos con mayor alegría, y contento, que si gozara de las mayores delicias. Bien es verdad, que si le faltaban las de la tierra, abundaban en su alma las del Cielo, que comunica el Señor a ma-

nos llenas a los que le sirven fielmente, y con generosa resolución se sacrifican todos al beneficio de los próximos por amor de su Magestad, careciendo de los gustos, y commodidades lícitamente permitidos. Y si allá en los desiertos de la Tebayda, y de la Nytria comunicaba la Divina Bondad a los Hilariones, y Antonios tales dulzuras, que les parecian breves los días, y cortas las noches, que ocupaban en la contemplación del Cielo, y en obsequio de su Dios procurando solamente su propio aprovechamiento, porqué en estos paramos habitados más presto de Tygres, que de hombres había de mostrarse aquella summa Bondad menos liberal en franquear sus delicias, quando a lo retirado de la soledad, a lo rigido del temperamento, a lo rigoroso del ayuno, a lo áspero del cilicio, de la desnudez, y mortificación continua con la perpetua, y fervorosa Oración, se les juntaba el atender con tanto desvelo, paciencia, y zelo a la salvación de las almas? No puede dudarse, que assí como esta ocupación es más noble, y más perfecta, assí es más meritoria, y más digna de premio; por lo qual es preciso confessar, que hallándose en nuestro Venerable Padre Juan Joseph todo este complexo de mortificación, penitencia, soledad, oración, zelo de la mayor gloria Divina, y fruto de tantas almas perdidas, quando menos, no debía hallarse en él desigual merito para semejantes consuelos, e igual gloria a aquellos antiguos Anacoretas, que se condenaron voluntariamente a vivir en lo más retirado, y espero de los desiertos para atender con menos embarazo al provecho, y bien espiritual de sus propias almas.

Mas no fue esto solamente lo que hizo; y lo que padeció assí por la conversión de los infieles, como por la buena disposición, y aumento de aquella Misión. Pero si me empeñara en referirlo todo, a más de que es imposible, sería nunca acabar. Porque quien podrá decir los passos, que dió, los caminos, que anduvo summamente arduos, y difíciles, siempre entre bárbaros crueles, que en vez de mostrarse agradecidos, y compadecerse de sus trabajos le pagaban con malas razones, y peores tratamientos? Quien los viages, que hizo desde Chiloé a Nahuelhuapi, y de aquí a Chiloé con manifiesto riesgo de la vida por el Mar en las Piraguas embarcaciones ridiculas, y de mucho peligro por ser formadas de solas tres tablas, que traban entre sí con una sogá gruessa, y carenan, o con cortezas de árboles molidas, o con algún otro género de remedado betun, que resiste mal a que no entre el agua; y por tierra yendo a pie en caminos sembrados de peligros, penetrando por las nieves rapidísimos

riscos, de noche sin cama, ni aún una choza, en que repararse del frío, de día mal comido, y sin tener con que defenderse del Sol, y muchas veces, ni aun con quien tratar racionalmente, o consolarse en aquel summo desamparo, pues estuvo muchos años solo? Todo lo sufrió solo gozosísimo por conseguir la salvación de aquellos pobres, de quienes, ni esperaba paga, aplauso, ni agradecimiento, sino de sólo Dios; y esto en clima donde a otros, por fervorosos, que sean, les faltan fuerzas para tan desmedidos afanes, no obstante se hallaba en él como en su centro, más contento según decía el mismo Venerable Padre, que lo están los ambiciosos de mundo gozando de sus aplausos, gustos, y pompas.

Diose con el mayor desvelo al estudio de tres lenguas bárbaras, que allí son necesarias para ayudar a los Infieles, y demás Indios convertidos, y las aprendió perfectamente sobrándole mucho tiempo para emplearle en la oración con Dios, y en el estudio con los libros: pues aún en el trafago de los Ministerios, y de sus frecuentes viajes estudiaba más en aquellas soledades, que otros en los Colegios; y pudo componer un Tomo bastantemente crecido, que intituló *Nautica Moral* según le había ideado en su Navegación, que hubiera sido muy útil, si le hubiera sacado a luz, por ser de assumpto singular, que otros no han tratado de propósito. Item escribió una vida muy cumplida del Venerable Padre Nicolás Mascardi, para la qual buscó con increíble diligencia todas las noticias, que pudo adquirir en Chile, y Nahuelhuapi, haciéndolo con gran gusto por haver sido aquel esclarecido Martyr el primer Apóstol de los Puelches, cuya tierra regó con su misma sangre. Fuera de la qual escribió las vidas de los Venerables Padres Miguel Ángel Serra, y Thomás Dombidas, y de otros Varones ilustres Jesuitas, que florecieron en la Provincia de Chile, en todas las quales obras guarda un estilo muy natural, claro, terso, y corriente, en que tenía gran facilidad, y promptitud. Y por decir de una vez sus obras, como nunca supo estar ocioso empleando honesta, y provechosamente todo el tiempo, que le sobraba de sus ejercicios espirituales, y ministerios en revolver libros, hacer apuntes, y componer tratados muy útiles, que dexó manuscritos, y se conservan, y guardan con todo aprecio. Para dirección, y gobierno de su obrar tenía entresacadas, y promptas muchas sentencias de *Contemptus Mundi*, y varios consejos, y dictámenes de las obras de Santa Theresa, en que estaba muy versado. También compuso en Sevilla mientras se disponía la navegación un libro muy erudito,

e ingenioso *de Probabilitate*, que por un accidente no se dio a la Imprenta según lo tenía dispuesto; y recién llegado de España a la Provincia de Chile escribió a instancias de un Padre grave un parecer muy docto sobre la duda de: *Si se puede administrar el Bautismo extra mortis articulum a los párvulos hijos de los Indios Infieles del Reyno de Chile?* la qual resolvió por la parte afirmativa, que prueba con gran copia de solidas razones, y mucha erudición, deshaciendo con la misma solidez todos los argumentos contrarios; y este parecer han seguido después con logro de muchas almas, que de otra suerte huvieran perecido eternamente, todos los Missioneros de aquel Reyno, y en el Synodo, que el año de 1702 celebró el Ilustríssimo Señor Don Fray Martín de Hijar, y Mendoza Obispo de la Concepción, se mandó seguir el mismo parecer en toda aquella Diocesi, como hasta ahora se executa.

Mas bolviendo a los Puelches, el fruto, que hizo en ellos el Padre Juan Joseph sólo Dios lo sabe, que le ha de premiar; pero como su Magestad no premia tanto el fruto conseguido, quanto el deseo de hacerle poniendo los medios más conducentes a este fin, no ay duda, que havrá sido el premio muy colmado, pues aplicó la mayor diligencia para conseguir la total conversión de todo aquel gentío a nuestra Santa Fe a costa de inmensas fatigas. En los adultos no se lograron tanto, porque son los Puelches, como todos los demás Infieles Chilenos, de los quales pocos se convierten de veras a causa de no tener los Missioneros, como en otras partes de las Indias el poder necesario para contener, y corregir a los que ya bautizados no se ajustan a las leyes Christianas, porque si les quieren apremiar a ello apelan luego a su natural, que defienden con el valor, que es notorio a todo el mundo, y alegan, que debajo de la condición de que no les fuerzen a guardar la Ley de Dios se hicieron las pazes con los Españoles, y se les permite vivir a los Padres en su País. Por estas razones no se puede conseguir mucho fruto con los adultos: pero se lograron las almas de muchísimos Niños, que infaliblemente huvieran perecido, y por el Santo Bautismo se salvaron por medio de nuestro Padre Guillermo. Mas, ni aun se perdieron todos los adultos, porque empeñado siempre nuestro Venerable Padre en ganarles con varias trazas la voluntad en sintiendo acercarse la muerte le llamaban, y se confessaban con señales de verdadero arrepentimiento. Ni por ver este poco fruto se desanimaba el Siervo de Dios, antes se esforzaba más cada día a inventar modo para adelantar aquella Misión, y la conversión destes Infieles esperando, que algún día

avría de corresponder agradecida la tierra a sus sudores, pues no es la primera Misión esta, en que a los principios sintieron los Operarios Evangélicos semejante ingratitude, y después a expensas de sus fatigas, y paciencia cogieron muy copiosa cosecha.

Uno de los medios, que le parecieron más conducentes para establecer con sólido fundamento la Misión de los Puelches fue descubrir algún nuevo camino, por el qual se facilitasse el passo para lo restante del Reyno del Chile, el qual no pudiéndose lograr antes, sino por Mar, era necesario esperar alguna coyuntura de algún Navio, que no se merecía a vezes en dos, ni tres meses, y con el nuevo camino se evitaría esta necesidad, y el trabajo intolerable de conducir a ombros de racionales.

Con esto podría tener más copia de bastimentos, y con que agassajar más a los Infieles, con que les iría poco a poco conquistando el afecto, y haciéndose dueño de sus voluntades, por ser los Puelches, como todos los Barbaros de la América summamente interesados, y de este modo les podría reducir a vida christiana, quitándoles la ocasión de que anduviessen vagos por el País en busca de la comida, en las quales peregrinaciones olvidan con facilidad quanto les predicán los Missioneros; lo que no sucede teniendo con que proveerlos para su manutención, porque entonces hacen pie en un lugar más de asiento, y ay más commodidad de doctrinarlos de continuo, y con el tesón en este ministerio se va logrando el que se les impriman las máximas christianas, y se vayan olvidando de sus bárbaras costumbres. Considerando estos, y otros provechos, que se seguían de descubrir el nuevo camino, adquirió noticia el segundo año después, que llegó a los Puelches por medio de un Indio anciano de esta Nación, como havia un camino más fácil desde Burilochi, a Nahuelhuapi, por el qual antiguamente entraban los Españoles a hacer sus malocas, o correrías para sojuzgar a los Indios, y hacerlos sus esclavos. Hizo luego sus diligencias bien grandes para conseguir su intento, y valiéndose del General de Chiloé Don Antonio Alfaro, le dio este no menos noble, que piadoso Caballero los Indios necesarios pertrechados de toda herramienta, y juntamente algunos Soldados Españoles, que les escoltassen en aquella empresa. Para sustentar esta gente se embarcó el Padre en una Piragua, y fue personalmente pidiendo limosna a los vecinos de la Isla hasta recoger lo que le pareció suficiente. Trabajaron los Indios acompañados del Venerable Padre Guillelmo en romper la montaña, durmiendo siempre en el suelo

por no haver commodidad para otra cosa, y faltándoles los bastimentos, no tenían con que sustentarse sino harina de cebada: trabajaron mucho, pero todo en vano, porque entre los que iban ninguno había práctico del País, y erraron las señas, que les dio el Indio Anciano, quien por su edad crecida no pudo ir a guiarlos, o dirigirlos, fuera de que los demás Puelches repugnaban la abertura de aquel camino, y no le huvieran permitido ir, aunque pudiera.

Dexóse, pues, por entonces la empresa con notable sentimiento del buen Padre Guillermo, quien sin ser poderosas las fatigas antecedentes malogradas a hacerle desistir de su empeño, hizo siempre vivas diligencias para conseguir el descubrimiento de dicho camino, de cuya falta se seguían muchos perjuicios a la Misión; y finalmente su constancia logró el año de 1714 lo que todos daban por negocio desesperado, pues por particular providencia del Cielo acertó a hallar un Indio que voluntariamente se ofreció a guiarle por la parte de Nahuelhuapi hasta cierto parage llamado *los Baños*. Con esta guía entraron unos por dichos Baños, y otros por Chiloé en Diciembre de dicho año, y llegaron a encontrarse, y a dexar descubierto el camino, que era lo que se pretendió por entonces. En los dos años siguientes se empeñó el Siervo de Dios, en que había de dexar tan tratable, y fácil el camino, que pudiessen andar mulas por él, y llegar hasta Ralun, que es el Puerto de Mar en la tierra firme de Chile, donde se embarcan para passar a Chiloé, y lo consiguió todo felizmente con menos pertrechos, y provisiones, que la primera vez, pues el año 1716 pudieron bajar ya las mulas a Ralun, como se deseaba. Pero omitiendo aquí lo que trabajó otros años, en que de una cayda estuvo gravemente enfermo, no se puede decir fácilmente quanto le costó esta composición del camino: baste decir, que en tres meses tuvo muy poco, que comer, y que apenas bastaba para conservar la vida: el descanso nocturno era nuevo trabajo, pues había de dormir sin cama en tierra llena de pantanos, que inundan frecuentes aguazeros, todo lo qual se seguía a los afanes del día: y no obstante estas eran sus delicias, y daba por bien empleados todos sus trabajos a tal de haver logrado el fin, que había deseado de hallar el nuevo camino, que serviría perpetuamente de atajo breve para la conversión de aquellos desamparados Infieles, que tan ansiosamente deseaba. Luego empezó a poner mano a la obra con nuevo conato, alentando a aquellos bárbaros a que recibiesen la Fe de Christo, pues con ella no sólo asseguraban su salvación eterna, más aun el evitar los afanes de andar buscando va-

gabundos el sustento necesario para sus cuerpos, porque con esta conveniencia del nuevo camino, no sólo le tendrían con facilidad, sino con abundancia sin desamparar su pueblo; y para animarlos mas, formó luego su Iglesia con bastante capacidad, y decencia, y ordenó una casita para sí, con que les enseñó a que ellos también hiciessen sus ranchos más acomodados, para que pudiesen vivir como racionales. Pero aquí fue donde padeció más, que en todos los trabajos passados nuestro Venerable Padre Guillelmo viendo la dureza más que de diamante de aquellos infieles, y la summa desgana con que recibían sus consejos, y la doctrina del Cielo, que les enseñaba; y quando esperaba coger el copioso fruto de sus sudores, y gozar de la commodidad de aquel nuevo camino, que tanto había deseado para establecer la Misión de los Puelches, y para la total conversión de sus Naturales, los halló más obstinados, y reveldes. No es ponderable qual sería la angustia de su corazón fervoroso al ver, que sus alhagos no aprovechaban, sus caricias no los traían, su medios no lograban el fin, que tanto había deseado su ardiente zelo. Más Dios dispuso, que sus medios lograsen otro fin más noble, y más glorioso, haciendo, que aquel camino, que había abierto para la conversión de aquellos Bárbaros empedernidos, le sirviese al mismo Venerable Padre para conseguir la Laureola del martyrio en premio de sus Apostólicas fatigas.

§ VIII

SU PRECIOSA MUERTE

Nunca gustaron los Indios Puelches de que los Padres Missioneros entrassen en sus tierras para predicarles la Ley Santa de Christo, a la que, como a todas las demás cosas de la Fe tuvieron siempre una adversión summa, porque veían, que con ellas se ponía freno a sus desenfrenados apetitos, se verían precisados a emmendar sus costumbres brutales, y a dexar totalmente sus torpes vicios con sus continuas borracheras. Por esto mismo aborrecían a par de muerte a los Padres, que eran los que les proponían estas verdades christianas, y corregian sus desordenes, y vida licenciosa. Y en efecto llegaron a quitar la vida al Venerable Padre Phelipe de la Laguna con veneno tan activo, que dentro de tres días hubo de morir en aquel summo desamparo, que diximos, y desta muerte se jactaban entre sí mesmos declarando el veneno, que le havían dado, porque les enseñaba una doctrina contraría a su libertad, y a la que havían tenido, y guardado sus antepassados. Esto mismo no executaron

por entonces con nuestro Venerable Guillelmo, ya fuesse, porque le tuviessen menos odio, y aborrecimiento por la afabilidad, y singular cariño, con que les trataba; ya fuesse, porque siendo aquel el Superior, pensarían, que viendose sólo el Padre Guillelmo se retiraría luego, y los desampararía; ya finalmente, para que no se descubriese su delito muriendo ambos Padres en sus tierras, y con esso los Españoles no intentassen vengarse de ellos castigando a los agresores homicidas, con lo que forzosamente aventurarían el sosiego de la paz, que tenían con ellos, y aún su misma libertad. Por estas causas pudo ser, que no quitassen por entonces la vida al Venerable Padre Guillelmo, y aunque le ocultassen al mismo Padre la muerte del Padre Phelipe de la Laguna, portándose con grande dissimulo, conforme ellos acostumbran. Más viendo, que ni el verse el Padre Guillelmo solo, y sin compañero, ni todas sus descortesias, e inhumanas desatenciones, con que le dexaban trabajar solo, sin quererle asistir en cosa ninguna, bastaban para hacerle retirar de la Missión, antes bien quería perpetuarse en ella, y que con el nuevo camino, que había hallado, no sólo aseguraba su permanencia, más aun la de los demás Missioneros, por la facilidad, con que podrían suceder los unos a los otros, se les recreció la ojeriza, y avivóseles aquel odio oculto contra el Venerable Padre de suerte, que resolvieron darle la muerte para deshacer con ella los santos intentos del Siervo de Dios, y destruir de una vez la Missión.

Confiados, pues, en que les saldría también este segundo lance de la muerte del Padre Guillelmo, como el primero de la del Venerable Padre Laguna, no dudaron en darsela, sólo si, para su mayor seguridad, dudaron el modo, si había de ser con veneno; y al fin resolvieron tomar otro, que se pudiesse atribuir a algún acaso, o a desgracia impensada. Este fue quemarle dentro de su propia casa, pegando fuego en ella, y en la Iglesia de suerte, que no pudiesse escapar del incendio. Para esto se valieron de la obscuridad de la noche, y del descuido del sueño, no sólo para la defensa, más también para la seguridad del efecto, y lo executaron con tan grande destreza, y dissimulo, que al instante se apoderó el fuego de la casa, y de la iglesia, y si a toda prissa no le despiertan al Padre sus domésticos huviera perecido embuelto en las llamas, que abrasaron toda la Missión, porque el Padre dormía desimaginado de tal atrevimiento, y maldad, con que se padeció el estrago sin la menor presunción por entonces, de que huviesse intervenido malicia alguna; y atribuyéndolo a casualidad procuró lo más pres-

to, que pudo reedificar la casa, y la Iglesia, aunque con summo trabajo suyo, y no menor dissímulo, que tuvieron los Indios, ayudándole en esta ocasión, aunque con el mismo despego, y desgana, que siempre. Más todo quanto de bueno hacía el Venerable Padre todo era amontonar leña, y atizar más el fuego de aquel mortal odio, que ardía en los corazones de aquellos bárbaros traydores: y assí irritados de que su primer medio no había surtido el pretendido efecto, recurrieron al primero como menos remediable, y más seguro, por la experiencia, que tenían. Este fue el darle, como al Venerable Padre Laguna, dissimuladamente veneno, como de hecho se lo dieron con la ocasión, que ahora diré.

Hallándose el Siervo de Dios Padre Juan Joseph en su Misión escribiendo unas cartas a sus Superiores, y algunos Commissioneros, que estaban en Chiloé sobre algunos negocios de su Misión, las quales había de llevar el Correo, que por aí passaba, le llamaron, para que oyesse de confesión a un Indio Puelche, que andaba muy enfermo, a que luego se partió entregadas las cartas a dicho Correo, en cuya Compañía fue unas quatro leguas hasta llegar al rancho del enfermo, que estaba junto al camino. Entró el Padre Guillelmo en él como un Ángel de Paz lleno todo de amor, y benevolencia, procuró consolar al enfermo, no menos con razones, que con agassajos, dispúsole para la confesión, que hizo con toda satisfacción del Padre, acabada la qual quisieron agassajarle dándole a beber un vaso de aquellos sus brevages, aceptóle el Siervo de Dios con aquella familiaridad, y confianza, con que se portaba con ellos para ganarles la voluntad, y lograrlos para el Cielo, sin desdeñarse de sus cosas, y sin esquivar comida, o bebida, que le diessen, y mucho menos, sin mostrar rezelo ninguno de su fidelidad, no esperando a comer, o beber lo que le daban, hasta que antes la probassen, como le acostumbra entre estos verdaderamente infieles, porque con summa facilidad suelen los Puelches dar ponzoña a los que quieren mal, o a aquellos de quienes han sido ofendidos, llegando esta facilidad a engendrar aun entre sí mismos tal rezelo, que ninguno, según tengo referido, se atreve a gustar manjar, o bebida, sin que la guste primero quien convida. Más nuestro Venerable Padre persuadido de que con él no tendrían los Puelches tan dañada voluntad; y ansioso de agradarles, y atraerlos más con la grande confianza, que de ellos hacía, tomó la bebida, y sin dar lugar a que la gustassen primero, la bibió, y con ella el veneno sin sentirlo por entonces.

Púsose luego en camino de vuelta para su Misión, y apenas hubo llegado, quando experimentó los malignos, y mortíferos efectos de aquella emponzoñada bebida, sintiendo una extraordinaria relaxación de estómago, que no le dexaba retener el alimento, y sobreviniéndole tan violentos vómitos, con arcadas, y ansias tan continuas, y mortales, que no le daban treguas para descansar un punto. A esto se llegaba hallarse en un summo desamparo sin tener un compañero con quien consolarse, y que le administrasse los Santos Sacramentos de la Iglesia, que summamente deseaba recibir, ni remedio, con que buscar algún alivio, ni menos quien le supiesse aplicar: sólo Dios era su consuelo en aquella soledad, conformandose muy alegre con su Divina voluntad, prompto a padecer mayores angustias, y la misma muerte, si lo disponía assí la Magestad Divina. Estaba ya sazonado para el Cielo, y codiciándole este para sí permitió, que obrasse en él su efecto la ponzoña, y rendida la naturaleza a su violencia le despojó de la vida en breve tiempo, para que su alma dichosa desatada de las prisiones del cuerpo, bolasse a ser coronada con la Laureola de Martyr, y a recibir en la Gloria el premio de sus Apostólicos trabajos, y excessivas fatigas, en que se empleó con ardiente zelo por la conversión de aquella ciega gentilidad, que le correspondió ingrata con darle tan violenta muerte por el beneficio de la vida eterna de sus almas, que les procuraba con la Ley del verdadero Dios.

Mantuvo siempre entero el uso de sus sentidos, y le duró el juicio, y aun el habla hasta que espiró, ocupandose todo aquel tiempo en actos fervorosísimos de todas las virtudes, principalmente de Fe, Esperanza, y Caridad, según aseguraron las quatro personas domésticas, que le assistieron, y se hallaron presentes hasta la hora de su muerte, a las quales, después de haverles dicho “ya yo me muero”, les instruyó con grande serenidad (estando ya muy a los últimos) de lo que debían hacer luego, que muriesse, previniéndoles de como havían de amortajar su cuerpo, y del lugar donde le havían de dar sepultura, partiendo al mismo tiempo a dar aviso de su muerte, uno de ellos a Chiloé, y otro a la Misión de Poguel una de las más inmediatas, en que assistía el Padre Juan de Ravanál. Encargóles también muy encarecidamente no desamparassen la Misión, manteniéndose en ella hasta que llegassen nuevos Padres, lo qual executaron fiel, y puntualmente perseverando en el cuidado, y conservación de la casa, e Iglesia. Dada esta instrucción prosiguió el Siervo de Dios en conformarse muy alegre, y sereno

con la voluntad de Dios muriendo muy consolado por morir en semejante desamparo al que tuvo en su gloriosa muerte el grande Apóstol de las Indias San Francisco Xavier, a quien procuró siempre imitar en el zelo, peregrinaciones, y trabajos. A esto le añadió Dios otro mayor, y más especial consuelo, que fue concederle aquella muerte gloriosa deseada de muchos, y muy grandes Santos, y no de todos alcanzada, que es morir a violencias de los enemigos de Christo por la Predicación Evangélica, no estorvando, como en San Francisco Xavier, que le quitassen con ponzoña la vida aquellos mismos, a quienes había procurado a costa de tantas fatigas librar de la muerte eterna de sus almas, con la vivífica triaca de la Ley de Christo. Verdad es, que este Apostólico Varón, aunque conoció la dicha, que le traía la eficaz actividad de aquel veneno (que ocultamente quiso declarar con aquellas palabras: “ya yo me muero”, que dixo a sus domésticos) no quiso publicar, ni de palabra, ni por escrito qual fuesse la causa de su violenta, e inopinada muerte conforme pretendían sus crueles, y traydores Indios, más esto fue para darnos dos exemplos raros de prudencia grande, y de humildad profunda; de esta no queriendo declarar, que moría Martyr de Christo, pues le habían dado el veneno en odio de la Fe, que predicaba; y de aquella, en no querer dar ocasión a los Infieles homicidas, a que rezelándose de los Españoles, y temerosos del castigo desamparassen la Misión, con que impossibilitassen totalmente su salvación eterna: como lo consiguió; porque viendo los Puelches este silencio del Padre, y atendiendo por entonces para más dissimular, a la exhortación, que les hizo, de no desamparar su Pueblo, persuadidos ya, que ni el Santo Martyr había conocido la maldad, que habían cometido, se mantuvieron seguros de los Españoles, y aun fiados de que no irían nuevos Padres a su Misión. Más como un delito llama otro delito, y el immortal odio, que estos Barbaros tenían a nuestra Santa Religión, no murió con la muerte del Venerable Martyr el Padre Juan Joseph Guillelmo, al ver, que de nuevo bolvían otros Padres a la Misión, se indignaron summamente contra ellos viendo frustrados sus dañados intentos. Dissimularon también al principio su corazón envenenado, pero al mismo tiempo miraban a los nuevos Missioneros como a nuevos capitales enemigos de su vida licenciosa, y brutales costumbres. Andaban continuamente maquinando como desterrarlos del todo de sus tierras, y sacudir de una vez el yugo suave del Evangelio, y considerando, que con sola la muerte de los Padres habían de

conseguir su antigua libertad se conjuraron en darsela a lo descubierta, y sin embozo alguno; y valiéndose de la ocasión de quedar el uno de los Padres Misioneros solo, y con poca asistencia de sus domesticos le acometieron de tropél, y le mataron con otros tres, o quatro de los que le assistían: apoderáronse luego de la casa, e Iglesia, y después de haverla saqueado a su satisfacción; les pegaron fuego, dexando dentro los cuerpos ya difuntos, para que todos ellos se convirtiesen en ceniza, y no quedasse rastro alguno de ellos en sus tierras. Con este hecho tan sacrilego probaron claramente, que tanto el fuego, que prendieron en la casa, e Iglesia mientras vivía en ellas nuestro Santo Martyr Guillelmo, como el veneno, que le dieron, todo fue en odio de aquel zelo Apostólico, con que les enseñaba el camino del Cielo, y procuraba apartarlos de sus vicios, de sus errores, y de su eterna perdición.

Sucedió, pues, la muerte de nuestro glorioso Martyr de Christo el Venerable Padre Juan Joseph Guillelmo a 19 de Mayo de 1716 a los 43 años de su edad 28 no cumplidos de Compañía, y diez de Profesión de 4 Votos. Advierto aquí, que el Cathalogo impresso de los difuntos Jesuitas del año 1719 en el Apendice, que se pone de los que murieron los años antecedentes se señala la muerte del Padre Guillelmo a 16 de Diciembre de 1716 pero sin duda fue equivocación, pues no sucedió el día ya dicho, como lo apunta el Padre Juan Bernardo Bel en la Carta común, que en 5 de Agosto del mismo año 1716 escribió a su Provincia de Chile sobre la vida, virtudes, y muerte del Venerable Martyr Padre Juan Joseph Guillelmo. Desde el primer año, que emprendió la conversión de los Puelches, parece tuvo aviso del Cielo, de que había de morir en Nahuelhuapi, como lo refería su Compañero el Venerable Martyr Padre Phelipe de la Laguna; porque haviendo este ausentádose por causa de cierto viage, y quedádose sólo el Padre Juan Joseph en la Misión se aplicó con un sólo Indiecito, que le acompañaba a levantar una pequeña Capilla, en que pudiesse celebrar, y recogerse a tener oración, que era su único consuelo en aquella soledad, y retiro de todo comercio humano. Estando, pues, una tarde en esta Capillita ocupado en el santo exercicio de una fervorosa oración oyó una voz clara, y distinta, que le decía: "Aquí te han de enterrar". Prosiguió el Venerable Martyr sin turbarse, ni bolverse a ver quien le hablaba en su oración, que tenía delante de una Imagen de Nuestra Señora; acabada la qual, y saliendo después de la Capilla, por ser parecida aquella voz, que había oído a la del muchacho,

que le asistía, al verle le preguntó, que le había querido decir, quando le habló al tiempo que se encomendaba a Dios? Estrañó el Indiecito la pregunta, y le aseguró, que ni palabra le había hablado, ni aun podido hablarsela, porque en todo aquel tiempo, no había estado por allí. Comunicóselo nuestro Padre Guillermo, después, que bolvió, al Padre Laguna; y examinado bien el caso, quedaron ambos persuadidos había sido aviso del Cielo, que le quería dar de antemano a entender, que según había sido su deseo Nahuelhuapi sería el término de sus fatigas, como sucedió en efecto, siendo enterrado en la Capilla misma, en que había oído aquel pronóstico, y aviso del Cielo.

§ IX

REFIÉRENSE ALGUNAS DE SUS HERÓYCAS VIRTUDES

Tiempo es ya de dar algunas noticias en particular de las muchas virtudes, que resplandecieron en el Padre Juan Joseph Guillermo, aunque procuró siempre encubrirlas de manera, que llegó a decir un Padre, que le comunicó familiarmente, era esta su mayor virtud: porque a la verdad hacía estudio particular de jamás decir cosa, que redundara en su alabanza; pero hablaban sus obras, que son los más fieles, y verídicos testigos de sus grandes virtudes. Referiré, pues, algo de lo que no pudo encubrir su desvelada humildad, y empezando por las Virtudes Theologales, que son la basa, y fundamento de todo el edificio espiritual, y las que vivifican todas las obras. Su Fe era vivíssima, y le servía de governalle, que regía la nave de su alma en todas sus operaciones. Tenía altísimo concepto de todos los Misterios, que nos enseña nuestra Cathólica Religión, y hablaba dellos con tan vivas expresiones; que suspendía al mismo passo, que causaba devoción. Con el mismo sentimiento se explicaba en el punto de la conversión de las almas, porque se lograse la Sangre de Christo nuestro dulcíssimo Redemptor en todos sus redimidos por medio de los Santos Sacramentos, que instituyó en su Santa Iglesia. Quando hablaba de los meritos de Christo, los ponderaba con razones tan eficazes, que cierto encendía en su amor. Pues qué de las perfecciones de Dios para ensalzarlas! Verdaderamente, que aquí se excedía a sí mismo, y se puede decir de su Fe, que era la tierra de su grande entendimiento, y la primera joya de su noble corazón, como la intituló Guillermo Parisiense. No es pequeña prueba de su grande Fe el valor, con que despreciaba los peligros aun de la propria vida por predicarla.

Muchas veces le buscaron los Bárbaros para matarle, porque les enseñaba la Ley Evangélica, y reprehendía sus detestables vicios, y en tres ocasiones estuvo en peligro próximo de perder la vida por la misma causa, sin acobardarle este temor, para que desistiese de la predicación, antes bien entonces se portaba con más generosidad, y constancia, despreciando todas sus furias, no temiendo sus ardidés, ni recelándose de que le diessen veneno, fiado en que Dios le libraría de todas las máquinas de sus enemigos siempre, que fuese conveniente para su mayor gloria, y provecho de aquellas pobres almas ciegas, y engañadas, como en efecto lo hizo conservándole por entonces para establecer aquella Misión, y ponerla en estado, que los demás Misioneros pudiesen vivir en ella sin todos aquellos afanes, que él había padecido, y los mismos bárbaros pudiesen ser más fácilmente socorridos. Y aunque después de esto permitió, que estos desagradecidos infieles le diessen el veneno, y este no le dexasse lograr el fruto de sus trabajos quitándole la vida, este fue el premio mayor, y más conforme a sus continuas ansias, que le podía dar. No es menor argumento de su fe el zelo ardiente, con que procuró propagarla, y quanto por este motivo hizo, y padeció, no contento de confessarla él mismo, si no la confessaban todos los hombres, que a tanto se estendía su deseo. Condenóse voluntariamente por lograr algunas almas a vivir tanto tiempo entre gente tan bárbara sin el menor alivio de todo lo temporal.

Para ser provechoso en este Apostólico Ministerio se aplicó desde el Principio, que llegó de Europa, con gran desvelo al estudio de la lengua general de Chile, de la qual alcanzó perfectísima inteligencia según confessaban los mismos Indios naturales, que le oían con mucho gusto. En los Puelches, aunque al principio por entender ellos la lengua general les istruía, y predicaba en esta, pero esperando haría más fruto hablándoles en la suya propia, se dedicó a aprenderla con tal tesón, que en dos años la hablaba perfectamente, e hizo arte de ella para facilitar su estudio a los Misioneros, que entrassen de nuevo. No satisfecho su zelo con tanto trabajo, sabiendo, que de la otra banda de la Laguna de Nahuelhuapi viven los Infieles Poyas, que se estienden por muchas leguas, y usan diferente idioma, con deseo de poder convertirlos, emprendió también su estudio de tal manera, que les entendía sin dificultad, y hablaba corrientemente lo necessario para enseñarles los Sagrados Misterios, todos los quales, y las oraciones puso en aquella lengua, y tenía ya dispuesto el Arte, para que otros la

aprendiessen. Es imponderable quanto trabajo le costaron estas diligencias, por no tener frecuente comunicación con aquellos Gentiles, ni estar ellos tan a mano, como se requería para consultarlos sus dudas, pero todo lo facilitó su zelo; porque se valió de cierto Indio, que sabía la lengua de los Puelches, y de los Poyas, al qual regalaba, y acariciaba mucho, y públicamente le llamaba su Maestro, con que pudo aprender la lengua de estos poco a poco, hasta que se adelantó de manera, que pudo componer el Arte. De modo, que quando otros apenas pueden aprender una lengua, el Padre Juan Joseph demás de las cinco Europeas Latina, Española, Italiana, Catalana, y Nativa, que todas supo con perfección aprendió tres lenguas bárbaras; porque el deseo de ayudar a aquellos desamparados Gentiles, no le dexaba descansar un punto, y para amansar su fiereza casi brutal usaba diferentes trazas, tratando con ellos con admirable llaneza, haciéndoselos muy familiar, mostrando gusto de sus silvestres, y desazonadas comidas, acostumbándose a sus modos de hablar, sirviéndoles en quanto podía, y agassajándolos con grandes señales de benevolencia; y quando les instruía se portaba con inalterable mansedumbre, sufríales sus impertinencias, y no estrañaba sus torpes ignorancias. Siempre, que le visitaban los Puelches les decía algo conducente a su salvación, y con los ya Christianos no perdía lance de exhortarles a la observancia de la Ley Divina, facilitándosela de manera, que no cobrassen horror al camino del Cielo. Si le llamaban a oír la confesión de algún enfermo iba a ella descalzo, para que hiciessen concepto de la importancia de aquel Sacramento, pues a tanta costa suya iba a administrarsele. De la misma manera iba a bautizar a los Niños, quando le daban aviso de su nacimiento. Predicaba con notable energía contra sus ritos gentilicos, y bárbaras constumbres, y no omitía medio alguno, que pudiesse conducir, o para facilitar su conversión, o para encaminarlos al Cielo, o para conseguir, que el fruto fuesse durable, y permanente en aquella su Misión, y en qualquier otro convertido.

Para conservar, pues, esta su Misión, y mantenerla es increíble quanto trabajó antes de ser Superior de ella, y mucho más desde que tomó su gobierno a su cargo, que fue a fines del año 1707. Porque como echaba de ver no podía subsistir lo espiritual sin lo temporal, no se puede decir en breve quanto hizo, y le costó adquirir el sustento para sí, y sus compañeros para los que le assistían, y para agassajar a los Gentiles. ¿Quántos caminos anduvo desde

los Puelches, ya a Chiloé, ya a Valdivia, ya a Chile? Passando por ríos caudalosos sin barcos, ni puentes, atravesando por medio de otros Infieles perfidos, crueles, y descomedidos, que unas vezes le despojaban de las mulas, otras le robaban los bastimentos, y hacían mil generos de vexaciones, por lo que se vió precissado alguna vez venderles su proprio Mantéo, para que le diessen alguna comida, con que poder proseguir su camino, lo que consiguió con grande dificultad; porque si alguna vez lograba la fortuna de que le restituyessen el hurto era a precio de muy costosos agassajos, y bien humildes ruegos. Tal vez, porque no passó en estos viages por la casa de cierto Cazique Infel, le amenazó, que para otra ocasión le havía de quitar la vida, aunque pagó antes su merecido, quitándole primero la suya el Cielo, que vengó como proprio este agravio intentado contra este Varón Apostólico. Los viages, que todos los años hacía a Chiloé para buscar provisión eran penosísimos, porque fuera del último, que hizo por el nuevo camino, los havía de hacer a pie passando la Cordillera, y trepando sus cuevas empinadas, unas vezes por la nieve frigidísima, o hielos, por los quales suelen frequentemente quedarse hiertos, y helados los passageros con sus cavalgaduras, donde se conservan, como estatuas, encima de las mismas mulas hasta el otro año sin la menor corrupción, y esto sucede quando estando en dicha Cordillera se levanta alguna tempestad, o sopla algo recio el viento, aunque todavía no aya entrado el Invierno, según ha acontecido en el mismo mes de Abril, y a principios de Mayo. De suerte, que para evitar este peligro casi no ay tiempo alguno seguro, porque como siempre, que se ha de passar la Cordillera suele estar ella cubierta de nieve, si llega a soplar el viento, como passa por tanto monte nevado, es tan frío, que entorpece a los passageros, los quales, sino son robustos, y procuran caminar a toda prissa, apeandose de sus mulas, indefectiblemente se quedan hiertos, y elados. A todos estos peligros se exponía gustoso nuestro Apostólico Missionero por la salud de las almas.

Otras vezes passaba por pantanos profundos, esguazando los ríos intermedios, que le daban a vezes por la cintura, y sólo el Río Puella le havía de passar más de veinte vezes en solas tres leguas, sin otras dos grandes lagunas, que tiene cada una dellas siete leguas, fuera de catorce bien largas, que coge el Estrecho desde tierra firme hasta la Isla de Chiloé, que le havía de andar en una Piragua, embarcación tan ridicula, y peligros, como he dicho. En estos, y

otros trabajos, que fuera largo referir, vivía con una increíble alegría, y siempre con nuevos animos de trabajar, y sufrir mucho por la conversión de los Gentiles, cuya instrucción, y Catecismo era el descanso de tantas penalidades, ocupándose de día, y de noche en enseñarles los Misterios de la Fe, en componer sus contiendas, en aficionarlos a la Religión Christiana, en apartarlos de sus ritos gentilicos, afearlos sus brutales costumbres, o en aprender sus bárbaros Idiomas, y componer artes para facilitar su conversión: que todo es argumento de su ardiente zelo, y este de su viva Fe.

De esta le nació una firmísima esperanza en las Divinas promesas; porque ilustrado su entendimiento con las luces soberanas de aquella virtud, y persuadido firmemente de la summa Bondad, y Amor, con que el Señor desea nuestro bien, no dudaba el Padre Juan Joseph de su soberana protección, y en ella aseguraba toda su confianza, como se conoció en quantas obras emprendió por arduas, y difíciles, que fuessen, cierto de que en todas, le daría la Divina Magestad por la intercessión de María Santísima, feliz successo, y era su ordinario estrivillo: “Dexémoslo a Dios”. Dígalo sino el camino de Burilochi, que a otros, que tuvieran esperanza menos firme, huvieran acobardado, y rendido sus dificultades al parecer insuperables y las continuas contradicciones assí de Indios, como de Españoles; pero el favor Divino todo lo venció a pesar del infierno, que ponía aquellos embarazos para dificultar la conversión de la Misión de los Puelches. Lo mismo experimentaba en sus viages, y demás pretensiones a favor de aquella empresa, que puesta su confianza en Dios salía con quanto intentaba, aun quando menos se podía esperar miradas todas las circunstancias; antes bien en estas ocasiones, que los hombres impossibilitaban más las obras, que emprendía para servicio de Dios, y adelantamiento de la nueva conversión le parecía estaba Dios más empeñado para credito de su Omnipotencia en facilitar su execución, como sucedia. De aquí era, que quando parece se havia de acobardar su esperanza, crecía más la confianza de vencer qualquier estorvo, diciendo: “Nada ay impossible para Dios, de quien fio la seguridad de todas mis empresas”. Por esso escribiendo a un confidente suyo antes de emprender la abertura del camino de Burilochi, le dice: “Muchas dificultades me proponen todos contra esta idea, y yo cediera a mirar las cosas, y medirlas con solas mis fuerzas; pero quanto mayores embarazos reconozco, tanto más ciertamente espero, que tengo de conseguir mi intento encaminado a la mayor gloria de Dios, y a la

conversión de esta Misión, porque en sólo su Magestad he puesto mi confianza, y a su cuenta ha de correr todo el successo”.

La misma virtud de la Esperanza resplandeció en todas las acciones de su vida, porque ella le hizo despreciar las esperanzas de subir, y valer en el Siglo afianzadas en su calidad, y grandes prendas, que eran prisiones fortísimas, que hubo de romper con tanto valor, como hemos visto para consagrarse a Dios en la Compañía. Esta le hizo abandonar su Patria, y los aplausos, que se podía prometer en Europa, por passar a las Indias a vivir entre Bárbaros hasta la muerte, faltar, a veces, aún de lo necesario para sustentar la vida, y entre mil peligros de perderla. Esta en las mismas Indias le hizo negarse a las honras, que le ofrecían mercedas por sus talentos, y solicitar con tanto fervor la empresa más ardua de toda su Provincia, donde vivió gustosísimo en tan excesivos trabajos, y casi olvidado en el angulo más remoto del mundo. Esta finalmente era el ancora firmísima, en que estrivaba su seguridad en las borrascas más deshechas de sus persecuciones, esperando siempre, que había de salir de todas con feliz successo sin entristecerse por las adversidades, sino antes gozar de un júbilo incomparable, según él mismo lo expresó varias veces, y aquí queda también expresado en algunas palabras de su carta. Como tan experto en esta materia aconsejaba a otros hiciessen lo mismo en sus mayores trabajos poniéndose únicamente en las manos de Dios; y mucho más procuraba alentar la confianza en los pecadores, ponderándoles quanto mayor es la Divina Misericordia, que todos los pecados del mundo, y como quiere Dios, que todos se conviertan, y vivan eternamente, para animarlos a que saliessen de sus vicios, en que se hallaban sumergidos, y por este medio infundió confianza muy viva en pecadores obstinados, que vivían en un total olvido de su salvación eterna, reduciendolos a verdadera penitencia.

La caridad Reyna de todas las virtudes era la Reyna, que governaba todas las que resplandecían en este Siervo de Dios, porque imperaba los actos de todas por el motivo soberano del amor Divino. De la abundancia del corazón salen las palabras, y como su corazón estaba abrasado en este Divino incendio de la Caridad, lo manifestaban bien sus palabras. En qualquiera obra, que emprendía, decía ordinariamente: “Ea hagamoslo únicamente por dar gusto a Dios”. Otras veces: “Solo por Dios se puede hacer esto”. Otras finalmente: “Ea amemos mucho a Dios, y procuremos agradecerle, que harto se ha ofendido a la Divina Bondad”. Pero como

no son prueba concluyente del amor las palabras, le manifestaba más en las obras. Amaba a su Magestad con todo su corazón, con toda su alma, y con todas sus fuerzas, sin admitir en su pecho otro amor, amando a Dios por sí mismo, al mismo para todos, y a todos en Dios, y por Dios. Todo le parecía poco quanto hacía, y padecía por Dios, sin dexar cosa, que pudiesse hacer por servirle, porque como tenía tan vivo conocimiento de su infinita Bondad, y summas perfecciones, conocía quan cortos son los obsequios de qualquiera criatura respecto de lo que por sí mismas se merecen. Andaba con particular estudio de que todas sus acciones, y aun la más minima palabra no tuviessen otro fin, que el de amar, y servir a Dios. Este amor le daba fuerzas para los trabajos, que a otros fueran insoportables: este le hacía desatender a sus incomodidades por emplearse en darle a conocer a los infieles: este le endulzaba las fatigas, le hacía gustosa la soledad, y desamparo, le animaba a vivir falto, no sólo del regalo, pero aun de lo necessario para la vida humana, conociendose bien en sus obras, que executaba, lo que frequentemente repetia: “Hagámoslo, y sufrámoslo todo por sólo amor de Dios, que por buen Señor lo hacemos”. Y a la verdad si este amor no huviera alentado su fervoroso espíritu, sin duda se huviera resfriado con el agua de tantas contradicciones, y trabajos; más estaba tan lejos aun de entibiarse, que cada día se sentía más ardiente, anhelando con mayor empeño por nuevos trabajos, que es la piedra del toque del Divino Amor. Este deseaba comunicar a quantos trataba, y encenderle con sus palabras en los corazones de todos, para que amassen sobre todas las cosas a nuestro buen Dios: para conseguir este fin se valió de tantas trazas, y se expuso a tantos riesgos, como hemos visto, deseando, que de ninguna criatura fuesse ofendido el Criador de todas, sin poner otros términos a las diligencias sobre este assumpto, que los de su vida.

§ X

*DASE NOTICIA DE LAS DEMÁS VIRTUDES
DEL VENERABLE PADRE JUAN JOSEPH GUILLELMO*

Como la Oración es la secunda Madre de todas las virtudes, con ella fomentaba, y mantenía las suyas nuestro Venerable Padre Guillelmo; porque era continua su Oración, y perpetuo su familiar trato con Dios. Nunca jamás omitió la hora de Oración señalada en la Compañía, ni por cansancio en los viages, ni por las molestias, peligros, e incomodidades en la Navegación; y estando en

los Colegios, y en las Misiones, para tener más tiempo, que emplear en este santo ejercicio se levantaba mucho antes, que los demás, siendo la hora ordinaria de dexar el sueño la una de la noche, y quitado el tiempo, que gastaba en tomar una áspera disciplina, lo restante lo empleaba hasta amanecer en Oración continua. Luego decía Missa con grande sosiego, y devoción, en la qual, y en dar gracias se detenía una hora entera. Fuera de esto entre día no empezaba obra alguna, sin que hiciesse antes una breve Oración. En Nahuelhuapi con ser los fríos tan excessivos, y la casa tan desabrigada no dexaba de levantarse a la hora, que dixere, sin alterar jamás esta distribución en los continuos caminos, y peregrinaciones, que tan repetidas vezes anduvo. Tenía también dedicada entre día otra hora de Oración, la que se alargaba a más tiempo, según le daban lugar sus ocupaciones precisas, no malogrando un instante para ganarle a Dios, y emplearle en este no menor devoto, que útil, e importante ejercicio. De aquí vino a conseguir, que aún quando estaba más engolfado en los Ministerios de la Missión, no podía perder de vista a Dios Nuestro Señor consultando con su Magestad todos los passos, las acciones, las palabras, y los pensamientos, que havía de consagrar a su mayor gloria, logrando todas las ocasiones, que tenía para enriquecer su alma en la comunicación con su Criador. Todo esto era conforme al subido aprecio, que hacía de este necesario ejercicio, pues decía de él muchas vezes, era moralmente imposible a un Religioso perseverar en el bien sin oración, y quando vía alguna falta, decía, era por falta de ella. El Oficio Divino, además de ser muy puntual en cumplir a sus horas con esta obligación, le rezaba siempre de rodillas con grande devoción, ni dispensaba en aquel rigor, aunque le rezasse acompañado, a que se ofrecía gustoso, assí por ayudarles en lo que pudiesse, como por participar de sus méritos. Usaba también en las ocupaciones exteriores frequentes oraciones jaculatorias, arrojando afectos encendidos hacía el Cielo, con que se avivaba el ardor de su corazón, y se empleaba con los próximos sin dexar de adquirir nuevo caudal de relevantes virtudes, sobre las que tenía, en el comercio familiar con su Dios.

Hermanaba la Oración con la mortificación maltratando su cuerpo como a cruel enemigo. Sus cilicios, que le cogían casi todo el cuerpo, eran continuos, que andando en tantos, y tan ásperos caminos bien se puede inferir quan penosos le serían. A un Capitán de un Navío, que se le ofreció a traer lo que gustasse de

Chile, no le encargó otra cosa, sino un poco de alambre, y dexó encargado a un Padre su confidente en Chiloé se le recaudasse quando bolviesse, e hiciesse de él un cilicio, porque el que usaba le tenía ya consumido, y gustado; y como le sacasse con las puntas desiguales, por ser poco diestro el que le hizo, le alabó mucho, y le usó con la mortificación, que se dexa entender. El mismo tesón observaba en las disciplinas azotándose de continuo desapiadadamente, lo que sin duda le afligiría muchísimo en temple tan rígido. Su cama desde que entró en Nahuelhuapi, y lo mismo en sus penosos viages, aunque largos, se reducía la piel de un Carnero, en que iba una manta de las que usan los Indios, y esse era su tren, sin que por llegar a casa, o Colegio nuestro admitiesse otro lecho de mayor alivio, por lo qual decía con gracia uno de los nuestros: “Que el Padre Juan Joseph Guillermo tenía la cama del perro, que en qualquiera rincón se acomoda”. Pues imagínese, que mortificación sería dormir en tal cama a raíz del suelo en tierra tan húmeda, y aunque estuviesse mojada, como lo estaba muchas vezes por estar la casa mal cubierta en región donde llueve con frecuencia, y son los fríos tan rigorosos. Tal vez le sucedió ir a hacer algunos Bautismos, y pudiendo bolver a casa como pensó, se quedaba a dormir junto al toldo de un Indio, sin tener más ropa, que la que llevaba puesta, y passaba la noche sobre un cuero de Caballo, sin más cubierta; que la del Cielo, que en País de tan terribles fríos es maravilla no amaneciesse helado. Por esso un Capitán de Indios amigos, que conocía bien al Padre Guillermo, preguntado de uno de los nuestros como lo passaba en Nahuelhuapi, respondió: “La vida, que passa el Padre no es vida de hombre, sino se trata como bestia”. Assí le explicó para declarar el ningún cuidado, que tenía de sí: y a la verdad dixo más de lo que supo; porque como los brutos en donde les coge la noche allí la pasan sin buscar más abrigo, que su propia piel, assí el Padre Juan Joseph passaba las noches muchas vezes sin otro reparo, que el de sus vestidos: pero ningún bruto fuera de suyo, sino es impelido por fuerza, a meterse, y dormir sobre las nieves, y a passar tantos ríos, casi helados; más el Siervo de Dios se arrojaba voluntariamente movido de la caridad del próximo, y deseoso de padecer, a vadear esos mismos ríos con el agua a la cintura, y a dormir en las nieves de la Cordillera, en que tantos apagándoseles el calor natural han perecido; pero como el fuego de su amor ardía con más viveza entre las nieves, nada le acobardaba para no abrazar tan espantosos trabajos con el mayor

aliento, y para no vivir alegre, y gustoso tantos años, donde apenas pueden otros sustentar la vida: porque no sólo se padecen esos fríos tan rígidos en la misma Cordillera, sino en la Misión, en que vivía, donde le aconteció más que muchas vezes, que poniendo agua caliente para preparar el Cáliz, al decir Missa no podía consumir sin calentarle de nuevo por estar todo helado. Pues ¿qué mortificación sería vivir con tal desabrigo, y levantarse desde la una de la mañana a tener oración muy larga de rodillas?

No obstante, que fue tan grande esta mortificación, con que trataba su cuerpo, ayudándose de la misma inclemencia del País, la acrecentaba más con la rigurosa abstinencia, y prolongado hay uno, con que enflaquecía continuamente su cuerpo. Nunca usaba desayuno aún en medio de sus mayores afanes, y de las heladas más rigurosas, ni se le notó jamás el haver comido fuera del Refectorio a sus horas; nunca probó mate, ni chocolate, ni dulce. Solas unas legumbres eran su mayor regalo, sin probar el vino, sino es en la Missa. Aún quando estaba en nuestros Colegios no quería tomar el dulce, ni otra alguna cosa de aquellas, con que le agassajaban por huesped según el estilo caritativo de la Compañía; y en su Misión quando mejor lo passaba, su comida era ordinariamente un poco de carne de Baca cocida en agua, muchas vezes sin sal; pero a los principios hubo de comer sólo carne de Caballo, o Mula, que es el alimento ordinario de los Puelches. Más que todo lo dicho fue la mortificación interior de las passiones, pues esta resplandeció tanto en el Padre Guillelmo, que a su vista toda la exterior puede parecer pequeña. Baste decir, que siendo de un natural vivo, fogoso, y prompto era insensible a sus injurias: estando adornado de tan relevantes prendas, y padeciéndo las contradicciones, que diximos, no se le oyó una quexa contra los que le ofendían, hablando de ellos no sólo con grande moderación, más aún con aprecio, y portándose en todas ellas con una serenidad inalterable. Tan lejos estuvo de sonarle a injuria la delación de su doctrina, que antes se dio por obligado a mirar a sus delatores como a bien hechores suyos, y los recibió con ánimo muy sincero en su gracia professándoseles amigo íntimo. Quando después de inmenso trabajo se le deshacían sus medidas, y desbarataban las trazas, de que se había valido para el adelantamiento de su Misión, se le advertía la misma serenidad, que antes, gozando su espíritu entre los azares más pesados de una quietud, y reposo tan conforme con la dispodición de Dios, como si todo le saliera a su gusto. Sucedió

robarle los Infieles la limosna, que había recogido para su Misión, y toleraba estos lances con una paz de ánimo imperturbable, sin passar a decirles una palabra áspera, sino a lo más rogarles con su Misión le restituyessen el hurto; y si se ofrecía ocasión, no sólo a esos, sino al que le huviesse hecho mayores daños, o intentado hacérselos, los recibía con agassajo, y procuraba servirles quanto alcansaban sus fuerzas empeñándose a ayudarles con más fineza, y esmero. Un Puelche llamado Colmo le buscó varias vezes para matarle, pero enfermado después estes mal Indio solicitó el Padre varios remedios para sanarle, y se los aplicó con grande caridad, y reconocimiento era la enfermedad incurable, le fue a asistir, y a procurar se confessasse, y arrepintiesse de sus maldades, como lo consiguió con gran gozo de su espíritu.

En este punto de asistir a los enfermos era incansable con todo género de personas agassajándolas, consolándolas, y buscándoles los remedios más conducentes para recobrar la salud según permitía la pobreza del País. Quando estaban de peligro no sabía apartarseles de la cabecera, asistiéndoles con gran tesón hasta que dexaba sus almas bien dispuestas; y por esta caridad era estimado de todos, assí Españoles, como Indios, que le hallaban siempre prompto para acudir al socorro de sus necessidades, assí corporales, como espirituales. Más no sólo usaba esta caridad con los enfermos, sino en todos tiempos, queriéndolos en cierto modo meter dentro de su corazón, ofreciéndose a servirles con gusto, y empeño, sin reparar en incommodidades, y trabajos, y se le oyó decir alguna vez, que aunque deseaba summamente morir con los Sacramentos de la Iglesia, se privara de buena gana de esse consuelo, si fuera por servir a Dios en el socorro de sus próximos, aunque muriera acozeado de las mulas, o rebentara por trabajar. Acto, que si bien se considera, es de mucha perfección, y de una excessiva caridad, y muy semejante al que practicó su muy Santo Padre, y Patriarca San Ignacio, y el mismo Venerable Padre Juan Joseph llegó a conseguirlo en la hora de su muerte, pues murió sin los Sacramentos, a violencias del veneno, que le dieron los Indios, y en un summo desamparo, como ya dixé arriba. Con quien se esmeraba más era con los Capitanes de los Indios amigos, o con las lenguas, que le enseñaban las del País, o servían de intérpretes, y también con los familiares, que le assistían en la Misión, y si tal vez les reprehendía sus culpas, aunque era con eficacia, para que formassen concepto de su gravedad, lo hacía con tal amor, y blan-

dura, que demás de conocer la razón, le quedaban aficionados. Y finalmente toda suerte de personas le quería, y estimaba, porque con todos usaba un trato muy humano, y afable, y se hacía todo a todos por ganarlos a todos para Dios.

En la observancia de los Votos Religiosos se esmeró grandemente el Padre Juan Joseph Guillelmo. Su pobreza fue summa: deseó, y procuró siempre ser el más pobre tomando para sí lo peor, y lo menos, que podía de las cosas necessarias, sin querer admitir por ningunos ruegos cosa curiosa, o preciosa, aunque fuesse de devoción; pretexto, con que se palía muchas vezes la propiedad. Para estar más lejos della, ni aún una estampa quería admitir para no tener a que pegar el corazón. Desde Cerdeña era su vestido interior formado casi de andrajos, sin usar con pretexto alguno de cosa particular, como es calzetas, o calzoncillos blancos, y sin tener alhaja chica, ni grande; y assí en su aposento, aún quando vivía en los Colegios no había más, que quatro libros, y estos del común de la casa. Desde que entró en la Misión de los Puelches nunca se puso cosa nueva, la Sotana era muy rota, y rayda, y el sombrero de puro desteñido estaba medio blanco. Si le daban para sí Sotana, o otra cosa, luego lo trocaba por lo que podía servir para repartir a los Puelches, o a los que le assistían. Para guardar sus papeles, que era lo que estimaba, porque podían servir para el bien de los próximos, no tenía caxa, sino solamente los ataba con un cordél, para que no se perdiessen. Si le daban alguna limosna las personas piadosas, sin gastar en uso proprio un sólo maravedí, todo lo expendía en beneficio de la Misión, en adorno de la Iglesia, o en pagar a los Indios, que conducían el sustento desde Chiloé, sin que se le conosciesse jamás afecto a cosa alguna.

Su castidad procuró fuesse semejante a la de los Ángeles. Desde niño le robó esta virtud toda la afición, y en combates tan recios, como padeció en el Siglo, la conservó siempre intacta, y sin mançilla. Haviendo vivido en sus Misiones entre gente desnuda, y dada a la sensualidad, no sentía las batallas de la carne, ni se perturbaba en el Ministerio Evangélico, más que si tratara con gente muy vestida. Era muy recatado en las palabras sin contar jamás cosa, que tocasse a impureza; y quando se ofrecía proponer algún caso de moral, que tocasse a esta materia lo hacía con tales términos, tan limpios, y puros, que manifestaban la pureza, que resplandecía en su alma. Para conservarla limpia se valió de la mortificación tan grande de su cuerpo, y de la circunspección en sus sentidos,

cerrando los ojos, y oídos a todas las especies, que una vez entradas en el alma dificultosamente se arrojan fuera. Su obediencia fue siempre ciega, prompta, y fuerte, porque no reparaba quien le mandasse, sino en que el Superior tenía el lugar de Dios. Para todo le hallaban dispuesto atropellando por las meyores dificultades a trueque de obedecer, y no queriendo tener en todas sus acciones, y empressas otra regla, que la voluntad de la obediencia, definiendo en todo al dictamen de los Superiores el suyo proprio con un total, y gustoso sacrificio. A esto le ayudaba su profunda humildad, que le hacía desestimarse a sí mismo, y desconfiar de su proprio juicio aún en las cosas, que sabía con más fundamento. Quando Hermano Estudiante, que hacía a casi todos notorias ventajas, consultaba las dificultades con los que menos sabían, y haviéndole yo preguntado, porque las confería con tales sugetos, me respondió: “porque de todos se puede aprender, y a lo menos este acto de humillación es disposición muy congruente para alcanzar la luz del Cielo, sólo el Padre Juan Joseph parecía ignoraba las lucidas prendas, por las quales todos le estimaban, y se reconocía siempre en él un ánimo desengañado, que tenía debajo de los pies todos los aplausos, y mucho más la vanidad, vicio, que no se atrevió a entrar jamás en su pecho”. Por más que huviesse discurrido en alguna materia, nunca la proponía como doctrina propria, sino que la procuraba apoyar con la authoridad de algún Santo, o Doctor clásico, porque de sí siempre hacía desconfianza; siendo assí, que era tan universal la noticia, que tenía de las materias morales, y theológicas, quando aun no había concluido sus estudios, que un Religioso muy grave de la Orden de San Basilio Maestro de Theología, y muy acreditado en su Religión, dixo, haviéndole tratado: “Que no había visto en Sugeto de tan poca edad tal comprehensión de los Authores”. Quando el Señor Doctor Don Diego Montero Obispo de la Concepción fue a visitar a Chiloé, y el Padre Juan Joseph le acompañó, y sirvió de intérprete, sobre no sé que duda a cerca del Sacramento de la Confirmación, le citó a Santo Thomás; dixo luego el Señor Obispo: “Bien me dixeron, ¿qué Venerable Padre citaba por sus sentencias a Santo Thomás?” a que respondió luego el humilde Padre: “Y dixeron bien a Vuestra Señoria Ilustríssima, que yo no soy hombre, que pueda hacer sentencia, sino sigo a estos Maestros, de quienes he aprendido lo poco, que sé”.

De esta humildad le nacía, que en las dísputas literarias, aunque su grande ingenio le ministraba gran copia de razones para impug-

nar la contraria sentencia con ardor, fuera de ellas se le notaba gran facilidad en apoyar, y esforzar el parecer ageno, siendo enemigo de porfias, y cediendo a los demás. Con todos hablaba siempre con llaneza, y simplicidad Religiosa; pero con las personas de respeto era tal su modestia, y encogimiento, que demás de edificarles mucho, los dexaba aficionados a su humildad. Esta virtud pedía con instancias a la Santísima Virgen, a quien professaba afecto de hija, y procuraba a su honor hacer varios obsequios. Todas sus obras le ofrecía cada día, y por su intercesión esperaba conseguir todos sus deseos. Qualquier temor, que podía tener su humildad, o indignidad, como él pensaba en las más arduas empresas, le desterraba de su corazón la confianza en María Santísima, que era el puerto seguro, a que acudía siempre en sus mayores aprietos. Para asegurar la substancia de la Misión de Nahuelhuapi la dedicó a Nuestra Señora levantándole una Capilla, si no tan adornada, como deseaba su devoción, a lo menos con la mayor decencia, que sufría la pobreza del País, y cada día se esmeraba en adornarla más dedicando al culto de tan gran Señora todo quanto podía alcanzar. Rezaba con singular devoción el Rosario de María Santísima, y a todos los convertidos les imponía en esta devoción ponderándoles la grandeza, y las prerrogativas de Reyna tan Soberana, y los favores, que por su medio conseguimos los mortales. Su conversación más gustosa eran las alabanzas de María ponderando de tan manera sus excelencias admirables con su natural, y estudiada eloquencia, que encendía a los oyentes en amor, y deseos grandes de servirla. Finalmente en todas las virtudes se señaló mucho, especialmente desde que se dedicó a las Misiones; porque con haver sido siempre observante Religioso, desde entonces parece se trocó en otro hombre, y emprendió otra vida más austera, y de grande perfección digna de la imitación común, para lo que aquí te he propuesto.

Laus Deo